ENRIC BALASCH

# Libélula

SUMA

ENRIC BALASCH

# *Libélula*

# Índice

Portadilla
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Epílogo
Notas
Notas de la conversión
Biografía
Créditos
Grupo Santillana

A Juan Carlos Bermúdez García, in memóriam.

*Buscando mis amores*
*iré por esos montes y riberas;*
*ni cogeré las flores*
*ni temeré a las fieras,*
*y pasaré los fuertes y fronteras.*

San Juan de la Cruz

*Ninguna mujer se ha perdido sin la ayuda de un hombre*.

Abraham Lincoln

*Las palabras del historiador del Señor*
*son heridas infligidas al diablo.*

Flavio Casiodoro

# Capítulo 1

Camino del Ayuntamiento sentía la misma excitación e incertidumbre que la madrugada de un lejano día de enero de 1969. Aquel día, vestido de civil, con un petate al hombro y un salvoconducto en el bolsillo, tomó el primero de un sinfín de autocares y trenes que le llevaron de Guijo de Gredos a Plasencia, de Plasencia a Cáceres, de Cáceres a Madrid y de Madrid a Algeciras para embarcar en el transbordador de Melilla y alistarse como voluntario en el Tercio de Extranjeros con base en El Aaiún. Había sido la gran hazaña de su vida, de lo único que se mostraba orgulloso, y comparaba todas las situaciones con su heroica marcha voluntaria, sus días de espera en Madrid, su llegada al acuartelamiento sahariano, la disciplina militar, la bazofia que les servían de comida… Los días de servicio a la Patria se habían convertido en sus únicas vivencias dignas de ser recordadas.

Recorría con premura las calles solitarias de su pueblo natal, el corazón en un puño, rumiando qué le depararía la llamada que minutos antes le había hecho el alcalde para citarle de urgencia en su despacho. Apretó el paso, la zamarra ceñida al cuerpo, el gorro de lana a la cabeza y los guantes en las manos. El aire frío y acanalado, que descendía del cerro del Salvador por estrechas gargantas, le cortaba la cara y afilaba los carámbanos que colgaban amenazadores de canalones y aleros. De trecho en trecho detenía el paso y pateaba el suelo para recobrar el tacto en los dedos de los pies. Hacía años que no padecían un invierno tan crudo. Casi dos metros de nieve tapizaban las laderas de los montes. Nieve en polvo, esponjosa, que al calor del tímido sol del mediodía provocaba aludes que arrastraban rocas, árboles y cascajos hacia los barrancos más profundos. Añoraba muchas cosas de sus años de juventud, entre ellas el sol tórrido del desierto.

La ventisca arrancaba la nieve de las cumbres más altas de Gredos y la depositaba en los rincones de vientos arremolinados. La noche cerrada de cielo y sin luna olía a leña quemada, a resina, a calor de hogar. «En invierno debería haber toque de queda», pensó malhumorado, con las mejillas congeladas, convertidas en acericos de agujas de hielo. Sobre la mesa había dejado una sopa de ajo con

chorizo y una suculenta tortilla de patata y cebolla preparadas para la cena. «¿Ahora mismo?», le preguntó extrañado por la premura del reclamo, y el señor alcalde le instó desde el otro lado del hilo telefónico: «Sí, ahora, ahora mismo». ¿Qué ocurría? Arrastraba un pleito de lindes con su vecino de prados, y de tarde en tarde intercambiaban una tanda de improperios en el bar donde se reunían para beber vino de pitarra y comer jamón ibérico de bellota criado y engordado en montanera. Pero la sangre nunca llegaba al río.

Al enfilar la explanada que delimitaba la plaza Mayor, presidida por una picota medieval y su perímetro cerrado por dos hileras de soportales, la sobria fachada de la iglesia de la Circuncisión de Jesús Niño y el edificio neoclásico de la alcaldía, construido en los años cuarenta al segregarse Guijo de Gredos de Guijo de Santa Bárbara, escuchó los dos tañidos graves de cuarto de hora que lanzaba al viento helado la campana del reloj consistorial. Levantó la mirada hacia la esfera luminosa, elevada sobre el friso de la portada por una torrecilla de hierro, y vio luz en el despacho del señor alcalde.

Al llegar a la puerta de madera claveteada, con dos cabezas de grifos convertidas en aldabas, se detuvo para buscar el timbre, pero oyó un leve chirriar de bisagras y la voz del pregonero, conserje, electricista municipal y recaudador de tasas menores, que le instaba a entrar.

—¡Joder, Joaquín! ¿Cómo has tardado tanto? —protestó aterido de frío—. Tengo los pies como el gorro de un esquimal.

—Negro me tienen con sacarme de casa a estas horas —dijo enfadado—. ¿Sabes qué ocurre?

—Ni idea. —Se encogió de hombros—. El alcalde me llamó a las nueve y me pidió que abriera el consistorio, que esperaba gente. Y aquí me tienes, más tieso que el palillo de un polo.

—¿Quién hay arriba? —preguntó Joaquín, y observó la escalera.

—En pocas palabras, el señor alcalde, el sargento de la Benemérita, el párroco y el cofrade mayor. —El pregonero meneó la cabeza y añadió—: A reunión de pastores, oveja muerta.

—¿Esperan a alguien más?

—Creo que no.

—Subamos a desenmarañar el misterio —dijo Joaquín, decidido a regresar a casa antes de que se enfriase su sopa de ajo.

Se quitó el gorro de lana y los guantes, los guardó en los bolsillos de la zamarra y subió la escalera de peldaños de granito, barandilla de tracerías neogóticas y pasamanos de roble barnizado. Accedió al pasillo que distribuía las diferentes estancias y oyó las voces acaloradas de los reunidos. El pregonero golpeó con los nudillos la puerta del despacho y la conversación se interrumpió de repente.

—¿Da usted su permiso, señor alcalde?

—Adelante —autorizó cordial, y gesticuló para que ambos entraran —. Te estábamos esperando, Joaquín.

—He venido en cuanto he podido.

—Lo sé, lo sé…

—¿Sigo de vigilante, señor alcalde? —dudó el pregonero municipal con las palmas de las manos extendidas frente a la salamandra que calentaba el despacho.

—No espero a nadie más. Puedes irte a casa, y al salir no olvides cerrar la puerta.

—A mandar, jefe.

—Sentémonos —sugirió el alcalde al quedar los cinco a solas—. El asunto que vamos a tratar requiere calma y unos vasitos de vino para aclarar las ideas. ¿Le parece bien, padre Jovellanos?

—Si el vino no fuese el mejor estímulo de la inteligencia —aseguró con autoridad y una leve mirada al techo—, Nuestro Señor jamás lo hubiese convertido en sangre de su sangre durante la eucaristía.

—Sargento Navarro —le pidió el alcalde al guardia civil—, reparta los catavinos de esa alacena y sirva unos *calambrazos* de la botella de Eléctrico que guardo en la neverita de cámping.

—Eléctrico… —susurró el cura—, un vino exquisito.

—Supongo —dijo Joaquín al alcalde— que no me has levantado de la mesa sólo para tomar unas copas de fino, por bueno que sea.

—Desde luego —le contestó ofendido—. Ha ocurrido algo muy grave y precisamos tu colaboración.

Mientras el sargento Ricardo Navarro servía las copitas de fino, Joaquín echó una mirada a sus contertulios. El cofrade mayor de la Circuncisión de Jesús tenía cara de pocos amigos. La preocupación se esculpía con surcos profundos en su rostro. Ganadero, como la mayoría en el pueblo, gozaba de una buena posición económica gracias a la industria de la leche, y social por su entrega a la cofradía, que contaba con numerosos socios en la comarca de la Vera.

El sargento Ricardo Navarro, algo cheposo y de brazos largos, parecía más relajado, aunque quizá su percepción fuese errónea y sólo se debiera al hecho de verle vestido de civil, sin el uniforme y el tricornio acharolado en la cabeza. El sargento personificaba la autoridad policial en Guijo de Gredos y desde su cuartel controlaba la práctica totalidad de la serranía. A su cargo estaba la vigilancia del Parque Regional, el control de los accesos durante las avalanchas veraniegas, la persecución de los pirómanos empeñados en calcinar año tras año hectáreas de bosque, el cumplimiento de las leyes de caza, pesca y ganadería, las operaciones de búsqueda de excursionistas perdidos en la niebla o atrapados por la nieve en los refugios de montaña. Vivía en la casa cuartel, sin mujer ni hijos, sin amantes declaradas, y con un pasado desconocido, porque no había nacido en

el pueblo, aunque llevaba muchos años en su puesto.

El padre Pascual Jovellanos también demostraba su preocupación. Vestía sotana y boina, y a su edad todavía gozaba de una vitalidad envidiable que le llevaba a desafiar, al volante de su Renault-4L, las inclemencias del tiempo para impartir la extremaunción a los moribundos de los caseríos más apartados. Respetado y querido por ateos y practicantes, debido a su tolerancia, sentía nostalgia de las procesiones de Semana Santa en que participaban todos los vecinos del valle.

Por último, sentado frente a su mesa, el alcalde meditaba en silencio, con el catavinos en la mano mientras contemplaba el líquido dorado como el filatelista el matasellos de una carta. No pertenecía a ningún partido, ni de derechas ni de izquierdas, pero su mente abierta y voluntad de consenso le hacían candidato de la izquierda social guijeña al llegar las elecciones municipales. El éxito de su política radicaba en la cercanía a la gente, en afrontar los problemas vecinales con la comprensión y firmeza que exigía el cargo. Tenía su despacho abierto a todos los vecinos que desearan entrar a exponer sus quejas, y nunca dejaba de escucharles, de preocuparse por sus familias y de buscar soluciones a sus problemas. El bienestar de sus convecinos le desvelaba noches enteras, y en la década de los ochenta, al amenazar Guijo de Gredos con la despoblación y el abandono, se puso al frente de la rehabilitación de casas, mejoró de su propio bolsillo el tendido eléctrico para evitar apagones, pugnó por conseguir un repetidor de televisión, reclamó al Ministerio de Obras Públicas el asfaltado de la carretera de acceso, pleiteó con la compañía Telefónica para conseguir más líneas, dio facilidades para que nuevos vecinos se empadronaran en el pueblo, y poco a poco los veinte habitantes de Guijo de Gredos se convirtieron en los casi doscientos que registraba el censo en la actualidad.

Bebieron en silencio unos tragos, a la espera de que alguien pronunciase la primera palabra, pero nadie se decidía porque nadie sabía cómo exponer al recién llegado el motivo de su presencia en la reunión. El alcalde inspiró, levantó el catavinos a la altura de sus ojos y propuso un brindis. Luego carraspeó dispuesto a hablar y sólo lo hizo para pasarle la responsabilidad al padre Jovellanos.

—Creo —dijo el alcalde para romper el hielo— que le corresponde a usted exponer la situación al ser quien mejor conoce los hechos.

—Sí, sí…, cómo no… —balbució e intentó ganar tiempo con traguitos de vino pausados. Se puso de pie, caminó hacia la estufa de leña, se quitó un segundo la boina para rascarse la cabeza y arrancó—: El día dos de enero, como todos ustedes saben, se celebró la fiesta de la Circuncisión de Nuestro Señor Jesucristo y la subsiguiente procesión del Santo Prepucio que organiza la Cofradía de la

Circuncisión de Jesús, cuyo cofrade mayor, aquí presente, tiene el honor de presidir y portar la santa reliquia que se venera en la parroquia. Pero este año muchos vecinos echaron en falta la presencia del relicario… —Apuró de un trago el poco vino que le quedaba, hizo acopio de valor y soltó—: Porque dos semanas antes unos desalmados lo robaron. ¡Dios bendito! —exclamó contrariado, y tomó asiento abatido por su corto monólogo.

—Así es —irrumpió el alcalde con voz grave—. En cuanto nuestro párroco echó en falta el Santo Prepucio acudió a mí. Llamé al sargento Navarro y al cofrade y decidimos, los cuatro aquí reunidos, no hacer público el robo para evitar la alarma general y el desánimo de nuestros convecinos a la espera de que una rápida y pronta intervención de las fuerzas del orden recuperara la reliquia y zanjara el asunto. Pero las cosas no ocurrieron como esperábamos y pasados quince días el Santo Prepucio sigue sin aparecer.

—Para evitar recelos —continuó el padre Jovellanos— durante el sermón del domingo dije a los feligreses que técnicos del Patrimonio Nacional habían retirado el relicario del Santo Prepucio para restaurarlo, y en su lugar coloqué la fotografía a tamaño natural que portó el cofrade mayor durante la procesión.

—Muy interesante —dijo Joaquín—, pero ¿qué pinto yo en este asunto? Si alguien ha robado la reliquia lo siento, aunque, para ser sincero, en mi condición de ateo en el fondo me importa un bledo.

—Debería importarte —subrayó el cofrade enojado—. Ateo o no, el Santo Prepucio constituye el principal reclamo turístico del pueblo, y gracias a los cientos de visitantes que acuden los fines de semana a verlo vivimos muchas familias. Si corre la voz de que la reliquia ha desaparecido, adiós negocios, adiós bares, restaurantes, pastelerías, tiendas de suvenires… Y eso también te incumbe a ti. —Hizo una breve pausa y le increpó—: ¿A quién vendes la leche de tus vacas?

—A una central lechera.

—Otros —argumentó el cofrade contrariado por su respuesta— la venden a los bares y restaurantes del pueblo, o a los fabricantes de quesos, y los quesos también los compran los forasteros que vienen de turismo para contemplar la santa reliquia. Si deja de acudir gente, se rompe la cadena y Guijo de Gredos se hunde en la miseria. Los bares cierran, los restaurantes cierran, las casas de turismo rural cierran, las queserías cierran… ¿Lo entiendes?

—No me incumbe —recalcó Joaquín con notable indiferencia ante el problema—. Si dejan de venir los guiris mejor que mejor porque a veces suben hasta el prado de la Festuca y se lían a pedradas con mis vacas, las espantan monte arriba y luego tengo que subir a buscarlas, o aparcan los coches tan pegados a la puerta de mi casa que ni siquiera me dejan espacio para entrar o salir.

—Vamos, Joaquín —intervino el alcalde conciliador—, un poco de solidaridad, que la vida es un toma y daca. ¿Vas a negar tu colaboración a los vecinos, a tus amigos de toda la vida?

Hasta aquel momento nadie le había explicado a Joaquín qué hacía sentado en una silla del despacho consistorial, al rayar de la medianoche, con el estómago vacío, los pies como la escarcha, escuchando una noticia que le dejaba por completo indiferente.

—Está bien. ¿Qué pretendéis de mí? —preguntó Joaquín por educación—. ¿Dinero para una colecta? No se hable más. Decidme la cantidad y mañana a primera hora la ingreso. Y ahora —dijo con intención de levantarse— voy a comerme mi sopa de ajo.

—Espera, hombre, espera —le retuvo el alcalde—. No tan deprisa, que nadie quiere dinero. ¡Si por dinero fuese el consistorio correría con los gastos!

—¿Entonces de qué hablamos? —insistió desorientado, sin saber qué deseaban las fuerzas vivas del pueblo de un simple ganadero.

El sargento Navarro, que había seguido la charla en absoluto silencio, se levantó de la silla e, inclinado sobre la mesa, acentuó su porte de orangután, con la espalda encorvada, la chepa marcada bajo la tela de la americana y los brazos ligeramente arqueados. King Kong en el Empire State Building. De todas las versiones de *King Kong*, Joaquín sólo salvaría la cinta de Merian Caldwell Cooper y Ernest Beaumont Schoedsack. El sargento se miró en el reflejo del vino que todavía quedaba en su copa sin reconocerse. Por primera vez en cuarenta años no llevaba el tricornio estando de servicio.

—El responsable de que estés aquí sentado —afirmó el sargento Navarro para exonerar de culpa a sus contertulios— soy yo. ¿Quieres saber por qué?

—Nada deseo más esta noche —admitió Joaquín inquieto.

El sargento dio media vuelta, caminó hacia la salida y del perchero que había junto a la puerta cogió un zurrón de piel, testigo mudo y compañero inseparable de muchas patrullas colgado de su hombro. Extrajo una carpeta con el escudo de la Benemérita y barajó unos folios.

—Tu historial militar dice que serviste en la Legión…

—Nunca lo he ocultado —convino Joaquín extrañado—. Todo el mundo lo sabe.

—Lo que nadie sabe —atacó el sargento Navarro— es que realizaste labores de información durante tu permanencia en el Tercio.

—Es cierto —afirmó—. Formaba parte del servicio. Órdenes son órdenes.

—¿Puedes concretar? —le pidió con una sonrisa malévola.

—La situación en el Sáhara era bastante complicada —expuso Joaquín sin comprender el interés repentino por sus días de legionario

— y para garantizar la seguridad de nuestros campamentos y acuartelamientos había que infiltrarse y recabar información sensible. El capitán Alberto Soriano solicitaba voluntarios para el servicio y todos los miembros de la compañía dábamos un paso al frente. Por razones que desconozco siempre me elegía a mí y a dos o tres más.

—Ya…, ya… —musitó el sargento Navarro, con el pensamiento en otro lado.

—Nuestra compañía —les explicó Joaquín— tenía encomendada la vigilancia de las fronteras del norte y centro del Sáhara Occidental, de las provincias de Bojador, El Aaiún y Smara. Desde que en 1967 la ONU recomendó iniciar el proceso de autodeterminación, rebeldes mauritanos, marroquíes y argelinos realizaban incursiones para hostigarnos y quebrar nuestra moral. Pero un legionario es un legionario y tiene más cojones que mil moros juntos, y allí nadie se asustaba ante aquellos desarrapados y su frenético lelilí. Los enfrentamientos fueron constantes. El Tercio —manifestó orgulloso— dio su sangre por defender la tierra española, como en los enfrentamientos de Ifni de 1957 y 1958, en que sufrimos más de sesenta bajas.

—Descansen en paz —susurró el padre Jovellanos con una discreta bendición.

—¿Dónde recababais información? —insistió el sargento Navarro, de pie junto a la silla del alcalde.

—En muchos lugares, incluidos los prostíbulos —confesó Joaquín—. En El Aaiún había poco que rascar, todo el mundo se conocía y las únicas que entraban y salían con cierta impunidad y poseían noticias frescas eran las prostitutas. Cada semana un voluntario recorría los lupanares de El Aaiún a Villa Cisneros y sonsacaba información a las chicas. Algunas tenían familiares entre los rebeldes y confesaban sus intenciones con la única esperanza de que la presencia de los soldados les hiciera desistir de realizar un sabotaje o emprenderla a tiros con una patrulla, porque un legionario donde pone el ojo pone la bala. La Legión sufrió algunas bajas, pero los moros cayeron como moscas. Otras veces largaban sobre el contrabando de grifa a la Península y entonces telegrafiábamos a la Guardia Civil de Ceuta o Melilla y les trincaban con las manos en la masa al coger el transbordador.

—Estaba en lo cierto —atajó el sargento Navarro para reconducir la charla a su terreno.

—Hice labores de información, ¿y qué? —espetó Joaquín sin sospechar sus intenciones—. No es ningún delito. El Sáhara Español ya es historia. Aquellos tiempos se acabaron.

—Para ti no —gruñó el guardia civil.

—¿De qué me habla?

—De tus dotes para investigar, de servir de nuevo a la Patria.

—Ya cumplí con mi deber —masculló Joaquín atónito.

—Venga, venga… —intercedió el alcalde para serenar los ánimos—. Un poco de calma, que se presenta una noche larga. Sargento Navarro —le ordenó—, sirva otra ronda de Eléctrico, que el alcohol templa los nervios.

El sargento de la Guardia Civil obedeció sumiso y llenó de nuevo los catavinos. El alcalde se levantó de su sillón de piel de cabritilla y avivó el fuego de la salamandra con dos gruesas astillas de pino. Los pinares, en otras épocas puntales de la industria de la miera, se habían abandonado y muchos vecinos, que antes sangraban sus bosques para obtener la preciada resina, los talaban y convertían en leña.

—Voy a decírtelo de una forma clara y concisa —planteó el alcalde a Joaquín, mirándole a los ojos—. Como máximas autoridades de Guijo de Gredos solicitamos oficialmente tu colaboración para recuperar el Santo Prepucio.

—¿Os habéis vuelto locos?

—Suena raro —advirtió el padre Jovellanos—. Las fuerzas del orden no avanzan en la investigación y, tras debatir horas y horas la conveniencia de iniciar nuestras propias pesquisas, hemos llegado a la conclusión de que sólo tú estás capacitado debido a la susodicha experiencia militar.

—Ni hablar.

—Debes hacerlo, Joaquín —insistió el alcalde en tono imperativo—. Está en juego el futuro de nuestro pueblo, el pueblo de tus padres, abuelos, bisabuelos y tatarabuelos.

—Que investigue el sargento Navarro —propuso Joaquín sin comprender nada—. Al fin y al cabo ostenta la autoridad.

—No puede —arguyó el alcalde—. Las ordenanzas militares de la Benemérita impiden a sus miembros indagar por cuenta propia, fuera del protocolo de tan noble institución, y si quebrase la norma y Asuntos Internos le descubriese pondría en peligro su permanencia en la Guardia Civil.

—Os advertí —bufó el cofrade— que no debíamos confiar en un ateo.

—Escucha, Joaquín —argumentó el alcalde para convencerle—. El consistorio correrá con los gastos. Te entregaré seis mil euros, y si recuperas la reliquia de las arcas municipales saldrán otros treinta mil, cinco millones de las antiguas pesetas —le aclaró—, para recompensarte. Libres de impuestos. ¿Qué me dices?

—No puedo aceptar.

—Déjeme probar a mí, señor alcalde —solicitó el sargento Navarro con un triunfo en la manga. Cogió el zurrón de piel, buscó algo en su interior y dejó sobre la mesa tres cartuchos de caza vacíos—. ¿Los reconoces?

—¿Debería? —inquirió Joaquín.

—Apuesto a que sí —lanzó el sargento en tono de reto—. Son cartuchos del calibre doce cargados con postas para jabalíes que el Seprona recogió en el calvero de la Serrana, junto a dos lobos muertos.

—Algún furtivo.

—Puede, puede… —titubeó el sargento Navarro—. Pero me juego la paga de un año a que si entrego a los compañeros de balística de Cáceres tu escopeta sus marcas de percusión coincidirán con las de estos pistones —determinó con aplomo, y señaló los cartuchos—. Matar especies protegidas acarrea penas de cárcel. ¿Lo sabes?

—¿Qué importan dos lobos más o menos?

—A mí nada —intervino el alcalde sin ninguna simpatía por los bichos—. Pero a los conservacionistas de la Consejería de Medioambiente de la Junta de Extremadura se les pondrán los pelos como escarpias y se tirarán a tu yugular igual que vampiros.

—Yo tampoco simpatizo con esas alimañas —confesó solidario el cofrade—. A ningún ganadero le agrada que sus rebaños compartan el monte con semejantes bestias. Recuerda que los ayuntamientos de la sierra firmaron un acuerdo de colaboración para proteger a la especie, y si algún lobo se come una vaca, cabra u oveja, se abona una indemnización.

—Hace un año destrozaron a dos de mis vacas —replicó Joaquín indignado—, rellené un sinfín de formularios, me visitaron en varias ocasiones los técnicos de la Consejería de Medioambiente, y unos meses después determinaron que carecían de elementos de juicio para certificar que la muerte de las reses la hubiese provocado un ataque de los lobos. ¡Pandilla de ineptos! ¡Estaban hechas picadillo!

—Joaquín —dijo el padre Jovellanos con voz aterciopelada—, puedo comprender tu enfado, pero de ninguna manera justifica que te tomes la justicia por tu mano.

—La ley del talión, padre —puntualizó Joaquín—. Ojo por ojo y diente por diente…

—Sí, sí —replicó el cura—, pero nunca olvides que jueces tiene el Señor.

—¡Ni jueces ni porras! —bramó el sargento Navarro, y golpeó la mesa con la palma de la mano—. Lías el petate y marchas a Madrid en busca de la reliquia o esta misma noche redacto un informe para el Seprona y la Consejería de Medioambiente y mañana duermes en la trena.

—Por favor, entra en razón —le rogó el alcalde en tono paternal—. El sargento está enfadado porque sus colegas de la brigadilla de Plasencia, encargados de la investigación, no se toman demasiado interés. Ni siquiera se han dignado comunicar el robo a la Brigada de

Patrimonio Histórico.

—Carecen de pistas —adujo el sargento de la Guardia Civil en defensa de sus compañeros—. Están en dique seco, en un callejón sin salida. Sólo cabe esperar a que los ladrones pongan la reliquia en circulación. Aunque sabemos que este tipo de delincuentes deja pasar mucho tiempo antes de intentar vender la pieza y para entonces la ruina ya se habrá cebado en el pueblo.

—Hijo —musitó el cura, y suplicó a Joaquín—: Hazlo aunque sólo sea por la memoria de tu madre, que en gloria esté, y su devoción por el Santo Prepucio.

—¿Por qué a Madrid, y no a Barcelona o Bilbao? —preguntó Joaquín de sopetón.

—¿Aceptas el encargo? —dudó el alcalde con la boca pequeña.

—Sólo siento curiosidad —se apresuró a responder para no dar lugar a malentendidos—. El recuerdo de mi madre en boca del padre Jovellanos me ha tocado la fibra sensible. Era devota del Santo Prepucio, camarera de la cofradía, y rezaba todos los días delante de la reliquia. Hiciese frío o calor, nunca dejó de orar ante el Santo Prepucio.

—Tenemos una pequeña pista que conduce a Madrid —dijo el alcalde para responder a su pregunta.

—Calle, señor alcalde —le interrumpió el sargento Navarro—, hasta que demuestre su lealtad. No vaya a ser compinche del robo.

—¡Retira eso, picoleto de mierda —gritó Joaquín, y se levantó de golpe con las venas del cuello hinchadas—, o te pego dos tiros como a los lobos!

—¿Tú y cuántos más? —le desafió el sargento Navarro. Hizo amago de llevarse la mano a la cintura, en busca de su pistola, pero recordó que vestía de civil—. Voy a meterte un puro que nunca lo vas a olvidar —le amenazó apuntándole con un dedo, y guardó los cartuchos en el zurrón.

—¡Silencio! —ordenó el alcalde para imponer su autoridad.

—Me las pagarás —sentenció el sargento Navarro y se besó el nudillo del dedo pulgar, que formaba una cruz con el índice.

—¡Ya me ha oído! —le llamó el alcalde al orden—. Y tú, Joaquín, serénate, que no está el horno para bollos. Hace tres días, al retirar la mujer de la limpieza el paño que cubre el altar de la capilla del Santo Prepucio encontró una insignia. Por el lugar del hallazgo, recóndito y de difícil acceso, sospechamos que pertenece al ladrón y que la extravió durante el robo. ¿La trae consigo, padre?

—En mi bolsillo —afirmó al tiempo que la sacaba.

—Mira el reverso —pidió el alcalde a Joaquín—. ¿Qué lees?

—Casa Llobet, Madrid —musitó con dificultad ante unas letras diminutas.

—Es la única pista de que disponemos —declaró el alcalde—. Hay que indagar en Madrid, buscar el domicilio social del fabricante y tirar del hilo hasta encontrar la madeja. ¿Comprendes? Necesitamos a un hombre en Madrid.

—¿Y pretendéis que sea yo?

—No tenemos otra opción —admitió el párroco, y le imploró—: Por caridad, Joaquín, por caridad.

—No sé… —vaciló, y jugueteó con la insignia entre los dedos—. Dejadme pensarlo y mañana os diré algo. ¿Satisfechos?

—Esperaremos tu respuesta —convino el alcalde—. Medítalo y cuando tomes una decisión habla con el padre Jovellanos. Y ahora a dormir, que se ha hecho tarde —concluyó, y dio por terminada la reunión.

Abandonaron uno a uno el consistorio y al llegar a la calle se desperdigaron en dirección a sus casas. El aire frío soplaba fuerte y la ventisca se había convertido en una copiosa nevada que amenazaba con sitiar el pueblo. El párroco caminaba despacio, con miedo a encontrar una lasca de hielo. Joaquín le tendió la mano.

—Apóyese en mí, padre —le ofreció—, no vaya a resbalar.

—Gracias, hijo —aceptó, y se colgó de su brazo—. Sé que eres ateo, que nunca vas a misa, que no has comulgado desde el día de tu primera comunión, pero no importa porque también sé que tienes un corazón tan grande que no cabe en tu pecho, y a los ojos del Señor es lo único que cuenta. —Detuvo su lento caminar un segundo para preguntarle—: ¿Sabes qué dijo Lewis Carrol? —Joaquín negó con la cabeza—. «Dios está en el corazón de los hombres». ¿Qué te parece? A los ojos de Dios sólo vale la bondad del corazón.

—Lo tendré en cuenta, padre —dijo Joaquín, y subrayó—: *Alicia en el país de las maravillas* me parece una obra maestra del cine de animación.

El cura cabeceó, reemprendió su paso vacilante y se perdieron en las tinieblas de la noche como dos estatuas de hielo. Las farolas mostraban tupidas cortinas de copos blancos que impedían proyectar la luz más allá de unos metros, y el ulular del viento se convertía en un lamento de la naturaleza. Joaquín miró preocupado el cielo. Al día siguiente los vecinos tendrían que emplearse a fondo para limpiar las calles y las techumbres, para evitar que las cañerías y conducciones de agua reventaran a causa de las bajas temperaturas, que rondaban los quince grados bajo cero.

# Capítulo 2

No pegó ojo en toda la noche. Acurrucado en la cama, Joaquín meditaba la propuesta de viajar a Madrid. El destino siempre se cumple, por mucho que el pobre mortal pretenda eludirlo, y un extraño cúmulo de circunstancias guiaba sus pasos hacia la capital del Estado. No había dicho nada en la reunión, pero desde hacía semanas le rondaba por la cabeza tomarse unos días libres, dejar el ganado al cuidado de su rabadán y marchar a Madrid en busca de un amor perdido, de un sueño de felicidad olvidado que regresaba como los fantasmas de la infancia a la mente del adulto. Había noches que le despertaban angustiosas pesadillas del Hombre del Saco o del Sacamantecas, y de la misma manera le costaba dormir atormentado por el recuerdo de Ángela, por un destino que planeó noche tras noche mientras permanecía tumbado en su litera del campamento del Tercio en El Aaiún.

Emprendía la recta final de su existencia y quería recuperar el tiempo perdido. Echar marcha atrás, darse otra oportunidad. ¿Qué había hecho durante cincuenta y cinco años? Trabajar, sólo trabajar. Cuidar del ganado, atender a sus padres hasta el último suspiro, encargarse de organizar, algún año que otro, la fiesta mayor de Guijo de Gredos y frecuentar barras americanas de lejanos clubes de carretera para vencer la soledad de sus noches. Quería encontrar sentido a la vida. Vivir otras experiencias y realidades. En el Tercio, en mitad de un paraje desolado del Sáhara, comprendió que había lugares y gente distinta a la suya, a Guijo de Gredos y a los guijeños. Comprendió que el libro de la vida merecía ser leído página a página, sin saltarse un renglón, pero las obligaciones habían marcado siempre el calendario de su destino. Por nada del mundo quería pertenecer al club del «si yo hubiera», y un extraño duendecillo instalado en su cabeza le repetía minuto a minuto: «Ve a Madrid, busca a Ángela y dile que todavía la amas».

A fuerza de aventuras sexuales de pago había intentado borrar de su piel las caricias de Ángela, pero cada vez que una rabiza le abrazaba para hacerle poteterías, cariños de conveniencia, no podía evitar la comparación y el recuerdo siempre superaba al presente. Pensaba que

había olvidado su pasión de juventud, que el tiempo había cicatrizado las heridas de su corazón. Estaba equivocado. La memoria de su primer amor se mantenía viva en su ser.

Si no hubiese hecho limpieza del sobrado quizá todo seguiría igual, con los recuerdos aletargados como los lirones en invierno, pero el reencuentro de las cartas que se cruzaron durante su estancia en la Legión, la imagen apergaminada de una vieja fotografía que llevó muchos años en el portarretratos de su cartera y la solapa de un estuche de cerillas que anunciaba una pensión avivaron la llama de su memoria, de unos pensamientos que cobraban vida y le atormentaban. Si hubiese tenido valor, si las circunstancias no le hubiesen condicionado, ¿qué habría sido de su vida? De alguna manera sí pertenecía al club del «si yo hubiera».

El tiempo pasa sin posibilidad de vuelta atrás. El interrogante, el saber qué hubiese ocurrido de casarse con ella, le mantenía despierto noches enteras, le asaltaba un instante sí y otro también, y cada acto de su quehacer diario parecía señalarle el camino del reencuentro. Tenía que intentarlo. Tenía que buscarla y encontrarla. Aprobar su asignatura pendiente. Mientras ordeñaba de madrugada a sus vacas, en el transistorcito que siempre llevaba consigo para mantenerse en contacto con el mundo sonó una canción, el eco de su conciencia que le apremiaba a tomar una decisión. El piano de Bebo Valdés y la voz ronca del Cigala le hablaban en la soledad de sus horas infinitas.

*Se me olvidó que te olvidé,*
*se me olvidó que te dejé,*
*lejos, muy lejos de mi vida.*
*Se me olvidó que ya no estás,*
*que ya ni me recordarás,*
*y me volvió a sangrar la herida…*

Habían transcurrido casi cuarenta años desde que le declaró su amor y le pidió que se casaran, y lo recordaba con la frescura de su última acción. Se conocían desde pequeños. Nacieron en 1953, en los años en que la segunda fuente de riqueza de España residía en la ganadería y morían de tuberculosis 1.500 personas cada año en capitales como Madrid, Barcelona, Sevilla o La Coruña. Crecieron puerta con puerta, estudiaron juntos las primeras letras en la escuela municipal, un colegio de aulas separadas para niños y niñas, recibieron el sacramento de la comunión el mismo día de manos del padre Jovellanos, aunque ambos pertenecían a familias ateas y republicanas obligadas a renunciar a sus convicciones íntimas bajo la presión de la Dictadura, que les robó la juventud, la esperanza y la libertad.

Pedro Moreno, apodado el Tenaza por su oficio de herrero, nunca vio con buenos ojos la amistad que surgía entre su pequeña Ángela y el hijo del lechero. Deseaba para su primogénita un mejor partido, quizá un estudiante de notariado o un joven viajante de comercio de los muchos que visitaban el pueblo, o un cadete de la Benemérita de prácticas en el cuartel de Guijo de Gredos. Todos los padres esperaban que sus hijas e hijos medraran en la escala social gracias a matrimonios de conveniencia, pero en el corazón de los jóvenes mandaban los sentimientos. La joven Ángela, de figura esbelta, cabellos castaños y ojos verde esmeralda, tuvo varios pretendientes aunque siempre se sintió atraída por Joaquín, un chaval apuesto, musculoso por el mucho bregar en el campo, alto y de pelo azabache que lucía destellos de plata aceitado de brillantina. Siempre se mostró amable con ella, y en los juegos de niños intentaba protegerla pese a las burlas de sus compañeros, que les cantaban con maldad:

*Ángela y Joaquín*
*se quieren casar,*
*pero no tienen dinero*
*para convidar.*

Los años convirtieron poco a poco la amistad en amor sin que fuesen conscientes del palpitar enamorado de sus corazones. Los paseos en solitario por los alrededores de Guijo de Gredos sustituyeron a los juegos de la infancia, y las miradas de deseo encendieron el rubor en sus mejillas, avergonzados por unos sentimientos, sensaciones y emociones que no llegaban a comprender. A los 16 años Joaquín se declaró, le dijo que la amaba, que la deseaba como esposa y madre de sus hijos, y Ángela, sentada en un poyo junto a la puerta del establo, con un nudo en la garganta y un temblor de emoción en el pecho, le respondió que sí, que sus vidas caminarían juntas hasta el final de los días, las horas, los minutos y los segundos, hasta el final de todos los tiempos habidos y por haber. Hasta que la muerte cerrara sus ojos y sus almas se fundieran en un solo espíritu para amarse eternamente. Ese anochecer se prometieron con un beso, dejaron de ser jóvenes inocentes para convertirse en amantes y empezaron a hilvanar un futuro de sueños e ilusiones que jamás se cumplió.

Pedro Moreno, al enterarse de que su hija se había prometido en matrimonio al hijo del lechero, montó en cólera. Gritó y maldijo a todos los santos, renegó de su paternidad y juró por su honor, en presencia de su esposa y su suegra, que su niña jamás se convertiría en la mujer de un patán, de un pastor que olía a boñiga, en la sirvienta de un rebaño de vacas seráficas que vagaban tuberculosas por los prados.

Encerró a Ángela en su habitación, con la esperanza de que el castigo enfriara sus sentimientos, pero no ocurrió así. La fiebre del amor nada la cura. Ángela y Joaquín se las ingeniaron para verse y vivir su pasión entre abrazos y besos al caer la noche. Al amparo de la oscuridad Joaquín trepaba por la hiedra que tapizaba la fachada de la casa de Ángela y accedía por una ventana a su alcoba. A veces, mientras se besaban y acariciaban en silencio, Joaquín temió que el Tenaza entrara de repente hecho una furia y le moliera a palos. Lo imaginaba encrespado en el vano de la puerta como un gallo de pelea, blandiendo una garrota, la cólera desfigurando su rostro hollado por una cicatriz de fuego, la marca de un hierro candente aplicado en su mejilla por un grupo de falangistas para soltarle la lengua en tiempos de maquis y venganzas. A punto estuvo Pedro Moreno, alias el Tenaza, de descubrir las incursiones de Joaquín y hacer realidad sus temores, de desollarle como a los zorros y comadrejas que cazaba en las inmediaciones del corral, pero en aquellos días el destino se mostraba su aliado.

Joaquín y Ángela pensaron en fugarse, en partir al amparo de una noche sin luna, protegidos por la ventisca o la nieve que vestía de blanco los montes, y casarse en una ciudad lejana donde sus nombres fuesen anónimos. Para ganarse la vida ella serviría en una casa de alcurnia y él haría chapuzas de albañilería o fontanería para salir adelante. Desistieron de tal aventura porque estaba llamada al fracaso. Ninguno había cumplido la mayoría de edad, que se adquiría a los 21 años, y para contraer matrimonio precisaban de la emancipación paterna. Barajaron la posibilidad de amancebarse, de vivir en la clandestinidad sin papeles ni sacramento, pero la Dictadura sometía a un férreo control a sus ciudadanos y tarde o temprano la mentira saldría a la luz y acabarían encerrados en un reformatorio bajo la disciplina del Tribunal Tutelar de Menores. Otro inconveniente se sumaba a los descritos. Joaquín debía cumplir el servicio militar y si desaparecía le declararían prófugo, le perseguiría la justicia como perseguía a los ladrones y criminales, le aplicarían la Ley de Vagos y Maleantes o le formarían un consejo de guerra y daría con sus huesos en la cárcel. El futuro pintaba sus sueños de temor y desesperación.

Pasado un año Ángela seguía confinada en su alcoba y únicamente salía acompañada de su madre o de su abuela para acudir al colegio, asistir a las misas dominicales o visitar al galeno si algún catarro propiciaba la tos. Una noche, todavía jadeante tras escalar la hiedra, Joaquín le hizo partícipe de sus planes. Los había rumiado mucho y estaba dispuesto a llevarlos adelante a toda costa. No quería sufrir más aquella situación. No podía esperar cuatro años, hasta cumplir la mayoría de edad, para vivir su amor.

El último domingo Joaquín había visitado junto a sus padres a unos

parientes y por la tarde, mientras esperaba en Plasencia el autocar que le devolvería a Guijo de Gredos y a los brazos de Ángela, entró en un cine de reestreno que proyectaba *Bonnie and Clyde*, un filme de gánsteres interpretado por Warren Beatty y Faye Dunaway cuyas escenas eróticas había mutilado la censura, y *Canción de cuna para un cadáver*, interpretada por Bette Davis, Olivia de Havilland y Joseph Cotten. Pero la solución a sus cuitas no la halló en estas obras maestras del séptimo arte, sino en el NO-DO, el portavoz de la propaganda cinematográfica del Estado de obligada proyección en todas las salas de cine. Sentado en una butaca de madera que laceraba sus nalgas y chirriaba como un grillo en verano, Joaquín contempló el paso marcial y altivo de las tropas legionarias acuarteladas en algún lugar del Sáhara, mientras el narrador desgranaba con voz grandilocuente las hazañas y méritos de la tropa africana, las virtudes de los soldados enrolados en el Tercio de Extranjeros, el valor de unos hombres aguerridos que desfilaban ante dos tipos bajitos, uno tuerto y manco, con el pecho cuajado de medallas. El narrador relató la brillante hoja de servicios del militar tuerto y manco, José Millán Astray, fundador en 1920 de la Legión Española o Tercio de Extranjeros, que se unió al Movimiento Nacional y organizó en Salamanca la Oficina de Prensa y Propaganda Nacionalista.

Al otro individuo que se complacía con el desfilar de la tropa Joaquín lo conocía de sobra porque su padre le dedicaba todos los improperios registrados en la lengua castellana cada vez que se mentaba su nombre. El general Francisco Franco saludaba firmes y el brazo en alto a los caballeros legionarios que la voz anónima definía como «salvadores de la Patria y garantes de las consignas del Movimiento Nacional». De fondo sonaba *El novio de la muerte*, el canto de los legionarios que había aprendido en la escuela municipal junto a la *Marcha de granaderos*, el himno del nuevo régimen, y el *Cara al sol*, el himno de Falange que los niños cantaban por las mañanas al izar la bandera y por las tardes al arriarla.

Aquel reportaje cinematográfico le abrió los ojos, le dio la solución para vivir su amor por Ángela. Se enrolaría en el Tercio, se convertiría en hijo predilecto de la Patria y nadie podría negarle nada. A su regreso se casaría con ella, contra la voluntad de su padre, que tendría que tragarse el orgullo ante un caballero legionario. Así se ganaría el respeto de los vencedores, de Pedro Moreno, alias el Tenaza, de sus amigos, incluso solicitaría la concesión de un estanco o una administración de lotería para salir de pobre y dejar de oler a boñiga. Sólo tendría que gritar: «A mí la Legión» y un tropel de hombres de pechos de acero acudiría en su ayuda como ordenaba el credo legionario. Nunca más estaría solo ante su destino, como Gary Cooper (el *sheriff* Will Kane) frente a la banda de Frank Miller mientra sonaba

la balada *Do not forsake me, oh my darling*. Estaba decidido. Rellenaría impresos y formularios e ingresaría en la Legión. De esta manera podría casarse con Ángela un año antes de lo previsto. Se convertirían en marido y mujer, como mandaban la ley y la Iglesia, y caminarían por las calles del pueblo con la cabeza alta y su orgullo incólume.

Ángela escuchó sus planes en silencio, hipnotizada por los números que Joaquín trazaba en los márgenes blancos de una hoja de periódico para dejarlo escrito como un juramento de lealtad, para cuadrar las fechas y demostrarle, no de viva voz, que puede llevar a engaños, sino con lápiz y papel, que no tenían otra salida, que tras licenciarse quedaría libre de su servidumbre con el Estado, obtendría el respeto del pueblo, incluido su padre y futuro suegro, regresaría con el salario íntegro de un caballero legionario y se casarían, pesara a quien pesara, porque ya no precisarían la autorización paterna aun faltando un año para su mayoría de edad. Así acortarían la espera y disfrutarían doce meses antes de su condición de esposos.

Joaquín aprovechó una visita al Registro de Ganado de Plasencia, con motivo de arreglar unos papeles y legalizar unas marcas de hierro, para presentarse en la Caja de Reclutas, cumplimentar los formularios pertinentes y solicitar su ingreso voluntario en la Legión Española. No tuvo que esperar mucho para obtener la respuesta. Un mes después una carta junto con un salvoconducto militar de libre circulación en trenes y autocares le reclamaba de inmediato en las oficinas del Tercio de Extranjeros de Melilla. Aquella noche, la última antes de su partida, trepó más rápido que nunca la hiedra, con la carta sujeta entre los dientes y la satisfacción del deber cumplido. Le entregó el sobre a Ángela y, sin abrirlo, ella sintió una punzada en el corazón, un espasmo que le recorría las entrañas, un desasosiego que su abuela ligaba a las desgracias venideras, y supo que sus problemas, lejos de resolverse, acababan de empezar. Ángela calló para no herirle, para no disgustarle. Joaquín había demostrado que la amaba al arriesgar noche tras noche su pellejo, resignado a quererse a hurtadillas, sintiendo el odio de su padre, que no dudaría en desollarle si descubría que burlaba su encierro, y soñando con los ojos abiertos.

Se besaron con la incertidumbre de la despedida, tristes de saber que no volverían a verse durante muchos meses. La hiedra se convirtió en su particular *Colina del adiós*, pero no eran ni William Holden ni Jennifer Jones, ni sonaba la popular canción de la película. Ángela sacó una fotografía que guardaba entre las sábanas, con olor a lavanda, y se la entregó con el ruego de llevarla siempre cerca de su corazón. Joaquín asintió sin palabras. La congoja le atenazaba las cuerdas de la voz, y la guardó en el portarretratos de su cartera. Ella prometió guardarle la ausencia y sólo atinó a pedirle que se cuidara, que comiera bien y que le escribiera todos los días. Joaquín le

prometió que así lo haría. Le escribiría a diario, trescientas sesenta y cinco cartas al año. Un puñado de dinero en papel y sellos de correos. Para ahorrarse unas pesetas, juntaría las cartas de una semana y las enviaría en un mismo sobre. Las remitiría a una lista de correo que Ángela abriría en la estafeta de Jarandilla de la Vera, para evitar que su padre las arrojara al fuego del hogar antes de dejárselas leer.

A la mañana siguiente Joaquín partió. Dejó con lágrimas en los ojos a su madre, a su padre y a su amada Ángela, y con una sonrisa de vencedor a Pedro, *el Tenaza,* que veía en su marcha la solución a sus desvelos ante el futuro de su hija. Se había jurado que acabaría con aquella maldita relación, y a miles de kilómetros el uno del otro la daba por extinguida, como extinguió con bolas de estricnina a los quebrantahuesos de las cumbres de Gredos para cobrar la recompensa municipal por matar alimañas.

Al anochecer de aquel día aciago de enero Joaquín llegó a Madrid. Se pasó el viaje contemplando la foto que Ángela le había entregado con un beso, y su simple recuerdo le avivaba las fuerzas para seguir adelante y convertirse en caballero legionario. Se apeó del autocar en la vecindad de la estación de Atocha, y por primera vez en su vida pisó la capital del Estado, Madrid, la gran metrópoli que para miles de agricultores y ganaderos que huían del hambre se convertía en el sueño de una vida mejor. Por las rampas de la estación desembarcaban cientos de emigrantes de su querida Extremadura, de Andalucía, Murcia o Galicia… Miles de trabajadores anónimos del campo que perseguían un sueño común: escapar de la pobreza. Alzó las solapas de su zamarra, para protegerse las orejas del frío, y caminó sin rumbo fijo. El aire helado cortaba la cara. Madrid y Guijo de Gredos en eso se parecían.

Un muchacho pregonaba los titulares de un diario vespertino y agitaba un ejemplar con frenesí. El día que Joaquín llegó a Madrid comenzó el juicio contra Sirham Sirham, acusado de asesinar a Robert Francis Kennedy, senador demócrata por Nueva York, y la noticia se convirtió en portada de todos los periódicos. Al llegar a la glorieta de Atocha las luces de la ciudad le parecieron cometas de una galaxia lejana. Nunca había visto tanta luminaria, ni siquiera en Navidad, cuando las calles de Plasencia se guarnecían con bombillas de colores que componían estrellas de Belén. Giró en círculo para contemplar la belleza que le rodeaba. No sabía adónde mirar. Cada edificio que descubría ante sí le parecía más hermoso que el anterior. Cualquiera de ellos se le antojaba mayor que Guijo de Gredos. Respiró profundamente y recuperó el control de sus sentidos. Sacó un papelito con el nombre de una pensión recomendada en la Caja de Reclutas y preguntó a una ajetreada castañera que asaba boniatos en carbón de encina. La mujer le aconsejó que siguiera hacia arriba, por Atocha,

hasta encontrar la calle León, allí estaba la fonda que buscaba.

De camino se entretuvo en los escaparates de los bares, con bocadillos de calamares apilados en aparadores de cristal llenos de churres de grasa. El petate le pesaba. Se lo cargó al hombro y entró decidido a descubrir un paraíso de fritangas y olores rancios, con la inocencia de los niños en el túnel de la risa. Se sentó en la barra, el petate a sus pies, y el camarero le preguntó qué deseaba. Pidió un vino de pitarra. El hombre le miró de hito en hito, calibró su cordura y, al comprobar que llevaba todas sus pertenencias en un petate, le tomó por un destripaterrones recién llegado a la capital en busca de fortuna. Por uno de los vagabundos que entraban a diario para mendigar un currusco de pan. «Un vino de pitarra», insistió Joaquín ajeno a los recelos del camarero. «¡Te vas a pitorrear de tu madre!», espetó el mozo, con las manos grandes como pianos apoyadas en la barra. Joaquín evitó la bronca y salió sin rechistar. ¿Qué había hecho? ¡Sólo había pedido un vino típico de su tierra! Siguió en dirección a la pensión, dobló por la calle León y buscó el número que llevaba escrito en el papel que había ablandado el sudor de su mano. Un rótulo le señaló el final del camino:

> Pensión Faquir,
> la mejor para dormir.
> Segundo piso interior.

Subió una escalera estrecha, alumbrada por farolillos de escasa luz, y entró en su hábitat de aquella noche y las dos siguientes. El tren de Algeciras partía sólo una vez a la semana y tendría que esperar. Un pequeño mostrador y un grueso libro de registro le dieron la bienvenida. La dueña, una mujer oronda, velluda y de dientes aciguatados, tomó nota de su nombre y apellidos, de su dirección y del número de su documento nacional de identidad, como exigía la ley, y le entregó una llave herrumbrosa. Joaquín siguió sus indicaciones y accedió a un saloncito de mesas cubiertas con manteles de hule, y luego a un pasillo con cuatro habitaciones a cada lado y un baño al principio y otro al final.

Abrió la puerta de su diminuta alcoba. En su casa disponía de una cama enorme, de un buen colchón de lana merina, de un armario de madera de castaño que talló su bisabuelo tabla a tabla, de una mesita de noche también de castaño que perteneció al ajuar de su difunta abuela, de una lamparita de tulipa de cristal y tres lágrimas —porque el resto se habían desprendido a través de los años—, de una jofaina de cerámica, de una pastilla de jabón elaborado por su madre con aceite de freír, de una gran toalla de algodón, una silla, un galán de noche y una palmatoria debido a los cortes de luz que sufría el pueblo. Allí sólo había un mísero camastro de jergón de esparto hundido en el

centro, un somier de flejes y muelles que chirriaban, un agujero en la pared provisto de una barra oxidada y perchas de alambre para colgar la ropa, una lámpara de techo y pantalla de cartón ondulado y una mesita de noche sin cajonera y con quemaduras de cigarrillos.

Colgó el petate de la barra y se echó vestido en la cama. Esa noche tampoco pegó ojo. El runrún de la ciudad le impidió dormir. Estaba acostumbrado a la quietud de Guijo de Gredos, que pese a las pocas horas que llevaba fuera ya añoraba. Por sus calles sólo circulaban animales de tiro, hatos de vacas que subían a los prados comunales o bajaban a los establos, y algún burro de carga al llegar los arrieros placentinos. Al ruido de la ciudad lo sustituía el olor acre de las boñigas. Los únicos coches que transitaban por Guijo de Gredos pertenecían al alcalde y jefe de la Falange y al comandante de puesto del cuartel de la Guardia Civil. En Madrid no había malos olores, la gente guardaba mejor la higiene, y eso le hizo pensar que necesitaba darse un baño.

Cogió la toalla deshilachada y una pastilla de jabón que olía a zotal y se encaminó al aseo que le correspondía. Nunca había visto nada igual. Había una taza de cerámica cubierta por una tapa de plástico blanco, una cisterna a ras del techo y una cadenita colgada a la altura de la mano para vaciar el agua y arrastrar las heces hacia la cloaca general. Descorrió una cortina de hule y descubrió otro avance de la higiene desconocido todavía en su pueblo. Quizá hubiese algo parecido en los palacios y casonas señoriales de Plasencia, como la casa de las Argollas, donde celebraron sus esponsales Juana la Beltraneja y el rey de Portugal, pero jamás había visto nada semejante salvo en el cine, en esa ventana al mundo única y maravillosa. Al barreño de aluminio que utilizaban en su casa para lavarse lo sustituía una ducha de agua caliente y fría, dotada de manijas para regular la temperatura, y un tubo de cinc conectado a una alcachofa que vertía agua a voluntad sobre el cuerpo del usuario. Apenas llevaba un día fuera y había descubierto más prodigios que en toda su vida. Tenía que contárselo a Ángela en sus cartas, hablarle de los portentos que había detrás de los montes altos y nevados de la cordillera de Gredos. El día que contrajesen matrimonio vendrían de luna de miel a Madrid.

Se jabonó la cabeza y el cuerpo y se aclaró sin necesidad de convertirse en un contorsionista para entrar de cuclillas en el barreño. Se recreó bajo el chorro del agua caliente, hasta que un vozarrón le apremió a que terminara. «¡Me hago de vientre!», gritó alguien con energía. Joaquín salió envuelto en la toalla y entró en el aseo un muchachote de su misma edad, de cara oscura, curtida por el sol abrasador del campo, refunfuñando y con las manos apretadas sobre la barriga. Joaquín oyó estampidos de flatulencias y corrió asustado a encerrarse en su habitación.

Se tumbó de nuevo en la cama. Cogió la foto de Ángela y la contempló casi en éxtasis. La imaginaba en su cuarto, en la rutina de planchar la ropa, doblarla para guardarla en los armarios con saquitos de lavanda, remendar los sietes de los pantalones de faena, lustrar los zapatos, y ansiaba estrecharla entre sus brazos como estrechaba su imagen de cartulina. Tendría que esperar. A fin de cuentas había partido para casarse antes de la mayoría de edad, para acortar la espera, y había dado ya el primer paso.

Sus dos jornadas de estancia en Madrid las dedicó a recorrer la ciudad, en especial los paseos del Prado, Recoletos y la Castellana, que su mente comparaba con las grandes avenidas de la película *Cleopatra*, interpretada por una esplendorosa Elizabeth Taylor. ¿Cuántas vacadas cabrían en el ancho del Paseo? Anduvo arriba y abajo, observó las imágenes de los dioses Neptuno y Cibeles, rodeados de bellos edificios, y todo, absolutamente todo, le fascinó.

La tarde del tercer día abandonó la fonda y se encaminó a la estación de Atocha para coger el tren de Algeciras. La policía vigilaba los andenes, y al hacer intención de subir a uno de los vagones le reclamaron para que mostrara su documentación. Sacó su carné de identidad y su carta de reclutamiento como caballero legionario en el Tercio de Extranjeros y los dos policías se cuadraron. Los jóvenes que arriesgaban sus vidas por la Patria en el infierno del Sáhara merecían su respeto. Joaquín aprovechó la tesitura para preguntarles qué ocurría. Los armadas se miraron preocupados y le dijeron que varios estudiantes habían asaltado el rectorado de la Universidad de Barcelona, arriado la bandera nacional e izado la comunista y destrozado una estatua del general Franco. Joaquín asintió y subió al tren.

A la mañana siguiente llegó a Algeciras, con el cuerpo molido de dormir una noche entera sobre un asiento de madera de tercera clase, el traqueteo constante a causa de las traviesas, el tufo a sobaquina de los braceros que regresaban a sus casas y el desasosiego de no saber de Ángela. Nada más llegar le escribiría su primera carta, le narraría lo maravilloso que le había parecido Madrid y le enviaría sus señas para recibir la correspondencia.

Al bajar del tren notó la agradable sensación de una primavera repentina. El frío invernal de Guijo de Gredos y de Madrid se convirtió en una caricia suave que le trajo la fragancia de las madreselvas y buganvillas que tapizaban los muros de las casas. Había llegado a Shangrilá, al paraíso mítico de *Horizontes perdidos*, la película de Frank Capra. En la oficina del jefe de estación preguntó por el transbordador a Melilla y el hombre, acostumbrado a responder a miles de reclutas la misma cuestión, le indicó con exactitud de topógrafo el camino a

seguir.

Anduvo ligero, con el petate al hombro, y pronto encontró el puerto frente a la amplia bahía de Algeciras, un excelente abrigo para las embarcaciones si soplaban vientos o temporales de cualquier cuadrante. Se quedó de pie, estático como una figura de bronce, y contempló por primera vez la inmensidad del mar. Nunca antes, salvo en las películas (siempre el cine en su recuerdo), había visto el mar, y descubrió un mundo insólito, un espacio de realidades distintas a las vividas en tierra firme. Respiró hondo, metió la brisa cargada de yodo en sus pulmones y se sintió feliz de haber emprendido aquella aventura. Giró la vista hacia la ciudad, encaramada sobre las colinas de la Luna y el Algarrobo, y le pareció una estampa idílica. Un viejo pescador, de rostro curtido por el sol en cientos de océanos, le señaló el pantalán donde amarraban los transbordadores de Ceuta y Melilla, y se encaminó hacia aquel lugar.

Un barco hizo sonar su sirena y varios chavales, también con petates al hombro, corrieron hacia la pasarela para subir a bordo. Joaquín les preguntó a gritos su destino, y a gritos le respondieron que iban a Melilla, a enrolarse en el Tercio. Corrió con el petate a la espalda golpeándole los riñones, ganó la pasarela, subió a cubierta y observó la inmensidad de la bahía. Un marino le pidió sus papeles, la sirena del barco lanzó un bramido de despedida y el coloso inició su corta singladura hasta la costa africana.

Acodado en el barandal de proa, con los ojos llorosos debido al fuerte viento, Joaquín cruzó el Estrecho y desembarcó en Melilla. Disponía de unas horas libres antes de presentarse en la Caja de Reclutas, y recorrió el barrio del Mantelete, repleto de tiendas de corte y confección que cosían trajes a medida, coloniales con tarros de especias traídas de ultramar, almacenes de herramientas y ferretería y un mercado de abastos. Compró algunos enseres para su higiene personal: una barrita de jabón, una brocha de pelo de tejón, un librito de hojas de afeitar, un rollo de papel higiénico…, y enseguida aprendió el valor del regateo en tierras de África: «¡Amigo!…, ¡amigo!… ¡Barato!…, ¡barato!…».

La oficina del Tercio de Extranjeros bullía de jóvenes dispuestos a la aventura. El grupo que había viajado en su mismo barco jaleaba a un compañero que la suerte dejaba en Melilla. Otros partirían hacia las guarniciones de Alhucemas, las islas Chafarinas o el peñón de Vélez de la Gomera; y otros, menos afortunados, entre los que figuraba su nombre, hacia los acuartelamientos del Sáhara Occidental. En una ventanilla Joaquín presentó sus papeles, y el cabo primero que atendía a los nuevos reclutas le entregó un salvoconducto para el bimotor que despegaba del aeródromo militar con destino a El Aaiún.

Sus primeros días en el Tercio los dedicó a familiarizarse con su

recién estrenada vida de soldado. El uniforme de legionario le hacía sentirse más hombre, le capacitaba para afrontar los problemas que le habían arrastrado hasta El Aaiún. Estaba orgulloso de su decisión y ardía en deseos de mandarle a Ángela una fotografía vestido de militar, y en cuanto tuvo ocasión acudió al retratista. No le costó hacerse a la rutina del ejército, pese a los madrugones para la instrucción, los esfuerzos físicos en la pista de obstáculos o los interminables desfiles a ciento cuarenta pasos por minuto, con la cabra al frente de la compañía, el Cetme al hombro, los tambores atronando los oídos, las cornetas de estridencia metálica marcando el ritmo de la tropa: ¡Un, dos…!, ¡un, dos…! ¡Derecha!… ¡Ar! ¡A cubrirse!… ¡Ar! Nada le resultaba extraño: madrugaba para subir las vacas a los prados o para ordeñarlas, estaba habituado a levantar pesadas balas de paja o cántaras de leche, a correr tras las reses extraviadas, a escuchar los gritos de su padre apremiándole en las tareas: «¡Joaquín, retira el estiércol!», «¡Joaquín, muesca a los terneros!», «¡Joaquín, afrontila a esa vaca nerviosa!». En la Legión sudaba lo mismo pero vestido de uniforme.

Joaquín esperaba impaciente la noche de los sábados porque en la plana del campamento se organizaba un cine al aire libre. Una de las pocas diversiones de que disfrutaba en mitad de la nada. El cine le fascinaba, se había convertido en su principal fuente de cultura, y se presentaba a las sesiones con suficiente tiempo para acomodarse en la primera fila y disfrutar del espectáculo sin cabezones. Sentados en sillas de tijera, frente a una sábana que el viento agitaba y distorsionaba las imágenes para convertirlas en espectros, con los irremediables cortes de luz o metraje y los silbidos de lujuria ante las voluptuosidades de las actrices, Joaquín disfrutaba de películas encaminadas a levantar la moral de los soldados. Allí, a la *belle étoile*, como bromeaban los pocos franceses enrolados en la Legión, disfrutó de cintas inolvidables como *Casablanca*, mutilada por la censura, que prohibió en el doblaje cualquier mención a la colaboración de Rick (Humphrey Bogart) con las Brigadas Internacionales; *La bandera*, protagonizada por un apuesto Jean Gabin (Pierre Gilieth) que, tras asesinar a un hombre en París, huye a Barcelona, se alista en la Legión y termina en un burdel marroquí enamorado de la bailarina Aïche la Slaoui (la bellísima actriz Annabella); o *Beau Geste*, en la que tres hermanos (Gary Cooper, Robert Preston y Ray Milland) se enrolan en la Legión Extranjera para evitar ser acusados del robo del zafiro *Blue Water*, son destinados a Fort Zinderneuf y deben enfrentarse a la rebelión de los árabes y al malvado sargento Markoff.

Los domingos una avioneta trasladaba las sacas del correo desde Melilla a El Aaiún y se procedía al reparto de la correspondencia y a retirar las cartas del buzón instalado frente a los edificios de la

comandancia. Al atardecer, durante sus pocas horas de asueto, Joaquín escribía su letra diaria a Ángela, la guardaba junto al resto de la semana y el domingo por la mañana, antes de que llegara la avioneta, las metía en un sobre, lo franqueaba y depositaba en el buzón.

Narraba a Ángela sus actividades al detalle, le decía que su amor crecía a medida que pasaban los días sin verla. Le preguntaba cómo estaba, qué hacía, y sobre todo le repetía una y mil veces que la amaba. Ella le describía la rutina de su vida, le transmitía la necesidad de tenerle entre sus brazos, de besarle, de sentir sus caricias, y le preguntaba, angustiada, cuándo iría de permiso. Joaquín le contestaba que muy pronto, pero en realidad desconocía la fecha porque la situación en el Sáhara obligaba a mantener la tropa acuartelada, y las noticias que llegaban de la Península tampoco contribuían a calmar los ánimos. Aquel mes de enero de 1969 el Consejo de Ministros decretó el estado de excepción, suspendió varios artículos del Fuero de los Españoles y declaró la censura de prensa. Para colmo, José Legrá, el campeón español de los pesos pluma, perdió su título mundial en el Albert Hall londinense frente al australiano Johnny Famechon.

Su primer año en la Legión le reportó muchas vivencias, en especial los meses previos a la descolonización de Ifni, que provocó numerosos incidentes militares con las tropas marroquíes. La Legión seguía acuartelada, precisaba del total de sus efectivos para defender el Sáhara Occidental de las agresiones constantes de Marruecos, Mauritania y Argelia, que sin éxito denunciaba Jaime de Piniés ante el Comité de Descolonización de las Naciones Unidas. Huari Bumedian, presidente de Argelia, se reunió con su homólogo mauritano, Mokhtar Ould Daddah, para presionar a España y forzarla a abandonar el Sáhara, un territorio de 246.000 km$^2$ muy rico en yacimientos de fosfatos. La Legión cumplió con su deber. Vertió sangre, sudor y lágrimas para defender la tierra patria, y el permiso anhelado por Joaquín durante tantos meses nunca llegó. Sólo una noticia parecía dispuesta a cambiar la historia del mundo. La madrugada del 21 de julio de 1969 tres astronautas, Neil Amstrong, Edwin Aldrin y Michael Collins, conquistaron la Luna a bordo del *Apolo XI*. Joaquín, acurrucado en la garita, cumpliendo su guardia nocturna, escuchó incrédulo en su transistorcito la narración del evento: «Un pequeño paso para el hombre, y un gran paso para la Humanidad», repetía incansable el locutor henchido de emoción al descender Neil Amstrong la escalerilla del módulo lunar y hollar por primera vez el Mar de la Tranquilidad. Joaquín miró a su alrededor. El Sáhara le pareció un lugar más lejano y vacío que la Luna.

En mitad de aquella calma tensa se producían frecuentes altercados

entre las patrullas de la Legión que vigilaban la frontera y las tropas moras que vulneraban constantemente los límites establecidos. Bajo el sol cegador del desierto, con la ropa empapada de sudor, la garganta como la lija y las ráfagas de ametralladora silbando en su oído, Joaquín comprendió la necesidad de vivir la vida minuto a minuto, de impedir que se escapara como las aguas fecales por los desagües de las letrinas, comprendió que su esfuerzo para casarse un año antes con Ángela valía la pena. En sus cartas ella le preguntaba machaconamente por el permiso, por el día del reencuentro momentáneo, y Joaquín le respondía con evasivas para ocultarle la verdad: que se jugaba el tipo en cada servicio, que la situación estaba a punto de estallar, que su permiso había sido aplazado sine díe y que su aventura militar se había convertido en un auténtico infierno.

Un buen día dejó de recibir las cartas de Ángela que la avioneta del correo le traía todos los domingos. Al principio Joaquín pensó que se habrían extraviado porque alguna que otra vez así ocurrió, pero al prolongarse la situación durante un mes temió que algo peor hubiese pasado. Consideró cientos de posibilidades. Quizá sus cartas tampoco llegaban, quizá el conflicto del Sáhara había provocado la clausura temporal del correo para evitar que las malas noticias llegaran a la Península, quizá Ángela estaba enferma… Su vida se había convertido en el estribillo de una canción. Quizás…, quizás…, quizás…

Pese al riesgo que entrañaba romper el toque de queda, Joaquín intentó llamarla por teléfono noche tras noche. Se vestía de civil, burlaba la guardia en connivencia con sus compañeros y pasaba horas y horas en la centralita de El Aaiún para comunicar con Guijo de Gredos. Pero las conferencias sufrían muchísimas horas de demora, a veces días, porque los moros saboteaban las líneas, cortaban los hilos telefónicos y derribaban los postes. Intentó mandarle un telegrama, pero el telégrafo había sido confiscado y entregado a los mandos del ejército, que necesitaban estar en contacto permanente con el Estado Mayor.

Llevaba tres meses sin noticias de Ángela y pensó en abandonar la Legión, en solicitar su baja voluntaria y regresar a Guijo de Gredos para averiguar qué ocurría. Ingenuo. Siempre pecó de ingenuo. Faltaban hombres para controlar las fronteras, atender la intendencia de la tropa acuartelada en las minas de Bu Craa (100 km al sureste de El Aaiún), relevar a los puestos de vigilancia instalados en mitad de las dunas, cumplir misiones de inteligencia detrás de las filas enemigas, defender a los miles de civiles que vivían bajo bandera española… Nadie abandonaba la Legión en circunstancias de máxima alerta. Al presentar al capitán Alberto Soriano su petición de renuncia, simplemente la hizo trizas, la arrojó a la papelera y le hizo avergonzarse de su conducta. ¿Acaso tenía miedo? ¿Pensaba dejar a

sus compañeros en los peores momentos? ¿Dónde guardaba el valor demostrado en mitad de las balaceras? «Un legionario —le gritó el capitán fuera de sí— muere siendo legionario, y aquí nadie se marcha hasta que la Patria lo decida».

Nada más entregar su renuncia Joaquín se arrepintió de haberlo hecho. Su acción resultaba indigna de un caballero legionario. Tenía que permanecer junto a sus compatriotas, cumplir su deber de soldado y apechugar con las circunstancias. No recibió de Ángela ninguna carta más, y su vida se convirtió en una zozobra, en un interrogante sin respuesta que le atormentaba segundo a segundo. Perdió la alegría que le caracterizaba, se entregó al alivio de las borracheras en tugurios de mala muerte, dilapidó la soldada en lupanares de pulgas, se presentó voluntario a las misiones más arriesgadas deseando que una bala segara su vida, se convirtió en un auténtico novio de la muerte, y un día, cuando ya había perdido la cuenta del tiempo que llevaba enrolado, el capitán Alberto Soriano le comunicó que había recibido su licencia. Joaquín pensó en reengancharse, en permanecer en la Legión el resto de sus días, pero todavía amaba a Ángela y necesitaba saber la causa de su silencio.

A la mañana siguiente voló a Melilla y desde la ciudad africana deshizo el camino andado tres años antes. En su petate sólo cargaba sus escasas pertenencias y un puñado de cartas.

Dos días después Joaquín llegó a Guijo de Gredos. En el pueblo pocas cosas habían cambiado. Encontró a sus padres desmejorados, envejecidos por los rigores del trabajo, la tristeza de su marcha, que siempre aceptaron pero nunca aprobaron, y el mucho trajinar con el ganado, cuyas cabezas habían aumentado a base de esfuerzos y penurias. Su madre le miró de arriba abajo. Mandó a un niño y le devolvían a un hombre. Le abrazó entre sollozos de alegría por su regreso y antes de que formulara ninguna pregunta sobre Ángela le dio la mala noticia: se había fugado con un viajante de comercio.

Ángela se marchó una mañana en silencio, sin despedirse, sin dejar una palabra escrita sobre las causas de su desamor. Se aburrió de esperarle, se cansó de su prolongada ausencia, de las muchas promesas incumplidas. Conoció a un joven apuesto, de mejor posición y futuro que el suyo, y se enamoró. Así había ocurrido, pensó Joaquín buscando respuestas a sus muchas preguntas, buscando una razón que justificara su dolor. Sería inútil preguntarle a Pedro, *el Tenaza,* sobre el paradero de su hija. Nunca aprobó su relación. Después de tanto trepar por la hiedra, de jugarse la vida en el Sáhara, había perdido la partida.

Algunos años más tarde, en una de sus frecuentes idas a Plasencia para obtener guías de transporte para el ganado, pagar tasas, concertar la

visita del veterinario o acordar el precio de la leche con los compradores, Joaquín visitó a una prima de Ángela que siempre le tuvo en estima. Le invitó a entrar en casa, le sentó frente a un brasero de picón, le ofreció una copita de curasao y le dijo que su marcha a la Legión sumió a Ángela en una tristeza profunda, que dejó de comer y adelgazó hasta quedarse en los huesos, que sufrió de insomnio y lloró noches enteras. Transcurridos los meses sin que nunca viniera de permiso, Ángela le supuso en brazos de otra mujer. Pedro, *el Tenaza,* alimentó la sospecha. Metió cizaña, como la metían los gitanos en las peleas de perros, prendió la llama de la desconfianza y se adueñó de la voluntad de su hija. Inoculó la maldad en su corazón enamorado, y Ángela dejó de creer en las promesas que Joaquín vertía en sus cartas. Se cansó de palabras incumplidas, de esperarle y sufrir en silencio su ausencia, y poco a poco su pasión se enfrió hasta convertirse en un témpano de hielo. Un día conoció a un joven de Madrid, representante de mercería, y Ángela marchó de su mano para olvidarle y empezar una nueva vida. Joaquín le preguntó si conocía su dirección, su teléfono, y la prima negó con la cabeza. Al principio se escribieron pero después perdieron el contacto. Del cajón de un aparador sacó un estuche de cerillas, el anuncio de una pensión madrileña donde Ángela vivió algún tiempo, y se lo entregó. En ese instante Joaquín sintió el impulso de marchar a Madrid para pedirle explicaciones, porque todavía la amaba en la soledad de su existencia, pero no se atrevió. Le faltaron arrestos. Habían pasado demasiados años. La pensión ya ni siquiera existiría, su padre estaba enfermo y debía atender al ganado, su madre sufría artrosis en las rodillas y apenas podía moverse, y su fuerza e ímpetu de juventud se quedaron en las arenas del desierto.

Acostado en la cama Joaquín escuchaba el ulular del viento, el golpear rítmico de una contraventana que ajustaba mal, y el tictac sonoro de un viejo despertador de cuerda y campana que marcaba las cuatro de la madrugada. Los recuerdos le torturaban e impedían conciliar el sueño. La petición del alcalde se había convertido en una señal, en un indicio que le apremiaba a tomar una decisión. Hacía días que rumiaba la idea de viajar a Madrid, y ahora el destino, el robo del Santo Prepucio, le obligaba a decidirse de una vez.

Prendió la luz de la mesita de noche, miró por enésima vez la foto de juventud de Ángela y la solapa del estuche de cerillas que anunciaba una pensión y pensó que nunca es tarde si la dicha es buena. Después de años de trabajar sin descanso se merecía una vacación. Unos días de ocio en la ciudad que le había encandilado de joven. Darse a sí mismo una oportunidad. Lo había decidido. Precisaba respuestas a sus muchas dudas. Iría a Madrid en busca de Ángela y cumpliría como buen guijeño la voluntad de su alcalde. Su madre,

desde el cielo, estaría orgullosa de él.

# Capítulo 3

A las cinco de la madrugada Joaquín se levantó como todos los días para atender al ganado. Miró por la ventana. La oscuridad envolvía al pueblo. Las farolas estaban apagadas, las luces de las casas también, las calles se habían convertido en una garganta de lobo por un fallo en el transformador, y el temporal de viento y nieve había amainado. Se vistió la ropa de faena, se calzó unas katiuskas, se puso un viejo anorak de plumas, con rotos y zurcidos, enfundó los dedos en unos guantes de lana desgastados y, guiado por la luz macilenta de una linterna de petaca, se enfrentó a la negrura para acudir al establo.

Al entrar, el calor animal le reconfortó. Se quitó los guantes, se frotó las manos y se echó el aliento en ellas para ganar sensibilidad en la punta de los dedos. Colgó su transistorcito de una alcayata y buscó la frecuencia de Radio Nacional de España a la espera de un parte meteorológico. Ayudado por la linterna, y acompañado del mugido de las reses, se dirigió al cuartito del generador. Comprobó el nivel del gasóleo en el depósito y giró el manubrio de arranque hasta ponerlo en marcha. El aparato soltó una nube de humos tóxicos, tosió como un anciano fumador y, a medida que aumentó de revoluciones, los gases desaparecieron.

Joaquín miró la aguja del potenciómetro y, cuando alcanzó la tensión necesaria para accionar el ordeñador mecánico, pulsó el interruptor. Una batería de fluorescentes alumbró a saltos la nave y apagó la linterna. Levantó la vista y se quedó estupefacto. Ante sus ojos aparecieron cientos de papelitos pegados por todas partes. ¿Quién había entrado en la nave? ¿Quién había empapelado las paredes, los utensilios de ordeño, las balas de paja, los sacos de pienso…? Cogió uno. Mostraba una libélula impresa. Se lo guardó en el bolsillo y arrancó varios. Todos del mismo color, forma y dimensión, y con una libélula dibujada. Una gamberrada, dedujo al comprobar que no habían robado ni roto nada. Los chavales del pueblo o de los pueblos vecinos las gastaban de tarde en tarde. En una ocasión forzaron la puerta de la nave, la dejaron abierta y las vacas escaparon monte arriba, hasta los prados de diente que crecían en el piso montano.

Colocó los chupones en las ubres, comprobó que no hubiese

ninguna dobladura en los tubos de conducción y puso en funcionamiento el ingenio. Las vacas se inquietaron por el zumbido de la bomba de impulsión y después se tranquilizaron. Mientras la máquina ordeñaba a los animales, Joaquín se entretuvo en arrancar los papelitos. Formó una bola con ellos y les prendió fuego en un cubo de aluminio que utilizaba de brasero. «Gamberros, vaya panda de gamberros», gruñó entre dientes sin que nadie le escuchara.

Encargó a su rabadán que se ocupara del ganado hasta su regreso. Le puso en antecedentes de la gamberrada y le pidió que prestara atención, que revisara la nave varias veces al día y si descubría a los chavales que les disparase un cartucho de sal gorda. Les escocería un buen rato el trasero y escarmentarían. Luego regresó a su casa para asearse. Se duchó y vistió con ropa de calle, cambió las katiuskas por unas botas Panama Jack de piel que había comprado en la mejor zapatería de Plasencia, sustituyó los guantes de faena por otros de piel y se encaminó a la parroquia para hablar con el padre Jovellanos. El sol despuntaba sobre los cerros más altos y los primeros rayos fundían los carámbanos que colgaban de los saledizos como lágrimas de hielo. En un pispás se presentó en la plaza Mayor. Bajo los soportales el frío y la humedad crecían. Apretó el paso y se plantó frente a la puerta de la iglesia.

Observó su fachada barroca, de sillares de granito como el resto de la fábrica, y alzó la vista hacia la linterna de la cúpula escoltada por dos gráciles campanarios simétricos, de dos plantas y torrecillas, y un cuerpo de campanas de notable sonoridad, como demostraba el padre Jovellanos a la mínima ocasión. Joaquín había visitado la iglesia de la Circuncisión de Jesús Niño cientos de veces y nunca antes había reparado en la belleza de su ornamentación. No tenía ni idea de arte, pero por primera vez le pareció hermosa y entendió por qué los turistas le tomaban cientos de fotografías.

Empujó la puerta y entró. La nave estaba vacía. La misa de la mañana había terminado hacía cinco minutos, y se dirigió a la sacristía. Encontró al padre Jovellanos en la tarea de quitarse las vestiduras sacerdotales. El cura le saludó, besó la estola, la dobló con cuidado y la guardó en la cajonera de roble que tapizaba una parte de la pared.

—¿Qué te trae por aquí, Joaquín? —le preguntó el cura—. No sueles frecuentar la iglesia ni que se hunda el mundo.

—Perdone, padre —se disculpó—. No quería molestarle.

—Lo sé, hijo —convino—. ¿En qué puedo ayudarte?

—No he pegado ojo —confesó Joaquín con evidentes muestras de cansancio—. He rumiado mucho el asunto de anoche, y he decidido aceptar la propuesta del alcalde y viajar a Madrid para indagar sobre el robo. Aunque dudo —apuntilló con desgana— que sirva de algo,

salvo para cubrir las apariencias delante de los vecinos si el relicario no aparece.

—Sabía que aceptarías. Te conozco desde el día en que naciste, y estaba convencido de que no defraudarías a tus amigos, que no les dejarías en la estacada. Siempre has sido una persona cabal.

—A la fuerza ahorcan, padre —protestó Joaquín—. No me dejaron otra opción. Si no acepto la gente me retirará la palabra, y tengo que vivir aquí.

—No será para tanto. Te vas unos días a Madrid, el consistorio asume los gastos, te das unas buenas comilonas, duermes en un hotelito de primera, haces algunas preguntas y vuelves con la cabeza alta. Ya quisiera yo una bicoca así para airearme un poco.

—¿Cree que servirá de algo?

—Ni creo ni dejo de creer —adujo el padre Jovellanos en su defensa —. Caminos tiene el Señor para guiar a sus siervos, y si es voluntad suya igual encuentras algo que sirva a la Guardia Civil para atrapar al ladrón. Tengo una fe absoluta en la Providencia.

—¡Siempre tan optimista! —resopló Joaquín—. No comprendo su interés.

—Anoche el cofrade desgranó una serie de razones económicas muy válidas desde mi punto de vista. Yo mismo —admitió— tenía previsto cobrar tres euros a los visitantes para ayudar al sostén del culto y mejorar la iglesia. El obispado ya me había autorizado y encargado las papeletas. Un negocio redondo. En verano visitan la capilla del Santo Prepucio una media de dos mil personas todas las semanas. ¡Suma!, ¡suma!… ¡Echa cuentas!…

—¡Seis mil euros! —exclamó Joaquín con un silbido de admiración —. Un millón de pesetas cada semana, cuatro millones al mes. ¡Un pastón, padre, un pastón!

—Sí —ratificó eufórico—. Dinero suficiente para arreglar las humedades del techo y las paredes, cambiar los bancos, que ya crujen de viejos, renovar el cableado eléctrico, que cualquier día se funde con una subida de tensión y salimos ardiendo, instalar la calefacción, que en inviernos como éste los fieles se quedan tiesos como la mojama. Además —siguió de carrerilla—, el alcalde siempre se ha preocupado por la prosperidad del pueblo y el bienestar de sus vecinos. Por eso tiene especial empeño en recuperar el relicario. Parte de nuestros beneficios reposa en el interés turístico que despierta el Santo Prepucio.

—Dinero, sólo dinero… —subrayó Joaquín.

—En parte —replicó el padre Jovellanos—. No olvides las cuestiones morales y religiosas.

—¿A qué se refiere?

—Todo cristiano —dijo solemne— tiene la obligación de defender

sus símbolos, y el Santo Prepucio figura entre las reliquias más sagradas de España, junto al Lignum Crucis del monasterio de Santo Toribio de Liébana, la Cruz de los Ángeles de la Cámara Santa de Oviedo o la Santa Espina de Sampedor.

—En el pueblo algunos somos ateos —observó Joaquín para tirarle de la lengua.

—A los ateos les mueve el prurito personal —manifestó convencido el sacerdote, que conocía perfectamente a sus vecinos aunque no pisaran la iglesia—. La rivalidad entre los dos Guijos, el de Gredos y el de Santa Bárbara, mueve montañas. Siempre andáis a la greña por organizar la mejor fiesta mayor, por guarnecer mejor las calles durante el Corpus, por lanzar el castillo de fuegos artificiales más espectacular, por batir el récord de la caldereta de cordero… Para los ateos como tú recuperar la reliquia forma parte de esa rivalidad ancestral entre los dos antiguos barrios. Si no recuperamos el Santo Prepucio y se enteran en Guijo de Santa Bárbara del robo se mofarán de nosotros por los siglos de los siglos.

—Visto de esa manera…

—No puede verse de otra —arremetió el cura para zanjar la cuestión—. Me alegra que hayas aceptado. Necesitamos a un hombre en Madrid que investigue la insignia que apareció en la capilla del Santo Prepucio.

—¿Por qué no la entregó a la Benemérita de Plasencia? Ellos llevan la investigación.

—Por consejo del sargento Navarro —admitió poco convencido—. Dice que la habrían archivado como una posible evidencia del robo y nada más. Nadie se habría molestado en averiguar a quién pertenece.

—Parece difícil saberlo.

—Nada es imposible si hay empeño —determinó el párroco rotundo —. Espero que pongas la voluntad necesaria. De lo contrario aquí se acabó el baile.

—Sólo Dios hace milagros.

—No necesitamos un milagro —refunfuñó el cura, molesto— sino instinto, olfato de perdiguero burgalés. Si Edipo se enfrentó a la Esfinge, tú puedes enfrentarte a este desafío.

—¿Me permite ver la insignia otra vez? —solicitó Joaquín.

—Claro, hombre. —El sacerdote desapareció unos segundos para buscarla en los cajones del despacho parroquial y se la entregó—. Quédate con ella. Vas a necesitarla.

Joaquín la observó en detalle. Se trataba de un pequeño prendedor de solapa dorado, de forma ovalada y borde angrelado, con tres franjas negras y cuatro blancas de esmalte dispuestas en vertical que recordaban los colores de un equipo de fútbol. Memorizó durante un instante y pensó en el Castellón, un club de segunda división. Miró el

reverso y leyó de nuevo la inscripción: «Casa Llobet, Madrid». Buscó alguna marca, para averiguar si estaba fundida en metal noble, y descubrió un cuadradito diminuto, sólo visible con claridad bajo el aumento de una lupa, y dedujo que se trataba de la marca de ley del oro de dieciocho quilates.

—¿Qué opinas? —le preguntó el padre Jovellanos para sacarle de su abstracción.

—No sé —respondió Joaquín dubitativo—. Es de oro, y quizá pertenezca a un socio del Castellón. ¡Vaya usted a saber!

—Sí —suspiró pensativo—. Una buena línea de investigación.

—¿Podría inspeccionar la capilla?

—Desde luego —aceptó el cura, e hizo un gesto para que le siguiera —. Cojo las llaves y la boina y echamos un vistazo.

El padre Jovellanos removió varios cajones hasta encontrar un enorme aro de metal con gruesas llaves de hierro que abrían las distintas capillas. El peso y el tamaño de cualquiera de ellas las convertía en un arma arrojadiza. Se cubrió con la boina, cerró la sacristía y se encaminaron a la capilla principal de la iglesia. El tintineo de las llaves sonaba alto, amplificado por el eco de la bóveda.

De nave única y planta de cruz latina, la iglesia de la Circuncisión de Jesús Niño databa del siglo XVII, cuando Fernando Ceballos, natural y benefactor de Guijo de Gredos, que amasó una gran fortuna en las Antillas, sufragó las obras para transformar la antigua ermita de la Circuncisión del Señor en la actual iglesia. En los libros y actas parroquiales constaba que las obras se prolongaron por espacio de diez años, e intervinieron los mejores artesanos de su época, entre ellos Alonso Balbás, arquitecto que trabajó en la catedral de Plasencia y en la sillería del coro de la iglesia de los Dominicos de Salamanca; y Ambrosio de Urquiola, imaginero extremeño de ascendencia vasca, que ejecutó el retablo mayor de madera de nogal policromada, tres calles, dos pisos, ático y escenas de la vida de Jesús. El centro del retablo lo ocupaba un grupo escultórico de la circuncisión de Jesús, y el ático un hermoso calvario con las tres Marías a los pies de la cruz.

La capilla del Santo Prepucio estaba detrás del altar mayor, en el ábside, junto a otros absidiolos o capillas menores sufragados por próceres extremeños, familias nobles y devotos de la reliquia que deseaban yacer junto a una pequeñísima parte del cuerpo de Cristo. El padre Jovellanos se plantó ante la reja que cerraba la capilla, cogió una llave y la abrió. Los goznes chirriaron. Los dos entraron en el lugar más sagrado de la iglesia y más visitado por los turistas. Allí se guardaba el Santo Prepucio sobre un altar rematado por un retablo barroco de alabastro, del maestro escultor Aníbal Barrachina, cuya hornacina central lucía un hermoso relicario arqueta de plata sobredorada. En los laterales del relicario, ahora desaparecido, dos

pequeñas aberturas de cristal de roca permitían contemplar el Santo Prepucio. La capilla la decoraban numerosos exvotos ofrecidos por mujeres que concibieron tras orar ante la reliquia.

—Ya estamos en la capilla —bufó el padre Jovellanos—. Tú dirás.

—¿Dónde encontró la insignia?

—A decir verdad no la encontré yo —especificó el cura—. La mujer del carnicero se encarga de la limpieza dos veces por semana, y al retirar el paño del altar y pasar el aspirador vio un destello que le llamó la atención. Se agachó, y aquí —señaló un rincón entre el ara y el retablo— estaba la insignia.

Joaquín echó una ojeada y dedujo que pudo caérsele al ladrón al encaramarse sobre el ara para acceder a la hornacina. Luego cogió el relicario, una arqueta no mayor de dos palmos, lo metió en una bolsa y desapareció por donde había entrado.

—Tengo una duda, padre —planteó Joaquín pensativo—. ¿La reja siempre está cerrada?

—¡Por supuesto! —exclamó el cura con voz gruesa, para dejar patente su celo y diligencia en la conservación del relicario.

—Si la reja estaba cerrada —advirtió Joaquín—, ¿cómo pudo acceder el ladrón a la capilla?

—Eso mismo me preguntó la Benemérita —caviló el sacerdote—. Según los guardias, el ladrón se encaramó a la reja y entró por arriba. —Señaló el espacio abierto entre la curva de la bóveda y el remate de la reja.

—¿Da usted su permiso?

El cura asintió, suponiendo que Joaquín deseaba efectuar alguna comprobación, y en un segundo le vio encaramarse a la reja, un magnífico ejemplo de forja vallisoletana plateresca del siglo XVII Joaquín culminó la montaña de hierro con facilidad. El padre Jovellanos le gritaba desde abajo que tuviese cuidado, que la reja estaba catalogada por los técnicos del Patrimonio Nacional, que la habían restaurado hacía solamente tres años, que figuraba en el vademécum europeo del arte de la forja… Joaquín hizo oídos sordos, volteó su pesado cuerpo sobre el friso y descendió por el lado opuesto.

—¿Estás loco? —le reprendió el padre Jovellanos al tenerle de vuelta a su lado.

—Sólo quería verificar qué tal se trepaba, si podía entrarse por arriba —argumentó para justificar su acción—.

Puedo asegurarle que alguien más joven y más ligero no tiene ningún problema. El robo ha sido obra de descuideros —dedujo serio.

—¿Descuideros? —musitó el cura extrañado.

—Sí, padre. Alguien visita la iglesia sin intención de robar. Ve el relicario, comprueba que resulta fácil llevárselo y en un pestañeo lo

hace desaparecer.

—La Guardia Civil no encontró huellas.

—Lógico —dijo Joaquín—. Hasta el más pintado lleva guantes con este frío.

—Me inclino por una banda organizada —esgrimió el cura.

—Veamos, padre —reflexionó Joaquín—. ¿En cuánto está valorado el relicario?

—En trece mil euros.

—Peccata minuta. Una banda no se mete en harina por tan poco. El robo —incidió Joaquín en sus argumentos— ha sido obra de descuideros, de mangantes de poca monta que a estas horas ya habrán fundido la plata para venderla al peso. Dé la reliquia por perdida.

—Quizá —arremetió el sacerdote buscando un soplo de esperanza— la han robado para chantajearnos y pedir un rescate.

—Todo es posible en la viña del Señor —admitió Joaquín meditabundo—. Pero hasta la fecha nadie ha contactado. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —musitó—. Vete a saber si mañana…

—No se haga ilusiones —desbarató Joaquín sus pensamientos—. Son descuideros y han vendido la plata por cuatro chavos. Nadie se pringaría por una reliquia cuya autenticidad no puede demostrarse. Dígame, ¿cuántos objetos de devoción hay duplicados, triplicados o cuadruplicados?, ¿cuántos Ligna Crucis se veneran?

—Ya te entiendo —asintió el padre Jovellanos, y se ajustó la boina, que debido al ímpetu de sus palabras se le había desplazado hacia atrás—. Pero no hablamos de un Lignum Crucis sino del Santo Prepucio.

—¿Cuántos Ligna Crucis existen? —insistió Joaquín para arrancarle una respuesta.

—Cientos —afirmó contrariado—. ¿Qué pretendes demostrar?

—Que muchas reliquias son idénticas —respondió Joaquín para dar cuerpo a su hipótesis— y en consecuencia alguna es falsa.

—No estoy de acuerdo —arremetió el cura impetuoso—. Existen cientos de Ligna Crucis porque la cruz de Cristo hecha astillas da para mucho, y lo mismo puede decirse de la corona de espinas.

—Ahí voy, padre. ¿Cuántos Santos Prepucios se conservan?

—Tres —respondió sin dudarlo.

—¿Lo ve? —dijo Joaquín, convencido de estar en posesión de la verdad—. Dos tienen que ser falsos a la fuerza, porque sólo se efectuó una circuncisión al Señor, en el supuesto de que alguna vez se circuncidara, y ante la imposibilidad de certificar cuál es el auténtico nadie pagaría un duro por ellos.

—No te falta razón —admitió el padre Jovellanos de buen grado—. Pero hay fanáticos que sólo persiguen el símbolo. Te pondré un

ejemplo para que lo comprendas. La circuncisión —relató con aire serio— se consideraba en la Antigüedad un acto mágico, por eso Saúl le pidió a David, como dote para entregarle a su hija, cien prepucios de filisteos. Respecto a la circuncisión del Señor no hay duda. Está demostrado que los hebreos la adoptaron de los egipcios tras su cautiverio, y la practicaban a todos los niños nacidos en Israel. Es más —dijo para demostrarle que dominaba el tema—, los hebreos se sometían a la *circumcisio*, que consiste en la ablación completa del prepucio que cubre el glande, y desechaban la *incisio*, un simple corte en el prepucio…

—Padre —le interrumpió Joaquín—, no siga que me duele sólo de pensarlo.

—¡Cállate y escucha! —le amonestó el cura—. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí!, por la diferencia entre circuncisión e incisión. La incisión —continuó como si hablara a un público numeroso— tenía fines rituales, y la circuncisión obedecía a métodos higiénicos. Algunos antropólogos determinan que la circuncisión prevenía una úlcera grave, un ántrax dificilísimo de curar. Según el Antiguo Testamento la instituyó Abraham entre los hebreos como una señal de la alianza de Yahvé con su pueblo y un recuerdo permanente en el cuerpo de los preceptos religiosos a que obligaba dicha alianza.

—Había que pasar por el aro por el simple hecho de ser judío.

—Nunca existió una legislación específica para la práctica de la circuncisión —aclaró el padre Jovellanos—, aunque el Génesis y el Levítico la prescriben ocho días después del nacimiento del varón. Antíoco Epífanes la prohibió bajo pena de muerte, y hubo judíos helenísticos que se sometieron a delicadas operaciones para reconstruirse el prepucio.

—Cirugía estética en la Antigüedad —bromeó Joaquín—. ¡Quién lo diría!

—Ríete, ríete…

—Hay tres reliquias del Santo Prepucio —volvió Joaquín al asunto del robo—. ¿Cuál es la verdadera?

—La nuestra —determinó el sacerdote con voluntad de acero—. Déjame explicártelo, por favor.

—Soy todo oídos.

—Como te he comentado —arrancó el padre Jovellanos—, el hecho de la circuncisión de Jesús parece indiscutible. Hay numerosas referencias en los Evangelios, y el arte sacro alude a la misma en infinitas ocasiones. Por ejemplo —memorizó para recuperar datos aprendidos en sus días de seminarista—, en el convento de Santa Clara de Huelva se conserva una *Circuncisión del Señor*, en madera policromada, obra de 1606 de Juan Martínez Montañés, figura destacada de la imaginería hispana. Otros testimonios son el retablo

mayor de la iglesia de San Miguel de Vitoria, con una *Circuncisión* de Gregorio Fernández; un relieve de la *Circuncisión*, de Fernández de la Vega, se muestra en el retablo de la iglesia de los Padres Carmelitas de Medina del Campo; otro conjunto de la circuncisión de Jesús Niño aparece en el retablo que Francisco de Moure talló para el altar mayor del colegio de Nuestra Señora de la Antigua, de Monforte de Lemos; y una última obra que merece citarse corresponde a Joaquín de Rojas y se contempla en el retablo del monasterio de San Jerónimo de Granada.

—¿Qué demuestra esta proliferación artística?

—La autenticidad de la reliquia guijeña —afirmó el sacerdote tajante—. Su huella histórica queda patente en numerosas obras de arte del siglo XVII. La presencia del Santo Prepucio en Guijo de Gredos está documentada desde el siglo IX, al construirse la ermita de la Circuncisión del Señor para guardar un primitivo relicario que en el siglo XVIII, cien años después de levantarse la iglesia y la capilla donde ahora estamos, se sustituyó por otro de plata sobredorada del orfebre Pascual Benjumea.

—¿Y las otras dos reliquias?

—En Italia y Bélgica —dictó el padre Jovellanos—. Las *Revelaciones de santa Brígida* —siguió— sostienen que la circuncisión de Jesús la practicó san José según la tradición hebrea, a la que Cristo se sometió para demostrar su fidelidad a la misma y dar ejemplo de sumisión, obediencia y humildad. Según la santa, la Virgen María guardó la reliquia tras pronunciar estas palabras: «*Quomodo enim, illud traderem terrae, quod de me sine pecato fuerat generatum?*», que evidencian la delicadeza dispensada a los restos sagrados de su Hijo.

—No sé latín, padre.

—Disculpa —dijo, y repitió en castellano para que le entendiera—: «¿Cómo puedo entregar a la tierra aquello que ha sido engendrado en mí sin pecado?».

—Gracias.

—Santa Brígida —prosiguió el sacerdote enfrascado en la charla— relata que al morir la Virgen el Santo Prepucio pasó a poder de Juan el Evangelista, quien tras su destierro en la isla de Patmos lo escondió en Roma. El papa Inocencio III, en su obra *De missae mysteriis*, sostiene que un ángel trasladó y dejó la reliquia en manos de Carlomagno y el emperador la cedió a la catedral de Aquisgrán. Años más tarde, el hagiógrafo Loerio Ferrerolo determinó que una parte del Santo Prepucio se conservaba en la ciudad francesa de Annecy, junto a un fragmento de la vara de Aarón, primer sumo sacerdote y hermano de Moisés. ¿Me sigues? —le preguntó, convencido de que Joaquín había perdido el hilo de la narración.

—Ni lo dude —aseguró—. Continúe, por favor.

—El jesuita Alfonso Salmerón, en sus *Comentarii in Evangelicam Historiam et in Acta Apostolorum*, escribe que María Magdalena, durante su viaje a Francia, entregó la reliquia a la iglesia de Marsella y que en tiempos de Carlomagno se trasladó a la basílica de San Juan de Letrán de Roma. En Amberes se venera otro Santo Prepucio, pero durante los disturbios calvinistas de 1566 desapareció al menos una parte del mismo. Según los antuerpienses —negó el cura con la cabeza en claro desacuerdo— la reliquia llegó de Jerusalén y pretenden demostrar su autenticidad con una bula del papa Clemente VIII que aprueba la Cofradía de la Circuncisión del Señor.

—De esta historia se deduce —le planteó Joaquín— que la reliquia ha permanecido en diferentes lugares.

—En efecto —admitió el padre Jovellanos, satisfecho al comprobar que seguía con interés su disertación—. La reliquia mejor documentada, la única que no presenta confusión se guarda aquí, en Guijo de Gredos, donde llegó a principios del siglo IX, algunos años después de la muerte de Carlomagno.

—El resto parecen tener visos de autenticidad.

—¡Pura literatura! —desacreditó el sacerdote en defensa de lo propio—. Escucha porque ahora viene lo mejor. Según la crónica *Vita Vitruvii, servus Imperatoris* o *La vida de Vitruvio, servidor del Emperador*, escrita por Vitruvio de Nantes, capellán de la corte carolingia y amigo íntimo de Carlomagno, poco antes de fallecer el Emperador le confió que el Santo Prepucio jamás había salido de palacio y se guardaba en una cámara secreta. Carlomagno atribuía sus victorias en las campañas de Italia y Sajonia al poder milagroso de la reliquia y nunca quiso desprenderse de ella pese a la insistencia del Papado para trasladarla a Roma…

—Un momento, padre —le interrumpió Joaquín—. Según esta tradición, la conservada en San Juan de Letrán es falsa.

—Pudieron ocurrir dos cosas —argumentó el padre Jovellanos para ratificar sus convicciones—. La primera, que Carlomagno dividiera la reliquia y entregara un pequeño fragmento a Roma; y la segunda, que les diese gato por liebre.

—Suele pasar.

—El año 778 —continuó el cura— Carlomagno mandó una expedición a España, pero sus tropas fueron rechazadas en Zaragoza y durante la retirada el grueso de su ejército cayó aniquilado por los vascos cerca de Roncesvalles. Poco después ocupó la zona pirenaica de Cataluña y formó la denominada Marca Hispánica. Al Emperador le dolieron las derrotas de Zaragoza y Roncesvalles, y las interpretó como una señal divina, un indicio de la voluntad de Cristo para que la reliquia permaneciera en la Península. Entonces encargó a Vitruvio que a su muerte trasladara de forma secreta el Santo Prepucio a

Hispania, y un año después, al fallecer Carlomagno en 815, el capellán cogió la reliquia, cruzó Francia y entró en la Península por los Pirineos siguiendo a los primeros romeros del Camino de Santiago.

—Interesante, padre —evaluó Joaquín.

—Sí. En especial por la fidelidad de los datos. Puedo asegurarte que me ciño única y exclusivamente a las crónicas históricas. Deberías oír a los guías que acompañan a los turistas. Les relatan un cúmulo de anécdotas apócrifas para arrancarles una risotada y ganarse la propina al final del viaje. Ni uno sólo se salvará de las llamas del infierno por mentiroso.

—No le defraudaré —dijo Joaquín para tranquilizarle—. Le doy mi palabra de honor.

—¡Alabado sea el Señor! —proclamó el sacerdote satisfecho—. Algunos historiadores opinan que Vitruvio tenía la intención de depositar el Santo Prepucio en la tumba del apóstol Santiago, pero las luchas internas del clero por el control de la misma le aconsejaron desplazarse hacia el sur, a Andalucía, sin dejar claro en su relato qué motivos le empujaron a encaminarse a tierras dominadas por los moros. Un grupo de expertos sostiene que Vitruvio se dirigió al sur convencido de que la santa reliquia evitaría el avance de los musulmanes y contribuiría a la victoria cristiana.

—Tiene sentido —pensó en voz alta Joaquín.

—Sí, por supuesto —coincidió el cura—. Entre quienes sostienen esta hipótesis hay teólogos franceses y alemanes de gran solvencia intelectual.

—Y avanzando hacia el sur —conjeturó Joaquín— el fraile llegó a Extremadura.

—Eso parece. Casi con certeza Vitruvio siguió la antigua Vía de la Plata, una calzada abierta por los romanos para comunicar Mérida y Astorga, y en algún lugar del camino, que no ha podido precisarse, enfermó y murió.

—Se desconoce —planteó Joaquín— si la reliquia llegó de su mano a Guijo de Gredos.

—Eso es —admitió el cura—. Antes de morir, Vitruvio entregó el Santo Prepucio a un grupo de anacoretas que le socorrieron los últimos días de su existencia.

—Y los eremitas depositaron la reliquia en Guijo de Gredos.

—No exactamente —refutó el sacerdote para desbaratar su opinión —. Los anacoretas vivían en las estribaciones de la sierra del Losar, y para conservar la reliquia construyeron la ermita de la Circuncisión del Señor, que como han demostrado los arqueólogos data del siglo IX. Alrededor de la ermita creció el pueblo de Guijo de Gredos, que tras los siglos se dividió en dos barrios: Gredos y Santa Bárbara.

—¿Nunca más se movió el Santo Prepucio de la ermita?

—Durante los ataques de los moros —relató el cura— se ocultó varias veces en cuevas y huecos de árboles. Más tarde, al conquistar los caballeros templarios Jarandilla de la Vera, el Santo Prepucio quedó bajo su protección. En el siglo XV la reliquia se expuso a la devoción de los fieles en la iglesia de Nuestra Señora de la Torre de Jarandilla, y algún tiempo después Liberto Arellano, gran maestre de la Orden de Santiago, natural de Guijo de Gredos, decidió retornarla a la ermita y allí permaneció por espacio de doscientos años, hasta el siglo XVII, cuando Fernando Ceballos, guijeño y devoto de la reliquia, emigrado a la isla de Puerto Rico, amasó una fortuna inmensa con el mercadeo de especias y sufragó las obras de la iglesia de la Circuncisión de Jesús Niño para custodiar el Santo Prepucio «en un templo digno de la gloria del Señor y de la admiración de los hombres», como registra el acta de fundación y consagración. En la cripta todavía se conservan los restos de la primitiva ermita.

Al concluir su relato el padre Jovellanos mostraba evidentes signos de fatiga. A sus ochenta y seis años aún mantenía cierta vitalidad, pero la edad no perdonaba. Llevaba más de cinco décadas al frente de la parroquia de la Circuncisión de Jesús Niño. Había nacido en Aldeanueva, un pueblecito al norte de la comarca de la Vera cuyos habitantes recibían el gentilicio de pencones, porque tras cargar en andas a Carlos V por trochas y veredas, en su largo peregrinar al destierro de Yuste, sólo pidieron en recompensa un penco de vino. Siendo aún niño ingresó en el seminario de Badajoz y al ordenarse sacerdote solicitó plaza en el valle de la Vera. Pasó un tiempo en las misiones africanas, y a su regreso le tocó en suerte ejercer el ministerio en la iglesia de la Circuncisión de Jesús Niño. Desde entonces había estado siempre al lado de sus vecinos para afrontar los problemas de la vida, que fueron muchos en tiempos de la posguerra, y se sentía un guijeño más aunque algunos, para tomarle el pelo, le recordaran que pertenecía a los pencones de Aldeanueva.

—Te agradecería —dijo el padre Jovellanos— que regresáramos a la sacristía. Me flojean las piernas y prefiero seguir la conversación sentado.

—Faltaría más.

El cura cerró la pesada reja que protegía la capilla del Santo Prepucio y regresaron al confort de la sacristía. Un calefactor eléctrico paliaba el frío de las piedras, y al entrar el padre Jovellanos notó una agradable sensación de bienestar. Le ofreció a Joaquín una silla, algo baja y pequeña para su complexión, y se acomodaron cara a cara. El sacerdote se quitó la boina y la posó sobre su rodilla izquierda.

—¿Sacaremos algo en claro de esta charla? —le preguntó abatido.

—No sé, padre —dudó Joaquín—. Pondré toda mi buena voluntad para averiguar a quién pertenece la insignia.

—La gente ya no respeta nada —lamentó el cura cabizbajo.

—¿Sospecha de alguien?

—¿De quién? —dijo airado—. Nadie del pueblo o de los pueblos vecinos se atrevería a profanar el Santo Prepucio. Pero vienen muchos forasteros.

—Una última cosa. —Joaquín le mostró el papelito que había cogido de madrugada en su establo—. ¿Qué opina?

—Un dibujo bonito —afirmó el párroco sin darle importancia—. ¿De dónde lo has sacado?

—Esta mañana —le puso al corriente— ha habido un apagón…

—Como siempre —protestó el cura al recordar su pequeña hazaña para encender a tientas una candela—. Seguro que saltaron los fusibles del transformador debido a una subida de tensión.

—Al entrar en el establo y conectar el generador para ordeñar a las vacas encontré la nave empapelada con cientos de dibujitos como éste.

—Curioso —musitó el sacerdote sin apartar la vista de la libélula—. Si quieres mi parecer, se trata de una gamberrada. Ya sabes que en Guijo de Santa Bárbara un grupito de chavales se dedica a tocar las narices para pasárselo bien.

—Si pillo a uno le voy a quitar las ganas de cachondeo.

—No le des mayor importancia —le aconsejó.

—Sí, será lo mejor —convino Joaquín a regañadientes—. Tengo que marcharme, padre. Mañana me espera un día ajetreado.

—La máquina quitanieves está de camino —le tranquilizó—. Llamaré al cofrade para que te acerque a Plasencia en su todoterreno.

—No hace falta —agradeció—. En Radio Nacional han dicho que lucirá el sol.

—Recibe mi bendición. —El padre Jovellanos trazó una señal de la cruz en el aire y murmuró una jaculatoria en latín—. Por Dios —le suplicó esperanzado—, encuentra al dueño de la insignia.

—Lo intentaré, padre —prometió Joaquín con gravedad.

# Capítulo 4

Dejó que el despertador atronara la casa con su timbre metálico, aunque desde hacía rato tenía los ojos abiertos. Sólo al terminarse la cuerda el macito enmudeció, cansado de su constante repique de campana, y el reloj siguió incansable su tictac de maquinaria pesada. Joaquín se puso en pie. Al fin se había decidido a emprender el viaje a Madrid, a encontrarse con su propio destino, como Sean Penn en *21 gramos*.

Buscaría a Ángela, su gran y único amor, y al dueño de la insignia, el presunto ladrón. Dos tareas imposibles de llevar a buen puerto. Pero estaba decidido a intentarlo, a echar toda la carne en el asador, incluso la suya propia si fuese necesario. La insignia podía pertenecer a miles de personas. Cabía la posibilidad de que ni siquiera se le hubiese caído al ladrón y llevase oculta en la capilla un tiempo indefinido. No quiso plantear esta posibilidad al padre Jovellanos para no desmoralizarle. A su edad los disgustos no le convenían.

Ángela quizá ya no residía en Madrid, podía haber emigrado al extranjero o a otra capital de provincia, o quizá el destino se la había llevado con una mala enfermedad y sólo vivía en la sombra de sus recuerdos. A Joaquín todo se le antojaba posible. Cientos de dudas asaltaban sus pensamientos. Necesitaba la verdad para no vivir nunca más en la zozobra de la incertidumbre. «Te has convertido en nuestro Hércules particular», le dijo el alcalde al comunicarle su decisión de viajar a Madrid y reclamarle el dinero para gastos, y, como el héroe y semidiós griego, debía cumplir los trabajos impuestos para encontrar al dueño de la insignia y expiar la culpa de la cobardía ante su amor de juventud.

Miró el reloj despertador. Sobre la mesita de noche estaba la foto color sepia de Ángela, la solapa de la cajetilla de cerillas, la insignia, el dibujito de la gamberrada y su transistorcito. Lo puso en funcionamiento para escuchar las noticias de la mañana mientras preparaba la ropa de su viaje a Madrid. Lejos de estar nervioso, sentía una tranquilidad absoluta. La calma de quienes no se resignan a dejarse arrastrar por la corriente y nadan con todas sus fuerzas para entregar cara la vida.

Se asomó al ventanuco de la alcoba y atisbó el cielo. Despejado, aunque los primeros rayos de sol todavía se ocultaban tras las cimas. Las estrellas más brillantes titilaban en el cielo invernal. Un día radiante, pronosticó Joaquín con la seguridad de muchas madrugadas semejantes en su retina. El parte meteorológico corroboró su predicción. La borrasca de viento y nieve se alejaba hacia la costa mediterránea. Año de nieves, año de bienes. Pensó en el verdor de los pastos de primavera, y en los arroyos crecidos que correrían por las gargantas y barranqueras.

En lugar de vestirse con las ropas de faena para el ordeño de las vacas, lo hizo con las mejores galas de su ropero. Después metió el resto del equipaje en un viejo petate que conservaba de sus días de legionario, y esbozó una sonrisa al leer una proclama escrita en la tela: «Hay quien se tatúa un Cristo, hay quien se tatúa un corazón, yo me tatúo el nombre de mi madre para honrar a la Legión».

Joaquín se miró en el espejo de cuerpo entero de la puerta del armario y concluyó que andaba hecho un figurín vestido con un elegante barragán. La combinación de los colores no estaba muy acorde, pero no entendía de esas zarandajas ni disponía de otra ropa para la ocasión. Sólo desentonaba el petate pero carecía de maleta. Jamás había usado una maleta. Terminó de hacer el equipaje, cerró la boca del saco con un candado y guardó en su cartera la foto de Ángela, la solapa del estuche de cerillas y el dibujo de la gamberrada. Si alguien volvía a empapelarle el establo pondría una denuncia. En el ojal del barragán prendió la insignia de barras blancas y negras.

Mientras tomaba su tazón de leche diario, de buena leche de sus vacas, y mojaba los pestiños que compraba en la panadería del pueblo, reflexionó sobre su escaso interés por viajar. Hacía más de treinta años que no salía de la comarca. Como muy lejos bajaba a Plasencia para comprar víveres que no encontraba en el colmado de Guijo de Gredos, adquirir prendas de ropa y calzado, pagar tasas y licencias, consultar al veterinario, visitar a sus tíos, ya ancianos y achacosos, o ir al cine, el único lujo que se permitía, la ventana que le mantenía en contacto con el exterior. Al regresar de El Aaiún nunca más había anhelado viajar, disfrutar de unas vacaciones a orillas del mar que le sedujo rumbo a la costa africana. Nunca precisó una maleta.

Alrededor de las nueve, quince minutos después de la hora prevista, el autocar partió de la estación de Plasencia y enfiló la N-110 en dirección a Ávila. A la izquierda Joaquín contempló el río Jerte y el embalse de Plasencia, y a la derecha la sierra de Tormantos cubierta de nieve. El vehículo, apenas ocupado por una docena de viajeros, ronroneó cansino ante las primeras cuestas del puerto de Tornavacas, y una hora y tres cuartos después llegó a El Barco de Ávila, con sus

numerosas tiendas de venta de legumbres secas. Bajaron algunos pasajeros y subieron otros, y reemprendió la marcha hacia Piedrahíta para cruzar el puerto de Villatoro. Sin contratiempos, tres horas y media después de abandonar Plasencia llegó a Madrid.

Retiró su equipaje de la bodega del autocar y subió al vestíbulo de la estación de Méndez Álvaro. Estaba en el caos, en el imperio del bullicio y las masas anónimas. El ruido le estalló en la cabeza como un globo lleno de agua. Por la megafonía, precedida siempre por un ding dong continuo y sonoro, una voz femenina, cazallosa y metálica, anunciaba los destinos y las dársenas de partida y arribada de los autocares. Le llamó la atención la cantidad de inmigrantes que deambulaban de aquí para allá cargados con pesados fardos atados con cuerdas y correas para evitar que reventaran. El viejo Madrid de finales de los sesenta, el Madrid que se presentó a sus ojos como una caja mágica y maravillosa, se había convertido en una sociedad multirracial, en un pequeño álbum de los pueblos de la Tierra.

Cogió un taxi y con disimulo, para evitar que el chófer advirtiera su condición de forastero y le diera una vuelta por Pinto y Valdemoro, Joaquín leyó la dirección del hotel que le había recomendado el alcalde. El hombre cabeceó y aceleró saltándose los semáforos en ámbar hasta la glorieta de Atocha. El estrés provocaba estas reacciones, los infartos de miocardio a edades tempranas, las alienaciones prematuras, las úlceras de estómago que carcomían la mucosa como los gusanos de la podredumbre… Vivir en Madrid y vivir con calma resultaban dos conceptos antagónicos.

La estación de Atocha devolvió a Joaquín el recuerdo de sus primeros días en Madrid. El vecino edificio del antiguo Ministerio de Fomento lucía impecable restaurado y reconvertido en Ministerio de Agricultura. Le impresionó entonces y ahora por sus líneas clásicas y el escudo imperial. Algo más apartado observó el campanil neobizantino de la basílica de Nuestra Señora de Atocha. Los edificios que admiró su primer día en la capital permanecían ajenos a los cambios de una ciudad que crecía como la miasma purulenta de una enfermedad. El ruido de los cláxones, los cientos de coches atascados en la embocadura del paseo del Prado, le devolvieron al presente. Neptuno y Cibeles, en su calidad de dioses, parecían inmunes al guirigay que soportaban.

El taxi paró al inicio de la Cuesta de Santo Domingo, abonó el importe de la carrera y se apeó. El automóvil aceleró, dejó una nube de tufo a gasóleo flotando en el aire y se perdió en dirección a la Gran Vía. Joaquín miró a su alrededor y caminó hacia el hotel Ambassador. En la plaza de Santo Domingo un faquir de pandereta entretenía a los peatones con su arte. Se metía un puñado de cacao en la boca, asperjaba el polvo a una llama y sus fauces se convertían en un dragón

de fuego.

Observó complacido el hotel. Lujoso y en apariencia confortable. ¿Qué más podía pedir? Ni punto de comparación con la fonducha de chinches y miserias de su primera visita a Madrid. La recomendación del alcalde había sido acertada. Sólo esperaba que hubiese hecho la reserva como le había prometido. Entró y se plantó ante al mostrador de recepción. Un joven le atendió.

—Bienvenido, señor —le saludó.

—Buenas tardes —correspondió—. Tengo una reserva a nombre de Joaquín Ayuso.

El recepcionista tecleó su ordenador.

—¿Cuántos días va a quedarse?

—Diez, más o menos —mintió, en realidad no sabía el tiempo que permanecería en Madrid.

—Permítame su carné de identidad y una tarjeta de crédito.

Se desabrochó el barragán, sacó la cartera y dejó encima del mostrador su documento nacional de identidad y una tarjeta Visa expedida por la Caja de Extremadura. El joven cogió los documentos y procedió a introducir los datos en el ordenador. La solapa de la cajetilla de cerillas asomaba en un compartimento de la cartera. Joaquín la cogió. Mostraba las torres almenadas de un castillo y una frase publicitaria orlaba el dibujo: «Pensión Olite, quien la prueba repite».

—Perdone —dijo Joaquín para reclamar la atención del recepcionista—. ¿Podría indicarme dónde está la pensión Olite?

—Un momento, por favor.

El empleado le entregó una llave magnética enmarcada en una cartulina con el número de su habitación y tecleó el nombre de la pensión en el buscador Google. Esperó unos segundos. En la pantalla apareció una relación alfabética de las pensiones de Madrid, pero ninguna de ese nombre.

—Lo siento, señor —lamentó el joven—. No figura ninguna pensión Olite. ¿Dispone de un número de teléfono o fax, de una dirección de correo electrónico…?

—No —respondió Joaquín lacónico.

—Le sugiero que pregunte por Germán Moya, el jefe de recepción. Su turno empieza a las cinco. Lleva muchos años en el ramo de la hostelería y quizá pueda ayudarle.

Joaquín asintió, guardó los documentos y la solapa de la cajetilla de cerillas en su cartera y subió a la habitación. Había previsto un día ajetreado y estaba convencido de sus dotes de adivino mientras hurgaba en la cerradura con la tarjeta de plástico que metía y sacaba a la espera de que se encendiera la lucecita verde y se abriera la puerta. Al quinto intento pudo entrar. Insertó la maldita tarjeta en otra

ranura, para conectar el circuito eléctrico, dejó el petate sobre un armazón de madera y cintas de cuero y echó un vistazo a la alcoba. Lo dicho. Nada parecido a la leonera alquilada por dos noches en su largo periplo a El Aaiún. Disponía de una cama de matrimonio, de dos elegantes mesitas de noche, un escritorio, una mesa auxiliar, una silla y dos butacas, un armario dotado de minibar y caja fuerte y un baño amplio y bien equipado, incluido un albornoz de inmaculado color blanco que, doblado y limpio, reposaba sobre el cubrecama.

Leyó las instrucciones de la caja fuerte, metió el dinero que llevaba y pulsó un código de cuatro cifras que correspondía al número de sus cabezas de ganado: doscientas treinta y cuatro vacas (0234). Se quitó las botas, apartó la colcha a un lado y se tumbó. Ya estaba en Madrid. Cualquier circunstancia siempre le resultó más llevadera que las noches en el desierto sin conciliar el sueño por miedo a que un moro le cortara la garganta con un alfanje. El servicio militar le había curtido y preparado para lo peor de la vida. Le había templado los nervios ante el temor de una emboscada cruzando las *hamadas*, las llanuras pedregosas que obligaban a los jeeps a circular despacio, mientras llenaba bidones y cantimploras en pozos de aguas fangosas que los mauritanos envenenaban con extrañas pócimas, mientras caminaba por las dunas atento a las mortíferas víboras cornudas. Su gran escuela de la vida había sido la Legión, la lucha por la supervivencia. Encendió el televisor para distraer sus pensamientos. Zapeó por distintos canales y la fatiga le venció y se quedó dormido.

Despertó con un bostezo y sin conciencia del tiempo que había transcurrido. No había echado las cortinas y un triángulo de luz iluminaba la pared y se reflejaba en los cristales de los cuadros que decoraban la habitación. El sol declinaba en el horizonte de Madrid oculto por los altos edificios coronados de bosques de antenas. Joaquín apagó el televisor y consultó su reloj. Las cinco de la tarde. Todavía quedaba una hora antes del ocaso. Se levantó con el brío de escuchar un toque de diana, se lavó la cara con agua fría para despejarse y salió dispuesto a patear las calles.

En el mostrador de recepción el nuevo turno había entrado de servicio. Los rostros de los empleados dibujaban el tedio de la prolongada jornada que tenían por delante. Trabajar de noche consume, aunque nada comparado con las guardias metido en una garita de adobe, atisbando las sombras por el ángulo de la aspillera, pendiente de los ruidos más insignificantes, los nervios a flor de piel, el dedo en el gatillo dispuesto a soltar una ráfaga letal, y sólo acompañado del pulso acelerado de la propia respiración. Una sombra avanza hacia el puesto de guardia. «¿Quién vive?». Nadie responde. «¿Quién vive?», pregunta Joaquín por segunda vez. Una más y tiene

órdenes de disparar a matar. «¡España!», grita el furriel, que ha salido de extranjis a fumarse un cigarrillo bajo las estrellas. Los nervios se relajan, la respiración se acompasa, el dedo afloja su presión mortal sobre el disparador y la noche se vuelve hermosa bañada de luna.

Joaquín le preguntó a un muchacho que ordenaba papeles y cartas por Germán Moya, y el joven le pidió que esperara. Desapareció unos instantes y regresó acompañado de un hombre vestido de traje y corbata, los zapatos con el brillo de un lucero, menudo, calvo excepto en las sienes plateadas por algunas canas, regordete y la cara de alguien amable por naturaleza.

—Germán Moya, jefe de recepción, para servirle —se presentó.

—Joaquín Ayuso —le correspondió, y estrechó la mano—. Su compañero del turno anterior me ha dicho que podría ayudarme a encontrar una vieja pensión.

—¿Tiene algún dato?

—Sólo esto —lamentó Joaquín contrariado, y le entregó la solapa de la cajetilla de cerillas.

—«Pensión Olite» —murmuró el jefe de recepción contemplando la orla publicitaria y las almenas del castillo—. No me resulta familiar. Pese a llevar cuarenta años en la hostelería todavía no he logrado aprenderme todos los nombres. En Madrid hay miles de pensiones.

—¿Puede averiguar dónde está?

—Sígame, por favor —le rogó.

Se encaminó a un pequeño despacho anejo a la recepción. Invitó a Joaquín a sentarse e hizo lo propio. Germán Moya encendió una lamparilla y dobló el flexo de la pantalla para evitar que la luz le molestara en los ojos. De un cajón de la mesa sacó un tarjetero.

—Veamos si aquí hay algo —aventuró.

Joaquín le vio pasar las hojas de plástico repletas de funditas para archivar las tarjetas y cabecear en señal de negación. Por los dibujos y tipos de letras las cartulinas llevaban años en los nichos de aquel improvisado cementerio de papel. Germán Moya se detuvo en un nombre de fonética parecida y siguió la búsqueda en su laberinto de hospederías convertido en un resumen de su vida. A cada instante se detenía ante una tarjeta y sonreía, reviviendo sucesos olvidados y conservados en el secreto de su memoria de plástico. Llegó a la última hoja. Nada. Cerró la carpeta.

—Mala suerte —suspiró Joaquín resignado ante el fracaso.

—Hemos perdido una batalla —dijo el jefe de recepción—, pero no la guerra. La máxima del hotel Ambassador es servir a sus clientes. Hacerles su estancia lo más agradable posible.

—¿Qué sugiere?

—Un segundo, por favor.

Descolgó el teléfono, marcó un número de comunicación interior y

ordenó con la autoridad de su cargo que le trajesen un mapa de Madrid. A los pocos minutos, el joven a quien Joaquín había preguntado por Germán Moya pidió la venia, entró en el despacho y dejó sobre la mesa un plano cuajado de anuncios. El jefe de recepción lo desplegó, orientó el flexo hacia la superficie satinada y con un bolígrafo dibujó un círculo en la situación del hotel.

—Usted está aquí —señaló Germán Moya con la frase que más había repetido a lo largo de su vida—. Siga en esta dirección —le indicó, y con la punta del bolígrafo trazó una línea— y en la calle de la Bola encontrará La Pajarita, una librería de lance. Entre y pregunte por Aníbal Riaño. Colecciona guías de teléfonos y seguro que en alguna aparece la pensión que busca. Si Aníbal tampoco puede ayudarle no dude en acudir de nuevo a mí. Buscaremos la manera de encontrar esa pensión.

El jefe de recepción plegó el mapa sin dificultad, se lo entregó y se ofreció a darle otro si de doblarlo y desdoblarlo se le caía a trozos. Joaquín lo guardó en un bolsillo de su barragán y salió a la calle. Había oscurecido y Madrid bullía de vida. En Guijo de Gredos ocurría lo contrario. Al anochecer los vecinos desaparecían de las calles, se refugiaban en sus casas al calor de la lumbre y mataban las horas frente al televisor o la radio, desgranando guisantes, mazorcas o habas. Las mujeres bordaban hermosas telas para el ajuar de sus hijas, o tejían mimbres y espartos para confeccionar cestas y capachos, escuchando cantar boleros a Lucho Gatica y coplas a Carlos Cano. Los abuelos entretenían a sus nietos con cuentos de infancia y las abuelas cocinaban para la cena migas o cebollas rellenas al estilo cacereño.

En Madrid la noche y el frío cobraban vida. Los automóviles atascaban sus arterias como coágulos, el ruido de las obras taladraba los tímpanos igual que la carcoma la madera, las bocas del metro escupían su aliento fétido y vaporoso cargado de virus de la gripe y el catarro, los neones centelleaban como flases, los trileros timaban a los incautos y los desheredados de la sociedad preparaban sus improvisados lechos de cartón para soportar otra noche a la intemperie.

Conservaba frescas en la memoria las indicaciones del jefe de recepción y no necesitó el mapa para encontrar la librería. Descendió la Cuesta de Santo Domingo y dobló a la derecha por Fomento hasta la calle de la Bola. Un rótulo, sin iluminación propia y de letras góticas necesitadas de un repinte, señalaba la librería La Pajarita, fundada en 1924. Joaquín se detuvo en el pequeño escaparate en ángulo que flanqueaba la entrada. Los libros llevaban años en sus anaqueles de madera acumulando una gruesa capa de polvo. Entró. El tintín de una campanilla, empujada al abrirse la puerta, sonó para advertir de la

presencia de un cliente pero nadie acudió a su encuentro. Estaba rodeado de estanterías repletas de volúmenes ajados. Un infierno para los alérgicos al polvo y los ácaros.

Apiladas en un aparente orden se mezclaban novelas de autores como Alejandro Dumas, Eduardo Acevedo o Nicolás Gogol, junto a folletines de aventuras del Oeste de Marcial Lafuente Estefanía, manuales técnicos de electricidad de los tiempos de Thomas Alva Edison, tratados de daguerrotipia, legajos de medicina firmados por el doctor José Trueta, un método fácil para aprender esperanto de Duyos Sedó e Inglada Ors, epítomes de apicultura, varios compendios de geometría y otras obras curiosas y dispares que sólo despertaban el interés de unos pocos coleccionistas. Joaquín escuchó un tableteo que provenía de detrás de una gruesa cortina de paño de rajeta y una voz ronca que le invitaba a entrar:

—¡Pase, pase…!

Corrió la cortina y accedió a la trastienda. Un habitáculo oscuro, iluminado por una bombilla de escasos vatios y tres dedos de mugre, enroscada al portalámparas de un cable eléctrico. Un ventanuco, que daba al patio de luces, aireaba el olor a moho, a papel húmedo y a tabaco rancio. Sentado a una mesita, abrigado por una bufanda de franela anudada al cuello y un jersey de lana, un viejo fumaba Caliqueños y aporreaba una máquina de escribir Torpedo, de fabricación alemana, grande y negra como una carroza fúnebre. El librero dio una calada y el humo le envolvió la cabeza como una mortaja.

—Siéntese —le ofreció el hombre, y su dedo amarillo de nicotina señaló una silla tapizada de plexiglás con rotos que dejaban al descubierto el relleno de borra.

—¿Aníbal Riaño? —le preguntó desconcertado.

—Para servirle.

—Me llamo Joaquín Ayuso —dijo para entablar conversación— y vengo de parte de Germán Moya, recepcionista del hotel Ambassador.

—¿Cómo está mi amigo? —sonrió el librero—. Trabajamos a un tiro de piedra y apenas nos vemos.

—Bien —aventuró—. Supongo que bien.

—Siempre me manda clientes. ¿Colecciona libros?

—Me temo que no —dijo Joaquín, y atufado por otra bocanada de humo le explicó—: Busco la dirección de una pensión, y Germán me ha comentado que usted podría ayudarme a encontrarla en sus guías de teléfonos.

—Deme un minuto para completar la ficha de este libro y quedo a su disposición. ¿Un purito? —le ofreció.

—No fumo, gracias.

—Usted se lo pierde —dijo el librero como si lamentara un desastre familiar—. El tabaco es el mejor antídoto contra la gripe y este invierno pega fuerte.

—El tabaco mata —afirmó Joaquín convencido.

—Y la contaminación —soltó Aníbal Riaño con el purito sujeto entre los dientes—, y los alimentos transgénicos, la gripe aviaria, el estrés, el hambre, los coches, las guerras, el sida, los toros… Todo mata, amigo, incluso la propia vida mata día a día. Pero nadie prohíbe circular a los coches, cultivar alimentos alterados en un laboratorio, las corridas de toros o los encierros. Nadie tiene verdadero interés por acabar con el hambre o las guerras. ¡Al carajo la prohibición de fumar! —exclamó como una arenga, y dio una calada tan profunda que consumió medio purito.

El librero tecleó con parsimonia los datos del libro que tenía abierto junto a la máquina de escribir. Giró el rodillo de la máquina, extrajo la ficha y la archivó en su orden alfabético en una cajita de cartón. Dejó el purito en un cenicero, se levantó y cogió una linterna oculta entre los libros de una estantería.

—Sígame —le dijo a Joaquín.

Aníbal Riaño apartó un baúl de herrajes oxidados, posiblemente lleno de libros, y alzó la trampilla de hierro que ocultaba debajo. Una vaharada fría y húmeda ascendió con la fuerza de una bofetada. El librero prendió la linterna y un cono de luz rasgó la oscuridad. Alumbró una escalera de peldaños altos y estrechos, que crujían bajo el peso de sus cuerpos y conducían a las profundidades de un agujero siniestro. Descendieron despacio, ante el peligro de un resbalón, y al pisar suelo firme Aníbal Riaño dirigió el cono de luz hacia un interruptor cerámico. Lo pulsó y dos hileras de bombillas iluminaron un túnel angosto, de bóveda de cañón formada por sillares de granito, que almacenaba miles de guías telefónicas cubiertas de polvo y telarañas. El peso de los volúmenes había combado la madera de los estantes y amenazaban con desplomarse de un momento a otro. Por las paredes escurrían gotas de agua de alguna filtración centenaria que alimentaba una tupida capa de moho.

—¿Dónde estamos? —masculló Joaquín, y giró sobre su eje con la sensación de haber descendido al centro de la Tierra.

—En una cava —le informó el librero—. En 1924 mi padre compró el local para abrir la librería y descubrió esta antigua cava. En el casco viejo de Madrid hay muchas —afirmó, conocedor de otras tantas— excavadas en siglos pasados para guardar víveres y tinajas de vino.

—Un escondite perfecto.

—Para eso sirvió después de la Guerra Civil. Aquí se ocultaron muchos antifascistas que huían de las garras de la policía política de Franco —manifestó con nostalgia y orgullo—. Mi padre perteneció al

Partido Comunista y ayudó a muchos demócratas a salvar el pellejo. Estamos a doce metros bajo el nivel de la calle.

—Perdone la curiosidad —se justificó Joaquín de antemano por la pregunta un tanto indiscreta que iba a formularle—. ¿Por qué colecciona guías telefónicas?

—No sabría decirle. —Hizo una mueca de indiferencia—. Un día guardé una, después otra, y así, poco a poco, acabé formando un archivo de vivos y muertos. ¿Se imagina las defunciones que registran estos libros?

—¿Cuántas guías hay?

—He perdido la cuenta —respondió el librero sin tener idea—. Las primeras datan de 1924, el año en que mi padre inauguró la tienda, y las últimas de 1992, el año de las olimpiadas de Barcelona. ¿Qué periodo le interesa?

—De 1970 en adelante —calculó Joaquín.

Aníbal Riaño dirigió la luz de la linterna a los estantes más altos para descender en busca de los tomos solicitados. Joaquín descubrió que también guardaba guías de otros países, y al preguntarle el motivo argumentó que se trataba de regalos de clientes, de índices telefónicos robados en hoteles y cabinas de países lejanos por amigos viajeros para contribuir a su colección.

—Aquí —señaló el librero con el aplomo del arqueólogo en una excavación—. Volúmenes alfabéticos de 1972. ¿Le sirven?

—Puede —afirmó—. La pensión estaba abierta en 1971.

Aníbal Riaño cogió el tomo que correspondía a la letra pe, lo sacudió contra su pierna derecha y una nube de polvo les irritó la nariz y los ojos, y a punto estuvo de provocarles un ataque de estornudos. Lo abrió y las tapas se desprendieron por efecto de la humedad. Las páginas estaban apergaminadas y algunas raídas por los insectos.

—¿Cómo se llama la pensión?

—Olite —dijo Joaquín.

El librero pasó las hojas con cuidado, para evitar que se soltaran como las cubiertas, y con la yema del dedo índice rastreó el apartado de pensiones hasta encontrar el nombre en cuestión.

—*Voilà!* —exclamó en un correcto francés—. Pensión Olite, calle Barquillo, 30.

—Bien —aprobó Joaquín satisfecho—. Ha sido fácil.

—Sí, y además no le pilla lejos del hotel.

—¿Podría hacer otra consulta?

—Adelante.

—Necesito la dirección de la Casa Llobet.

—¿Otra pensión, una pastelería, ferretería, restaurante, sastrería…?

—No tengo ni idea.

—¿La fecha aproximada del tomo?

—Tampoco.

—Necesito un dato.

—Mire. —Joaquín le mostró el ojal del barragán—. Supongo que fabricaron esta insignia.

—Busquemos en heráldica —sugirió el librero.

Consultó sin éxito varios volúmenes de diversos años. La humedad y el intenso olor a moho a Joaquín le irritaban la garganta. Tosió, poco acostumbrado a un ambiente enrarecido. Sentía angustia en el pecho. Cada guía que el librero extraía de su estante y sacudía contra su pierna se convertía en un arma letal para sus pulmones. La penumbra y la falta de ventilación le provocaban una asfixia creciente. Carraspeó y Aníbal Riaño suspendió la búsqueda. Dejó el último volumen en su hueco correspondiente y regresaron a la trastienda.

El purito casi se había consumido, y el librero se apresuró a darle la última calada antes de aplastar la colilla en el cenicero. Al recobrar la silla Joaquín tuvo la sensación de regresar de un cementerio de almas perdidas. Aquellas guías registraban la vida y la muerte de Madrid durante casi setenta años.

—Me gustaría agradecerle su dedicación —dijo Joaquín, y sacó la cartera.

—De ninguna manera —rechazó Aníbal Riaño ofendido—. Viene recomendado por un buen amigo mío, y tengo la obligación de atenderle. Por cierto —escribió la calle de la pensión en un bloc y después arrancó la hojita para dársela—, no olvide esto.

—Gracias. Me ha sido de gran ayuda.

—¿Puedo ofrecerle algún libro? Tengo cosas muy interesantes.

—¿Como qué?

—Vea. —Aníbal Riaño se levantó, cogió tres tomos y los posó junto a la máquina de escribir—. Son joyas de coleccionista.

Abrió el primero de los volúmenes y leyó su título largo y retórico, *El arte de ponerse la corbata de mil y una maneras, o distintos modos de llevar el pañuelo en el cuello, demostrado y enseñado en dieciocho lecciones*, escrito por Mister Emile, barón de L'Empesè, año 1832. A Joaquín le pareció un libro curioso pero nunca, o casi nunca, reflexionó, sólo en entierros y bodas, llevaba corbata. El segundo se titulaba *Los refranes del Quijote, ordenados por materias y glosados*, de José Coll y Vehí, editado en 1874. Joaquín nunca había leído *Don Quijote de la Mancha*, aunque el librito le pareció interesante. Su visión de la obra de Cervantes se resumía a la película *El hombre de la Mancha*, protagonizada por Peter O'Toole y Sophia Loren, y la serie de televisión *Don Quijote*, con los geniales Fernando Rey y Alfredo Landa. Por último, Aníbal Riaño abrió el tercer volumen, el *Tratado de la fabricación de aguardientes y alcoholes de vino, orujo, patatas, cereales,*

*melazas y demás materias feculentas y azucaradas*, redactado por el doctor Vicente de la Vera y López y publicado en 1900. Joaquín no destilaba alcohol, aunque en el sobrado de su casa guardaba un antiguo alambique de cobre utilizado por su abuelo para elaborar aguardiente.

—Lo siento —se disculpó Joaquín—. La lectura no es mi fuerte.

—¿Tiene alguna afición?

—El cine —admitió rotundo.

—Espere y verá —le retó dispuesto a complacerle—. Aquí tengo algo para usted.

Aníbal Riaño cogió otro libro de los anaqueles. Un volumen editado en los años cincuenta sobre la vida y milagros de las principales actrices de Hollywood. Lo abrió. Contenía fotografías en blanco y negro de promoción de películas y carteles de actrices en posturas sensuales, sus fichas biográficas y una relación completa de su filmografía.

—Quédeselo —le propuso—. Sólo cuesta dieciséis euros.

—Acepto —dijo Joaquín obligado por la amabilidad de Aníbal Riaño, y dejó el dinero sobre la máquina de escribir.

—¿Puedo preguntarle por su actriz favorita? —curioseó el librero con un toque de picardía.

—Jane Russell —respondió Joaquín sin pensarlo.

—Guapísima. En aquella época las actrices estaban para mojar pan.

—Jane Russell —se lució Joaquín— protagonizó su primera película, *El forajido*, porque a Howard Hughes le atrajeron sus grandes pechos.

—Personalmente —opinó el librero sin abandonar su tono de picardía— la recuerdo en *Los caballeros las prefieren rubias*.

—También dirigida por Howard Hughes.

—El cine ha dejado de interesarme —confesó el librero—. Me gustaban las películas y salas de antaño, con platea y anfiteatro, y pantallas como un campo de fútbol. Ahora son cajas de cerillas para comer palomitas, y sólo proyectan violencia y efectos especiales. Hollywood está en crisis.

—Tengo que darle la razón —coincidió Joaquín—. Hollywood ha perdido la esencia cinematográfica que la encumbró en la industria del cine. Los efectos de ordenador han sustituido a la interpretación de los actores.

—¡Qué tiempos!

—Gracias por todo —repitió Joaquín—. Tengo que marcharme.

—Respecto a la insignia —le retuvo el librero—, Samuel Levy podría ayudarle.

—¿Quién?

—Un judío amigo mío y de Germán, dueño de una joyería en el

paseo de Rosales. Seguro que entiende de heráldica. ¿Qué me dice?

—Toda ayuda me viene bien.

—La hojita —le pidió.

Joaquín se la entregó. El librero anotó la dirección del joyero debajo de la calle de la pensión Olite, y se la devolvió.

—Otra vez gracias —insistió.

—Ha sido un placer. Dele recuerdos a Germán, y vuelva cuando quiera. Me gustaría charlar de cine con usted.

Al ganar la calle Joaquín recobró el temple perdido en las profundidades de la cava. Su sensación de angustia desapareció. Nunca había experimentado nada igual y lo atribuyó a su ayuno voluntario. Sintió por primera vez el estómago vacío, el ronroneo de las tripas, y decidió buscar un restaurante. Sus primeras horas en Madrid habían sido fructíferas. Tenía la dirección de la pensión Olite y un contacto que podía ayudarle a esclarecer el origen de la insignia. Todo viento en popa. Debía reponer fuerzas. Desplegó el mapa, lo orientó sobre el terreno y caminó hacia un mesón que se anunciaba como horno de asar. La silueta que se había convertido en su sombra desde que llegó a Madrid le contemplaba oculta en la penumbra de un portal mientras Joaquín intentaba doblar el mapa sin éxito.

Aníbal Riaño encendió su sexto purito de la tarde con el Zipo de gasolina que guardaba en un bolsillo. Dio una calada, inundó sus pulmones de nicotina y lanzó una voluta de humo al techo de la trastienda. La serpentina de alquitrán se enredó en el cable de la bombilla. Se desperezó estirando la espalda y los brazos, bostezó de aburrimiento y apoyó el purito en el cenicero repleto de colillas. Antes de cerrar quería completar el inventario de sus últimas adquisiciones. Cogió un volumen adquirido en el Rastro el domingo anterior, colocó una ficha en el rodillo de su vieja máquina de escribir y tecleó los datos para su archivo. La campanilla de la puerta sonó con su tintín de aviso. Dejó de aporrear las teclas.

—¿Señor Ayuso? —gritó, y pensó en su visita reciente.

No obtuvo respuesta. Se levantó contrariado por el silencio. Algún curioso que sólo quería cotillear los libros. Le desbarataban el orden y se marchaban sin comprar nada. Solía ocurrir. Se colgó el purito de los labios. La ceniza le cayó sobre la bufanda. Dio una calada y el humo le cegó los ojos. La cortina se abrió y una silueta se recortó en el quicio de la puerta. Le miró desafiante y Aníbal Riaño temió ser víctima de un atraco. Lo habían intentado otras veces y estaba preparado. Retrocedió hasta la mesa y con disimulo cogió una porra de acero y muelles retráctiles que escondía en un cajón.

—¡Lárguese! —gruñó el librero, y con un sonoro chasquido desplegó

la defensa.

La silueta avanzó hasta quedar cara a cara.

—¿Qué buscaba el hombre que acaba de salir? —le interrogó con tanta frialdad en sus palabras que a Aníbal Riaño le pareció que su aliento se helaba.

—Nada —respondió seco, y se creció alzando la porra. El brillo del acero se reflejaba en sus ojos.

—Viejo estúpido —masculló el intruso.

—¡Largo o te arreo! —le amenazó Aníbal Riaño con garra—. No he vendido un puto libro. La caja está vacía.

—Te lo preguntaré otra vez. —Habló con voz queda—. ¿Qué buscaba ese tipo?

El librero mordió el purito con rabia y notó el sabor dulzón del tabaco en la punta de la lengua. Dio un paso adelante, manteniendo la defensa en alto, dispuesto a sacudirle un golpe, a ponerle en fuga, y descubrió un extraño circulito de luz anaranjada posado sobre su corazón.

—¡Qué coño…!

Apartó la vista de sus ropas y siguió el destello luminoso. El ladrón le encañonaba con un arma dotada de un punto de mira láser. Le repitió la pregunta y el librero permaneció callado. El puntito bailaba sobre su pecho como una mosca cojonera. Aníbal Riaño sintió un frío intenso en sus venas, el frío de los condenados a muerte, pero no tuvo miedo. Le invadió una paz repentina, una serenidad profunda, y una voz interior que le tranquilizaba: «¡Calma, Aníbal, calma!». La voz de su padre enfrentado a la policía política durante los registros de la librería en busca de resistentes republicanos, de demócratas perseguidos por la Dictadura. La voz de su padre al regañarle por dejarse avasallar en el colegio: «¡Échale cojones, Aníbal!, ¡échale cojones! ¡Hazte respetar! ¡Si te pegan esos hijos de puta fascistas, a por ellos! ¡Con dos cojones, Aníbal!, ¡con dos cojones! ¡Zúrrales!…». Mordió el purito, dio una última calada y se abalanzó contra el extraño.

—¡Banzai! —gritó.

Sonó un ruido sordo, el estampido de dos disparos apagados por el silenciador del arma, y Aníbal Riaño retrocedió empujado por la fuerza de los proyectiles. Dejó caer la porra y dobló las rodillas con la espalda apoyada en una estantería. Los libros se tiñeron de rojo. El purito cayó de sus labios arrastrado por un borbotón de sangre. La silueta desenroscó el silenciador, con cuidado de no quemarse, y lo guardó junto al arma en una cartuchera de cintura. Se acercó al cuerpo sin vida del librero, le cerró los ojos y registró la trastienda. Cogió un lápiz y con su mina de grafito rayó suavemente la superficie del bloc. Las anotaciones de la página anterior se hicieron visibles

grabadas en el papel: pensión Olite, Barquillo, 30. Sonrió complacido, arrancó la hojita y se la guardó. Luego vació los cajones de la mesa, encontró el frasco de gasolina para recargar el Zipo y esparció el líquido sobre los estantes y los libros. Prendió fuego con el mechero y salió del local. Las llamas se avivaron aceleradas por la gasolina y alimentadas por toneladas de papel. En pocos minutos la librería La Pajarita ardió por los cuatro costados.

# Capítulo 5

Se despertó más tarde de su hora habitual, debido a la falta de obligaciones, y al abrir los ojos Joaquín había perdido la noción de dónde estaba. Dos puntitos de luz parpadeaban en la lejanía con la frecuencia de un faro. Se incorporó sobresaltado, encendió la lamparita de noche y recuperó su espacio y lugar. Se hallaba en un lujoso hotel de Madrid, y esos malditos puntitos pertenecían al detector de incendios instalado en el techo de la habitación.

Empezaba a disfrutar de su estancia en la capital. Libre de sus múltiples tareas, descansaba como un bendito, dormía a pierna suelta, comía a la carta sin preocuparse de ir al mercado de Plasencia, sin tener que prepararse las viandas a diario. Si le viera el padre Jovellanos sentiría sana envidia de su improvisada visita a Madrid. De momento sus primeros pasos para encontrar a Ángela habían dado fruto y estaba más cerca de ella que una semana atrás. Si lograba averiguar su paradero se preguntaba cómo la abordaría, cómo se presentaría, cuál sería su reacción, qué aspecto tendría. Se preguntaba si le reconocería, si guardaría memoria de su amor después de casi cuarenta años. Preguntas y más preguntas sin respuestas.

Se sirvió un último plato de macedonia de frutas y una segunda taza de café y leche, y al terminar el desayuno se personó en recepción. El joven que le había atendido a su llegada preparaba la factura a un huésped.

—Buenos días, señor Ayuso —le saludó cordial—. Enseguida estoy con usted.

Joaquín asintió y se asomó a la puerta. Observó un cielo plomizo, de catástrofe nuclear, de contaminación atmosférica, y el continuo desfilar de camiones de bomberos y coches de la policía municipal con el ulular de sus sirenas. En Madrid nunca había calma. La ciudad latía al compás de los acontecimientos más dispares que se sucedían a ritmo de vértigo. Cada habitante configuraba un universo que se precipitaba al vacío de su propia existencia. En Madrid nadie se saludaba al cruzarse, nadie se entretenía en mirar al cielo para averiguar qué deparaba el meteoro, nadie hablaba con extraños en una sociedad de rostros anónimos.

El aire frío y seco le traía un hedor pestilente a papel quemado, el aliento de una sociedad desahuciada por los ecologistas que pedía ayuda a gritos. Otro día gélido acompañaría su peregrinar por las calles de Madrid. Joaquín prefería el azul de su cielo y el verde de sus prados y bosques. Recuperó el confort del vestíbulo con una tufarada a humo anclada en la nariz.

—Necesito su ayuda otra vez —le dijo al recepcionista.

—Para eso estamos, señor.

—¿Podría indicarme el paseo de Rosales? —solicitó Joaquín, y extendió su plano encima del mostrador.

—No queda lejos —dijo el joven, y ayudado de un rotulador trazó una línea por un dédalo de calles para señalarle el camino más corto —. Si no tiene prisa puede ir andando.

—Nadie me persigue —bromeó Joaquín.

—¿Qué tal ayer? —se interesó el recepcionista—. ¿Habló con Germán Moya?

—Sí. Me sirvió de mucho. Gracias.

—¡Pobre Germán! —exclamó el muchacho dolido—. Ha pasado la noche pendiente del incendio.

—¿De qué incendio?

—Se ha quemado la librería La Pajarita. Aquí al lado —señaló en dirección a la calle de la Bola—. Germán y su dueño tenían una buena amistad.

—¿Le ha sucedido algo al señor Riaño?

—Ha muerto —soltó con despego—. Achicharrado como un torrezno. Tenía la mala costumbre de dormirse con un purito en la boca y seguro que eso ha provocado el fuego. Ya hubo otro conato años atrás.

—Muerto… —susurró Joaquín.

—La librería ha ardido como el pebetero olímpico de Montjuïc —se explayó el recepcionista, que había seguido la noticia en la radio—. ¿Recuerda al arquero? ¡Qué disparo! ¡Qué manera de prender la antorcha! Tensó el arco…

—¿Cómo ha ocurrido?

—En la radio —narró para complacerle— han dicho que el fuego se propagó debido a la acumulación de papel y a la inexistencia de medidas de seguridad. Un edificio antiguo —despreció con aires de perito—, de viguería de madera, estanterías de madera, mobiliario de madera, y toneladas de libros y revistas. ¡Ya me dirá! Basta una chispa para arder como el infierno. El viejo ni siquiera tenía un extintor para casos de emergencia. Lamentable pero previsible.

—Voy a echar un vistazo.

—Espere, por favor. —Cogió un sobre del casillero correspondiente a su habitación y se lo entregó—. No hay destinatario —se extrañó

con una mueca—, pero es para usted.

—¿Para mí? —se sorprendió Joaquín—. ¿Quién lo ha traído?

—Ni idea —respondió lacónico el recepcionista—. Acabo de empezar el turno.

Nadie sabía dónde estaba. Nadie le conocía en Madrid. Se trataba de un error. Rasgó la solapa y extrajo un papelito. Le dio la vuelta y contenía una libélula impresa. No podía creerlo. Un escalofrío le recorrió la espalda y le erizó el vello de los brazos. Joaquín miró a su alrededor. Tragó saliva y se apartó del mostrador para no levantar sospechas. Sacó de la cartera el papelito del establo. Cotejó los dos dibujos, escudriñó al milímetro los trazos, la tinta, el papel… Como dos gotas de agua.

Recorrió el camino de la tarde anterior y llegó a la calle de la Bola. Unos bolardos, enlazados mediante una cinta plástica por la policía municipal, acotaban el acceso. La calle estaba cerrada al tráfico. Dos agentes controlaban que nadie penetrase en la zona de seguridad y aconsejaban a los conductores una ruta alternativa. Los bomberos habían desescombrado parte de la librería y sobre el asfalto humeaban toneladas de papel quemado, de viejas encuadernaciones convertidas en cenizas. Miles de pavesas descendían del cielo como lágrimas negras. Joaquín distinguió el rótulo de letras góticas completamente abrasado, igual que la fachada ennegrecida por el hollín que la vestía de luto. No daba crédito a lo sucedido. Su visita de la tarde anterior, el incendio, la nota en su casilla. ¿Guardaban relación? No, imposible, se trataba de una simple y llana casualidad.

Un muchacho se acercó a los policías, les mostró una credencial y le franquearon el paso a la zona de seguridad. De la bolsa que colgaba de su hombro sacó una cámara y tomó varias fotografías. Intentó acceder al interior de la librería y los agentes se lo impidieron. La estructura del edificio amenazaba ruina. Joaquín le vio guardar la cámara, coger un minicasete y formular preguntas al jefe del equipo de extinción. Por su manera de comportarse dedujo que se trataba de un periodista. Esperó a que terminara su trabajo y le abordó.

—Perdona —le reclamó Joaquín—. ¿Qué ha pasado?

—Ayer, a última hora de la tarde, se declaró un incendio —respondió el reportero de forma vaga, tomándole por un curioso.

—¿Se conocen las causas?

—Primero se pensó en un accidente —relató el joven—, un cortocircuito, pero el forense ha dictaminado que el dueño de la librería murió asesinado de dos disparos. Uno puede atribuirse a un suicidio, dos no. Por eso estoy aquí, para recabar información in situ. De tratarse de un simple incendio se habría resuelto con una gacetilla. Un asesinato es distinto. Interesa más a los lectores, y mi jefe quiere

un artículo a página entera, fotografías, declaraciones de los testigos, informes periciales…

—¿Dos disparos? —le interrumpió.

—En el pecho —precisó el periodista—. La policía cree que entraron a robar, el librero opuso resistencia, forcejeó con sus asaltantes y ¡pumba!…, ¡pumba!… Esos cabrones no se andan con chiquitas.

—¿Y el fuego?

—Lea el periódico —dijo molesto por tantas preguntas—. Mañana sale mi artículo y figurarán todos los detalles.

—¿Para qué diario trabajas?

—*Madrid Informa* —recitó orgulloso—. Una publicación de distribución gratuita.

Joaquín sacó un billete de veinte euros, lo alzó a la altura de los ojos del periodista y se lo metió en un bolsillo del chaleco.

—¿Suficiente para comprar veinte periódicos? —sonrió irónico.

—Es gratuito —repitió el joven por si había oído mal—. Se reparte en las bocas del metro, en las paradas de los autobuses, en las gasolineras…

—Mejor para ti —le guiñó Joaquín un ojo—. Quédate con la pasta y hazme un resumen de los hechos.

—Conforme —aceptó, y miró de soslayo el billete arrugado que asomaba en su bolsillo—. Como le he dicho primero se pensó en causas fortuitas, pero al examinar el cadáver el forense comprobó que tenía dos disparos en el pecho. Tan certeros que le partieron el corazón. Entonces mi jefe…

—Ahórrate la paja.

—En este momento —señaló la entrada a la librería— examinan el local agentes de la policía científica, y de sus investigaciones se deduce que le prendieron fuego. Hay evidencias de un acelerador. El ladrón quería borrar las huellas del delito. Estoy seguro.

—Gracias.

—De nada, hombre —dijo el reportero al verle alejarse, y gritó—: ¡Si lee el periódico titularé mi artículo «Crimen en la calle de la Bola»!

Caminó un largo trecho con los pensamientos confusos. Nada indicaba que la muerte de Aníbal Riaño estuviese relacionada con su misión en Madrid, pero a Joaquín le intranquilizaba la duda. Ni siquiera había dado el primer paso para averiguar la identidad del dueño de la insignia, del posible ladrón. Debía calmarse, recuperar el control de sus actos. Alguien intentó atracar al librero, éste le plantó cara y el otro se lo cargó. Eso había ocurrido. Nada más. Fin del asunto. Calma, calma, se repitió, y aminoró la marcha.

Se detuvo frente a un escaparate y controló a la gente que circulaba a su alrededor. Se giró de repente, para sorprender a alguien pegado a

sus talones. Nada. Sin darse cuenta había llegado a la Gran Vía, y cientos de personas se cruzaban en todas las direcciones. En el Sáhara, en las calles estrechas y solitarias de El Aaiún o Villa Cisneros, tras contactar con un proxeneta confidente del Tercio, temía a las sombras traicioneras, a los ruidos casi imperceptibles que podían presagiar la muerte en la siguiente esquina. En Madrid temía a la muchedumbre, al bullicio. Entre la masa anónima un sicario pasaría completamente desapercibido. En los prostíbulos saharianos, donde anidaban el chancro y el garrotillo, y en las calles terrosas azotadas por el simún, disponía de su arma reglamentaria: una Star modelo B enfundada a la cintura. En Madrid sólo de su instinto.

Buscó una cabina de teléfono para llamar al padre Jovellanos y averiguar un par de cosas. Metió varias monedas en la ranura, marcó y esperó a que alguien contestara al otro lado del hilo. Apoyó la espalda en el aparato para mantenerse de cara a los viandantes.

—Sí… —vociferó el sacerdote enérgico.

—Padre —dijo precipitadamente—, soy Joaquín…

—¡Hijo! —exclamó de alegría—. ¿Qué tal por Madrid? ¿Hace frío?

—Como en Guijo de Gredos. Por lo demás bien.

—Abrígate el cuello y la boca —le recomendó el cura temeroso de que un catarro le apartase de su cometido—. Las heladas son muy traicioneras.

—¿Quién está al corriente del robo?

—¿A qué viene esa pregunta?

—No puedo entrar en detalles —rezongó Joaquín nervioso—. Respóndame, por favor.

—Sólo los que participamos en la reunión.

—¿Y de mi viaje a Madrid?

—Los mismos —determinó el sacerdote—. Ayer me preguntó algún vecino por ti y comenté que habías marchado de viaje, sin especificar adónde. ¿Hay algo que deba saber?

—No, padre —le tranquilizó—. Sólo intento atar cabos. Me tiene intranquilo la gamberrada.

—¡Acabáramos! —soltó aliviado—. No te preocupes. Esta mañana he hablado con tu rabadán y todo está en orden. Tus vacas dan más leche que nunca —bromeó.

—¿Recuerda el papelito?

—Sí —dijo el padre Jovellanos—. Tenía una libélula dibujada.

—¿Y recuerda si algún vecino del pueblo recibe ese mote?

—A Nicasio le llamaban el Polilla —memorizó—, pero murió hace una porrada de años, cuando Franco…

—¿Qué pinta Franco?

—Mucho —bramó el sacerdote molesto por la interrupción—. Al conceder el Caudillo la segregación a Guijo de Gredos, la Falange de

Plasencia sufragó en su nombre el alumbrado y se instalaron varias farolas de gas. Nicasio se encargaba de encenderlas todas las noches, a la hora que establecía el consistorio, y los vecinos le apodaron el Polilla porque andaba de farol en farol. Pero una libélula y una polilla no se parecen en nada.

—Gracias, padre.

—En cuanto sepas algo de la insignia, llámame.

Joaquín colgó, recuperó las monedas sobrantes, las introdujo de nuevo en la ranura y llamó a su rabadán. Su instinto de supervivencia, aletargado durante años, había despertado y controlaba a los viandantes como en las arenas del desierto a las patrullas moras. Habló unos minutos con el mozo a cargo de su vacada y le preguntó si había confiado a alguien el destino de su viaje. Le respondió que sí. Al no verle pastorear al ganado, varios vecinos se habían interesado por su paradero y les había dicho que andaba en Madrid de negocios. Joaquín lo temía. El pueblo entero sabía de su viaje a la capital.

Consultó el plano. Se encontraba en la esquina de San Bernardo y la Gran Vía. A un paso del paseo del Pintor Rosales. Al cabo de un rato alcanzó su meta. En los antiguos terrenos del Cuartel de la Montaña se alzaba el templo de Debod. La soledad permitió a Joaquín comprobar que nadie le seguía. La ausencia de algarabía, el rumor del viento que agitaba las ramas de los árboles y el piar de los gorriones le sosegaron el espíritu y el corazón. Por un instante recordó las cumbres de Gredos.

Tomó asiento en un banco y analizó la situación. Había perdido los nervios. No tenía elementos de juicio para relacionar la muerte del librero Aníbal Riaño con su visita. Un atraco de mal final. Eso había ocurrido, se repetía sin descanso para autoconvencerse. Pero sin saber por qué experimentaba una sensación de amenaza. Un presentimiento le mantenía inquieto, en alerta constante. La misma intranquilidad que sentía las noches cerradas de viento y arena, cuando el simún enloquecía a hombres y bestias y agostaba las plantas hasta la muerte. Días y días oyendo el ulular del viento, sin abrir la boca porque se le llenaba de arena, sin hablar, con los oídos tapados, la nariz tapada, los ojos protegidos por gafas especiales, y ese maldito silbido metido en las sienes.

El paseo del Pintor Rosales, una amplia avenida flanqueada por casas señoriales y los jardines del parque del Oeste, parecía ajeno al trajín que experimentaba el centro de la ciudad. Sacó la hojita que Aníbal Riaño le había entregado y buscó el número que figuraba en la misma. Un edificio de ladrillo visto, enfoscado a la altura de los balcones y glorietas, en cuyos bajos estaba la Joyería Relojería Levy. El escaparate mostraba anillos de compromiso, gargantillas de oro,

pulseras de plata y lapislázuli, pendientes de platino, collares de perlas, relojes suizos de primeras marcas, prendedores de corbata y otros objetos que la codicia ajena obligaba a proteger tras un grueso cristal blindado. Pulsó el timbre y un vigilante jurado le abrió. Pasó bajo un disimulado detector de metales y salió a su encuentro un hombre maduro, de unos sesenta años, de impecable traje de raya diplomática y corbata de seda, bajito, de nariz aguileña, ademanes medidos en delicadeza y la coronilla tocada por una kipá.

—Bienvenido a mi casa —dijo el joyero, e inclinó la cabeza a modo de saludo—. ¿En qué puedo servirle? ¿Ha llegado la hora del compromiso y busca un anillo a la altura de la belleza de su amada? ¿O desea que un magnífico reloj de oro adorne su muñeca?

—Me envía Aníbal Riaño —respondió Joaquín.

—¡Pobre Aníbal! —exclamó compungido—. ¿Se ha enterado de la desgracia?

—Esta mañana.

—Los amigos le habíamos advertido infinidad de veces del peligro de fumar en un local repleto de papel. Un descuido, una colilla mal apagada, una cabezada en mala hora y… ¡Descanse en paz!

—No ha sido un descuido —le informó Joaquín—. Alguien entró a robar. Aníbal opuso resistencia y el atracador le mató y prendió fuego a la librería.

—¡Cielos! —Samuel Levy abrió los ojos como platos presa de un escalofrío—. Debí suponerlo —lamentó abatido—. Le habían robado en varias ocasiones y se negaba a cerrar la puerta. Nunca escarmentaba. No me hacía caso, y los joyeros sabemos de asaltos. ¿Cuándo se celebrarán los funerales?

—Lo ignoro —dijo Joaquín indiferente.

—Me congratulaba de su amistad desde hace veinte años —recordó Samuel Levy nostálgico—. Desde que llegué de Israel. Aníbal me ayudó a buscar este local. Los judíos tenemos mala prensa, pero Aníbal conocía bien nuestra cultura. Había leído sobre el pueblo judío, sus costumbres, la religión, la cábala, la comida *kosher*… ¿Conoce nuestra historia?

—De los telediarios y la película *Éxodo*.

—¡Magnífica! —opinó henchido de emoción—. ¡Qué interpretación la de Paul Newman!

—Acompañado de Eva Marie Saint —apostilló Joaquín.

—Sí —convino Samuel Levy pensativo, y siguió—: Soy judío sefardí y mis antepasados vivieron en Hervás.

—Tiene ante sí a un extremeño de pura cepa —sonrió Joaquín.

—Entonces sabrá que en Hervás hubo una comunidad judía hasta que en 1492 los Reyes Católicos firmaron el decreto de expulsión. Mis ancestros —declaró el joyero orgulloso de sus raíces— estaban entre

los ciento cincuenta mil judíos obligados a abandonar Sefarad. Emigraron a Túnez, a la isla de Yerba, donde todavía existe una pequeña colonia hebrea y una sinagoga. Después, al fundarse en 1948 el Estado de Israel, mis padres se acogieron a la Ley de Retorno y se instalaron en Tel Aviv.

—¿Por qué regresó a España?

—Mis hijas tuvieron la culpa —confesó Samuel Levy resignado—. En Israel mi esposa y yo vivíamos con el alma en vilo cada vez que salían de casa para ir al colegio, a jugar con los amigos, de excursión, de fiesta… Desde que empezó la Intifada los atentados se sucedieron de manera ininterrumpida. Los padres sabíamos cuándo nuestros hijos salían de casa pero nunca si volverían.

—Aquí se vive bien.

—Mucho mejor que en Israel —afirmó tajante el joyero—, aunque en los últimos años la delincuencia ha aumentado. Mire al pobre Aníbal. Hay que reformar las leyes para castigar a los delincuentes como se merecen.

—Voto a favor —se solidarizó Joaquín—. ¿Vende muchas joyas? —divagó para seguir su charla de cortesía.

—No puedo quejarme. La gente compra pocas debido a la inseguridad ciudadana, pero tengo una buena clientela entre los judíos madrileños, y recibo encargos de las sinagogas gracias a mi condición de *môhêl*. Por eso llevo siempre la kipá —aclaró, y se tocó la cabeza—. Mire. —Señaló una vitrina—. Esa *menorá* de oro y piedras preciosas es un pedido de la Gran Sinagoga de Madrid.

—Perdone mi ignorancia —se disculpó Joaquín—. ¿Qué es una…?

—*Me-no-rá* —silabeó el joyero—. Un candelabro de siete brazos que presidía el tabernáculo del templo de Jerusalén. Tito Flavio, tras saquear la ciudad el año 70, lo trasladó a Roma como botín de guerra y ahí permaneció hasta el siglo VI, en el que que se perdió su pista. Se ha convertido en símbolo de Israel, y antaño se relacionaba con el árbol de la luz de los babilonios y sus siete brazos aludían a los siete planetas conocidos.

—Interesante.

—Me dediqué a la joyería al llegar a Madrid —puntualizó Samuel Levy—. Unos primos míos me animaron y aquí estoy. En Israel vivía de la taxidermia.

—¿Disecaba animales?

—Sí. Mi taller estaba en el barrio de Nevé Zedek —recordó sin ocultar su morriña— y mi mujer regentaba una tienda de naturaleza en la calle Herzl, la más animada de Tel Aviv. Éramos felices pero el maldito terrorismo, la inseguridad, el miedo a que les ocurriera algo a las niñas hizo que regresáramos a nuestro país de origen, a Sefarad.

—¿A los turistas les interesan los animales disecados? —preguntó

Joaquín extrañado, y se acarició la barbilla—. ¡Qué suvenires más raros!

—En Tierra Santa se compra de todo —adujo el joyero conocedor de la sinrazón de la fe—. Los peregrinos adquieren infinidad de baratijas relacionadas con la vida de Jesús: saquitos con tierra de Hebrón o Belén, postales que escenifican milagros, cerámicas que representan basílicas o iglesias, estampas de vírgenes y santos, relicarios apócrifos, figuritas de san José, la Virgen o el Niño, pañuelos de oraciones…, y los animales que la Biblia cita como puros.

—Tengo una curiosidad —caviló Joaquín—. ¿Figura la libélula entre los animales puros?

—No —sonrió Samuel Levy, y aclaró para complacerle—: La libélula no aparece en ningún versículo de la Biblia.

Un reloj de péndulo, de caja de madera de caoba y maquinaria suiza, sonó con doce campanadas. Samuel Levy miró las manijas de la esfera.

—Acabo de repararlo y funciona de maravilla —dijo complacido—. ¿Para qué le remitió a mí Aníbal Riaño?

—Intento averiguar la procedencia de esta insignia —respondió Joaquín. La desprendió del ojal de su barragán y la posó encima del mostrador.

—Veamos —determinó el joyero. Se ajustó al ojo derecho un ocular y escudriñó el metal—. Oro de dieciocho quilates —diagnosticó seguro —, y según reza aquí la confeccionó la Casa Llobet de Madrid.

—Necesito la dirección.

—Está hecho —sentenció como el genio que concede un deseo.

Samuel Levy marchó hacia la parte trasera del negocio. Pulsó un mecanismo electrónico y desapareció tras una puerta que se cerró de forma automática. Semejantes medidas de seguridad sólo se justificaban con un buen fondo en joyas. El vigilante jurado, atlético y de modales grotescos de portero de discoteca, no le quitaba ojo a Joaquín, al igual que los objetivos de varias microcámaras camufladas en las molduras de escayola del techo. Joaquín se acomodó en una silla junto al mostrador y esperó. El vigilante, uniformado y armado de revólver, esposas, porra y un radio transmisor, observaba receloso a los peatones que se detenían inocentes frente al escaparate. El joyero regresó con un grueso volumen en sus manos.

—Aquí encontraremos la dirección —auguró.

Abrió el pesado tomo, un catálogo de fabricantes de escudos y medallas, se puso unas gafas de presbicia y pasó las hojas en busca del dato que le interesaba. El libro registraba blasones de heráldica y medallas honoríficas acuñadas con motivo de algún evento importante: Año Mundial de las Comunicaciones, Juegos Olímpicos de Invierno de Lake Placid, Olimpiadas de Múnich, Quinto Centenario del

Descubrimiento de América…

—¡Ajá! —soltó Samuel Levy satisfecho—. Casa Llobet, calle Hermosilla, 28. Pero cerró hace años.

—¿Ya no existe? —inquirió Joaquín contrariado.

—¿Ve este símbolo? —señaló el joyero con el dedo—. Significa que ya no fabrican, que la empresa ha desaparecido, aunque muchas de sus piezas siguen en catálogo.

—¿Qué representa esta insignia?

—Tres franjas negras y cuatro blancas… —susurró el joyero, y analizó el pin bajo el ocular—…, ovalado, remate angrelado y un pequeño código, junto a la marca del oro, que nunca había visto: tres líneas horizontales cortadas al bies por una línea vertical. No sé…

—El club de fútbol Castellón viste camiseta de rayas blancas y negras —aventuró Joaquín para conocer su opinión.

—No se trata de una insignia de fútbol —aseguró Samuel Levy—. Suelen llevar algún tema alusivo al deporte, y ésta sólo luce barras blancas y negras esmaltadas sobre oro. Un buen trabajo.

—Eso parece…

—Espero haberle aclarado algo —deseó el joyero, y se ofreció—: Si me necesita no dude en llamarme. Será un placer atenderle de nuevo.

Samuel Levy le entregó una tarjeta con la dirección y el número de teléfono de la joyería. Joaquín la guardó en su cartera, le correspondió con su tarjeta de visita y se despidió.

Consultó el mapa. De tanto plegarlo y desplegarlo empezaba a quebrarse. La calle Barquillo no quedaba cerca, aunque tampoco lejos para un andarín de naturaleza acostumbrado a subir y bajar montes. Joaquín se alejó en dirección a la plaza de España y la Gran Vía y entró en la calle Barquillo, estrecha, de viejos edificios de fachadas percudidas, aceras angostas y comercios de solera.

Frente al número 30 levantó la vista para contemplar el inmueble. No vio ningún rótulo que anunciara una pensión. Sólo en los bajos un letrero luminoso parpadeaba para señalar el acceso al Palacio del Placer, un *sex-shop* de fama en el barrio. Joaquín abrió la puerta acristalada, biselada para salvaguardar la identidad de los clientes, y entró para recabar información y adentrarse en un mundo tan lúbrico como desconocido. Nunca había estado en un emporio del sexo. Se entretuvo cotilleando los deuvedés de películas pornográficas y carátulas alusivas a su contenido. Madrid se había convertido en una Sodoma y Gomorra, y sonrió al imaginarse la diatriba que lanzaría el padre Jovellanos ante tal descaro.

Penetró en un largo pasillo, flanqueado por cabinas de proyección, que conducía a la parte central de la tienda, un supermercado de objetos sexuales para satisfacer todas las apetencias venéreas: revistas

y libros pornográficos, postales sicalípticas, bolas chinas, anillos vibradores, consoladores de diferentes tamaños y texturas, lubricantes de distintas marcas y sabores, aros de silicona para retardar la eyaculación, preservativos de mil formas y colores, lencería de fantasía, artilugios para uso de sadomasoquistas (pinzas, grilletes, collares, látigos, bozales, etcétera), muñecas hinchables, artículos de broma, alargadores de pene, peras para administrar enemas, masturbadores eléctricos…

—¿Puedo ayudarle? —sonó una voz aflautada a su espalda.

Joaquín se giró. El dependiente, un hombre maduro, vestido con un pantalón de licra, una camisa abierta que mostraba su pecho lampiño, musculoso y cuajado de tatuajes, de labios perfilados de carmín y perforados por dos pírsines, colocaba en un aparador las últimas novedades en deuvedés pornográficos.

—Busco la pensión Olite —dijo Joaquín mientras le escudriñaba curioso.

—¡Uyyy! —resopló el dependiente, y acompañó su exclamación de un contoneo de cintura—. Cerró hace más de veinte años.

—Ya… —meditó—. ¿Dónde puedo encontrar a los propietarios?

—Murieron —afirmó, y jugueteó con un pirsin del labio—. Sus hijos no quisieron ocuparse de la pensión y la cerraron.

—¿Conoce su paradero?

El dependiente negó con la cabeza.

—Cinco portales más abajo —dijo intentando echarle una mano— vive doña Rafaela, la antigua gobernanta de la pensión. Quizá ella pueda ayudarle. Al principio de cerrarla entraban muchos clientes a preguntar y me pidió que les mandara a su casa.

—Veré si sabe algo.

—Seguro que sí —afirmó el dependiente, y regresó al expositor para terminar de ordenar los deuvedés.

Joaquín contó los portales que dejaba atrás y al llegar al quinto se detuvo: una casa construida en 1914, según rezaba la inscripción de la fachada deslucida debido al paso de los años. Pulsó un timbre del telefonillo al azar y esperó.

—¿Sí? —respondió alguien.

—¿Puede abrirme, por favor? —pidió Joaquín—. Busco a la señora Rafaela, pero no sé el piso.

—Segundo, tercera —subrayó la voz sin dudarlo, y abrió el portal.

Se dirigió a los buzones para comprobar la información recibida. «Segundo, tercera: Rafaela Lerma». Buscó el ascensor sin encontrarlo, porque no había, y una escalera de peldaños enlosados de plaquetas de barro le condujo al segundo piso y a la puerta tercera. Olía a cocido, a buen cocido de matanza hervido en olla de barro, y llamó

con un timbrazo corto y sonoro.

—¡Ya va!, ¡ya va! —gritó una mujer desde dentro—. ¿Quién es?

—¿Rafaela Lerma?

—Yo misma —dijo sin abrir, e insistió—: ¿Quién pregunta por mí?

—Joaquín Ayuso —respondió—. Señora Rafaela —acercó la boca a la puerta para que le oyera bien—, quisiera hablar con usted sobre una huésped de la pensión Olite. Ábrame, por favor, soy persona de paz.

—¿Quién le ha dado mis señas?

—El dependiente del Palacio del Placer.

Se retiró un poco y observó que un ojo le acechaba por la mirilla. Joaquín prendió la luz de la escalera, para inspirarle confianza, y escuchó ruido de pestillos, cadenas y fiadores, y la puerta se abrió. Una mujer bajita, gorda, de cara redonda y sonrojada y un enorme delantal con motivos de cocina atado a la cintura le invitó a pasar al recibidor.

—Entre —dijo con un ademán—. Iba a echar los garbanzos al cocido.

—No la entretendré.

—Si espera un minuto dispongo de todo el tiempo del mundo.

—Huele que alimenta.

—Hago el mejor cocido de Madrid —afirmó agradecida por el cumplido—. Ande, pase al saloncito y siéntese.

Rafaela Lerma le pidió el barragán para colgarlo de un perchero, le acomodó en una butaca de piel cuarteada, y marchó por un largo y estrecho corredor hacia la cocina. Joaquín escuchó ruido de metales, de cacharros apilados en el fregadero, el zumbido de una campana extractora puesta en funcionamiento, y poco después la mujer regresó con dos copitas y una botella.

—¿Una quina? —le ofreció.

—Hace.

—¿De dónde es usted? —le interrogó la señora, y le sirvió una copita de vino quinado.

—De Guijo de Gredos, cerca de Plasencia.

—No ubicaba su acento —admitió para justificar su curiosidad—. En la pensión me bastaba oír a un cliente, aunque fuera por teléfono, para saber desde dónde llamaba. —Hizo un breve mutis y alzó la copa —. Brindemos para que ojalá pueda ayudarle y me recompense con su voluntad.

—Así será —aceptó Joaquín, sorprendido por la forma sibilina de pedirle dinero por su información.

—¿Qué le ha traído a mi casa? —preguntó la mujer, y sirvió otra ronda de quina.

—Me gustaría hablar de una huésped de la pensión Olite —planteó

Joaquín.

Sacó la solapa de la cajetilla de cerillas y se la entregó. Rafaela Lerma la sostuvo como si contemplara la estampa de una Virgen milagrosa y guardó silencio. Su cara esbozó una mueca de desasosiego forjada por los recuerdos que había despertado el dibujo del castillo. La dejó sobre la mesa de centro que les separaba, entre la botella y las copitas de vino quinado que bebían a sorbos cortos.

—¿De dónde la ha sacado? —Señaló la solapa.

—Me la dio alguien que se alojó en la pensión —arguyó Joaquín para evitar narrarle la historia.

—Sus dueños —le explicó para ponerle al corriente—, los señores Nurila, nacieron en Olite y en memoria de su pueblo natal le dieron el nombre a la fonda. Este dibujo muestra una parte del castillo de los Teobaldos, el actual Parador de Turismo.

—¿Usted también nació en Olite?

—Sí. A los catorce años —comenzó a relatar dispuesta a ganarse la propina— entré de fámula en la casa de los señores Nurila, una de las familias más pudientes de Olite. Al poco de comenzar la Guerra Civil se trasladaron a Valencia y me llevaron consigo porque mis padres eran pobres de solemnidad y ni siquiera tenían para comer. Permanecimos allí hasta el final de la contienda y luego vinimos a Madrid. Para ganar dinero los señores Nurila abrieron una pensión y me pusieron al frente.

—¿De qué época habla?

—La pensión se inauguró en 1940, el año en que Franco dictó las leyes de represión de la masonería y el comunismo. El señor Anastasio Nurila compró un edificio en esta calle y lo acondicionó como pensión de transeúntes. Se cerró en abril de 1988, tras fallecer la señora Rosario Calatrava, viuda de Nurila. Sus hijos no quisieron seguir el negocio familiar. Jorge, el mayor, es abogado y trabaja en un bufete muy importante de Pamplona, y el pequeño, José María Nurila Calatrava, estudió Ingeniería y se empleó en una empresa noruega de construcción de plataformas petrolíferas. Los dos —suspiró presa de la nostalgia— están bien situados y ganan buenos sueldos para interesarles una simple pensión.

—¿La dejaron en la calle?

—Bueno, me pagaron una suntuosa indemnización —confesó agradecida—. Para Jorge y José María he sido como una madre. Si vienen a Madrid me llaman y les invito a comer cocido o paella, que me salen de chuparse los dedos. En mi casa —observó con ternura— se sienten como en la suya porque pese a ocupar cargos muy altos, como le he dicho, los niños no han salido estirados. Son igualitos que sus padres, dos excelentes personas, republicanos como una servidora, que supieron llevar con dignidad el pertenecer al bando de los

vencidos. Siempre he lamentado —protestó con un pálpito del corazón — que don Anastasio no viviese lo suficiente para disfrutar de la democracia y saber que perdimos la guerra pero ganamos la paz.

—Mi familia también luchó a favor de la República —dijo Joaquín, con el recuerdo de su abuelo exiliado durante años en Francia.

—¡Malditos fascistas! —gruñó Rafaela Lerma enfadada—. ¿Ve esa fotografía? —Apuntó con el índice a un marco de cuero y una imagen en blanco y negro retocada con lápiz de carbón—. Es mi marido. Me casé en Valencia, en plena Guerra Civil, y nunca tuvimos luna de miel porque a la semana lo movilizaron y destinaron a Gandesa, a la Decimoprimera División del Ejército Popular. Murió en agosto del treinta y ocho, en la sierra de Pándols. ¿Ha estado en Pándols?

—No —dijo Joaquín, con profundo respeto por el dolor de la mujer.

—Una vez me armé de valor y visité el lugar. Las sierras de Pándols y Cavalls fueron un infierno en vida. Más de quinientos cañones fascistas batieron día y noche las montañas. ¡Pobres republicanos! Sin agua, treinta y cinco grados a la sombra, las peñas desquebrajándose sobre sus cabezas por efecto de los obuses, sin suministros debido a los problemas de intendencia, hambrientos, sedientos y aquejados de tifus, disentería y otras enfermedades, cayeron como moscas. A los pies de un árbol —musitó y en sus ojos afloraron las lágrimas— deposité un ramo de flores por mi marido y por todos los demócratas muertos en el frente. Los nacionales jugaron sucio en la batalla del Ebro. Muchos de nuestros soldados perecieron ahogados.

—Desconocía ese detalle.

—Los fascistas —le explicó Rafaela Lerma con el habla rota— abrieron las compuertas de los embalses de Tremp, Terradets y Camarasa, que estaban bajo su control, y las aguas sembraron la destrucción con olas de tres metros. ¡Una masacre!

—Lo siento —suspiró Joaquín.

—¿Me disculpa? —La gobernanta se levantó con evidente esfuerzo debido al dolor de piernas—. Tengo que echar un vistazo al cocido.

Desapareció camino de la cocina, su refugio desde hacía años. Rafaela Lerma sabía del amor y de la guerra, y eso la hacía tolerante con una sociedad que despreciaba porque ya no le pertenecía. Joaquín la imaginó despotricando frente al televisor, refunfuñando ante las cargas de la policía en una manifestación o las declaraciones de un destacado político de derechas. Su enfado se quedaba entre sus cuatro paredes de la calle Barquillo. La oyó hablar en voz baja, consigo misma: «¡Sal!, le falta sal», gruñó, y regresó al saloncito. Antes de sentarse abrió el portacintas de un equipo estéreo y colocó un casete. Pulsó el botón de reproducir y sonó el himno de Riego: «Serenos y alegres, valientes y osados, cantemos soldados el himno a la lid (…). Soldados, la Patria nos llama a la lid, juremos por ella vencer, vencer

o morir…».

—Lo compré para chinchar a un vecino —dijo la mujer con malicia, sin entrar en detalles—. Los chavales de ahora no saben que España tuvo otro himno nacional y otra bandera constitucional. —Torció el gesto—. ¿Vio la cara de pánfilos que pusieron nuestros tenistas en la final de la Copa Davis de Melbourne, al sonar por error el himno de Riego? No tenían ni repajolera idea de que escuchaban el himno de la República. ¡Benditos! Perdone a esta anciana nostálgica —se disculpó, consciente del silencio que imponía a su invitado.

—Es un placer conversar con usted.

—¿A qué huésped se refiere? —retomó el hilo Rafaela Lerma—. Todavía conservo los libros de registro de la pensión. Aunque si huía de la policía por alguna causa, puedo asegurarle que no aparecerá en ninguno. Hacíamos la vista gorda con los disidentes.

—No, no… —sonrió Joaquín—. La mujer que busco se fugó con un viajante de comercio y vivió una temporada en la pensión.

—Usted dirá.

Joaquín le entregó la fotografía de Ángela Moreno. Rafaela Lerma la observó, dio un sorbo de quina y se la devolvió. Joaquín temió que no la reconociese, que su memoria fallara por culpa de la edad o de los años transcurridos. ¿Cuántas mujeres habían pasado por la pensión? La gobernanta carraspeó nerviosa.

—Es la Membrillo —certificó sin atisbo de duda—. Llegó en 1970. Para estar segura consultaré el registro.

Joaquín hizo una mueca de desconcierto. Rafaela Lerma se levantó apoyando el peso del cuerpo en el reposabrazos de la butaca y marchó por el largo pasillo, aquel mar tenebroso que recorría como un barco a la deriva. Pasados unos minutos regresó con un abultado libro. Apartó las copas y la botella de quina, lo posó sobre la mesita y se sentó con un resoplido de fatiga.

—El registro se divide en meses y días —le explicó—. Busque a partir de enero de 1970 el nombre de Isabel Lladó y sabrá cuándo se dio de alta como huésped.

—Perdone —dijo Joaquín confuso por sus palabras—. ¿Se apellidaba Lladó o Membrillo?

—Lladó —afirmó—, pero la apodaban la Membrillo porque llegó con muy mala cara. Muy amarilla. ¿Me entiende?

Joaquín asintió, siguió sus instrucciones y rastreó página a página aquel nombre extraño y desconocido. Un día de marzo de 1970 leyó: «Isabel Lladó, calle del General Prim, 12, Guijo de Gredos (Plasencia)». A continuación figuraban un número de documento nacional de identidad y un garabato que bien podía ser una firma o un nudo gordiano. Ignoraba el número de carné de Ángela, pero salvo el nombre el resto de los datos coincidían con la exactitud de un calco.

Ángela, sin saber por qué, se había registrado con una filiación falsa.

—¿Es la mujer que busca? —le preguntó Rafaela Lerma.

—Creo que sí —titubeó—. Pero no utilizó su verdadero nombre.

—¿Cómo se llamaba?

—Ángela Moreno.

—Esa mujer huía de algo —aseveró Rafaela Lerma dando un giro a la conversación.

—¿Llegó sola o acompañada?

—Sola —recordó—. Aunque con frecuencia la visitaba su amante. Me imagino la escena —gruñó en señal de repulsa—. Un hombre maduro, casado, se camela a una chica mucho más joven que él, la deja encinta y la manda a la capital para apartarla de su lado y evitar el escándalo. ¡Pobre muchacha! Hubo muchas como ella.

—¿Estaba embarazada?

—Sí —acometió—. Al principio lo ocultó. A eso debía su mala cara.

Rafaela Lerma se sirvió una tercera copita de quina y la paladeó con la delicadeza de un sumiller. Le ofreció otra a Joaquín y éste la rechazó. Necesitaba mantener la cabeza lúcida para analizar los detalles que la gobernanta soltaba gota a gota, como una tortura china. Por primera vez los hechos ocurridos cuarenta años atrás cobraban sentido. Sumida en la tristeza de su marcha a la Legión y sus promesas de visitarla incumplidas, Ángela cayó en el abismo de la soledad y su desesperación la llevó a enamorarse de un viajante de comercio. El hombre la embarazó y tuvo que marchar a Madrid para evitar la vergüenza a su familia. La historia que le contó a Joaquín su madre se ceñía a la realidad, como las medias de la gobernanta a sus piernas para estimular la circulación.

—¿Cuándo dejó la pensión? —siguió Joaquín, temeroso de que el vino borrara a Rafaela Lerma su memoria.

—En el setenta y tres —respondió con exactitud—. A los siete meses de alojarse dio a luz a una niña preciosa. Pelirroja, de manitas blancas y carita redonda. Una monada. Nació con un antojo en la frente que mi difunta madre, en paz descanse, asociaba al mal fario, y su destino se cumplió poco después.

—¿Qué ocurrió? —le instó Joaquín.

—La pequeña murió de meningitis —afirmó Rafaela Lerma presa de la congoja—. Pobrecita. Se retorcía en la cama de dolor, empapada en sudor de fiebre, la nuca rígida, ahogada en vómitos y atenazada por un creciente delirio. El médico no pudo hacer nada para salvarla.

—¿Y luego?

—Pasaron cosas muy raras —incidió la mujer todavía picada por la curiosidad—. Ángela, como usted la llama, no soltó ni una sola lágrima por la muerte de su pequeña. El hombre que la visitaba desapareció y el día del entierro sólo la acompañaron doña Rosario,

que sufragó los gastos del funeral, unos pocos huéspedes y una servidora.

—¿Reconocería al hombre?

—Por supuesto —dijo la gobernanta—. Nunca olvidaré su cara.

—¿Sabe su nombre?

—No —admitió contrariada—. Jamás cruzó una palabra conmigo más allá de las formalidades de rigor. La visitaba una vez al mes, subía a su habitación, permanecía un rato y se marchaba. Eso sí, antes pagaba todas las facturas, por abultadas que fuesen.

—¿Podría describirle?

—Como si lo tuviera delante —atajó Rafaela Lerma segura—. Alto, muy fuerte, moreno de pelo y cara, de buena percha, frisando los sesenta y un rictus de persona amargada que acentuaba una cicatriz en la mejilla.

—¿Parecida a una quemadura? —intervino Joaquín sobresaltado.

—Eso es —confirmó—. Una quemadura es la definición exacta.

—Su padre —musitó aturdido.

La descripción de Rafaela Lerma encajaba con Pedro Moreno alias el Tenaza. Joaquín ató cabos. Comprendió de repente lo sucedido. Su padre la había llevado a Madrid para alejarla del pueblo y evitarse el bochorno de una preñez no deseada. La visitaba todos los meses, pagaba sus gastos y se encargaba de Ángela porque el viajante la abandonó al saberla embarazada. ¡Miserable! Sólo un canalla se desentiende de una mujer que espera un hijo de él.

—¿Qué hizo al abandonar la pensión? —continuó Joaquín angustiado.

—Se marchó a la chita callando —respondió Rafaela Lerma con el último sorbo de quina en la boca—. Una mañana, al entrar en la habitación para hacer la cama, encontré una nota encima de la cómoda. Decía que se iba, dejaba el importe adeudado y agradecía a doña Rosario lo que había hecho por su hija y por ella. Para mí también tenía palabras de gratitud. Desconozco qué carga llevaba esa mujer sobre sus hombros, pero la vida se le torció y acabó mal.

—¿Por qué lo dice?

—A los pocos días —narró con suspense— vino a visitarla el hombre de la cicatriz y se volvió loco al saber que se había marchado. Me preguntó una y mil veces dónde había ido, y una y mil veces le respondí la verdad, que lo ignoraba. —Hizo una pausa—. Tendría que haberle visto llorar como un niño, aporrear la puerta de la alcoba con tanta rabia que casi se rompe la mano.

—¿Nunca más supo de Ángela?

—Le perdí la pista hasta hace tres o cuatro años.

—¿Dónde puedo encontrarla? —insistió él, ansioso.

—No sé —musitó Rafaela Lerma indiferente—. Déjeme que le

explique.

—Por favor, no omita ningún detalle. Es importante para mí.

—¿La ama?

—Sí —confesó Joaquín con un nudo en la garganta—. Aunque no estaré seguro hasta tenerla cara a cara.

—Los amores platónicos suelen idealizarse —le advirtió la gobernanta—, y la realidad pone las cosas en su sitio. Olvídese de esa mujer —le aconsejó maternal—. No es para usted. Hágame caso.

—No puedo. Su recuerdo me tortura.

—Allá usted. Yo sólo le cuento lo que viví.

—Siga.

—Los hijos de los señores Nurila —continuó la mujer para satisfacerle— vendieron la pensión por un buen precio, y como le he dicho me dieron una suculenta indemnización por mis años de servicio. —Hizo intención de servirse una cuarta copita de vino quinado, pero se abstuvo—. Con ese dinero y unos terrenos que heredé de mis padres y vendí, compré un piso en este mismo edificio, el cuarto segunda. Lo transformé en un apartamento de una habitación con baño dotado de yacusi y un salón comedor con muebles de diseño que me costaron un riñón. En fin, un nidito de amor clandestino que alquilo por horas. ¿Comprende? —Joaquín asintió—. Un negocio redondo —se congratuló de su buen olfato mercantil—. En este distrito se maneja mucho dinero y estos apartamentos van muy buscados. Sobre todo en edificios discretos como éste. Entre mis clientes asiduos figura un juez de la Audiencia Nacional.

—¿Ha estado Ángela en ese apartamento?

—Puedo jurárselo —confirmó Rafaela Lerma—. Hace tres o cuatro años lo alquiló un señor que jamás había visto. Me anuncio en el periódico y la gente llama para preguntar el precio y la dirección. Me dijo que estaba de paso en Madrid y necesitaba un lugar discreto para alojarse. A buen entendedor pocas palabras bastan. Este tipo de apartamentos suelen utilizarlos hombres y mujeres casados para echar una canita al aire. Le hice un precio especial, ciento veinte euros por todo el día, y aceptó. Vino solo, me pagó y le entregué la llave. Nunca acompaño a mis clientes arriba para no incomodarles. Pero como suben por la escalera aprovecho para espiarles a través de la mirilla y estar al tanto de sus movimientos. ¡Adivine quién iba colgada de su brazo!

—Ángela.

—Estaba más delgada —recordó Rafaela Lerma—, bastante desmejorada, pero la reconocí.

—¿Adónde conduce esta historia? —inquirió Joaquín nervioso—. Quizá está casada y engaña a su marido.

—Igual pensé yo, hasta que unos meses después regresó el señor para alquilarme de nuevo el apartamento. Le pregunté si vendría con la misma mujer y se desentendió. Ni siquiera la recordaba. La había conocido en la calle Montera.

—¿Qué quiere decir?

—Olvidaba que viene de provincias —dijo Rafaela Lerma benévola ante su ignorancia urbana—. En la calle Montera —soltó sin rodeos— las mujeres ejercen el oficio más viejo del mundo. Y allí trabaja Ángela. Meses más tarde la vi de casualidad acordando el precio con un hombre de pelo cano y traje de pana. Estuve tentada de presentarme, de ofrecerle mi ayuda, pero comprendí que la vergüenza la mataría. Esa mujer nunca ha sido feliz. Lo lleva escrito en la cara. —Guardó silencio unos segundos, se alisó los cabellos coqueta y resolvió—: Ángela, la Membrillo, me recuerda a la prostituta de una película.

—*Las noches de Cabiria* —aventuró Joaquín—, de Federico Fellini.

—Le veo muy puesto en el tema.

—En esta vida sólo presumo de saber de cine.

No olvidaba que Rafaela Lerma esperaba una gratificación, y se levantó para coger la cartera de su barragán. La gobernanta sonrió al comprobar que había captado la indirecta. Joaquín le entregó dos billetes de veinte euros y la mujer cabeceó en señal de aprobación.

—Por las copitas de quina —argumentó al guardarse el dinero en el delantal—. Si necesita un apartamento discreto, llámeme y hablaremos. —Le entregó una tarjeta de un montoncito que había encima de una consola—. Me cae bien y le haré una rebaja.

Había aguantado el tipo delante de la gobernanta, como lo hacía en los enfrentamientos a tiros con las patrullas moras en el Sáhara. Sus nervios estaban a punto de estallar. Un minuto más en casa de Rafaela Lerma y le habría temblado la voz, la congoja habría aflorado a su garganta como un vómito de bilis. Caminó en dirección a la Gran Vía y entró en el primer bar. Un local siniestro y poco iluminado convertido en refugio de borrachos mañaneros. Se sentó en un rincón apartado de la barra, pidió una copa de coñac y la bebió de un trago. El alcohol le ardió en el estómago como una brasa, golpeó con el puño la barra de cinc, bajo la mirada atenta del camarero, y estalló a llorar como un niño. Ángela, su amor, ejercía la prostitución. ¡Puta miseria! Ni en sus peores pesadillas habría imaginado el destino que la vida reservaba a Ángela. Se culpó de su desgracia por no decirle la verdad en sus cartas, por ocultarle que jamás le concederían un permiso. Lamentó no haber desertado para correr a su lado, no haber tenido el coraje de buscarla de regreso a casa. Se prometió que la encontraría, que la sacaría del pozo miserable de su existencia y le declararía su

amor.

# Capítulo 6

Los problemas no se solucionaban acodado en la barra de un bar, con una copa de coñac tras otra para borrar la culpa. Joaquín lo sabía y sin embargo había caído en la trampa. De la misma manera que cayó al dejar de escribirle Ángela. Entonces se metió en un tugurio de mala muerte del zoco y, copa a copa, con güisqui de garrafón, se emborrachó hasta perder el tino. Increpó a sus compañeros de barra, soldados del tabor de regulares, musulmanes que detestaban el alcohol porque lo prohibía el Corán. Le recriminaron su conducta, se encaró a ellos y se lió la tangana. Joaquín golpeó al más cercano, y el resto se le vino encima como un alud. Logró derribar a dos con la fuerza de sus puños, pero los otros, cuatro fornidos moros de una mía montada, le atizaron hasta arrinconarle. Se protegió como pudo de los golpes que le llovían de todas partes. Estaban a punto de noquearle. El sabor ferroso de la sangre le inundaba la boca y descendía por su garganta. Una ceja partida, un pómulo inflamado, la nariz reventada, el labio roto… Salió a la calle y los regulares detrás de él, cosiéndole a puñetazos y patadas. Enfurecidos porque había menospreciado su hombría al rechazar beber alcohol.

Joaquín sacó fuerzas de flaqueza y gritó: «¡A mí la Legión!». Una cuadrilla de legionarios, que paseaban por el zoco libres de servicio, acudió en su defensa. La emprendieron a mamporros con los regulares, que, ante la superioridad numérica y física, se batieron en retirada jurando venganza. Recogieron a Joaquín del suelo y le llevaron a la enfermería para curar sus heridas. Tardó una semana en reponerse, en volver al servicio activo, y en comprender que el alcohol nunca arreglaba los problemas, más bien los empeoraba.

Al llegar a la confluencia de las calles Barquillo, Gran Vía y Alcalá, recobró el bullicio del Madrid más caótico. Joaquín dejaba la trastienda de la ciudad para entrar de lleno en el meollo, en el trompeteo de los cláxones, el humo de los escapes y los acelerones para apurar los semáforos en su cambio del ámbar al rojo. Entre la muchedumbre que transitaba arriba y abajo pasaba desapercibido, y esta facultad la entendía como un arma de doble filo: el anonimato

también protegía a los sicarios. Echó un vistazo a su alrededor. Varios coches camuflados de la Policía Nacional vigilaban la zona. Observó a sus conductores y acompañantes, con microauriculares incrustados en la oreja y armas que abultaban la tela de sus chaquetas. Atribuyó las medidas de seguridad a la presencia del Banco de España y el Cuartel General del Ejército.

Necesitaba descansar unos minutos, lejos de la algarabía y el frío que penetraba en sus huesos, y entró en la iglesia de San José. Se reclinó en un banco próximo al altar mayor y respiró varias veces con la profundidad de un atleta tras la carrera. Unas estufas de butano caldeaban el ambiente. Tenía mal sabor de boca y su aliento apestaba a demonios. Su abuela murió convencida de que la halitosis presagiaba el mal de ojo y todas las mañanas le obligaba a frotarse los dientes con una ramita de alcazuz.

La quietud del lugar le ayudó a concentrarse. Su pulso recuperó la normalidad y remitió el sudor que empapaba su camiseta con la persistencia de un sirimiri. Escuchó un susurro y comprendió que no estaba solo en la inmensidad del templo. Una mujer desgranaba sus pecados en el confesionario al oído de un sacerdote.

Sacó el plano de Madrid y buscó la ubicación de la calle Montera. Quedaba a un paso de la iglesia, bien por Alcalá hasta la Puerta del Sol, o bien por la Gran Vía hasta la Red de San Luis. Joaquín se decidió por la primera ruta. Si algún hampón seguía sus pasos quizá desistiría ante la presencia de las fuerzas de seguridad.

Nunca había estado en la Puerta del Sol, rodeada de un sinfín de tiendas y almacenes, el luminoso de Tío Pepe convertido en un clásico de la publicidad y riadas de gente aportadas por las diez calles que desembocaban en la plaza. El reloj de la Presidencia de la Comunidad de Madrid sonó con dos campanadas de cuartos. Joaquín cruzó a la carrera la plaza, controlada por varias furgonetas de la policía, y se internó en el ambiente degradado de Montera.

Subió por la acera de la derecha y bajó por la izquierda. La calle, de trazado corto, aglutinaba comercios de artículos dispares: cines, tiendas de ropa, regalos, un *sex-shop*… En la esquina de la Red de San Luis y Caballero de Gracia varias prostitutas ofrecían sus servicios a los transeúntes, pese a la presencia policial y el control de varias cámaras instaladas por el Ayuntamiento para combatir la delincuencia. Una pareja de municipales patrullaba a pie sin incordiar a las chicas. Joaquín las observó. Chistaban a los viandantes, les cucaban el ojo o les abordaban para ofrecerles sus servicios. La mayoría procedía de países sudamericanos. Habían emigrado ante la esperanza de una vida mejor y el destino las había convertido en carne de cañón del capitalismo, en objetos de compra y venta sexual

para bolsillos de miseria.

Joaquín recorrió la calle un par de veces, para estudiar el terreno que pisaba, y al alejarse la patrulla de la Policía Municipal en dirección a la Puerta del Sol, se acercó al grupo de chicas que menudeaba en la esquina de Caballero de Gracia. Una a una intentaron atraerle susurrando el precio de sus servicios, con movimientos lascivos de la lengua, acariciándose los pechos o levantando ligeramente la falda para mostrar unos muslos celulíticos y una lencería raída. Las reunió a todas con un gesto y les mostró la fotografía de Ángela que llevaba en la cartera. Ninguna la reconoció, y Joaquín atribuyó su fracaso a que la foto no le hacía justicia. Habían pasado casi cuatro décadas desde aquella imagen en blanco y negro, emborronada por el tiempo, que mostraba a una muchacha núbil, de miraba cándida y corazón enamorado. Las fulanas se pasaron indiferentes la foto para negar una y otra vez con la cabeza. Joaquín les dio las gracias y marchó en busca de otras mujeres de caminar lento, un pequeño bolso bajo el brazo, vestidas de manera provocativa y contoneos de insinuación manifiesta. Por más que insistió no supieron darle razón de Ángela. Ni siquiera él mismo estaba convencido de reconocerla después de tantos años.

Preguntó a unos jubilados que esperaban el autobús bajo la marquesina de la parada cotilleando obscenidades de las chicas y le dijeron que la presencia de la policía había desplazado a muchas a la calle Carretas y los aledaños de la plaza Jacinto Benavente. Uno del grupo, que llevaba la voz cantante, le aseguró que antes la calle Montera se parecía al Walletjes, el Barrio Rojo de Ámsterdam. Rió, y sus compañeros, al corriente de sus andanzas de marino por los escaparates donde las fulanas vendían su cuerpo bajo rótulos de *Kamer te huur*[1], le acosaron a preguntas morbosas que contestaba con la pasión y el énfasis de unos recuerdos de juventud vivos en su memoria.

El estómago le molestaba. Necesitaba comer algo y planificar sus pasos. Los jubilados le indicaron cómo llegar a la calle Carretas, y Joaquín siguió Montera abajo para cruzar la Puerta del Sol y entrar en otro núcleo de la prostitución de medio pelo. Subió por Carretas, preguntó a las escasas chicas que ejercían en esa calle y tampoco supieron darle razón de Ángela. Parecía que la tierra se la hubiese tragado. Si estaba en Madrid tarde o temprano la encontraría. Se metió en un bar de menús. Las mesas las ocupaban trabajadores de la construcción empleados en las obras públicas que tenían patas arriba la ciudad. Consoló su estómago con una sopa de fideos, un filete a la plancha acompañado de un tomate al horno y patatas fritas, un botellín de agua y un flan de polvos. Nueve euros por un aguachirle, la suela de un zapato y un postre de plástico.

El local atufaba a sobaquina. Pese al frío aquellos hombres sudaban la gota gorda cavando zanjas, amasando mortero, instalando canalones y extendiendo alquitrán. Al finalizar la jornada muchos liberaban sus tensiones y frustraciones en brazos de las prostitutas. Lejos de casa y de sus familias, no tenían otra alternativa. Sus compatriotas les rechazaban porque aspiraban a ennoviarse con alguien que las rescatara de la pobreza. Los inmigrantes sufrían el rechazo social y xenófobo de una sociedad que les veía con cara de delincuencia.

Joaquín les miró a los ojos, casi como una provocación. Quizá alguno se había acostado con Ángela. La idea le encabronaba, le torturaba imaginarla tendida sobre un camastro de piojería, recibiendo las sacudidas violentas de un sexo desbocado que perforaba sus entrañas sin delicadeza. Pidió a un camarero que le retirase el servicio, extendió el plano sobre la mesa y estudió las calles periféricas. Paralela a Carretas estaba Espoz y Mina, atravesada por la calle de la Cruz. Patearía centímetro a centímetro cada trozo de acera, una y mil veces, hasta encontrarla.

Acarició la insignia prendida del ojal de su barragán. La reliquia tendría que esperar. Se lo debía a Ángela. Solamente tres días, se concedió Joaquín. Los próximos tres días los dedicaría por completo a investigar su paradero. Si el éxito no le acompañaba reemprendería la búsqueda del relicario. Le había prometido al padre Jovellanos que pondría todo su empeño en hallar al dueño de la insignia, y de momento había cumplido su promesa. Pero el asunto de Ángela, el saberla en las redes de la prostitución, había alterado sus planes. «Te encontraré. Palabra de legionario», masculló Joaquín entre dientes sin que nadie le oyera, la fotografía sujeta en su mano, el mapa de Madrid desplegado encima de la mesa y el barullo de las conversaciones como un eco lejano.

Regresó a Montera y se perdió en las calles aledañas recorriendo la zona sin ningún resultado. La tarde se había nublado y el aire frío de la sierra barrió a las escasas prostitutas de sus puestos. Joaquín callejeó sin apartar los ojos de las mujeres que se cruzaban en su camino. Nada. Ni rastro de Ángela. Entró en un bar, se acodó en la barra, frente a una infusión de manzanilla que bebió despacio para asentar su estómago todavía alborotado por el alcohol, y esperó a que anocheciera para seguir su rastreo de sabueso. Al amparo de la noche, y ante la retirada de la vigilancia policial y el cierre de los comercios, supuso que las chicas regresarían a sus esquinas habituales de trabajo y alguna podría darle una pista, por efímera que fuera, para seguir su peregrinación.

Un limpiabotas ofrecía a los clientes su pericia con los betunes y

cepillos mientras charlaban en la barra o leían el periódico en la soledad de una mesa saboreando una taza de café. Joaquín le llamó y el hombre se acercó servicial. Reparó en sus botas Panama Jack impermeabilizadas con grasa de caballo y sonrió porque no precisaban lustre. Joaquín le preguntó si conocía el barrio y el limpiabotas, de manos gruesas teñidas de negro, asintió y le contó que llevaba treinta años de bar en bar y de restaurante en restaurante, aplicando cera a los zapatos de artistas, empresarios, vendedores, sastres, abogados, locutores de radio… Joaquín le interrogó sobre las muchachas de sexo barato y rápido y el hombre cabeceó. A las fijas, le explicó, las conocía a todas, pero había muchas espontáneas que llegaban a Madrid, se prostituían para ganar unas perras y seguían su camino hacia otra ciudad. La mayoría malvivía en pensiones clandestinas o hacinadas en pisos de sanidad dudosa. El dinero que ganaban se les esfumaba en mantener a sus chulos, en pagar los alquileres y en mandar unos pocos euros a su familia, que las imaginaba empleadas en casas de bien, en peluquerías de alto copete, al cuidado de enfermos y ancianos o en comercios de víveres o telas.

Joaquín le mostró la fotografía de Ángela.

—¿La ha visto?

El limpiabotas sonrió con una mueca de oreja a oreja.

—Quizá sí, o quizá no —le tanteó.

Joaquín dejó un billete de diez euros encima de la barra. El hombre torció el gesto y clavó la vista en su cartera. Sacó otro billete del mismo valor e insistió en la pregunta:

—¿La conoce?

—Sí —soltó de repente. Joaquín suspiró aliviado. Por fin un destello en la oscuridad del abismo—. La Membrillo figura entre las pocas prostitutas españolas que frecuentan la calle Montera. La mayoría proceden de las calamidades de la inmigración, pero todavía quedan dos o tres nacionales que reclaman su parcela de poder.

—¿Está por aquí?

—No —contestó seguro—. Sólo patea la calle de tarde en tarde. Prefiere captar a sus clientes en los bares de la zona alta o media. Muchas veces pasea por la Gran Vía, se sienta en una cafetería próxima a un hotel y espera a que le entre algún turista ávido de sexo, algún ejecutivo de paso por las ferias y congresos que se celebran en Madrid o algún joven dispuesto a ligar con viudas o divorciadas ansiosas de placer, pero tímido para intentar el lance.

—¿Cómo está? —inquirió Joaquín alterado.

—Bien —aseguró—. Mantiene su buen tipo, su melena enmarca unos ojos verde esmeralda, su delgadez acentúa la línea de unas caderas y pechos turgentes y su mirada profunda, de mujer seductora, derrite a los hombres y los rinde a sus pies.

Joaquín suspiró aliviado. El limpiabotas le confió que la Membrillo, como así la conocía, sólo frecuentaba la calle Montera si los clientes escaseaban, si su proxeneta, un rumano de poco fiar y bofetada fácil, le exigía llenar el bolso. Entonces recorría la calle de arriba abajo, con andar lento de señora en busca de gangas o rebajas. Vestía elegante, de traje chaqueta y abrigo, y los policías que controlaban a las prostitutas jamás le solicitaron la documentación porque no encajaba en el estereotipo de la ramera convencional: minifalda incluso en pleno invierno, carencia de sujetador, camisa escotada hasta el escándalo para mostrar la profundidad del canalillo y los pezones, erizados por el frío, protuberantes bajo la tela; medias o pantis ajustados para resaltar sus muslos y nalgas, maquillaje para acentuar los labios y ojos, y un descaro grotesco y desmedido para atraer a los hombres.

La Membrillo se consideraba una señora y nunca se apostaba en una esquina a la espera de sus parroquianos. Rechazaba el sexo con desarrapados que descuidaban su higiene y regateaban el precio durante más tiempo que el propio coito. Ángela Moreno, su único y verdadero amor, Isabel Lladó en la pensión regentada por Rafaela Lerma, o la Membrillo en las calles de Madrid y el mundo de la prostitución, para captar a sus clientes utilizaba una técnica depurada tras horas y horas de caminar en soledad. Si se cruzaba con un señor bien vestido, pulcro y de suave olor a perfume, simplemente le miraba con deseo y picardía y se paraba frente a un escaparate a la espera de que se acercara con disimulo. Hablaban unos minutos. El hombre la invitaba a tomar un café. Ella aceptaba y prolongaba la charla para conocerse, para crear una falsa sensación de amistad, de amigos reencontrados después de años de distancia. Ángela odiaba el aquí te pillo aquí te mato, y si el hombre le proponía entregarse al placer sólo sonreía y le acariciaba la mano. Siempre con un punto de recato, sin demostrar entusiasmo, y la astucia suficiente para encender la llama de la pasión.

Nunca frecuentaba alcobas de camastro, palangana y toallas deshilachadas por miles de lavados. Ángela y sus clientes se registraban en hoteles de lujo, como una pareja de paso en Madrid que esperaba la salida de un avión o un tren retrasado; o en apartamentos alquilados por horas cuyos dueños no hacían preguntas y tenían a las parejas por amantes. Así la reconoció Rafaela Lerma. Ángela jamás dejaba entrever su condición de prostituta. «Hay señoras putas y putas señoras», le dijo en cierta ocasión al limpiabotas, que la admiraba por su elegancia y saber estar.

—¿Cuándo suele venir? —le interrogó Joaquín impaciente—. ¿Cuándo puedo verla?

El limpiabotas sacudió la cabeza.

—*Chi lo sa?* —exclamó, y reparó en los zapatos de un japonés que requerían un embetunado.

—¿Dónde vive? —insistió Joaquín.

—Lo desconozco. Las veces que he hablado con ella ha sido de banalidades, de hechos intrascendentes. Nunca suelta prenda sobre su situación familiar. Sus ojos encierran un secreto, créame. La melancolía atenaza su espíritu y le impide mostrarse a los demás. A la Membrillo —sentenció tajante— le resulta más fácil desnudar su cuerpo que su alma.

—En algún lugar parará… —insistió Joaquín desesperado.

—En cualquier lado —aventuró el limpiabotas, pendiente del sablazo que iba a meterle al japonés—. No tiene un lugar fijo —argumentó para satisfacerle—. Pasea por la Gran Vía y Montera. En verano frecuenta las terrazas de la calle del Carmen, fisgonea los escaparates de Preciados, desciende hasta Alcalá para seguir hacia Cibeles y sentarse en un banco del paseo de Recoletos. En invierno suele refugiarse en las cafeterías de los hoteles. Sería un milagro cruzarse con ella.

Joaquín cabeceó resignado, impotente y triste. El limpiabotas pensó durante unos segundos. Veinte euros valían una pizca de ilusión y tenía que dársela. Había un comportamiento que la Membrillo repetía de forma rutinaria y podía ayudar a sus propósitos. Para emprender su periplo siempre se bajaba en la parada de metro de Gran Vía y salía por la boca situada en la esquina de la Red de San Luis. Joaquín suspiró aliviado. Armado de paciencia podía encontrarla. Era cuestión de tiempo. Tarde o temprano, apostado en la boca del subterráneo, se toparía con ella. Su tesón había dado fruto, como en los lupanares de El Aaiún, en los que tras noches de confidencias lograba una mínima información, un dato que permitía abortar operaciones de la guerrilla, emboscadas a las patrullas de legionarios que custodiaban la frontera o las instalaciones de fosfatos de Bu Craa.

Había sido un día duro y necesitaba una ducha, una buena cena, reponer fuerzas y dormir para afrontar las horas de guardia. Estrechó la mano al limpiabotas para despedirse y el contraste del blanco sobre el negro dibujó la dualidad del mundo, del bien y del mal que anidaba en el corazón de los seres humanos. Joaquín pagó la cuenta y se marchó. Al abrir la puerta echó la vista atrás. El limpiabotas se había sentado en su banquito de madera tapizado de cuero y lustraba los zapatos del japonés, que, ajeno a su esfuerzo, tecleaba un ordenador portátil.

A primera hora de la mañana Joaquín se levantó, siguió la rutina diaria del aseo personal, el desayuno en el bufé y bajó a la recepción. Le preguntó a Germán Moya si había alguna novedad y éste negó con

la cabeza, atareado en rellenar la ficha de un cliente recién llegado. Joaquín esperó a que terminara. Había dado órdenes de identificar a cualquier persona que depositara algo en su casillero. Germán Moya acompañó al huésped al ascensor y a continuación acudió a su encuentro.

—Nada —dijo preocupado—. Ni rastro de la persona que dejó el sobre en su casilla.

—Tiene que haber un medio de averiguarlo —le presionó Joaquín.

—Lo hay. Hace años se produjeron algunos robos en las habitaciones y la dirección del hotel instaló cámaras de seguridad. Esa de ahí —indicó una disimulada en el techo— enfoca al mostrador de la recepción. Le pediré al encargado las cintas y quizá saquemos algo en claro.

—Buena idea —aprobó Joaquín.

—Me ayudaría saber el periodo que se ausentó del hotel.

—Entre las cinco y las nueve de la tarde. ¿Lo recuerda? —Joaquín le interrogó con la mirada—. Hablé con usted al empezar su turno. Luego visité a Aníbal Riaño y regresé tras la cena. El sobre se me entregó a la mañana siguiente. Quizá lo dejó alguien por la noche.

—Imposible —negó autoritario el jefe de recepción, buen conocedor del funcionamiento del hotel—. A partir de las doce se cierra la puerta de acceso y sólo se abre a los huéspedes. Visionaré las cintas entre las cinco de la tarde y las doce de la noche —determinó—. Por cierto, mañana entierran a Aníbal. ¿Vendrá al sepelio?

—No puedo —lamentó Joaquín sincero—. Tengo un trabajo que me ocupará todo el día. De cualquier manera transmita mi pésame a la familia.

—Pobre Aníbal —se quejó amargamente Germán Moya—. ¡Qué muerte más ruin! Le mataron para robarle los cuatro duros de la recaudación. Vaya con cuidado por ahí —le advirtió preocupado—. Madrid se ha convertido en una ciudad sin ley.

Joaquín salió a la calle y el aire helado le cortó la cara. Tuvo la desagradable sensación de perder la protección del hogar. En el Ambassador la calefacción le permitía dormir sin pijama y casi destapado. Levantó las solapas del barragán, embutió la cabeza entre ellas y anduvo hacia la plaza de Santo Domingo. En Callao se detuvo para admirar los cartelones de los cines, que daban a la plaza un aire neoyorquino. En Madrid las películas se estrenaban mucho antes que en Plasencia. ¡Qué envidia! Valía la pena vivir en Madrid sólo para disfrutar de una cartelera tan amplia como los días del año.

Dio una vuelta por Montera y comprobó que las primeras prostitutas ocupaban sus posiciones. Tenían cara de sueño, de mal despertar, debido al cansancio acumulado para satisfacer las demandas de sus proxenetas. Joaquín miró el reloj. Las nueve de la mañana. Calculó

que a lo sumo habían dormido dos o tres horas. Echó un vistazo a los alrededores. La boca de metro que utilizaba Ángela para acceder a la calle Montera quedaba justo enfrente del edificio de la Telefónica. No podía pasarse el día entero de pie, apostado en la acera como un pelele de feria, sin saber cuándo ni cómo aparecería, a la espera de un fantasma del pasado o una ilusión del presente. Había montado guardia cientos de veces, pero nunca más de tres o cuatro horas en su puesto de vigilancia, con los prismáticos oteando el horizonte para descubrir una columna de polvo, el desplazamiento anómalo de un grupo de nómadas y sus dromedarios, o la presencia lejana de un jeep que surcaba las dunas. Debía buscar un puesto de observación para controlar la boca de metro. Un lugar cómodo que le permitiese pasar desapercibido.

En la esquina de Montera y la Red de San Luis abría sus puertas un McDonald's, un establecimiento prohibido para un amante de la buena mesa, un local tabú para alguien acostumbrado a la excelente leche de sus vacas, a tiernos y jugosos entrecots y chuletones y al jamón ibérico de bellota. Joaquín jamás había comido en una hamburguesería ni pensaba hacerlo. Sus dudas sobre la comida basura las disiparon dos películas convertidas en el catecismo de los ecologistas: *Super Size Me* y *Fast Food Nation*.

El local le permitiría controlar la boca del metro desde el confort de una mesa y una silla, sin pasar frío ni llamar la atención. Se dirigió a la empleada y le pidió una cerveza. Luego se acomodó junto a la cristalera. Perfecto. Disponía de una amplia panorámica y estaba acostumbrado a identificar rostros entre la multitud. Sentado en un café de Villa Cisneros reconoció a un cabecilla revolucionario del que sólo había visto una fotografía tomada por agentes del Servicio de Información Militar de Ceuta.

Joaquín bebía la cerveza sin dejar de vigilar. A lo lejos observó al limpiabotas camino de algún bar o restaurante para ejercer su oficio. Había pensado en convertirle en su peón de campo, en pedirle que si veía a la Membrillo le avisara, pero no tenía la certeza de que cumpliera el encargo. Ni siquiera a golpe de billetes, porque de una forma discreta y callada la amaba.

Caía la tarde y Joaquín ni siquiera se había levantado para ir al baño. Ni un solo instante dejó de controlar la boca del metro. Frente a sus ojos habían desfilado miles de personas con nombres, apellidos y vidas repletas de experiencias, convertidas en simples figurantes de una mala película de amores perdidos y vidas echadas al traste. La fatiga le podía. Decidió caminar para estirar las piernas pero sin perder de vista la entrada y salida del metro. Anduvo por la acera arriba y abajo, se fijó en las chicas que aguardaban a sus clientes en la esquina de

Caballero de Gracia, y ni rastro de Ángela.

Los neones se encendieron y la Gran Vía se convirtió en un calidoscopio de colores chillones. Los luminosos de los cines parpadeaban para anunciar los últimos estrenos, los cartelones de los teatros mostraban imágenes de los musicales de moda, los semáforos regulaban el tráfico a las órdenes del rojo y el verde, las castañeras prendieron los braseros y el aire se impregnó de una fragancia a carbón de encina que le recordaba las tardes de invierno en Guijo de Gredos. A las doce de la noche, cansado de esperar, Joaquín se retiró al hotel.

Entró en el vestíbulo del Ambassador y Germán Moya le cogió del hombro y lo arrastró hasta un rincón alejado del mostrador de recepción y de la conversación de dos ejecutivos de una multinacional de productos químicos que celebraba su convención anual en el hotel. A Joaquín le extrañó su actitud.

—Le esperaba —acometió Germán Moya—. Hace media hora que he terminado mi turno pero quería hablar con usted.

—¿Ha averiguado quién depositó el sobre? —le interrogó Joaquín, deseoso de una respuesta afirmativa.

—No —lamentó el jefe de recepción, y echó un jarro de agua fría a sus expectativas—. He visionado las cintas y no hay imágenes entre las cuatro y media y las doce de la noche.

—¿Alguien las ha borrado?

—No exactamente —afirmó Germán Moya, y buscó la manera de explicárselo—. El circuito cerrado de televisión está conectado a un sistema autónomo de alimentación para evitar que los cortes de suministro eléctrico le afecten. Si el hotel se queda a oscuras las cámaras no dejan de grabar ni un segundo.

—Una medida previsora.

—No tanto, señor Ayuso —resopló Germán Moya avergonzado por la situación—. Entre las horas indicadas el sistema autónomo falló y las cámaras se quedaron ciegas. Nunca antes había ocurrido. Se lo juro.

—¿Conoce el motivo de la avería?

—De momento no. Nuestros técnicos de mantenimiento trabajan en ello. El jefe de seguridad sostiene que alguien manipuló las baterías que se cargan a través del circuito eléctrico convencional.

—Ya entiendo —musitó.

—La persona que desconectó el sistema —dedujo Germán Moya— tiene amplios conocimientos de electricidad. Han investigado a todos los empleados del hotel sin resultado. ¿Qué interés pudo tener alguien en desconectar el sistema autónomo? No ha habido ni una sola denuncia por robo en las habitaciones.

—No se preocupe —le disculpó Joaquín—. Gracias por intentarlo.

—Si puedo serle útil en cualquier otra cosa —se ofreció el jefe de recepción con su amabilidad característica—, no dude en acudir a mí.

Joaquín anduvo preocupado hacia el ascensor. La persona que había anulado las baterías no quería que le grabasen al entregar el sobre. Estaba convencido. Para dejar la libélula en su casillero había utilizado el mismo sistema que para empapelarle el establo.

Llevaba tres días enfrascado en la tarea de rastrear a Ángela, de apostarse como un primilla en su descubridero a la espera de la presa, sentado junto a la vidriera de la hamburguesería para controlar la boca del metro. Joaquín no podía dedicarle más tiempo. Había agotado el plazo. Tres días en dique seco pesaban en su ánimo y tenía un deber que cumplir. Quizá ella había decidido moverse por otro barrio, o no precisaba recorrer la calle Montera en busca de clientes. Miró la insignia prendida del ojal de su barragán. Debía ocuparse del relicario. No podía esperar más. Gastaba el dinero del consistorio, aunque parte de los dispendios los abonaba de su bolsillo para aliviar el peso de la conciencia.

Quería encontrarla, pararse frente a ella y gritarle que la amaba, pero la responsabilidad le ataba al deber contraído. Siempre el deber en su vida. De niño con la escuela, luego el servicio militar, más tarde sus padres y el ganado, y ahora su pueblo, al que amaba y respetaba sin compartir su devoción por el Santo Prepucio. Al caer la noche suspendería la búsqueda de Ángela. La olvidaría. Nunca debió dedicar tiempo a un fantasma.

La meteorología empeoró y la llovizna de agua nieve se convirtió en un aguacero torrencial. La gente corrió a refugiarse bajo las marquesinas de las tiendas, en los vestíbulos de los cines y en los bares y cafeterías a la espera de que el temporal remitiera. De la boca del metro sólo emergían siluetas con chubasqueros y paraguas que las ráfagas de viento hacían inútiles. Hombres y mujeres, de andar apresurado, cruzaban la Gran Vía sin respetar las luces de los semáforos y arrancaban las protestas de los conductores, que hacían sonar sin descanso los cláxones de sus vehículos. La muchedumbre huía a la desbandada como un ejército en retirada.

La lluvia arreció mezclada con algunos copos de nieve. Una mujer con abrigo de londrina salió de la boca de metro, se paró en el último peldaño de la escalera, contempló sus botas de piel, lamentando haberlas embetunado antes de salir de casa, y abrió un elegante paraguas de seda para protegerse del agua. Un paraguas grande y de varillas recias que soportaba las ráfagas con entereza. La mujer escondía sus ojos tras unas gafas de sol, pese al día gris y lluvioso, y caminaba altiva, sin prisa, con su melena de color caoba alborotada

por el viento. Joaquín la observó al pasar junto a la vidriera de la hamburguesería camino de la calle Montera. El corazón le dio un vuelco. «Ángela…, Ángela…», repitió con la incertidumbre de su imagen distorsionada por los hiletes de agua que empañaban los cristales. Reaccionó y salió del local.

La siguió a una distancia prudente para no levantar sospechas. Apenas anduvo unos metros y el agua le caló los cabellos, el cuello de la camisa y del barragán, y sintió cómo el frío y la humedad se le clavaban en los huesos de la nuca. La mujer se detuvo frente a un escaparate solitario y le observó en la distancia por el rabillo del ojo. Permaneció quieta, invitándole a que se acercara. La táctica que utilizaba para captar clientes sin rebajarse a montar guardia en una esquina. A Joaquín el corazón le latía desbocado, excitado por el nerviosismo de la duda. Se detuvo. Le faltaba coraje para plantarse a su lado.

La mujer se quitó las gafas y las guardó en un estuche de metal que introdujo en un elegante bolso de tela. Se giró para mirarle con descaro, al suponer que la timidez le impedía avanzar, y le sonrió con delicadeza para romper el hielo del encuentro. Joaquín no podía creerlo. Por primera vez después de casi cuarenta años estaban frente a frente. Sus dudas se esfumaron. Ángela le vio soportar el agua helada como la estatua de un parque. Le cucó el ojo y le sonrió de nuevo. Su cara le resultaba familiar. Quizá fuese un cliente de otro lugar y otra época. Un tímido por naturaleza que necesitaba un empujoncito. Le reclamó con un leve movimiento de cabeza, y a Joaquín le infundió el valor necesario para andar a su encuentro. Despacio, muy despacio, con el agua chorreando de su barbilla, se plantó a escasos metros. Ángela frunció el ceño. Sus ojos la traicionaban. La imagen de sus pesadillas tomaba forma corpórea. Cerró el paraguas para verle mejor y la lluvia mojó su melena caoba. Sus ojos verdes brillaron con dos lágrimas. «Joaquín», murmuró sin que él pudiera oírla. Avanzaron despacio uno en busca del otro, temiendo despertar del sueño más placentero de sus vidas, y se abrazaron en silencio, como si un ángel hubiese sellado sus labios y el tiempo retrocediese a sus años de juventud.

Permanecieron un rato abrazados bajo la lluvia y luego, agarrados de la cintura, se refugiaron en una cafetería de la Gran Vía. Dos tazones de café con leche les ayudaron a entrar en calor, mientras se observaban y comprobaban las heridas de la edad en sus rostros. ¡Qué cambiados estaban! Cada una de sus arrugas hablaba de un sufrimiento, de una pena del alma, de un deseo frustrado y del destino que jamás se cumplió. Ángela conservaba su lozanía, su porte elegante y refinado y su delgadez, que acentuaba una silueta de mujer madura.

Lucía guapísima, y Joaquín comprendió por qué no precisaba plantarse en una esquina a la espera de clientes.

—Nunca pensé que volvería a verte —dijo Ángela, y rompió el silencio prolongado entre miradas.

Joaquín sacó su cartera y le mostró la fotografía que conservaba, la imagen aciguatada de una muchacha cuyo recuerdo le había atormentado toda su vida. Ángela la contempló un rato. Luego abrió su bolso y de un compartimento extrajo otra foto de Joaquín vestido de militar. Pese al uniforme tenía cara de niño. La recibió con el primer pliego de cartas y desde entonces jamás se había separado de ella. Las pusieron una junto a la otra.

—¿Qué haces en Madrid? —le preguntó Ángela, que suponía el encuentro casual.

—He venido a buscarte —confesó Joaquín para su sorpresa—. A decirte que todavía te amo, que tu recuerdo tortura mis noches, que tengamos el valor de intentarlo de nuevo antes de que la muerte tuerza nuestros destinos para siempre.

—¡Estás loco! —arremetió Ángela con un golpe de voz—. ¿Después de tantos años pretendes cambiar mi vida? ¡Maldito! —gritó enojada sin importarle que pudieran oírle en las mesas de alrededor—. ¿Por qué me abandonaste?

—No lo hice —repuso Joaquín sin comprender su acusación.

—Nunca cumpliste tus promesas de venir a verme —le reprochó—. ¿Cómo le llamas a eso?

—Lo intenté y no pude.

—Otros reclutas sí pudieron —le echó en cara Ángela—. No fuiste el único que se marchó a la mili. Todos los chicos del pueblo fueron a ver a sus novias, pero tú no pudiste. Tú no…

—Ellos pertenecían a la tropa de leva —intentó explicarle Joaquín —. Cumplían el servicio militar en la Península. Yo estaba en El Aaiún y al poco el Sáhara se convirtió en un infierno. Los permisos fueron cancelados y la tropa, acuartelada. Nada habría deseado más que abrazarte. ¡Créeme!

—En tus cartas decías lo contrario —arguyó Ángela molesta—. «El mes que viene me concederán un permiso…», escribías una y otra vez. ¡Me mentiste!

—Sí —admitió Joaquín enfadado consigo mismo—. Te mentí para no preocuparte, para evitarte sufrimientos. No tienes ni idea de cómo se vivió el proceso de descolonización de Ifni. Marruecos, Argelia y Mauritania presionaron para que también nos retiráramos del Sáhara Occidental, y recibimos órdenes de defender el territorio a sangre y fuego. Cumplimos nuestro deber de legionarios. Sufrimos bajas y heridos, y el día que España arrió su bandera del Sáhara, la Legión partió con la cabeza bien alta, aunque eso ocurrió seis años después,

en el setenta y cinco.

—¿Por qué debo creerte?

—Sólo porque digo la verdad.

—Los periódicos nunca hablaron de ello —alegó Ángela para rebajar la tensión.

—Había censura de prensa —argumentó Joaquín— y no informaban con libertad de los acontecimientos políticos. La Dictadura temía otra Semana Trágica si corría la voz de que África se había convertido de nuevo en un polvorín. En el sesenta y nueve la gente todavía recordaba el desastre de Annual, la tragedia del barranco del Lobo y los descalabros de Abd el-Krim. El correo que salía del Sáhara también sufría censura. Muchos compañeros se quejaban de que sus cartas no llegaban a destino. Eso ocurrió, y por eso te mentí.

—Nunca imaginé que lo estuvieses pasando tan mal —musitó Ángela con entonación cariñosa—. ¿Me engañaste con otra mujer? ¿Te olvidaste de mí?

—Nunca —respondió Joaquín tajante.

—Te creo —determinó Ángela, y le acarició la cara—. Ya nada importa. El pasado quedó atrás. Las mentiras de tus cartas y las presiones de mi padre me convencieron de tu infidelidad. Pensé que jamás regresarías.

—¡Qué poco me conoces!

—Lo siento —se disculpó Ángela avergonzada—. Los dos debemos entonar un mea culpa.

—Aún estamos a tiempo —atajó Joaquín enérgico, dispuesto a convencerla—. Empecemos una nueva vida. Llevo cincuenta años trabajando sin descanso, sin gastar una peseta que no fuera estrictamente necesaria, tengo mis buenos ahorros, la casa de mis padres. Volvamos al pueblo y olvidemos el pasado, los errores que nunca debimos cometer.

—No seas ingenuo —desestimó Ángela con lágrimas en los ojos.

—¿Estás casada? —temió Joaquín—. Mis padres me dijeron que te marchaste con un viajante de comercio.

—Así es —reconoció Ángela con un ligero temblor en la voz—. Vino al pueblo con un muestrario de mercería. Nos cruzamos en la plaza Mayor y me sonrió. Le devolví el cumplido. Estaba enfadada contigo, te imaginaba en brazos de otra mujer, y comenzamos una relación fundada en mi necesidad de cariño aunque sin amor.

—Rafaela, la gobernanta de la pensión Olite, me ha dicho que tuviste una hija.

—¿Has hablado con ella?

—¿Cómo piensas que te he encontrado?

—Eso. Explícamelo. ¿Cómo? —le increpó Ángela alterada.

Joaquín le relató su decisión de venir a buscarla. Sus pesquisas en la

librería La Pajarita para encontrar la pensión Olite, su entrevista con Rafaela Lerma y con un limpiabotas del que desconocía el nombre, y sus muchas horas pateando las calles con la única ilusión de volverla a ver. La cara de Ángela cambió de expresión. Joaquín conocía los pormenores de su vida. La había esperado en la calle Montera. La calle de la prostitución.

—¿Sabes a qué me dedico? —titubeó confusa.

—Sí —determinó Joaquín—. Me lo ha contado Rafaela. Te reconoció al alquilar su apartamento a uno de tus clientes.

—¿Comprendes por qué debemos seguir nuestros caminos?

—No —incidió Joaquín sin dar su brazo a torcer—. Sólo me importan el presente y el futuro.

—¿Vivirías con una puta? —espetó Ángela arrogante—. ¿Acariciarías un cuerpo manoseado por cientos de hombres? ¿Confiarías en mí o te comerían los celos cada vez que saliera de casa? ¿Soportarías los rumores de la gente, los cuchicheos a tus espaldas?… No te engañes, Joaquín —resopló abatida—. Mi vida se rompió el día que sospeché de tu lealtad y me entregué a los brazos de otro hombre.

—¿Te abandonó?

—Es una larga historia.

—Quiero saberla.

—Te dolerá.

—No importa —aceptó Joaquín, y le acarició la mano y miró a los ojos—. Después de tantos años merezco una explicación.

—Tú ganas —se avino Ángela a complacerle—. Las visitas del viajante de comercio —desgranó sin ganas— se hicieron más frecuentes desde el día que nos cruzamos en la plaza Mayor. Al principio solamente entablamos amistad, pero poco a poco me encapriché del joven, siempre vestido de traje y corbata, de aspecto impecable y un oficio que agradaba a mi padre.

—Debí imaginar que ocurriría —cabeceó Joaquín—. A tu padre nunca le caí bien.

—Lo sé —afirmó Ángela dolida—. Mi padre aprobó mi decisión y autorizó al muchacho a entrar en casa. Se quedaba a cenar y a dormir en la habitación de invitados, y una noche abrió la puerta de mi alcoba, se metió en mi cama e hicimos el amor. A las dos faltas comprendí que estaba encinta. Mi padre me llevó a un médico de Cáceres para que certificara el embarazo, y seguro de mi preñez montó en cólera. Gritó como un energúmeno que nadie deshonraba a su hija sin pagar por ello, que en cuanto regresara el viajante de comercio le cantaría las cuarenta y le obligaría a casarse con su hija en la iglesia de la Circuncisión de Jesús Niño. Pero el chico nunca volvió a poner los pies en Guijo de Gredos. Obtuvo mi virginidad y desapareció.

—¿Y después? —quiso saber Joaquín—. ¿Qué pasó?

—Para ahorrarme la vergüenza pública —prosiguió Ángela con esfuerzo—, mi padre me trajo a Madrid y me instaló en la pensión Olite. Allí llevé una vida normal durante la gestación y a los siete meses nació mi niña… —Notó un sofoco. Todavía le sangraba la herida al recordarlo—. Papá me visitaba de vez en cuando y pagaba todos mis gastos. No quería que trabajase. Quería que me dedicase por entero a la niña. Así pasé tres años. Una noche mi pequeña despertó en llanto y fiebre de cuarenta grados. Llamé al médico y me dijo que se encontraba grave, que padecía meningitis cerebroespinal, y a los pocos días la enterré en un ataúd blanco de miniatura.

—Debiste regresar al pueblo —le echó en cara Joaquín.

—Mi padre nunca supo que su nieta había muerto —declaró avergonzada—. Tendrías que haberle visto. Se desvivía por ella. Todo se le antojaba poco para la niña.

—Y desapareciste sin decir nada.

—Rafaela te ha informado bien —sonrió Ángela al imaginar a la gobernanta y sus arengas republicanas mientras fregoteaba las alcobas —. Me enteré de que mi padre estaba arruinado y decidí esfumarme. Ya le había causado demasiados problemas y no quería ser una carga para él.

—¿Arruinado? —dijo Joaquín—. La cerrajería le funcionaba bien.

—Invirtió todo su dinero en Sofico. ¿Recuerdas el escándalo Sofico?

—Sí, claro. Provocó ríos de tinta.

—Mi padre estaba entre los miles de accionistas estafados y perdió sus ahorros. Nunca superó el desfalco. Le costó la salud y la vida.

—Ahora entiendo muchas cosas.

—Dejé la pensión —continuó Ángela para desahogarse—, me empleé en una peluquería de señoras y salí adelante hasta que…

—Sigue —le insistió Joaquín, y apretó su mano agitado.

—Acabé en la prostitución —dijo sin rubor, la mirada ausente—. ¿Qué te parece? La chica de tus sueños ya no existe. Dejaste a una muchacha inocente y has encontrado a una vulgar puta.

—No te tortures.

—Aunque quisiera no podría —determinó Ángela fría—. La vida me ha esculpido en piedra. Hace años que mi corazón es de hierro.

—Esperaba que regresaras al morir tu padre —le confió Joaquín—. Acudí al entierro con el único propósito de verte. Pero no te presentaste. Ni siquiera años después, al fallecer tu madre.

—No habría soportado la vergüenza —intercedió Ángela en su defensa—. Se enteraron de que ejercía la prostitución y me faltó valor para acudir a los funerales. Me arrepiento de muchas cosas. Lo confieso. No actué bien. Si pudiera dar marcha atrás lo haría. Créeme que lo haría. Pero no hay una segunda oportunidad. Al menos para

mí.

—La hay —le contradijo Joaquín—. Sólo tienes que aceptar mi ayuda.

—Has perdido el juicio —se burló Ángela sin tomarle en serio.

—Nunca he dejado de amarte.

—¿Estás casado? —le preguntó con la sombra de la duda—. ¿Tienes pareja?

—Nunca ha habido otra mujer en mi vida.

—¿De veras has venido a llevarme contigo?

—Sí. Desde luego que sí —recalcó Joaquín—. Hacía tiempo que me rondaba por la cabeza y el destino decidió por mí al robar un desalmado el Santo Prepucio.

—¡Dios mío! ¿Quién ha sido el canalla?

—Tengo que averiguarlo —resopló Joaquín preocupado, y le mostró el ojal del barragán—. ¿Ves esta insignia? Apareció en la capilla del relicario y el padre Jovellanos cree que pertenece al tipo que lo robó. Una inscripción revela que se fabricó en Madrid.

—Siempre he sido comida de segundo plato —susurró Ángela desilusionada—. Se repite la misma historia.

—El Santo Prepucio me ha servido de excusa para venir a Madrid —gruñó Joaquín indiferente—. Si acepté investigar al respecto sólo lo hice pensando en ti. En la posibilidad de encontrarte y recuperar los años perdidos. No quiero morirme sin haberlo intentado.

—Eres un tremendo egoísta, pero me gustas.

Ángela le acarició. Ladeó la cabeza y le besó los labios. A Joaquín el corazón le dio un vuelco. Se sonrojó como la primera vez.

La lluvia había cesado y la gente retomaba las calles con la prisa de llegar puntual a ninguna parte. Llevaban dos horas juntos y nada, salvo los recuerdos, había perturbado sus pensamientos. Dos horas para recobrar la felicidad perdida en el largo viaje de la vida. Ángela se negaba a concederle una segunda oportunidad. Entendería sus recelos si tuviese una vida cómoda y estable, como Meryl Streep en *Los puentes de Madison*, que, agarrada a la manija de la puerta de la camioneta de su marido, duda entre correr a los brazos de Clint Eastwood o permanecer al lado de su familia.

—Si me amas —le planteó Joaquín con voz queda—, ¿qué te impide intentarlo? ¿Por qué rechazas esta oportunidad?

—Mi vida no es un lecho de rosas.

—Déjame ayudarte —insistió Joaquín por enésima vez.

—No puedes.

—¿Tú qué sabes? —se molestó ante su negativa.

—Nicolae te mataría —soltó Ángela a bocajarro.

—A tu proxeneta no le tengo miedo. —Joaquín levantó la voz amenazante—: A peores he plantado cara. Puedo jurártelo.

—Es muy violento —le advirtió Ángela presa de un escalofrío.

—¿Cómo le conociste? ¿Cómo llegaste a caer en sus redes?

—Trabajaba en la peluquería —relató despacio, calibrando sus palabras—. No ganaba mucho dinero. Sólo para mis gastos, para abonar el alquiler de un pisito en el barrio de San Blas, darme algún capricho y salir los fines de semana con las amigas. Vivía con penurias pero no dependía de nadie.

—Y Nicolae se cruzó en tu camino —auguró Joaquín, como si revelase el final de una película.

—Le conocí en un bar de Argüelles —siguió ella—, cerca de la peluquería. Llevaba tres meses en Madrid. Había entrado ilegalmente y malvivía de hacer chapuzas de albañilería con unos primos suyos. Primero no le presté atención, pero se las ingenió para coincidir conmigo a la hora del desayuno. No parecía mal chico. Guapo, rubio, cuerpo de modelo, ojos azules… Caí en sus zalamerías como una adolescente. Cualquiera de mis amigas habría caído porque todas suspiraban por él. Creo —admitió fastidiada— que necesitaba sentirme protegida por un hombre, y Nicolae sabía tratar a las mujeres, decir ese tipo de cosas que nos gusta oír aunque sean mentira. Me invitó a salir un fin de semana. Lo pasamos bien, y…

—¿Le quieres? —soltó Joaquín turbado.

—No —respondió sin pensarlo.

—Es lo único que me importa.

—Decidimos vivir juntos —continuó Ángela con la intención de hacerle desistir y mostrar su cartas— y Nicolae se instaló en mi piso. Al poco tiempo sus primos le echaron de la cuadrilla. Le acusaron de robar material de obra para revenderlo, y sin papeles y trabajo quedó a mi cargo. A medida que pasaron los días comprendí que había metido al diablo en casa.

—¿Te maltrata?

—Luego supe que cometía pequeños hurtos —prosiguió Ángela sin contestar de inmediato a su pregunta, como en estado de hipnosis—, que gastaba mi dinero en timbas clandestinas y drogas. Un día me planté y le dije que se fuera, que no quería volverle a ver, y ahí empezó mi calvario. Me dio la primera paliza de otras muchas. Estuve dos semanas de baja y me despidieron de la peluquería. Nicolae se puso violento. Me echó la culpa de sus desgracias. Los acreedores le apretaban las tuercas para que pagara sus deudas y me alquiló a una red de prostitución. Me llevaron a un club de carretera y entre tundas y amenazas doblegaron mi voluntad, anularon mi autoestima y me convertí en prostituta.

—¡Dios! —exclamó Joaquín, y apretó los puños de rabia.

—Pese a todo tuve suerte —dijo ella convencida—. Al saldar sus deudas Nicolae vino a buscarme. Me consideraba de su propiedad. Un

bien intransferible. Me sacó de allí a punta de navaja y me llevó de nuevo a casa. Aunque nada cambió para mí. Nicolae siguió jugando y yo pagando sus descubiertos a fuerza de vender mi cuerpo. Después de tantos años ya no sirvo para otra cosa.

—¡Maldito hijo de puta! ¿Por qué no acudiste a la policía?

—¿Para que un juez dictara una orden de alejamiento que jamás habría cumplido? —escupió asqueada—. ¿Para arriesgarme a recibir otra paliza, o un tiro en la cabeza? Preferí entrar en su juego e intentar domarle. Hace años que no me pone la mano encima. Trabajo, le doy una parte del dinero que gano y me protege si alguien se mete conmigo. No te imaginas cómo están las calles. Cada trozo de Montera, de la Gran Vía o de Carretas pertenece a una mafia. Los negros dominan la plaza Jacinto Benavente, los colombianos las calles Carretas y Atocha, y los ecuatorianos y peruanos se reparten Montera y su perímetro. Pero todos me respetan y me dejan ejercer a mi libre albedrío porque Nicolae les ha leído la cartilla en varias ocasiones.

—Eso no cambia nada —adujo Joaquín con mal sabor de boca—. Te quiero y lucharé para llevarte conmigo.

—No seas terco —insistió Ángela desesperada—. ¿No comprendes que sólo pretendo protegerte? Si me marcho, Nicolae me buscará hasta debajo de las piedras, y cuando me encuentre me matará… Nos matará como a perros sarnosos —balbució atemorizada.

Joaquín parecía no escucharle.

—¿Dónde vives? —la interpeló.

—En José Marañón —contestó Ángela resignada.

Joaquín sacó su mapa y lo extendió encima de la mesa.

—Señálame tu casa.

—Aquí —posó el dedo—. A un paso de la boca de metro de Alonso Martínez. Sólo hay dos estaciones hasta la Gran Vía.

—Vas a cambiar de domicilio —le ordenó Joaquín tajante, estudiando el plano.

—¿Qué…?

—Has oído bien —se impuso autoritario—. Vas a desaparecer. A esfumarte como el humo.

—¿Te has vuelto loco?

—Nunca he estado más cuerdo —le aseguró con una mirada de fuego—. Escúchame con atención. —Joaquín se acodó en la mesa y fijó la mirada en el mapa—. Necesito encontrar un lugar seguro.

—Te amo —susurró algo pizpireta.

—¿Me harás caso? —Ángela asintió y apoyó la cabeza en su hombro —. Había pensado en el apartamento de Rafaela —le propuso Joaquín.

—Nicolae lo conoce y tarde o temprano daría conmigo —afirmó convencida—. Antes de acostarme con un cliente le telefoneo para que sepa dónde estoy por si surgen problemas. No puedo acudir a mis

lugares habituales.

—Tienes razón —admitió Joaquín pensativo—. En Madrid me pierdo. Ayúdame. Pensemos en un sitio que tu chulo —pronunció con desprecio— no pueda relacionar contigo.

—No sé…

—Haré una llamada.

Joaquín se levantó.

—Utiliza mi teléfono móvil —le ofreció Ángela.

—No —rechazó—. Nicolae lo controla. Me jugaría el cuello.

Joaquín efectuó la llamada desde el teléfono público de la cafetería. Ángela le vio cabecear en señal de aprobación sin perder ripio y garabatear en una servilleta de papel. Colgó y regresó a su lado.

—El jefe de recepción del Ambassador me ha recomendado un alojamiento discreto, casi desconocido. —Levantó la servilleta—. Le he pedido que reserve una habitación a tu nombre. Yo seguiré en mi hotel por seguridad —planeó Joaquín para mantenerla a salvo.

—Tengo miedo —confesó Ángela.

—No te preocupes. Todo saldrá bien.

—Estoy en tus manos —suspiró—. Otra vez pendiente de que vengas a buscarme.

—Ahora no dependo de un permiso.

—¿Cuándo regresaremos al pueblo?

—Dentro de unos días —aventuró Joaquín sin plena certeza—. Antes debo ocuparme de la insignia. —Dobló el mapa y lo guardó—. Háblame de la rutina de Nicolae —le pidió.

—Se levanta a las ocho y desayuna en un bar cerca de casa. Luego queda con sus amigos, un grupo de rumanos que trapichea con objetos robados. Sospecho que anda metido a perista de sus congéneres.

—¿Come en casa?

—No regresa hasta las seis —especificó—. A la hora que salgo a hacer la calle.

—Mañana —la instruyó Joaquín—, cuando Nicolae marche a desayunar recoges tus cosas. Coges un taxi y vas a la calle Allendesalazar —leyó en la servilleta de papel—, al hotel Quinta de los Cedros. Mi amigo me ha asegurado que es discreto y cómodo. ¿Entendido? —Ángela asintió emocionada—. Te llamaré por la noche. —Miró su reloj—. ¿Qué sueles hacer a esta hora?

—Patear las calles.

—¿Cuánto…? —dijo Joaquín, y frotó las yemas de los dedos índice y pulgar de la mano derecha.

—Un día flojo hago un servicio —le explicó Ángela—. Si la noche se da bien, dos.

—Me refería a cuánto cobras.

—Cien euros.

—Aquí tienes —sacó la cartera y le entregó cuatro billetes de cincuenta.

—No puedo aceptarlo —rehusó ella un poco violenta.

—Debes hacerlo. —Joaquín le apretó los billetes en el puño—. Al llegar a casa dale su parte a Nicolae para que no sospeche.

—Te quiero… —musitó sin contener unas lágrimas de emoción.

—¿A qué hora regresas? —le susurró Joaquín al oído mientras le limpiaba las mejillas con su pañuelo.

—De madrugada.

Miró de nuevo el reloj.

—Tenemos tiempo de pasear —se congratuló—, planear nuestro futuro, y cenar en un buen restaurante para celebrar que he regresado de la Legión.

# Capítulo 7

La calle Hermosilla hacía justicia al barrio de Salamanca, el más aristocrático, palaciego y conventual de Madrid, construido en el siglo XIX por el marqués de Salamanca, que dotó a los edificios de los avances técnicos y urbanísticos de su época: cocheras para landós y berlinas, jardines interiores para disfrute de sus inquilinos, cocinas de hulla, termos de agua caliente, váteres, duchas y ascensores.

Andaba sumido en sus pensamientos, embelesado en las fachadas de balcones de forja y galerías acristaladas que invitaban a tomar el sol templado del invierno. En la esquina de la calle Velázquez encontró el número que buscaba. Echó un vistazo al inmueble. Señorial, como correspondía al barrio. En los bajos abría sus puertas una lujosa zapatería. Se entretuvo unos minutos en el aparador y sintió un escalofrío al observar los precios. Ninguno de aquellos zapatos de pitiminí soportaría los tutes que daba a sus katiuskas, ni rivalizaba en resistencia y confort con sus botas Panama Jack, y sin embargo costaban cinco veces más. El vello de los brazos se le erizó como a un puercoespín las púas al descubrir que unas sandalias de señora costaban la friolera de tres mil euros. Un rótulo, sujeto al talón de aguja con una pincita dorada, rezaba: «Manolo Blahnik».

Una silueta en el escaparate, un destello raudo, le obligó a girarse. Joaquín vivía con la sensación de que alguien le controlaba. Percibió una presencia, una caricia de viento helado en la nuca. Pero no vio a nadie. La calle Hermosilla gozaba de una tranquilidad absoluta. Pegó los ojos al cristal, ahuecó las manos a los lados para eliminar los reflejos y comprobó que la tienda estaba vacía. Sólo las dependientas, mises dispuestas a enfrentarse al jurado de un concurso de belleza, charlaban con la encargada. Entró. Las jóvenes, de manera instintiva, miraron sus botas.

—¿Qué desea? —le abordó la encargada, una mujer madura y delgada en extremo—. ¿Unos zapatos de vestir?

—Sólo quiero información.

Las dependientas sonrieron. La encargada se envaró.

—¿De qué tipo? —receló.

—Tengo entendido que antes de la zapatería hubo en este local una

casa de condecoraciones y objetos militares.

—Sería en los tiempos de Maricastaña —bufó la encargada ansiosa por quitárselo de encima—. Llevo empleada más de quince años y nunca he oído hablar de ella.

—Pregúntele a la dueña —sugirió una de las dependientas—. Doña Puri vive desde pequeña en el barrio y quizá pueda orientarle.

La encargada torció el gesto malhumorada por la intromisión de su pupila. Descolgó el teléfono y efectuó la llamada. Joaquín la vio asentir, hablar con monosílabos y, pasados unos segundos, reclamarle a su lado con un gesto.

—La señora Purificación —dijo, y le pasó el auricular.

—Joaquín Ayuso —se presentó—. Dígame.

—Mi encargada me ha comentado que busca un antiguo comercio de insignias y efectos militares. ¿Se refiere a Casa Llobet?

—Sí —convino Joaquín—. Mi última referencia la sitúa aquí, en la calle Hermosilla, 28.

—Ha dado en el clavo —precisó la mujer—. Mi tienda ocupa el taller de insignias de don Ignacio Llobet Peratallada.

—¿Dónde puedo encontrar al señor Llobet?

—Don Ignacio murió hace años —le informó la dueña de la zapatería—, pero su hijo, Federico Llobet, ejerce de abogado y tiene su bufete en esta misma acera, tres portales más arriba.

Joaquín salió de la tienda, entre los cuchicheos de las dependientas y la cara de palo de la encargada, y siguió las indicaciones recibidas hasta un edificio con acceso para carruajes, una portería vacía, ascensor de caja de madera y una escalera ancha, de peldaños de mármol rosa y poyos en los rellanos. Subió a pie, para localizar el bufete, y en el cuarto piso una placa de latón reluciente como el oro le indicó que estaba en el lugar preciso: «Llobet & Calatrava. Abogados y Procuradores». Pulsó el timbre.

—¿Qué desea? —le atendió una señora.

—Ver al señor Llobet —atajó Joaquín directo a sus propósitos.

—¿Está citado?

—Me temo que no —admitió—. Dele esto, por favor.

Joaquín desprendió la insignia del ojal del barragán y se la entregó a la secretaria del bufete. La mujer miró sorprendida el pin de barras verticales blancas y negras. Estaba acostumbrada a que los clientes le facilitaran una tarjeta de visita para concertar la entrevista, dejaran un número de teléfono o una dirección de correo electrónico, pero nunca le habían dado un escudito como carta de presentación. Le pidió a Joaquín que esperara en una salita. Desapareció por un pasillo de parqué y unos minutos más tarde regresó.

—El señor Llobet le recibirá enseguida —dijo servicial.

Joaquín se entretuvo hojeando un magacín de decoración de los

varios que almacenaba un revistero. Debía replantearse la distribución de su casa si pensaba vivir con Ángela. Todavía conservaba los muebles de sus padres y abuelos y nunca había invertido un céntimo en renovar una cómoda, una mesita de noche o un colchón de lana. Sólo se había dado el capricho de comprar un televisor de 50 pulgadas y pantalla de cristal líquido y un deuvedé conectado a un sistema de amplificación de sonido para visionar las películas de su extensa filmoteca.

—Ya puede pasar —le autorizó la secretaria, y le acompañó hasta la puerta de una gran sala. Sentado a una mesa de despacho había un hombre de cabello negro peinado hacia atrás, un traje cortado a medida por algún sastre de prestigio y un reloj de oro que asomaba en el puño de su manga izquierda.

—¿Señor Llobet?

—Para servirle —correspondió al saludo, y le invitó a sentarse con un ademán—. Si viene en busca de trabajo debo informarle de que ya tenemos mayordomo.

—No soy mayordomo —respondió Joaquín desconcertado.

—Discúlpeme —se sonrojó el abogado, cortado por su equívoco—. Como ha entregado a mi secretaria esta insignia he supuesto…

—Perdone… —le interrumpió Joaquín más confuso todavía—, me he perdido.

—Esta insignia o escudito de solapa pertenece a la antigua Asociación de Mayordomos de Madrid y me ha inducido a error. Le pido disculpas otra vez.

—He venido —aclaró Joaquín en tono grave— para averiguar al respecto de la misma. En el reverso una diminuta inscripción cita a la Casa Llobet.

—La he visto —afirmó—. Por eso le he atendido. Creí que se trataba de un cliente de mi padre.

—¿Ignacio Llobet?

—¿Quién si no?

—Le agradecería un poco de información, por favor.

—Deme una buena razón —abortó sus intenciones el abogado—. No sé quién es ni por qué está aquí.

Joaquín se excusó y ante el asombro del abogado relató los pormenores del robo, el hallazgo de la insignia en la capilla y su empeño en encontrar a su dueño.

—Mi padre —accedió el abogado tras escucharle— nació en Palau de Plegamans y llegó a Madrid en enero de 1939, el mismo día que los nacionales entraron en Barcelona. Despreciaba la política y pensó que en la capital tendría mayores oportunidades de desarrollar su trabajo de orfebre. Se equivocó. La España de Franco pasaba penurias y la gente no estaba para comprar joyas. Acuciado por el hambre, se

replanteó el negocio y decidió pasarse a las condecoraciones y efectos militares.

—Sabia decisión.

—Su empresa llegó a tener quince trabajadores —relató el abogado henchido de orgullo—. Casa Llobet adquirió fama entre los militares y le llovieron los pedidos. Primero de comandantes y generales, luego de autoridades gubernativas, y al final incluso de corporaciones municipales. Hasta el palacio de El Pardo le encargó la restauración del bastón de mando y de algunas condecoraciones del general Franco. La fama de Casa Llobet creció como la espuma y recibió pedidos de gremios artesanales, asociaciones culturales, clubes deportivos…

—¿Podría tratarse del escudo del club de fútbol Castellón? —preguntó Joaquín.

—No —sonrió el abogado—. Pertenece a la antigua Asociación de Mayordomos de Madrid. Estoy seguro.

—¿Mayordomos del servicio doméstico?

—Sí —determinó con la voz de la experiencia—. No hay confusión. Este pin de solapa tiene dueño, y su dueño es un *maior domus* o «mayor de la casa», como se les denominó en épocas pasadas.

—¿Puede localizar al propietario?

—Veamos. —Federico Llobet cogió una lupa que había utilizado momentos antes y la interpuso entre la insignia y su ojo—. Un trabajo perfecto —alabó—, en oro amarillo, esmalte de barras blancas y negras, que simbolizan el chaleco que vestían los mayordomos…

—En las películas llevan frac o chaqué —le contradijo Joaquín sin poder evitarlo—. ¿Ha visto *Lo que queda del día?*

—Voy poco al cine.

—Narra el periodo de entreguerras —le explicó— visto por un típico mayordomo, interpretado por Anthony Hopkins, y puedo asegurarle que vestía frac o chaqué.

—No sé mucho de la vestimenta protocolaria de los mayordomos —asumió pensativo—. Creo que el frac se utilizaba en las grandes ocasiones y el chaleco formaba parte del uniforme diario. —Federico Llobet colocó de nuevo la lupa frente a su ojo y siguió con la inspección de la insignia—. Este remate de angrelado lo introdujo mi padre… Aquí veo la marca del oro de dieciocho quilates, el utilizado en las insignias de honor…

—Acláreme este punto —le rogó Joaquín.

—Las insignias corrientes —detalló el abogado para responder a la pregunta—, las que utilizaban los miembros de los gremios para identificarse entre ellos, solían ser de acero inoxidable, y las fundidas con motivo de un evento importante de oro. La insignia de oro formaba parte del privilegio de los grandes de cualquier oficio.

—Un mayordomo distinguido.

—Eso parece —convino risueño—. Puede que sus señores le entregaran la insignia en agradecimiento por los años de servicio, su buen hacer o su lealtad. Entre las familias hay verdaderas trifulcas para arrebatarse a los buenos mayordomos. Actualmente —dijo el abogado al recordar los desvelos para contratar al suyo— no se encuentran profesionales como antaño, y eso que los mejores cobran hasta seis mil euros al mes. Incluso la reina de Inglaterra tiene dificultades con el servicio doméstico.

—Contiene otra marca que un joyero no ha podido identificar —reseñó Joaquín.

—La veo —aseguró Federico Llobet con el ojo pegado al cristal de aumento—. Un minúsculo cuadradito que enmarca tres rayas horizontales cortadas al bies por una vertical.

—¿Qué es?

—Un código secreto —dictó el abogado con un halo de misterio— grabado por mi padre para saber a quién pertenecían las piezas. Un registro confidencial para identificar a sus clientes.

—¿Entonces puede averiguar a quién pertenece?

—Quizá —admitió el abogado, y dejó la insignia y la lupa encima de la mesa—. Tendría que consultar los libros de registro de Casa Llobet.

—Se lo ruego. Es muy importante para mí.

—Si el negocio estuviera en funcionamiento me negaría en redondo —advirtió Federico Llobet serio, en tono de amonestación—. La protección de datos forma parte del código deontológico de cualquier oficio. Pero hace más de veinte años que mi padre murió y cerró Casa Llobet. No creo que haya inconveniente. Al morir —recordó nostálgico — nadie de la familia quiso hacerse cargo del taller.

—Si desconfía de mi buena voluntad —intervino Joaquín para vencer sus recelos— puedo facilitarle el número de teléfono del padre Jovellanos. Llámele y certificará mi interés.

—No hace falta —dijo el abogado, y se acarició la barbilla—. De cualquier modo va a serle difícil localizar al dueño de esta insignia.

—Acaba de decirme que guarda los libros de registro…

—Si mal no recuerdo —apuntilló—, sólo figuraba el nombre. Acompáñeme.

Federico Llobet le guió por un corredor de tarima que crujía bajo sus pies, aunque estaba limpio y encerado como la patena del padre Jovellanos. Abrió una puerta y le invitó a pasar a una sala repleta de estanterías con miles de libros y carpetas. El abogado se subió a una escalerita de aluminio, para alcanzar los anaqueles más altos, y cogió un libro de tapas marrones y letras doradas. En la cubierta Joaquín leyó: «Casa Llobet. Registro de veceros». El abogado pasó algunas

hojas y lo dejó de nuevo en el estante. Luego cogió otro de idénticas características. Al tercer intento encontró el que buscaba.

—Aquí está —dijo satisfecho, y bajó de la escalerita—. Me llevará un poco de tiempo. He olvidado el manejo.

—No importa —suspiró Joaquín cargado de paciencia.

Se puso manos a la obra. Federico Llobet separó las tapas y crujieron como la tarima. Las hojas, apergaminadas y quebradizas debido a la descomposición química del papel, mostraban un rayado similar a los blocs de cartas que compraba Joaquín para escribir a Ángela. Las líneas las ocupaban renglones de pluma estilográfica, de letra redonda perfectamente legible, que indicaba un nombre y un oficio, y a continuación un signo cabalístico ideado por Ignacio Llobet para identificar a sus clientes. Había códigos de todas las formas: cuadrados, ovalados, rectangulares, angulares, elípticos, acaracolados, circulares… El abogado inspeccionó las hojas, siguió los renglones para comparar los signos con el grabado en la insignia, y detuvo el dedo.

—Al fin —dijo satisfecho—. Mire.

Joaquín se agachó para acercar la vista al libro. Sus ojos habían perdido visión con la edad. Observó la línea que le señalaba el abogado y vio tres franjas horizontales cortadas al bies por otra vertical, junto a un nombre, una profesión y una fecha: «Arturo Aguilar, mayordomo, 4 de febrero de 1980».

—¿El dueño de la insignia?

—No puedo garantizárselo —resopló el abogado—. Esta persona se la encargó a mi padre, pero quizá fuese para regalarla.

—¿Puede anotarme los datos?

—Claro, hombre, aunque no creo que le sirva de mucho. Han pasado casi treinta años.

Descendió por la calle Hermosilla hasta encontrar el paseo de la Castellana y siguió en dirección a la Gran Vía. Allí entró en la cafetería Zahara, pidió a un camarero la guía telefónica alfabética de Madrid y rastreó en sus páginas el apellido Aguilar. Cabía la posibilidad de que el sujeto en cuestión viviese en otra ciudad, pero de todas formas tenía que intentarlo. Anotó los teléfonos en unas servilletas de papel y devolvió la guía al empleado. Se acodó frente al teléfono público, echó unas monedas y marcó el primer número.

—¡Sí! —gritó una voz femenina.

—¿Arturo Aguilar?

—¿Arturo?

—Sí, Arturo —repitió Joaquín.

—Creo que se equivoca —rumió la voz—. Mi esposo se llama Amador Aguilar.

—¿Es mayordomo?

—¿Acaso llama al palacio de Buckingham? —le abroncó la mujer—. Mi marido es tapicero y a mucha honra.

—Disculpe —dijo Joaquín, y colgó antes de que la señora le mandara a freír espárragos.

Repitió otras tantas llamadas como la precedente, y ninguno de los Aguilar de la guía telefónica respondía al nombre de Arturo ni trabajaba de mayordomo. Joaquín estrujó las servilletas hasta formar una bola y la arrojó a una papelera. A continuación le pidió al camarero el tomo de las Páginas Amarillas y buscó en los apartados gremiales la Asociación de Mayordomos de Madrid. Nada. Ya no existía. Había caído en un pozo sin fondo. Miró el reloj. La una de la tarde. Pensó en Ángela. La imaginó preparando su maleta para fugarse. Toda una vida metida en una maleta. Una miseria más de la condición humana.

—¿Qué tal va? —se interesó el camarero, aburrido de servir cafés a gente que le ignoraba por completo.

—Mal —admitió Joaquín preocupado.

—Si me dice qué busca quizá pueda ayudarle.

—Una asociación de mayordomos —sonrió.

El camarero le miró de hito en hito. No parecía el tipo de persona a quien viste un mayordomo. Su barragán nunca había pisado la tintorería, en su jersey desfilaba un ejército de pelotes y la pana del pantalón lucía culeras y rodilleras. Un loco de los muchos que cada día aterrizaban en la barra.

—Esas cosas —dijo el camarero con aires de entendido— hay que buscarlas en Internet.

—¿Dónde puedo…?

—¿Conectarse?

—Eso mismo —asintió Joaquín sin saber exactamente a qué se refería.

—Aquí —le propuso—. En la planta de arriba hay un cíber. Hable con el encargado y le facilitará un ordenador.

Cíber, Internet, conectarse… Joaquín tuvo la sensación de que nadie hablaba su idioma. Su vocabulario incluía palabras como bierva, cutral, chorato, calostro, magüeto…, y otras muchas de la ganadería vacuna. Las nuevas tecnologías escapaban a su entendimiento. Revivió sus desvelos ante las instrucciones del televisor y el deuvedé. Las horas perdidas ante un manual incomprensible en cientos de idiomas, y la decisión final de pagar a un técnico para que se hiciera cargo de instalarlos. Metió aire en los pulmones y subió a la planta de arriba decidido.

—Quiero conectarme —dijo al empleado del cíber, como si estuviese acostumbrado a estas lides.

—¿Cuánto tiempo? —le preguntó. Joaquín se quedó callado—. A cinco euros la hora. ¿Qué me dice?

—Una hora —decidió.

—Elija un ordenador —le autorizó—. No hay nadie.

Joaquín no tenía ni idea de manejarlo. Disimuló y se sentó frente al teclado. Miró las letras y los signos ortográficos, como quien contempla intrigado una estrella en el firmamento, y echó un vistazo a su alrededor. A su derecha una batería de ordenadores vacíos, y a su izquierda más de lo mismo. La informática jamás formaría parte de su mundo. Lo supo tras ver la película *Juegos de guerra*, basada en el asalto a los ordenadores del Norad[2] por Kevin David Mitnich, el ídolo de la comunidad *hacker*.

Un joven, de alrededor de veinte años, subió por la escalera y se acomodó ante uno de los aparatos. Joaquín se levantó. El padre Jovellanos enviaba un ángel en su ayuda.

—Perdona —le abordó sin rodeos—. ¿Quieres ganarte cuarenta euros?

—¿No será gay y querrá…?

—No —le cortó brusco—. Estos chismes son para mí un galimatías y necesito buscar una información.

—Es muy fácil —replicó el joven—. Coja el ratón, pinche Explorer, métase en Google, coloque el cursor en la ventana de búsqueda…

—No tengo ni puñetera idea —confesó Joaquín.

—Pensé que me tomaba el pelo.

—¿Vas a ayudarme? —le instó, y para convencerle dejó dos billetes de veinte euros sobre el teclado.

—¿Puede esperar unos minutos? —le tanteó el joven, ansioso por trincar el dinero—. He recibido un *e-mail* de una chica y no quisiera desaprovechar la ocasión…

—Termina —le autorizó—. No tengo prisa.

—Serán sólo unos minutos. Enseguida estoy con usted.

El muchacho tecleó su ordenador bajo la atenta mirada de Joaquín, que no entendía ni papa de los pasos que daba. La pantalla se quedó en blanco y escribió un mensaje comiéndose la mitad de las letras. Le interrogó al respecto y le respondió que utilizaba el lenguaje *wab*. Otra palabreja nueva. Tendría que haberlas anotado. A este paso el castellano, el idioma de toda la vida, el único que todo el mundo hablaba sin haberlo estudiado, sería una reliquia como el Santo Prepucio.

—Ya está —concluyó el joven, que cogió los cuarenta euros y quedó a su disposición—. ¿Qué desea de Internet?

—Primero —dijo Joaquín camino de su ordenador— la dirección de la Asociación de Mayordomos de Madrid. Mayordomos de servicio doméstico —aclaró—. Luego averiguar si figura un tal Arturo Aguilar.

—Vamos a ver —murmuró el joven sentado frente al aparato. Entró en Google y cabeceó contrariado—. No aparece ninguna asociación de mayordomos.

—¿Y Arturo Aguilar?

—Me temo que tampoco —negó tras escribir el nombre y apellido en el buscador—. Si quiere un mayordomo —le sugirió para justificar los cuarenta euros que calentaba en su bolsillo— puedo chequear empresas de servicio doméstico. ¿Le parece?

—Sí —convino Joaquín, sin saber qué más podía hacer para localizar a Arturo Aguilar.

—Hemos tenido suerte —suspiró el chaval—. Hay unas cuantas empresas en Madrid. Voy a imprimirle las direcciones.

El joven le entregó los folios y se despidió de Joaquín, temeroso de que se arrepintiera y le reclamara los cuarenta euros que tenía gastados de antemano.

Abandonó la cafetería con las alforjas llenas de un fracaso que lamentaba. El padre Jovellanos había depositado una gran confianza en sus indagaciones y de momento habían resultado inútiles. Sólo tenía un nombre y un apellido. Ni siquiera conocía la filiación completa del dueño o supuesto dueño de la insignia. Le faltaba el segundo apellido. Un fracaso. El *leitmotiv* de su vida.

Caminó rumiando los pasos que debía dar a partir de ahora. *Quo vadis, Domine?*, musitó como san Pedro en la película de Mervyn LeRoy. Miró el reloj. Todavía faltaban dos horas para que Ángela se registrara en el hotel. No podía fallarle. Otra vez no. Demasiados frentes abiertos para un hombre solo. Enderezó la espalda y tocó la insignia prendida del ojal del barragán. Un peluso nunca pelea en dos campos de batalla, un legionario sí.

Tomó posición en un paso de cebra para cruzar a la otra acera y de nuevo sintió una sensación de frío en la nuca, un soplo helado que penetraba la tela del barragán como si alguien respirase escarcha cerca de su cogote. Le seguían. Se giró de repente y le pareció ver a un individuo que le vigilaba desde la distancia. Le aguantó la mirada y el hombre disimuló frente a un escaparate de ropa de mujer. Guardaba las apariencias, se hacía el longuis. Iba a cazarle como a los lobos que acosaban a sus vacas en los prados montanos. La luz del semáforo cambió a verde. Joaquín cruzó a la acera de enfrente, apretó el paso y por el reflejo de los expositores observó los movimientos de la silueta sospechosa. Sus dudas se disiparon. Le seguía con toda seguridad. Entró en un bar y esperó a que pasara frente a la cristalera para verle mejor. No hizo lo previsto. El hombre empujó la puerta y tomó asiento en el otro extremo de la barra. Joaquín le miró con disimulo. Su cara le resultaba familiar. El camarero le sirvió el café cortado que había

pedido. El hombre también le miró. Joaquín dejó el importe de la consumición en un platito y se dirigió a los lavabos. Cerró la puerta de un excusado y se escondió tras un montón de cajas de cerveza y envases vacíos almacenados en un cuartucho. A los pocos segundos el sujeto entró en el servicio de caballeros. Tanteó la puerta cerrada, y Joaquín aprovechó para acercarse por detrás y practicarle una estrangulación de judo aprendida durante su adiestramiento en la Legión. El sujeto intentó zafarse del ahogo. Joaquín le tenía bien cogido.

—¿Por qué me sigues? —le masculló al oído, sin aflojar la presión sobre su cuello—. ¿Quién eres?

El hombre quiso decir algo. Boqueaba en busca de aire como los peces fuera del agua. Joaquín apretó un poco más. Estaba dispuesto a romperle el cuello. El tipo hacía esfuerzos por librarse de la llave de judo. No andaba mal de fuerzas. Se revolvió con el último soplo de aire de sus pulmones y le atizó un codazo. Joaquín le soltó. Retrocedió empujado por el golpe. Le había acertado de lleno en la boca del estómago y le faltaba el aliento. Doblado sobre sí, para mitigar el dolor, le vio por primera vez la cara. Le conocía, le había visto antes pero no le ubicaba. El hombre, con la espalda apoyada en la pared, también recuperaba poco a poco el resuello.

—¡Joder! —espetó—. ¡Casi me ahogas!

A Joaquín su voz también le resultó familiar. La había escuchado cientos de veces en el Tercio, en las duras sesiones de instrucción, impartiendo órdenes a gritos.

—¿Capitán Alberto Soriano? —musitó con la respiración entrecortada.

—El mismo —asintió casi repuesto de la asfixia—. ¿Querías troncharme el gaznate?

—Perdóneme —se disculpó Joaquín, ya incorporado—. No le reconocí. Me seguía desde hacía un rato.

—No estaba seguro de que fueses tú —se justificó—. Tantos años sin verte me hicieron dudar. ¿Amigos? —Le tendió la mano.

—A sus órdenes, mi capitán —correspondió Joaquín.

—¡Dame un abrazo!

Salieron del lavabo, cogieron las consumiciones de la barra y se sentaron a una mesa. Habían pasado muchos años desde la última vez que se habían visto.

—¿Vives en Madrid? —arrancó el capitán Alberto Soriano para abrir la conversación.

—No, señor.

—Llámame de tú, Joaquín —le pidió algo violento por el respeto que todavía le demostraba—. Los días de la Legión se acabaron. Ahora somos civiles.

—Prefiero tratarle de usted —determinó Joaquín, confuso por el reencuentro inesperado—. Me siento más cómodo. La costumbre, ya sabe…

—Como quieras —admitió de buen grado.

—Vivo en Guijo de Gredos —respondió a su pregunta—. ¿Y usted? Recuerdo que tenía casa en Ronda.

—Sí —dijo—. Mi mujer y mi hija vivían en Ronda. Nunca quise trasladarlas al Sáhara. No podía considerarse el paraíso terrenal. Bien lo sabes. Al dejar la Legión me marché a Ronda hasta que murió mi mujer. Un infarto cerebral se la llevó a los cincuenta y seis años. Pobrecita —lamentó dolido por la pérdida—. Tenía que haberme ido yo. Pero nadie decide su destino. Mi hija me insistió y vine a Madrid a vivir con ella. Está casada. Mi yerno es un buen chico y no puso inconvenientes. Al principio la idea de trasladarme no me sedujo. Luego comprendí que un poco de cariño y compañía me vendrían bien.

—¡Qué sorpresa! —suspiró Joaquín sin salir de su asombro—. Jamás pensé que pudiéramos encontrarnos en una ciudad tan grande.

—No ha sido casualidad —explicó el capitán Alberto Soriano—. El piso de mi hija queda cerca. En la calle San Bernardo, al otro lado de la Gran Vía, y todos los días salgo a pasear a la misma hora. Me ha parecido verte y decidí seguirte. ¿Estás de vacaciones?

—Asuntos del corazón —reconoció Joaquín abatido.

—¿Te casaste con la moza que casi te hace desertar?

—No —respondió seco—. La cosa salió mal.

—¿Qué pasó? —insistió el capitán con ánimo de conversar—. Estabas colado por ella.

Joaquín le relató los hechos con todo lujo de detalles, sus quebraderos de cabeza en la Legión, las noches en vela sólo pensando en ella y su decisión de venir a Madrid a buscarla para recuperar el tiempo perdido.

—Nunca cambiarás —afirmó lacónico el capitán al concluir el relato —. A los hombres nos vuelven locos las mujeres. Te confesaré algo. —Abemoló la voz—: Yo también perdí la cabeza por una hembra. Una venezolana que me susurraba palabras de amor al oído y me llamaba «*terronsiiito* de azúcar». Por su culpa me enrolé en la Legión.

—¡Quién lo diría! —rió Joaquín—. ¡Usted, que parecía tener el corazón más duro que el cemento!

—¿Dónde te hospedas? —atajó el capitán para eludir el tema.

—En el hotel Ambassador.

—A un paso de mi casa.

—¿Entró en combate, capitán? —le preguntó Joaquín intrigado.

—Sí —contestó serio—. A los pocos meses de marcharse tu reemplazo las cosas se complicaron. Tuviste suerte. El Sáhara se

convirtió en un barril de pólvora. Hubo escaramuzas con los marroquíes y cayeron varios de los nuestros.

—Lo imaginaba.

—Al Gobierno le faltó valor para plantar cara a los moros. —Escupió con la vista perdida en su taza de café con leche—. Eso me decidió a dejar la Legión.

—¿No se jubiló en el Tercio?

El capitán Soriano negó con la cabeza. Bebió un sorbo de su taza y le relató sus cuitas en el desierto. Nunca hablaba de ello. Sólo ante otro legionario. Joaquín le escuchó atento. Quería conocer la verdad que nunca reflejaron los periódicos de la época.

—En el setenta y dos —arrancó el capitán—, al poco de licenciarte, las cosas se pusieron negras aunque mantuvimos la situación bajo control. Lo peor vino tres años después, al morir Franco. El setenta y cinco empezó con mal pie. En las Palmas de Gran Canaria unos ladrones robaron el tesoro de la Virgen del Pino, y eso vaticinaba malos augurios. Lo supe desde el primer momento. Perturbar a santos o vírgenes trae mala suerte, y los hechos se torcieron.

—Años difíciles.

—En septiembre del setenta y cinco varios gobiernos europeos rompieron sus relaciones con España tras las ejecuciones de militantes antifranquistas. El Régimen se quedó solo. Los lazos diplomáticos con Méjico también se rompieron. Cortina Mauri, ministro de Asuntos Exteriores, declaró que la descolonización del Sáhara resultaba prioritaria para la diplomacia española y que su Gobierno respetaría la resolución de la ONU que regulaba el principio de autodeterminación del pueblo saharaui.

—Seguí las noticias —dijo Joaquín, atento al relato del capitán—. Mi cuerpo estaba en la Península, pero mi alma permaneció mucho tiempo en el Sáhara. Me temo que la realidad distaba bastante de las informaciones que difundían los medios.

—Apuesta a que sí. Estábamos en alerta máxima. Tuvimos algunas refriegas y salimos airosos. Hasta los ateos más recalcitrantes rezaban para que los mandos aflojaran las riendas. Queríamos dejar claro a los moros quiénes mandaban en el Sáhara Occidental. Nuestros oficiales se mostraban muy prudentes y entre la tropa se alzaron voces tildándoles de cobardes.

—El honor y principio de la Legión radica en la obediencia debida —recordó Joaquín.

—Todo el mundo acató las órdenes —gruñó contrariado el capitán Alberto Soriano—. Pero coincidirás conmigo en que una cosa es el deber y otra muy distinta lo que te pide el cuerpo.

—Estoy de acuerdo —convino Joaquín metido en su piel—. Nunca desobedecí una orden, y reconozco que en varias ocasiones me habría

gustado apretar el gatillo de mi Cetme.

—Los marroquíes —prosiguió el capitán— se mantenían a la expectativa. Sus servicios de inteligencia conocían la precaria salud del general Franco y aprovecharon la coyuntura para plantear ante el Comité de Descolonización de las Naciones Unidas sus aspiraciones sobre las plazas españolas en África, sin tener en cuenta que nuestra soberanía constituye un hecho histórico incuestionable.

—Siempre hurgan en la herida —resopló Joaquín asqueado—. En cuanto hay problemas los moros mueven ficha. Ahí tiene el caso de isla Perejil.

—No soy de derechas —declaró el capitán para que Joaquín no sacase conclusiones precipitadas—, pero en la crisis de Perejil el Gobierno de Aznar le echó coraje. En un abrir y cerrar de ojos cayeron sobre ellos, les detuvieron y pusieron de patitas en la calle. Así teníamos que haber actuado en el setenta y cinco, pero la situación de la Península aconsejaba cautela.

—Hubo que plantarles cara —dictó Joaquín convencido.

—Eso pensábamos que ocurriría —coincidió el capitán— al anunciar el Gobierno que no cedería a las pretensiones marroquíes. Suspiramos aliviados. La Legión se preparó para días de gloria. Enseñamos los dientes a Marruecos y nuestra Marina de Guerra fondeó frente a las costas de Ceuta y Melilla con infantes dispuestos a desembarcar.

—Maniobras disuasorias.

—Eso es —aprobó—. En el Sáhara se respiraba tranquilidad. Los mandos parecían dispuestos a defender el territorio. Marruecos apresó varios pesqueros gaditanos en aguas de las islas Chafarinas. La cuerda se tensó. El general Gómez Salazar declaró que el ejército estaba dispuesto para repeler cualquier agresión.

—¿Lo estaba, capitán?

—Sólo puedo hablar por boca de la Legión —admitió sincero—. Y sí, sí lo estábamos. Nuestra moral no desfallecía, nuestro material bélico superaba al marroquí, y nuestra preparación y adiestramiento en combate les daba mil vueltas. Pero a partir de mayo del setenta y cinco las cosas cambiaron de forma radical —lamentó con un nudo en el estómago—, y en junio la situación empeoró y un comando marroquí intentó volar el puesto fronterizo de Tah.

—Un invierno me destinaron allí —suspiró Joaquín—. Por las noches hacía un frío del copón.

—Lo sé. Yo organicé tu patrulla. A mediados de mayo del setenta y cinco —continuó el capitán enfrascado en la charla— un vehículo militar pisó una mina anticarro colocada por los marroquíes y murieron cinco de los nuestros, entre ellos un teniente y un sargento.

—Nadie habló de ese incidente.

—Se declaró «materia reservada» —alegó el capitán Alberto Soriano— y se mantuvo en secreto para no soliviantar los ánimos en la Península. Parte de nuestros contingentes pertenecían a la tropa de leva y los mandos temían una reacción antipatriótica. España estaba preparada para descolonizar el Sáhara Occidental y convocar el referéndum de autodeterminación, según la resolución de la ONU, pero en octubre el rey Hassan II convocó una marcha civil para presionar a las autoridades españolas.

—La Marcha Verde —apuntó Joaquín.

—Marruecos amenazó a España en los foros internacionales —expuso el capitán hastiado—. La Legión, al igual que el resto de tropas, estaba lista para el combate. Pero Estados Unidos nos traicionó, se vendió al mejor postor y apoyó a Hassan II desde el principio de la operación. De la noche a la mañana recibimos órdenes de evacuar al personal civil. Mujeres y niños primero. Trescientos mil marroquíes se concentraron en Tarfaya. En ese momento comprendí que los moros habían cruzado el Rubicón, que la suerte estaba echada.

—Vi las imágenes en un teleclub de Plasencia —dijo Joaquín con los puños apretados— y me pusieron los pelos de punta.

—Imagínate al natural. Trescientos mil seres humanos desarmados avanzando hacia nuestras posiciones. Habría sido una masacre a sangre fría. A principios de noviembre, con Franco moribundo en la cama, el príncipe Juan Carlos llegó por sorpresa a El Aaiún en calidad de jefe de Estado en funciones y manifestó que el ejército conservaría intacto su prestigio y honor. Eso tranquilizó a la tropa. Elevó la moral. Jaime de Piniés, delegado en la ONU, también declaró que España mantendría las fronteras del Sáhara Occidental.

—Nada ocurrió según lo previsto —hurgó Joaquín en la herida.

—Desde luego —rezongó el capitán Alberto Soriano abatido—. Habíamos tragado mucha bilis. Demasiada. Los nervios estaban a flor de piel. El mínimo incidente habría desatado la catástrofe. Cincuenta mil moros de la Marcha Verde cruzaron la frontera española, aunque sin rebasar los campos de minas. Había llegado el momento de la verdad, de demostrar a Marruecos que la Legión no se amilana ante nada. El arsenal estaba dispuesto y los soldados preparados para el combate. Y sin previo aviso Hassan II ordenó la retirada a sus secuaces.

—Se acojonaron —conjeturó Joaquín, nervioso por conocer el final.

—Eso creímos al principio. Luego supimos que hubo negociaciones secretas. A mediados de noviembre el Gobierno anunció la retirada militar del Sáhara Occidental. Así, de la noche a la mañana, vendimos a los saharauis.

—¿Qué podíamos hacer?

—Defender con honor a la Patria.

—Franco agonizaba —argumentó Joaquín con otra visión—. La gente esperaba que muriera para celebrarlo. No podíamos embarcarnos en una guerra colonial. Habría provocado una revuelta popular.

—Tienes razón —convino el capitán Soriano, aunque le costaba admitirlo—. De liarse en el Sáhara peligraba la democracia.

—La situación política de la Península desaconsejaba aventuras militares.

—Lo sé —afirmó el capitán en voz baja, como si pensara en algún mal recuerdo de aquellos días—. Entonces decidí abandonar la Legión —confesó sin remordimientos—. Todavía me sentía con fuerzas para empezar una nueva vida. Regresé a Ronda y abrí un taller de reparación de automóviles. Luego amplié el negocio y di cabida a tractores y material agrícola. Gané dinero, mucho dinero, y hace cuatro años, al morir mi mujer, decidí traspasarlo.

—¿Qué edad tiene, capitán?

—Sesenta y dos —respondió lacónico—. A los cincuenta y ocho abandoné la vida laboral. No me arrepiento. Y a ti, ¿cómo te ha ido?

—Tampoco puedo quejarme —admitió Joaquín—. Heredé el ganado y las tierras de mis padres. Mejoré la explotación, amplié el número de cabezas de ganado y ahora poseo doscientas treinta y cuatro vacas lecheras de la raza parda suiza.

—¡Al precio que está la leche te habrás forrado!

—Dispongo de buenos ahorros —dijo Joaquín con una sonrisa—. ¿Por qué negarlo?

—¿No piensas retirarte?

—De momento no —afirmó—. Le he prometido a Ángela un reino. Y usted, capitán, ¿en qué emplea su tiempo?

—En jugar a la petanca, al dominó, a las cartas… —resopló aburrido—. Los deportes olímpicos de los jubilados.

—Mientras haya salud…

—¿Vas a quedarte muchos días en Madrid?

—No lo sé —admitió Joaquín—. Tengo otro asunto pendiente en la capital —le confió serio.

—¿Otra mujer?

Joaquín sonrió, y para satisfacer su curiosidad le relató el robo del Santo Prepucio y el hallazgo de la insignia. El capitán Alberto Soriano frunció el ceño preocupado.

—Andas metido a bofia —se burló.

—Haré algunas averiguaciones —precisó— y después me marcharé.

—Si me necesitas no dudes en llamarme —le ofreció el capitán, y de una carterita sacó una tarjeta de visita y la dejó encima de la mesa.

—Antes de irme me gustaría tomar otro café con usted.

—Por supuesto. Y si necesitas algo —insistió amable—, aquí tienes a

un compañero legionario. No lo olvides.

El capitán Soriano le abrazó y se marchó. Joaquín recogió la tarjeta y la guardó en el departamento de su cartera junto a las de Samuel Levy y Rafaela Lerma. Miró la hora en su reloj. Las seis de la tarde. El proxeneta de Ángela estaba a punto de llegar a casa y ella ya instalada en el hotel. Preguntó al camarero si el bar disponía de teléfono público y le señaló una cabina de madera.

—Hotel Quinta de los Cedros, ¿dígame? —respondió una voz.

—Quisiera hablar con Ángela Moreno —solicitó Joaquín.

—«Habitación trescientos tres» —leyó el recepcionista en la pantalla del ordenador—. Le paso.

Joaquín aguardó con el auricular pegado a la oreja, impaciente por saber si todo había salido según lo previsto. Al tercer timbrazo Ángela descolgó.

—¿Sí? —musitó tímida.

—¡Hola, mi amor!…

—¡Joaquín! —exclamó aliviada—. ¡Qué nervios, Dios, qué nervios…!

—¿Cómo te ha ido?

—Bien, pero tengo el corazón encogido. Cuando Nicolae descubra que me he ido…

—No te preocupes —la calmó Joaquín—. No tiene ni idea de dónde estás. ¿Te gusta el hotel, la habitación…?

—Me encanta —dijo más relajada por el solo hecho de escucharle —. Desde la terraza —redondeó encandilada— hay una magnífica vista de Madrid.

—Me alegro. Vas a pasar ahí dos o tres de días, hasta que termine las indagaciones sobre la insignia.

—¿Vendrás a verme?

—No es prudente —reflexionó.

—Sólo tú sabes dónde estoy —intentó convencerle Ángela—. Ven, Joaquín —insistió—. Quiero abrazarte y hacer el amor contigo.

—Nada deseo más en la vida.

—Ven —volvió a insistirle—. ¿Te das cuenta de que nunca hemos hecho el amor?

—Siempre te respeté.

—El restaurante del hotel es de primera —le tentó Ángela dispuesta a salirse con la suya—. Podemos cenar, tomar una botella de vino y…

—Mañana por la noche —aceptó Joaquín sin poder refrenar el impulso.

—Te esperaré, cariño. Siempre te esperaré.

—No salgas del hotel y desconecta tu teléfono móvil, por seguridad.

—Hasta mañana —se despidió Ángela con un beso.

Joaquín salió a la calle. Las cosas parecían rular. Miró a derecha e

izquierda para cerciorarse de que nadie le seguía. Menudo susto le había dado el capitán Alberto Soriano. Se alegraba de haberle reencontrado. Anduvo unos pasos y notó otra vez un frío intenso en la nuca. Un golpe gélido que comparó con el aliento de la muerte. Se giró y no vio a nadie.

# Capítulo 8

A las cinco y media de la tarde Nicolae aparcó el coche en su plaza de garaje de un edificio de la calle José Marañón. Subió al piso que compartía con Ángela, abrió la puerta y gritó para advertirle de su llegada. A diferencia de otras veces, Ángela no respondió a su llamada. Nicolae gritó más fuerte: «¡He llegado!», pero sólo obtuvo el silencio por respuesta. Ella nunca se marchaba sin decirle adónde iba a trabajar. Quizá había quedado con unas amigas y le telefonearía más tarde.

Entró en la cocina. La taza y el plato del desayuno estaban sobre la mesa. No los había retirado. El fregadero rebosaba de cacharros sucios. Tampoco había vaciado el lavavajillas. Ángela nunca se marchaba sin dejar la casa recogida. ¿Qué ocurría? En su alcoba la cama estaba deshecha, las toallas del baño arrebujadas en el bidé, en otro cuarto la última colada yacía junto a la tabla de planchar.

Nicolae regresó a su habitación y abrió las puertas de los armarios. Medio vacíos. Faltaba la ropa de Ángela. Se subió a un taburete y buscó en el altillo la maleta. Tampoco estaba. Ángela se había marchado. Golpeó furioso la pared y se desolló los nudillos. Maldijo su mal fario. Tenía que encontrar a su gallina de los huevos de oro. Recorrería las zonas por donde se movía. Visitaría los hoteles y apartamentos que frecuentaba con sus clientes. No pararía hasta encontrarla y darle un escarmiento, una paliza que no olvidaría jamás. Hacía tiempo que no le pegaba, que no la domaba como a una yegua salvaje, y había olvidado quién mandaba en casa.

Bajó al garaje en busca del automóvil y los fluorescentes se apagaron. El aparcamiento quedó a oscuras. Nicolae no veía nada. Le devoraba la negrura. Intentó buscar a tientas el interruptor pero no le serviría de mucho. El diferencial de la luz saltaba sin motivo aparente. No encontraban la avería. Guiado por su instinto caminó en dirección a su plaza de aparcamiento. Una vez dentro del coche se alumbraría con los faros. Tanteó el ojo de la cerradura, sacó la llave y sobre su mano se posó un puntito anaranjado del tamaño de una moneda de céntimo. Nicolae siguió el reflejo del destello. Partía de detrás de una columna.

—¿Quién anda ahí? —gritó desafiante.

—Tu pesadilla —respondió una voz cavernosa.

—¡Qué diablos…!

—*Linișt!* —espetó en rumano la voz anónima—. ¡Quieto! Ni te muevas —incidió amenazante—. Ese puntito precede a una bala de nueve milímetros Parabellum disparada con una CZ-100. Sabes de qué hablo. ¿A que sí? Seguro que en tus buenos tiempos usabas un arma parecida.

Nicolae no veía al tipo que le encañonaba, pero estaba convencido de que hablaba en serio. Su timbre de voz sonaba tan frío que la temperatura del garaje descendió varios grados. Apretó los dientes. Notó un soplo helado en la cara. El aliento de la muerte. Nicolae se estremeció. El puntito naranja recorría su cuerpo. Se posaba sobre su corazón, le deslumbraba la niña de los ojos, le acariciaba la frente. Ni el más zopenco en el manejo de una pistola fallaría con un punto de mira láser acoplado al guardamonte.

—Habla —le conminó Nicolae nervioso—. ¿Qué pretendes de mí?

—Hacerte un favor —se burló la voz—. Tu protegida se ha fugado y sólo quiero que la recuperes.

—¿Qué sabes? —espetó Nicolae alterado, desbordado por la situación. Estaba acostumbrado a llevar la voz cantante—. ¿Dónde está mi mujer?

—¿Tu mujer? —Soltó una carcajada burlona—. Lo sé todo sobre ti y la mala pécora de tu compañera —determinó con aplomo—. Dónde está tendrás que averiguarlo tú. Yo te pondré en la pista.

—¿Te conozco? —incidió Nicolae sin identificarle—. ¿Por qué quieres ayudarme?

—No me conoces ni me conocerás —dijo para marcar las distancias —. Y no pretendo ayudarte. Sólo deseo que sigas a una persona por mí. Al tipo que se ha llevado a tu fulana. Casi me descubre y no puedo arriesgarme.

—No recibo órdenes de nadie —le desafió Nicolae.

El puntito naranja se desplazó de su cuerpo hacia la pared, sonó un disparo sordo, ahogado por un silenciador, saltaron esquirlas de hormigón que le alcanzaron la cara, y Nicolae comprendió que había perdido la partida. No dudaría en matarle. Mejor seguirle la corriente. Ya llegaría el momento de ajustarle las cuentas. Nadie se burlaba de Nicolae y vivía para contarlo.

—Te escucho —dijo en tono de chulería.

El foco de una linterna alumbró un armario metálico de puerta de cristal que albergaba un extintor. La voz le pidió a Nicolae que cogiera un sobre pinzado en el marco. Obedeció y volvió a su posición junto al coche. La luz de la linterna se apagó y en la oscuridad sólo el puntito naranja se percibía posado en su corazón.

—¡Ábrelo! —le indicó la voz de forma imperativa.

A tientas, Nicolae rasgó la solapa. La linterna alumbró sus manos y extrajo una fotografía en blanco y negro de tamaño nueve por trece centímetros, con un primer plano frontal.

—Es tu objetivo —apostilló el dueño del arma.

—¿Este cabrón se ha llevado a mi mujer? —gruñó Nicolae.

—Afirmativo —certificó la voz. La luz de la linterna se apagó de nuevo.

—¿Quién es?

—Joaquín Ayuso —respondió para aflojar un poco la tensión—. Cómo se llama no importa.

—¿La tiene secuestrada?

—No —rió de forma estrepitosa—. Se ha ido por voluntad propia. Se trata —dijo para humillarle— de un viejo amor de juventud.

—Dime dónde está.

—Se aloja en el Ambassador, en la Cuesta de Santo Domingo —especificó—. Pero ha escondido a tu putita en otro lugar.

—Conozco el hotel —rumió Nicolae—. No saldrá vivo de allí.

—Si le rozas un solo pelo, te mataré. —El puntito naranja se desplazó del pecho a su frente—. ¿Entendido? *Cunoscãtor?* —repitió en rumano.

—¿Qué propones?

—Síguele —ordenó tajante— y tarde o temprano te llevará hasta ella. Cuando la localices infórmame y espera mis instrucciones.

—¿Por qué tengo que hacerlo?

—De lo contrario nunca la encontrarás.

—Tú ganas —se avino Nicolae para ganar tiempo—. ¿Cómo daré contigo?

—No te preocupes —terció la voz—. Llegado el momento volveremos a vernos.

—¿Quién eres?… ¡Dame un nombre!

—Libélula… —susurró grave—. Llámame Libélula.

El puntito naranja se apagó y la negrura envolvió por completo a Nicolae. Solamente escuchaba su respiración acelerada. Prestó atención y no oyó nada. Ni un roce de pisadas, ni el zumbido de los ascensores o el motor de un vehículo. El tipo oculto tras una de las columnas se había esfumado. Los fluorescentes se encendieron a saltos, con la vibración nítida y audible de los cebadores. De nuevo se hizo la luz. Corrió hacia la salida de peatones y tampoco vio a nadie. Subió la rampa de acceso para los automóviles… y nada. ¿Dónde estaba el sujeto de la pistola? Se agachó para inspeccionar los bajos de los coches. Nada de nada. Imposible. No había tenido tiempo de salir. Recorrió el garaje de arriba abajo. Se había desvanecido como el humo en un vendaval. Nicolae regresó a su plaza de aparcamiento,

sujetó la fotografía en el salpicadero del coche y se dirigió a la Cuesta de Santo Domingo.

Desde el interior de su Honda Civic, Nicolae controlaba la puerta del hotel Ambassador. Había pasado la noche de guardia y el sueño le vencía. No podía evitar alguna cabezada traicionera. Cada vez que una persona entraba o salía del hotel se fijaba en sus facciones y las comparaba con la fotografía del salpicadero. Consultó la hora. Las nueve y media de la mañana. El sujeto de sus desvelos no daba señales de vida. Tendría que abandonar la vigilancia. Necesitaba acostarse un rato y recuperar las fuerzas. Se restregó los ojos. Le escocían a falta de dormir. Bostezó de aburrimiento, cansancio y pereza. Abrió la guantera y de una bolsita de plástico sacó varias pastillas de Centramina compradas en el mercado clandestino de la droga. Se metió dos en la boca y las tragó. Las anfetaminas disminuirían su sensación de cansancio y sueño. En la entrada del hotel apareció un tipo alto, corpulento, vestido con un barragán de los años del cuplé. Como en otras ocasiones observó la foto. Sonrió complacido. Sus horas de espera habían dado fruto.

Joaquín contempló el cielo como si esperara una señal divina para iniciar la jornada. Sujetaba un manojo de folios en la mano. Desplegó el plano de Madrid, cuarteado por el uso, y anduvo en dirección al metro. Nicolae cerró el coche y le siguió. Presagió un día duro. No se equivocó. Joaquín pateó la ciudad entera. Visitó numerosas empresas de servicio doméstico. Pasaba algunos minutos dentro y luego reemprendía la marcha hacia otra dirección, a pie, en autobús, taxi o por los subterráneos del metro. Nicolae no podía con su alma. El cansancio le derrotaba. Temía quedarse dormido en el asiento de un transporte público y perder a su presa.

El ocaso dibujaba sus primeros claroscuros. Nicolae llevaba horas y horas tras los pasos del hombre del barragán, y ni rastro de su pupila. Estuvo tentado de marcharse a casa. De tirar la toalla. El tipo regresó al hotel. Miró la hora. Las seis de la tarde. Nicolae se sentó de nuevo al volante del Honda Civic. Descansaría un poco y luego decidiría. En el asiento del copiloto alguien había dejado un sobre alargado, de color blanco, igualito al del garaje. Las puertas no estaban forzadas, las ventanillas conservaban sus vidrios enteros y la alarma no había saltado. Lo abrió con la premura de la incertidumbre y cayeron dos papelitos en su mano: una nota que le instaba a seguir la vigilancia y un trocito de cartulina con una libélula impresa. «Maldito», gruñó Nicolae entre dientes, encolerizado por tener que someterse a la voluntad de un extraño. No le quedaba otro remedio. Se tragó el orgullo. Hizo una bola con los papeles y la arrojó al asfalto. El aire frío

de la tarde la arrastró hasta una alcantarilla.

Otras dos pastillas de Centramina le ayudarían a mantenerse despierto y a distraer el hambre. Nicolae no había probado bocado en todo el día, salvo un paquete de pipas de calabaza y una Coca-Cola. Levantó el gaznate para tragarse las píldoras y al bajar la cabeza vio al hombre del barragán salir de forma apresurada. Paró un taxi, se subió y desapareció. El reloj digital del salpicadero de su Honda Civic marcaba las siete de la tarde. Nicolae dio al contacto y siguió al taxi hasta un barrio de pisos de lujo vigilados por guardias jurados armados y chalés protegidos por verjas de hierro, mastines de cabezas descomunales y cámaras de televisión de circuito cerrado.

El taxi se detuvo frente a un precioso hotel de la calle Allendesalazar. Nicolae hizo lo propio y estacionó en doble fila, un poco alejado para no levantar sospechas. Vio al hombre del barragán pagar la carrera, despedirse del taxista y entrar en el hotel. «Quinta de los Cedros», leyó en un rótulo. Un palacete de fachada estucada en tonos naranjas, grandes ventanales y un amplio jardín que lo convertía en un refugio de sibaritas. Nicolae observó unos minutos el edificio y, mientras cavilaba, tamborileó con los dedos el cuero del volante. ¿Qué le impedía husmear en el hotel? El hombre del barragán no le conocía. Cerró el coche y se encaminó a la entrada. En la recepción, pequeña y acogedora, un joven ordenaba papeles.

—¿Puedo ayudarle? —le preguntó.

Nicolae miró a su espalda, para comprobar que estaban solos.

—¿Cuántas habitaciones tiene el hotel? —dijo sin demostrar excesivo interés, para romper el hielo.

—Treinta y dos —le informó el empleado—. ¿Quiere los precios? —le ofreció creyéndole un comercial.

—No. Gracias. —Nicolae sacó la cartera y dejó un billete de cincuenta euros encima del mostrador—. ¿Ángela Moreno se hospeda aquí? —soltó sin más preámbulos.

El recepcionista le miró a los ojos y se guardó el billete con discreción.

—Veamos —susurró ante la pantalla de un ordenador—. Sí, señor. Hizo el *check in* ayer por la tarde. Habitación trescientos tres.

—¿El hombre que acaba de entrar ha preguntado por ella?

—Sí —convino el recepcionista, dando por sentado que estaba ante un caso de infidelidad conyugal—. Ha subido a la habitación y previamente la señora ha encargado cena para dos.

Nicolae cabeceó. Se despidió del joven y se encerró en su Honda Civic. Abrió de manera compulsiva la guantera, cogió la bolsita de plástico donde guardaba las anfetaminas y se zampó otro par. Esperaría a que saliera el sujeto del barragán y le ajustaría las cuentas. Nadie le robaba la mercancía a Nicolae, y Ángela Moreno le

pertenecía como el aire que respiraba.

Joaquín golpeó con los nudillos la puerta de la habitación 303. Desde el Ambassador había llamado a Ángela para confirmarle su visita, y sola en su alcoba, aferrada al auricular como al último aliento de la vida, se había sonrojado igual que una colegiala en su primera cita. Ella, que había visto a más hombres desnudos que estrellas en el firmamento. Ella, que había satisfecho las perversiones sexuales más escabrosas, palpitaba emocionada, enamorada como si nada existiera antes de ese instante. Aunque pareciese una paradoja, iba a hacer el amor por primera vez. Iba a entregarse en cuerpo y alma a la única persona que amaba y había amado.

Abrió, se paró ante Joaquín vestida con un traje de seda y escote palabra de honor, giró sobre sí misma coqueta, le cogió de las manos y le invitó a pasar sin decir nada. Cerró y le besó suave. Sintió su aliento cálido, su lengua húmeda y musculosa acariciarle con delicadeza los labios y su vigor masculino inflamado bajo la cintura. «Llevas una pistola en el bolsillo o te alegras de verme», ironizó ante una situación similar Mae West en *Nacida para pecar*. Hacía años que Ángela no besaba a nadie. Las prostitutas nunca besaban en la boca a sus clientes. Sin apartar sus labios se despojaron de la ropa perturbadora, del muro de tela que separaba sus carnes y alentaba su pasión, y al encontrarse sus cuerpos cayeron sobre la cama y se amaron sin prisa. Las yemas de sus dedos acariciaron cada milímetro de su piel. El amor de años concentrado en un instante de felicidad.

Sus jadeos sonaban como una canción melódica. Antes de derramar su elixir, Joaquín abrió los ojos para contemplar su cuerpo de hembra salvaje. ¡Dios, qué belleza! Ni Rita Hayworth en *Gilda*, ni Lana Turner en *El cartero siempre llama dos veces*, o Dominique Sanda en *Una habitación en la ciudad* le parecieron jamás tan hermosas como Ángela. La vio arquear la espalda, alzar sus pechos como montañas inexpugnables, ronronear como una gata en celo y resoplar con la profundidad de un atleta de maratón. Sintió las contracciones de su sexo femenino masajear su miembro viril a punto de estallar, tensó los músculos y tendones hasta el límite del desgarro y vació su almíbar mientras ella respiraba convulsa, gemía excitada, le clavaba las uñas en la espalda y se fundían en una ola de placer. Luego se quedaron en la cama abrazados, contemplándose en silencio.

Llamaron a la puerta y los golpecitos interrumpieron sus horas de felicidad. Las únicas de que habían disfrutado en sus vidas. Ángela se puso una bata que transparentaba sus curvas y abrió. Joaquín se escondió en el baño, se cubrió con un albornoz y por una rendija vio a la camarera empujar un carrito de servicio. Ángela le indicó que lo dejara junto a una mesa redonda de mantel de hilo y cubertería de

plata. La mujer sonrió. Posó una cubitera también de plata en la mesa, puso a enfriar una botella de Abad Dom Bueno Godello fermentado en barrica y se despidió deseándoles una feliz velada. Ángela le dio una propina. Joaquín salió del baño perplejo. Jamás había disfrutado de una cena lujosa. Ángela levantó los cubreplatos y le mostró los manjares que había encargado: arroz de trigo con bogavante a la parrilla, tacos de atún con soja y aceite de eucalipto y, de postre, canutillos de hojaldre con maracuyá y chocolate. Unas delicias regadas con un exquisito vino blanco de El Bierzo.

Se sentaron a la mesa y paladearon cada plato y copa de vino como si el resto del mundo no existiera. Joaquín no acababa de creerse que estuviesen juntos, que se hubiesen amado después de tantos años de ausencia y olvido. Sus manos se buscaron y acariciaron pergeñando planes de futuro. Nada ni nadie rompería la ilusión que les embargaba. Unas gestiones más y Joaquín, lamentándolo mucho, daría por concluida su investigación sobre el Santo Prepucio. Regresarían a Guijo de Gredos, a su casa, para empezar una nueva vida. Lo sentía en el alma por el padre Jovellanos, pero sus pasos habían sido completamente estériles. Miró a Ángela a los ojos. Le brillaban como luceros. Estaba bellísima. El cinturón de su bata se había aflojado y mostraba el arranque de sus pechos sonrosados y turgentes, como Sophia Loren en *Matrimonio a la italiana*.

—Jamás imaginé que guardaras una foto mía —dijo Ángela sin soltarle la mano.

—No quería perderte del todo —balbució Joaquín acaramelado—. Siempre soñé con este momento, y ahora se ha hecho realidad.

—¡Cuánto tiempo ha pasado! —suspiró, y bebió de su copa. El vino hacía que le chispearan los ojos.

—Demasiado —alegó Joaquín ausente.

—Déjame verla —le pidió Ángela alegre, juguetona—. Déjame ver la foto otra vez.

Joaquín le señaló la mesita de noche. Ángela cogió su cartera, buscó en los compartimentos y al sacar la fotografía cayeron dos papelitos. Miró la imagen aciguatada por una pátina sepia y sonrió. No se reconoció. Se contempló en el espejo de pared que decoraba la alcoba, colocó la foto junto a su cara y comparó a la niña y a la mujer. Había envejecido. Los surcos perfilaban la comisura de sus ojos, aunque el maquillaje ayudaba a disimularlos.

—¡Qué vieja estoy! —lamentó Ángela al comprobar el deterioro en su rostro.

—Estás bellísima.

—Dices eso porque me quieres —sonrió, y agradeció el cumplido.

Ángela reparó en los papelitos que habían caído al sacar la fotografía y se agachó a recogerlos. Los cogió y sus dedos se

paralizaron, sus ojos se abrieron hasta casi saltar de las cuencas, la barbilla le tembló y una soga invisible ahogó su garganta.

—¡Por la gloria de Dios!… —gritó aterrada.

—¿Qué ocurre? —exclamó Joaquín, asustado al verla desencajada.

—¡Tú…! —musitó sin poder articular las palabras—. ¡Maldito!… ¿Por qué?… —aulló histérica, al tiempo que agarraba un cuchillo de la cubertería, más por instinto que por considerarlo una verdadera arma, y se encaraba a Joaquín, amenazándole con el filo a escasos centímetros de la cara.

—¡Tranquilízate! —intentó serenarla.

—¡Malnacido! —chilló Ángela fuera de sí—. ¡Voy a matarte! ¡Vas a pagar tu villanía!

—¿De qué hablas? —espetó Joaquín aturdido, sin entender nada.

Ángela trazó una finta con el cuchillo. Joaquín la esquivó, la cogió de la muñeca y, muy a su pesar, le retorció el brazo. La desarmó y ella se batió con la bravura de la hembra que defiende a sus crías. Joaquín la inmovilizó, le tapó la boca para evitar que gritara y le susurró al oído que se calmara, que jamás le había hecho daño y tampoco iba a hacérselo ahora. Percibió en su antebrazo los latidos desbocados de su corazón, temió que la víscera fuera a estallarle en pedazos, pero antes de soltarla quería asegurarse de que no haría otra tontería. El cuerpo de Ángela perdió la tensión que lo convertía en un bloque de acero y Joaquín aflojó su presión y luego apartó despacio la mano que le cubría la boca. Ángela respiró fatigada por la asfixia. Sus ojos se llenaron de lágrimas y señaló los papelitos del suelo posados junto a la cartera.

—¿Qué pasa? —insistió Joaquín, y se agachó a recogerlos—. ¿Quieres decírmelo de una vez?

—Esas libélulas… —dijo al fin Ángela recelosa, y bebió convulsa un sorbo de vino—. ¿De dónde las has sacado?

Joaquín la cogió de la cintura, la acomodó en una silla y le explicó cómo habían llegado a su poder los dos papelitos con las libélulas. Le relató la gamberrada que sufrió antes de partir hacia Madrid y Ángela asintió hilvanando pensamientos lejanos. Luego le contó que apareció otra libélula en su casilla del hotel tras visitar a un librero para averiguar el domicilio de la pensión. Ángela asintió de nuevo, más tranquila, convencida por su argumentación. Joaquín jamás la engañaría. Nunca le haría daño. Lo sabía. Había perdido los nervios. Se levantó y le besó.

—Te has puesto hecha una fiera —le reprochó Joaquín al separar sus labios—. ¿Qué sabes de esto? —Alzó las cartulinas.

Ángela se sirvió el resto del vino, lo apuró de un trago y respiró aliviada. No podía ocultarle la verdad a la persona que amaba sobre todas las cosas. Le había engañado respecto a las causas que la

llevaron a dejar el pueblo, y lo había hecho por amor, para ahorrarle sufrimientos y evitarse la vergüenza de un suceso que laceraba su alma como un cilicio de púas. Tomó aire.

—Te he mentido —confesó con el ímpetu de un cañonazo—. Temí que la verdad te alejara de mí.

—¿Qué verdad?

—Es cierto —empezó Ángela hipnotizada por el reflejo de la copa— que un viajante de comercio me echó el ojo. Pero le di calabazas. Salimos un par de veces y hablamos. Le dije que mi corazón tenía dueño y comprendió que perdía el tiempo. No resultó ser mal chico.

—¿No te embarazó?

Ángela negó con un leve movimiento de cabeza.

—Fue horrible… —musitó ahogada por los sollozos.

—La verdad nunca hiere —sentenció Joaquín abatido, algo molesto por su falta de confianza.

—Un atardecer mi padre me mandó al pinar donde recogía la miera a vaciar algunos potes para elaborar un barniz. Nuestro pinar, como sabes, no quedaba lejos del pueblo. Hice el encargo y regresé con un poco de resina. A mitad de camino me salió al paso un hombre. Supuse que era un excursionista: vestía anorak de plumas, pantalón de pana, botas de montaña…

—¿Le conocías?

Ángela parecía no oírle.

—Oscurecía —aulló con la voz rota—. Se cubría con un pasamontañas. Apenas asomaban sus ojos entre la tela. Se me echó encima. Intenté pedir socorro. Me tapó la boca y me violó —soltó presa de la cólera—. Me arrancó la ropa a jirones y me penetró como un potro salvaje.

—¿Reconociste su voz?

—No habló —recordó Ángela angustiada—. Sólo jadeaba con embestidas de toro… Ni siquiera vi sus manos. Llevaba guantes.

—¡Hijo de puta! —masculló Joaquín, y apretó los puños con tanta rabia que se hirió con las uñas las palmas—. ¡Ese hijo de puta te preñó!

Ángela asintió. Hizo un prolongado mutis y, más calmada, liberada del peso que había lastrado su existencia, concluyó el relato.

—Callé lo sucedido —abrevió—. Disimulé las heridas y dejé pasar el tiempo. Tuve dos faltas y sospeché mi embarazo. Sólo entonces hablé con mi madre. Me llevó al médico y confirmó mis temores. Estaba encinta. Pensé en fugarme, en tirarme al monte como la Serrana de la Vera, en acudir a un melecinero para abortar, pero mamá se lo contó a mi padre. Se puso hecho un basilisco y me culpó de lo ocurrido por tontear contigo y el viajante. Dijo que los mozos del pueblo no me tomaban en serio, que rumoreaban a mis espaldas, que me convertiría

en su vergüenza…

—Y decidió traerte a Madrid para ocultar tu embarazo.

—Eso es —afirmó ella, con el maquillaje y el rímel echados a perder por culpa de las lágrimas—. Papá corrió la voz de que me marchaba a servir a casa de unos señores y me albergó en la pensión. Allí llevé adelante mi preñez y tuve a mi hija. Al principio —admitió arrepentida— odiaba al ser que crecía en mis entrañas, pero al dar a luz y acunarla en mis brazos el odio se convirtió en amor. Era la criatura más hermosa y tierna que había visto… El resto ya lo sabes.

—¿Denunciaste los hechos?

—Mi padre se negó —sonrió burlona—. Sólo le preocupaba su honor. Pasear con la cabeza bien alta. No quería convertirse en el hazmerreír de la gente. Yo tampoco quería ser la comidilla del pueblo.

—Lógico —suspiró Joaquín haciéndose cargo de las circunstancias —. ¿Qué relación guardan estas libélulas con lo sucedido?

—Días después —continuó Ángela con una bocanada de aire— recibí una carta. El sobre carecía de sellos y remitente. Sólo mi nombre. Lo abrí y contenía una libélula idéntica a éstas —afirmó segura—. Pese a los años transcurridos nunca la olvidaré.

—¿Piensas que te la envió tu agresor?

—Su pubis —precisó con una mueca de repugnancia y el miedo en los ojos— estaba rasurado y tatuado con una libélula que coronaba de manera simbólica su falo.

—¿Supusiste que yo…?

—Sí —admitió avergonzada—. Lo siento.

—Acabas de verme desnudo —razonó Joaquín—. Has visto mi pubis…

—Perdóname…

—Nunca —la amonestó grave— vuelvas a desconfiar de mí.

Ángela se acostó. Le pidió que se quedara y Joaquín consideró más prudente marcharse. Le recalcó por enésima vez que permaneciera en el hotel, que no efectuara llamadas y que aguardara sus noticias. Prometió telefonearla todos los días para mantenerla al corriente. Se la estaban jugando y quería averiguar quién y por qué. Una piedra en su camino de regreso a casa. El asunto olía mal, muy mal, se corrigió Joaquín, consciente de que la última libélula la había recibido tras el asesinato del librero. Un detalle que había omitido para no preocuparla. Lo había considerado una mera casualidad y resultaba obvio que estaba equivocado.

Salió a la calle. El aire helado batía con fuerza el asfalto. Papeles y plásticos, arrancados de los contenedores, volaban igual que cometas. Joaquín se subió las solapas del barragán y encogió el cuello. Caminó en busca de un taxi para regresar al hotel Ambassador. La rabia le

impedía pensar con claridad. Alguien había violado a la mujer que amaba y les había arruinado la vida. Maldijo su destino, la hora en que decidió marcharse a la Legión, y se juró que encontraría al bellaco que había ultrajado a Ángela. Fuese quien fuese, le cazaría como a una alimaña. Sabría esperar, acechar paciente, y al primer desliz le caería encima para estrangularle con sus manos.

Nicolae le observaba. Miró la hora en el salpicadero. Las cuatro y media de la madrugada. La ingesta de anfetaminas le había alterado el pulso, chorreaba sudor frío, estaba desencajado, en estado hipnótico por efecto del fármaco estimulante del sistema nervioso central e hipertensor, y su cabeza sólo albergaba la venganza. Abrió el maletero, cogió un bate de béisbol y siguió a Joaquín a una distancia prudente. Le vio detenerse. Ahora, decidió Nicolae sin control de sus acciones. Apretó el paso y al llegar a su altura le golpeó con el bate la espalda. Joaquín cayó de bruces atenazado por el dolor. Aturdido, intentó protegerse. Nicolae le pateaba a su antojo, le atizaba a diestro y siniestro, profería insultos y le amenazaba de muerte. Por fortuna el vigilante jurado de una obra vecina acudió en auxilio de Joaquín. Gritó y puso en fuga al agresor. Nicolae corrió hasta su coche, arrancó a toda velocidad y desapareció. Regresaría para hacerse cargo de Ángela cuando el ambiente se calmara. De momento pondría pies en polvorosa para evitarse problemas.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó el vigilante jurado.

Joaquín asintió. Cogió aliento. Un dolor punzante le inundaba el cuerpo. Sus costillas crujían como las planchas del *Titanic* al estamparse contra el iceberg. Le costaba meter aire en los pulmones. Al respirar, su tórax protestaba. El vigilante le ayudó a incorporarse. Sangraba por una brecha en la ceja izquierda. Joaquín presionó la herida con un pañuelo y contuvo la pequeña hemorragia. Por lo demás sólo tenía contusiones.

—¡Voy a llamar a la policía! —dijo el agente de seguridad.

—Estoy bien —incidió Joaquín para hacerle desistir—. Sólo es un rasguño.

—¡Casi le mata! —espetó el hombre—. ¿No va a presentar una denuncia?

—Ni siquiera sé quién es —arguyó con intención.

—Un chorizo o un drogata —bramó el vigilante— que por robarle la cartera casi le deja en el sitio. Ha tenido suerte —bufó harto de situaciones parecidas—. Su abrigo ha amortiguado los golpes como el peto del caballo las cornadas del toro.

—Conservo mi cartera —esgrimió Joaquín para validar sus argumentos—. No merece la pena molestar a la autoridad por un simple encontronazo con un maleante.

—Usted verá —se desentendió el vigilante resignado—. Debería

denunciar para que estén al tanto. Por estas calles hace años que no patrulla la policía.

—¿Quiere hacerme un favor?

—¡Faltaría más! —aceptó relajado.

—Consígame un taxi.

El vigilante conectó su emisora y solicitó un taxi a la central. Joaquín no quería mezclar a la policía en un asunto que consideraba sólo de su incumbencia. No se trataba de un vulgar ladrón. Ni siquiera había intentado robarle. Quería matarle. Buscó en los bolsillos del barragán por si acaso hubiera dejado una libélula. No encontró nada. Le había visto la cara unos segundos. Los suficientes para reconocerle si se cruzaba otra vez en su camino.

Aparcó el Honda Civic en su plaza de garaje de la calle José Marañón. Nicolae sudaba sin contener la tiritera de brazos y piernas. Nunca en su vida había ingerido tantas anfetaminas para mantenerse despierto y la dosis superaba con creces la posología recomendada. Contempló su rostro cerúleo en el espejo retrovisor. Las ojeras le llegaban hasta los pies. Le quitó importancia. Había ajustado las cuentas al mamón que retenía a Ángela. Se daría una ducha, comería algo y volvería a la carga. Segundo *round*. Regresaría al hotel Quinta de los Cedros y la sacaría de allí. La arrastraría de los pelos si hacía falta. Una vez en casa le pondría los puntos sobre las íes. Le daría un escarmiento para que nunca más pensara en abandonarle. Nadie birlaba a Nicolae su máquina de hacer billetes.

Se dirigió a los ascensores con el bate de béisbol en la mano y las luces se apagaron. Otra vez la maldita avería. El garaje quedó en penumbra. Sólo los farolillos de emergencia permanecían encendidos. Nicolae gruñó enfadado. ¿Por qué no arreglaban el diferencial? Tanteó la pared en busca del interruptor. Una voz retumbó a su espalda.

—¡Nicolae!…, ¡Nicolae!… —pronunció en un lamento.

—¿Libélula?…

—Te lo advertí —rezongó cansino—. Te dije que le siguieras, que me informaras de dónde se escondía tu putita y que yo decidiría cuándo y cómo debías recuperarla. No me has hecho caso. Te has burlado de mí.

—¡Vete a la mierda! —bramó Nicolae desafiante, y levantó el bate para amenazarle—. ¡Acércate si tienes cojones!

Los fluorescentes del garaje se encendieron a saltos y alumbraron la nave con un efecto cinematográfico. Nicolae agitó el bate dispuesto a lanzar un golpe contra la voz anónima. Reparó en la ausencia de vehículos. El aparcamiento estaba vacío. Sólo su Honda Civic ocupaba la plaza que tenía asignada como inquilino del inmueble.

—¡No te escondas! —exclamó Nicolae con el bate en alto—. ¡Da la

cara, cobarde!

—Estoy aquí —dijo a su espalda.

Giró en semicírculo. Libélula se movía sin rozar el suelo. A Nicolae le habían entrenado para pelear en la oscuridad, para escuchar el menor ruido, y no había oído nada. Jamás había visto al hombre plantado unos metros delante de él. A diferencia de la vez anterior, no le encañonaba con un arma y eso le envalentonó.

—Voy a acabar contigo, a sacudirte como una estera —sonrió Nicolae nervioso, y agitó el bate sobre su cabeza—. ¡Ven! ¡Peleemos como hombres! ¡A mano descubierta! Conviértete en mi *punching ball*.

Las anfetaminas distorsionaban la realidad en su mente. Le impedían valorar la situación de una manera correcta. Nicolae flotaba en una nube de euforia. La adrenalina corría por sus venas. Su corazón sufría una taquicardia. Sin calibrar las posibilidades de salir airoso, se abalanzó contra su oponente esgrimiendo el bate. Gritó desesperado, con garra. Cegado por la rabia no vio la pistola que empuñó su contrario con la rapidez de una centella. No vio el puntito naranja posado en su pecho como un tábano. Un certero disparo detuvo su empuje. La muerte segó su vida con la guadaña. Nicolae quedó tendido boca arriba, con los ojos abiertos y el bate a su lado. El hombre guardó la pistola en una cartuchera que colgaba de su cintura y cogió una botella oculta tras una de las columnas. Roció su líquido sobre el cuerpo de Nicolae y le prendió fuego.

# Capítulo 9

Al verle descender del taxi, Germán Moya creyó ser víctima de una alucinación. Joaquín traía la cara llena de churres de sangre seca, una ceja partida, el barragán con rotos, manchas y descosidos, trastabillaba, y se sujetaba las costillas como si fuesen a desplomársele al siguiente paso. Dejó a cargo de la recepción a un subalterno y corrió a socorrerle. Le abrazó por la espalda, le sujetó para evitar que cayese de bruces sobre el bordillo y le acompañó a su habitación. Joaquín respiraba con dificultad y su cara dibujaba una mueca de dolor constante.

—¿Qué le ha ocurrido, señor Ayuso? —se alarmó el jefe de recepción.

—Han intentado robarme.

—No me extraña —sentenció—. A estas horas Madrid es peligroso. La delincuencia domina las calles. No puede andar por ahí de madrugada. ¡Qué locura!

—Sólo necesito descansar —dijo Joaquín para evitar inquietarle—. Estoy bien.

—No lo está —le recriminó Germán Moya severo—. Ahora mismo aviso al médico del hotel.

A la media hora un facultativo examinaba a conciencia a Joaquín, que sólo protestaba al presionarle alguna parte del tórax o la espalda. Le desinfectó la herida de la ceja, le limpió la sangre seca, le colocó una sutura química y le recetó un arsenal de pomadas y pastillas antiinflamatorias y analgésicas.

—No tiene nada roto —dictaminó el galeno al terminar de prescribir la receta—. Sólo contusiones que le causarán molestias durante unos días. Los golpes en el pecho son muy dolorosos. Le recomiendo guardar cama, no hacer esfuerzos y aplicarse en la toma de los medicamentos.

—Gracias, doctor.

—Son ciento cincuenta euros —dijo por si acaso le había confundido con un buen samaritano—. ¿Quiere factura?

Joaquín negó con la cabeza. Le pidió al jefe de recepción que le acercara la cartera y pagó al médico sus honorarios. El doctor contó el

dinero y se marchó. Joaquín cogió de un compartimento las tarjetas que había almacenado desde su llegada a Madrid y apartó la de Rafaela Lerma.

—¿Puede hacer algo respecto a mi barragán? —pidió a Germán Moya.

—El hotel dispone de servicio de costura —afirmó, y observó los rotos de la prenda—. Me encargaré de dejárselo como nuevo.

—Se lo agradecería —respiró Joaquín aliviado—. Ya no fabrican abrigos de pura lana merina.

Germán Moya cogió el barragán. Pesaba un quintal. Mostraba un desgarro en el bolsillo derecho, algunos descosidos, varias manchas… Nada que una buena zurcidora y un paso por la tintorería no pudieran arreglar.

—Mañana estará listo —vaticinó con la autoridad de un perito—. Ahora a descansar. Ya ha oído al doctor.

Abandonó la habitación. Joaquín esperó unos segundos y con esfuerzo y dolor se incorporó en la cama. Miró la hora en el despertador de la mesita de noche. Las seis de la madrugada. Estiró el brazo, alcanzó el teléfono y llamó a Ángela.

—¿Cómo estás? —dijo al descolgar.

—Bien —respondió cariñosa y aturdida por el sueño—. ¿Y tú?

—He tenido días mejores —musitó abatido, sin intención de relatarle lo sucedido—. Escucha —cambió el tono—: debes abandonar de inmediato el hotel…

—¿Son las seis y diez…?

—Hazlo —le ordenó tajante, sin aceptar una negativa—. No salgas a la calle. Llama a un taxi y ve a casa de doña Rafaela. Hablaré con ella en cuanto cuelgue y le pediré que te instale en su apartamento.

—¡Por Dios, Joaquín! —gritó al teléfono—. ¿Por qué tengo que marcharme? ¡Dime qué pasa!

—Nada que no pueda arreglar un legionario.

—¿Vendrás esta noche? —inquirió agitada—. ¡Te necesito!

—No puedo —se excusó Joaquín—. Debo solucionar un asunto.

—¿Has recibido otra libélula?

—Ya hablaremos de ello.

Ángela le mandó un beso y Joaquín lo recibió con el corazón encogido. Luego llamó a Rafaela Lerma, le pidió disculpas por levantarla tan temprano y le rogó que albergara por un tiempo indefinido a Ángela en su apartamento, sin importar el monto de la factura. Rafaela Lerma calculó unas buenas ganancias y dio por bien empleado el madrugón. Joaquín colgó, apagó la lamparilla y se tumbó con la vista fija en la luz del detector de incendios. Necesitaba respuestas a un montón de preguntas y tenía la mente en blanco. Estaba perdido en un laberinto sin salida. Habían intentado matarle y

no se trataba de una casualidad. Nada obedecía a la casualidad desde que había llegado a Madrid. Precisaba un punto de apoyo. Alguien en quien confiar. Prendió de nuevo la lamparilla. Cogió una segunda tarjeta, marcó el número que figuraba en ella y esperó.

—Alberto Soriano al habla —vociferó enérgico su interlocutor—. ¿Quién llama?

—¡A mí la Legión! —espetó Joaquín, con el grito de guerra de Millán Astray.

—«Al grito de "¡A mí la Legión!" —recitó el capitán Soriano envarado frente al teléfono— el legionario acudirá, y con razón o sin razón, al legionario que demande auxilio ayudará». ¿Qué conoces de Madrid, Joaquín?

—La Gran Vía y poco más.

—Espérame en la cafetería Nebraska —dijo—. Salgo de inmediato para allí.

—A sus órdenes, capitán —musitó Joaquín, y contuvo una mueca de dolor.

Antes de abandonar el hotel Joaquín tuvo que soportar una retahíla de reproches por parte de Germán Moya, que no entendía la urgencia de salir a la calle contraviniendo los dictados del médico. A regañadientes le prestó una gabardina olvidada por un cliente que jamás la reclamó y le señaló en el mapa la ubicación de la cafetería Nebraska.

Se detuvo en una farmacia, abierta las veinticuatro horas del día, y adquirió los ungüentos y pastillas recetados por el doctor. Luego siguió a paso lento, como un anciano de rodillas artríticas, aquejado por el dolor de pecho, que le impedía respirar con normalidad.

La cafetería Nebraska estaba a rebosar de trabajadores que empezaban su jornada laboral con tazones de café y leche acompañados de cruasanes, donuts, y churros. En una mesa alejada de la barra vio al capitán Alberto Soriano sentado frente a una ración de porras que mojaba en un humeante vaso de Cola-Cao. Vestía un tabardo de piel vuelta, un grueso jersey de cuello alto, pantalón tejano, botas militares y, apoyada en las rodillas, sujetaba una caja de zapatos.

—¡Puta miseria! —exclamó el capitán al acercarse Joaquín—. Eres la viva imagen del Ecce Homo.

Joaquín se acomodó a su lado, pidió al camarero un vaso de leche templada y se tomó una pastilla de Ibuprofeno. La primera de muchas. Respiró dolorido y le agradeció que hubiese atendido su llamada pese a lo intempestivo de la hora. Luego apuró el vaso hasta la última gota de leche y suspiró relajado.

—Suéltalo —le apremió el capitán Soriano ansioso por conocer sus

problemas—. Si un caballero legionario grita: «A mí la Legión», está en un grave apuro.

—Lo estoy, capitán, lo estoy…

—Cuéntame qué pasa —le animó—. Soy tu confesor.

Joaquín miró su vaso de leche vacío, teñido de un velo blanco, y como un autómata recitó el incidente de la cuadra, la muerte del librero, el hallazgo de la libélula en la casilla de su hotel, sus visitas a Samuel Levy, Rafaela Lerma y Federico Llobet, la sensación de que alguien le vigilaba, la violación de Ángela y su relación con un proxeneta rumano y la paliza que había recibido horas antes por parte de un extraño.

—Un culebrón, Joaquín —determinó el capitán intentando asimilar la información—. Alguien quiere joderte y debemos averiguar quién y por qué.

—Eso me gustaría a mí. ¿Por dónde empezamos?

—Déjame pensar. —El capitán Alberto Soriano calló unos segundos —. Necesitamos un cabo del que tirar y lo obtendremos analizando paso a paso tu estancia en Madrid.

—De acuerdo —aceptó Joaquín, tenso—. Le escucho.

—Muéstrame los papelitos.

El capitán examinó las libélulas y se mesó los cabellos, preocupado. No les encontraba ninguna explicación. Durante su estancia en la Legión los moros mandaban al cuartel cartas amenazadoras con una calavera pintada de rojo, pero dos inocentes libélulas no asustaban a nadie. Iba a comentárselo y Joaquín cambió súbitamente la expresión de su cara. Se levantó de la silla empujado por un resorte invisible y le pidió al camarero que subiera el volumen del televisor. La imagen de su agresor ocupaba la pantalla al completo.

—¡Más alto! —gritó Joaquín desaforado—. ¡Más alto!…

El presentador de un telediario matutino informaba de los sucesos de última hora acontecidos en la capital: «Alertada por los bomberos, que acudieron a sofocar un incendio en un garaje de la calle José Marañón, la policía encontró el cuerpo calcinado del rumano Stelian Moldovan, sin residencia legal en nuestro país y con diversos antecedentes penales. La policía sospecha que se trata de un ajuste de cuentas entre proxenetas…».

—El muy cabrón —masculló Joaquín sin terminar de creérselo—. Es él…

—¿Ese capullo es el que te ha dejado hecho un mapamundi? —inquirió el capitán.

—Le reconocería entre un millón.

—¿Por qué querría romperte la jeta?

—Creo adivinarlo —dijo Joaquín pensativo—. ¿Tiene teléfono?

—Sí.

Marcó el número del hotel Quinta de los Cedros y el recepcionista le informó de que Ángela Moreno había abandonado su habitación hacía unos tres cuartos de hora. Acto seguido llamó a Rafaela Lerma. Le saludó con numerosos parabienes, agradecida por alquilarle el apartamento, y le confirmó que Ángela acababa de instalarse y tomaban unas copitas de quina.

—Páseme con ella, por favor —le pidió Joaquín.

La línea quedó vacía unos segundos. Luego escuchó la voz de Ángela.

—Cariño —soltó presa de la ansiedad—. He intentado localizarte en el Ambassador. ¡Oh, Dios mío! El recepcionista me ha dicho que han intentado robarte, que estás hecho un cristo, que habías salido en contra de la opinión del médico…

—¿Para qué me llamabas? —incidió Joaquín malhumorado.

—Ha ocurrido algo terrible —se disculpó Ángela—. Han matado a Nicolae. Acabo de oírlo en las noticias.

—Yo también —dijo Joaquín para sorpresa de ella—. Quería hablar contigo para confirmar que se trata de tu chulo.

—¿No habrás sido tú?

—No empecemos… —resopló Joaquín disgustado—. No he sido yo, aunque motivos no me faltan. Me asaltó al salir del hotel.

—Nicolae no te conocía —argumentó Ángela con la cabeza hecha un lío—. No sabía ni que existías.

—Alguien le ha puesto al día —suspiró indignado—. Le he reconocido gracias a la fotografía que han mostrado en televisión.

—¿Qué está pasando?

—Lo ignoro —admitió vacilante—. Pero voy a averiguarlo. Palabra de legionario.

—Me ha tenido engañada todos estos años —gimoteó Ángela—. Ni siquiera conocía su verdadero nombre. Ni siquiera se llamaba Nicolae…

—Tengo que colgar —se excusó Joaquín—. Hablaremos más tarde. ¡Adiós!

—¿No te conocía? —meditó el capitán Soriano al devolverle su teléfono móvil—. ¿No sabía dónde se escondía ella?

—No, mi capitán.

—Raro, muy raro —observó éste embrollado en ideas extrañas—. Averigüemos —propuso decidido— quién era ese tal Nicolae o Stelian. Recabemos información, analicemos sus movimientos, la gente que frecuentaba…

—¿Cómo?

—El hijo de un compañero legionario es inspector de policía en la comisaría de Leganitos. Le conocí hace unos meses y se ofreció a ayudarme si algún día le necesitaba. A su padre le salvé el pellejo en

Smara y el muchacho me está agradecido. Vayamos a verle.

—¡Andando!

—Antes acompáñame a los lavabos.

—Vaya usted, capitán. —Joaquín permaneció sentado—. Le espero aquí.

—Tú vienes conmigo —le ordenó, y arrastró del brazo.

Entraron en los sanitarios y el capitán atrancó la puerta con un cubo de basura. Dejó la caja de zapatos encima del mármol de la pila y la abrió. Para sorpresa de Joaquín contenía dos pistolas Star modelo B, con cargador de nueve proyectiles del calibre 9 milímetros Parabellum, enfundadas en sus correspondientes cartucheras. Dos armas reglamentarias en el ejército hasta 1985, cuando se sustituyeron por la Star modelo 28 y 30.

—¡Joder! —espetó Joaquín, y lanzó un silbido—. ¿De dónde las ha sacado?

—Un suvenir de la Legión —afirmó, y se ajustó una pistola a la cintura—. Salimos por piernas, como te comenté, y nadie se preocupó de inventariar el armamento. Así que decidí quedarme con estas dos joyas fabricadas en Eibar.

Joaquín sopesó el arma y sintió el frío de la empuñadura en la palma de la mano. Metió el cargador, tiró de la corredera para situar una bala en la recámara, la enfundó y se colgó la cartuchera al cinto. No dudaría en disparar a quien intentara atizarle de nuevo con un bate de béisbol.

Un corto paseo les situó ante la comisaría de la calle Leganitos. Entraron como Pedro por su casa, y el capitán Soriano preguntó a un agente de uniforme por el inspector Juan Barrientos. El policía les pidió que esperasen en una salita y a los pocos minutos acudió un joven alto, bien parecido, de pelo largo y barba de varios días.

—Capitán Soriano —le abrazó efusivo—. No esperaba verle tan pronto.

—Cosas del destino —cabeceó en un gesto de contrariedad—. ¿Qué tal tu padre?

—Bien —sonrió—. Su generación parece de hierro.

—No estés tan seguro —gruñó—. Hace meses que ando fastidiado de las cervicales.

—¿Qué le trae por aquí?

—Permíteme que te presente a un compañero legionario que sirvió a mis órdenes en El Aaiún —dijo el capitán Soriano—. El soldado Joaquín Ayuso.

—Encantado —correspondió el inspector Juan Barrientos—. Los amigos del capitán siempre son bienvenidos.

—Queríamos pedirte un favor —abordó el capitán a tiro fijo.

—Si está en mi mano cuenten con ello.

—Habla, Joaquín —le autorizó.

—En un informativo de primera hora han dado la noticia de la muerte de un rumano en la calle José Marañón y quisiéramos conocer los detalles.

—Estoy al tanto —manifestó el inspector en tono circunspecto—. Pero el juez ha decretado el secreto de sumario y no pueden revelarse datos de la investigación.

—Me dijiste que si necesitaba algo acudiera a verte —metió baza el capitán Soriano en tono paternal—. No puedes negarme este pequeño favor. Vamos, hombre. ¿Quién va a enterarse? De nuestra boca no saldrá ni mu. Palabra de caballero legionario —juró, y colocó su mano derecha a la altura del corazón—. Solamente queremos conocer algunos pormenores.

—Veré qué puedo hacer —protestó poco convencido—. Espérenme.

El inspector Juan Barrientos desapareció tras una puerta acristalada y el capitán y Joaquín tomaron asiento. A la media hora le vieron reaparecer con un puñado de papeles en la mano, habló a un agente y les hizo un gesto para reclamar su atención. Acudieron a su encuentro y les invitó a entrar en una habitación desnuda de muebles, sin ventanas a la calle e iluminada sólo por dos bombillas de bajo consumo que teñían la sala de interrogatorios de un color opalino.

—Aquí nadie nos molestará —dijo, y alzó los papeles por encima de su cabeza—. He solicitado el expediente a la Central vía correo electrónico y han tardado en enviármelo porque el tipo tiene un currículo de espanto. La investigación la dirige la Udyco.

—¿Un pez gordo? —incidió el capitán Soriano.

—Sospechan que se trata de un asunto de delincuencia internacional —abogó el inspector Juan Barrientos—. Hace años que las mafias rumanas se han instalado en España y la Udyco les sigue la pista. ¿Qué desean saber?

—Para empezar, su filiación —respondió Joaquín—, sus actividades ilegales, las causas de la muerte, los sospechosos de la misma…

El inspector Juan Barrientos pasó algunos folios del expediente.

—Se llamaba Stelian Moldovan —leyó—, nacido el trece de agosto de 1959, en Tiha Birgaului(1), un pueblecito del paso del Borgo, en Rumania.

—¿Profesión? —intervino el capitán Soriano, más por curiosidad que por verdadero interés.

—Desconocida. Sus padres son granjeros. El joven Stelian abandonó el pueblo y se marchó a Bucarest. A los dieciocho años —continuó el inspector Barrientos a la vista del informe— se alistó en el ejército rumano, recibió instrucción militar en las Fuerzas Especiales, y en 1979 ingresó en la Securitate, la policía política a las órdenes del

dictador Nicolae Ceausescu(2).

—Un elemento de cuidado —cabeceó el capitán Soriano convencido.

—No sabe hasta qué punto —coincidió el inspector Barrientos—. En 1989 —siguió—, durante la revolución de Timisoara(3) que llevó a la caída del régimen comunista, Stelian Moldovan formaba parte de la guardia pretoriana del *Conducator*, como se conocía a Ceauşescu, y tras su detención y posterior ejecución en Tirgoviste, la Securitate se disolvió y Stelian Moldovan, junto a otros miembros de la policía política, se refugió en los montes Fagaras(4)…

—Se pasó a la guerrilla antidemocrática —apuntilló Joaquín.

—Eso parece —respondió el inspector Juan Barrientos contrastando la información aportada por la Interpol—. Ex miembros de la Securitate organizaron un contragolpe apoyados por agentes libios, sirios y palestinos. Pero fracasó.

—Y después —planteó el capitán Soriano— vino a Madrid.

—No de inmediato —advirtió el inspector—. Durante unos meses se le perdió la pista y se desconoce dónde permaneció y qué hizo en 1990.

—Nada bueno —aventuró Joaquín.

—De eso puede estar seguro —sonrió el inspector Barrientos—. A comienzos del noventa y uno la inteligencia francesa le detectó en Sudáfrica, como mercenario de la ultraderecha a las órdenes de Robert van Tonder. Se cree que Stelian Moldovan figuraba entre los especialistas que entrenaban a las milicias blancas de autodefensa.

—Lo dicho —incidió Joaquín—. El mal personificado.

—Los regímenes opresores se valen de individuos como Stelian Moldovan para lavar su ropa sucia —afirmó el inspector, y continuó con la lectura del informe—. Al abolirse las leyes de *apartheid* desapareció de escena hasta 1993, en que la policía sudafricana le relacionó con el asesinato en Johannesburgo de Chris Hani, el líder de la juventud africana. Luego se le perdió la pista definitivamente —lamentó— y en 1994 agentes del Greco[3] le detuvieron en la Costa del Sol bajo el alias de Nicolae Balcescu, acusado de proxenetismo, tráfico de drogas y venta de objetos robados. Cumplió condena, se trasladó a Madrid y desde entonces no había dado problemas hasta hoy, que su cuerpo ha aparecido calcinado en un garaje de la calle José Marañón.

—En televisión han dicho que le asesinaron —repuso Joaquín.

—La información es correcta —certificó el inspector—. El dictamen forense preliminar habla de muerte por arma de fuego.

Un disparo certero al corazón efectuado con una pistola del calibre nueve milímetros Parabellum. Después le rociaron con alcohol de

quemar y le prendieron fuego para borrar cualquier huella. Miren —dijo, y les mostró una fotografía del cadáver.

—Pura carbonilla —determinó Joaquín, y dibujó una mueca de repulsa.

—Le empaparon en alcohol de quemar y ardió como una tea —apostilló el inspector Barrientos.

—¿Alcohol de quemar? —musitó el capitán Soriano extrañado.

—Sí. El asesino utilizó alcohol metílico o metanol, un comburente de alto poder calorífico. De hecho —especificó—, las mezclas de metanol y oxígeno líquido, o metanol, hidracina y perhidrol, forman parte de los propergoles utilizados de combustibles en los cohetes espaciales.

—Interesante —musitó Joaquín, y se rascó la herida de la ceja.

—Los análisis clínicos post mórtem —aportó el inspector Barrientos, enfrascado en la lectura del expediente— denotan una elevada cantidad de anfetaminas en sangre. La suficiente para provocarle la muerte.

—¿Puedes concretar? —le rogó el capitán.

—Las anfetaminas —dijo para complacerle— actúan sobre la corteza cerebral. La ingesta de dosis superiores a treinta miligramos produce euforia, disminución de la fatiga, aumento de la actividad motora, iniciativa e insomnio.

—¿Para qué tomaría esa basura? —acometió Joaquín.

—¡Vaya usted a saber! —exclamó el inspector indiferente—. Antes de morir sufrió trastornos nerviosos, inquietud, temblores, irritabilidad, e incluso, debido a la dosis computada en sus venas, tendencias homicidas precedidas de un ataque sicótico agudo. En resumen, perdió la cabeza. Se volvió loco.

Joaquín asintió. Las anfetaminas explicaban el extraño comportamiento de Nicolae en el momento de agredirle. Estaba mentalmente anulado por las drogas, convertido en un zombi haitiano.

—¿Por qué le mataron? —preguntó.

—De momento no hay pruebas concluyentes al respecto. Andaba metido en temas de prostitución y drogas y trapicheaba con objetos robados. Apostaría a que se trata de un ajuste de cuentas entre bandas.

—¿Algún sospechoso? —inquirió el capitán Soriano.

—Por ahora no —afirmó el inspector Barrientos—. Su protegida ha desaparecido y la Udyco sospecha que puede estar involucrada en el caso.

—¿Conocen su paradero? —preguntó Joaquín tenso, a la espera de la respuesta del policía.

—No —admitió para su sosiego—. Daremos con ella en cuanto pise

una estación de autocares o trenes, intente tomar un avión o pasee por la calle. La Udyco ha distribuido su fotografía a las patrullas y están alerta.

—Gracias —dijo el capitán Soriano—. Nos has sido de gran ayuda.

—Aún no hemos terminado —soltó Joaquín para sorpresa de ambos.

—En el expediente no figura nada más de relevancia —replicó el inspector Juan Barrientos.

—No le creo —atacó Joaquín con aplomo para observar su reacción —. La policía nunca desvela detalles esenciales de una investigación. Siempre se guarda una carta en la manga.

—Mi compañero tiene razón —le avaló el capitán Soriano—. Hay datos concretos que la policía se reserva. Datos que sólo puede conocer el autor del delito.

—De acuerdo —aceptó el inspector—. El informe contiene un dato confidencial. Pero siento decirles que no puedo desvelarlo.

—No me obligues a cambiar la buena opinión que tengo de ti —protestó el capitán—. ¿Vas a negarnos esa menudencia?

—Me juego el puesto —arguyó, y tragó saliva—. Si alguien se entera de que he roto la confidencialidad de una investigación la Brigada Anticorrupción se cebará conmigo.

—Antes muertos —le acalló el capitán Soriano— que traicionar tu confianza. Somos legionarios. Nunca lo olvides.

—Estamos de su lado —le animó Joaquín.

—Ustedes ganan —resopló el inspector, y abrió de nuevo el expediente—. Si alguien se entera me harán picadillo. —Buscó uno de los folios y continuó—: El sujeto estaba completamente calcinado y el forense no pudo obtener sus huellas dactilares. Decidió hacerle una radiografía dental y al separarle las mandíbulas halló un objeto alojado en su garganta: una cartulina con una libélula impresa —detalló, y les mostró un folio con la reproducción de la prueba aludida.

Joaquín se acarició la barbilla. Por un instante dejaron de dolerle las costillas y se olvidó del corte en la ceja. Cogió el folio, se lo acercó a los ojos para examinar la libélula y comprobó que se trataba del mismo dibujo que le perseguía desde que decidió viajar a Madrid.

—¿Qué significa? —intervino el capitán Soriano.

—Lo desconocemos —admitió el inspector—. Una anotación al final del expediente confirma cuatro casos similares en los años setenta.

—¿Quién los investigó? —atacó Joaquín, y le devolvió el folio.

—Miembros de la Brigada de Investigación Criminal de Centro.

—Llama y averigua qué saben —le ordenó el capitán.

—No creo que saquemos agua clara —vaticinó el inspector—. Ha pasado mucho tiempo.

—Pruebe —le retó Joaquín.

El inspector Barrientos asintió. Estaba harto de aquel par de legionarios que abusaban de su amabilidad a costa de su padre, pero su lealtad y buena educación le obligaban a atenderles. Una llamada, sólo una llamada, y les daría puerta. Telefoneó a la comisaría de Centro y regresó a la sala de interrogatorios.

—Lo dicho —negó con un movimiento de cabeza—. No aparece el expediente. La investigación la dirigía el inspector Andrés Sanz.

—Ese hombre sabrá algo del asunto —acometió el capitán Soriano.

—Lo dudo —zanjó la cuestión el inspector—. Le expulsaron de la policía por corrupto.

—¿Dónde podemos localizarle? —intervino Joaquín.

—El último domicilio que consta a los compañeros de Centro es la calle del Sombrerete, 45.

—En Lavapiés —puntualizó el capitán.

—Si me disculpan… —dijo el inspector dispuesto a retirarse—. Tengo que regresar a mi trabajo.

—Una última petición —irrumpió Joaquín armado de valor—. ¿Podría decirnos si aparece en sus archivos un tal Arturo Aguilar, de profesión mayordomo?

—¿Tiene que ver con Stelian Moldovan?

—No —determinó Joaquín—. Se trata de un compañero del Tercio —arguyó para convencerle— al que hemos perdido la pista y nos gustaría reencontrar.

—Ya he roto suficientes reglas protocolarias por hoy —protestó el inspector.

—Venga, hombre —le suplicó el capitán Soriano—. Prometemos no molestarte más.

—Miraré en la fichas de la policía. Si no figura ahí se acabó.

—Así sea —accedió Joaquín.

El inspector Barrientos resopló. Desapareció de la sala de interrogatorios, tecleó en su ordenador y, para su sorpresa, Arturo Aguilar tenía antecedentes penales.

—Ha habido suerte —dijo al regresar a la sala—. Vuestro compañero está fichado. Delitos menores —aclaró para no preocuparles—. De poca importancia. Pero ha pasado por la trena. Aquí tenéis. —Les entregó un folio con la información. Joaquín se lo guardó en el bolsillo.

Se despidieron del inspector Barrientos, abandonaron la sala de interrogatorios y desaparecieron en dirección a la calle. El policía respiró aliviado y llamó a un agente bajo su mando:

—¡Marchena!

—A sus órdenes, inspector.

—¿Se ha fijado en esos que acaban de salir?

—Sí, señor.

—Conviértase en su sombra. Sígales los pasos e infórmeme.

—¿Delincuentes?

—Peor —bufó, y abrió los ojos—: legionarios aburridos y con ganas de gresca.

—¡Quién te ha visto y quién te ve, Joaquín! —suspiró el capitán Soriano sujetándole del brazo.

—Estoy molido —declaró con un gesto de dolor—. Quisiera irme al hotel. Necesito descansar.

—Tú mandas.

—Pase a recogerme mañana —le propuso Joaquín—. Sobre las nueve. ¿Le parece bien?

—Ahí estaré. Cuídate.

Joaquín metió aire en los pulmones con evidente esfuerzo y emprendió la marcha. El hotel Ambassador no quedaba lejos pero tardó su tiempo en llegar. Al entrar en la habitación sintió que había escalado el Everest. Encima de la cama Germán Moya le había dejado su barragán completamente acicalado, sin rastro de los rotos, descosidos y manchas. Parecía nuevo. Lo colgó de una percha en el armario, abrió la caja de seguridad, guardó la pistola y tecleó la combinación para cerrarla: 0234. Se acordó de sus doscientas treinta y cuatro vacas y le embargó la nostalgia. Se desnudó, se untó de pomada y se acostó. No podía conciliar el sueño. Demasiadas preguntas bailaban en su cabeza. Prendió la luz y cogió la ficha policial de Arturo Aguilar.

# Capítulo 10

Lavapiés les recordaba los zocos moros que habían pateado en infinidad de ocasiones para recabar información. El capitán Alberto Soriano consultaba las páginas de un callejero que portaba en la mano y guiaba a Joaquín por rúas de nombres evocadores de la fe cristiana, en un intento de borrar el pasado morisco y judío del barrio. La calle del Sombrerete arrancaba en la plaza de Lavapiés y enlazaba con Embajadores pasado el mercado de San Fernando. Se adentraron entre una multitud de inmigrantes, carteristas, drogadictos, ancianos que presumían de vivir en el Madrid más castizo y mujeres que tiraban de pesados carritos de la compra y protestaban en corrillos por la degradación de la convivencia.

—Al tanto, Joaquín —le previno el capitán—. Que este barrio tiene miga.

Joaquín aceleró el paso. El edificio que buscaban presentaba el deterioro de los años. La fachada precisaba una restauración y las barandas de los balcones, una capa de pintura para borrar el verdín y el óxido. El capitán Soriano resopló contrariado al comprobar que carecía de ascensor y debía subir al cuarto piso por una escalera de peldaños de losetas desgastadas.

Se cogió al pasamanos y emprendió la marcha. La barandilla cedía de forma peligrosa al tirar de ella y las losetas tableteaban bajo sus pies en un baile de claqué improvisado. Joaquín le seguía el ritmo como Ginger Rogers a Fred Astaire. Sus maltrechas costillas todavía protestaban al menor esfuerzo, pero se encontraba mucho mejor. Los ungüentos y pastillas le habían surtido efecto. El capitán se paró ante una puerta dotada de una gran mirilla de latón y pulsó el timbre.

—¿Quién? —gritó tras unos segundos alguien desde el interior.

—¡El capitán Alberto Soriano, de la Legión Española! —arreció firmes.

—Ya hice la mili —se burló el otro.

Joaquín le apartó a un lado, se colocó frente al ojo de latón y comprobó que el inquilino les observaba. Debía convencerle de que les atendiera.

—Buscamos al inspector Andrés Sanz —dijo con el cuello estirado —. ¿Es usted?

—Aquí no vive nadie más.

—Somos gente de bien. Ábranos —insistió.

—¡Lárguense! —escupió el policía desde el otro lado de la puerta—. En esta casa no se les ha perdido nada.

—Se equivoca —acometió Joaquín al ver que cegaba el agujero de metal—. Quiero mostrarle algo.

La mirilla se abrió de nuevo y unos ojos fisgonearon a través de ella. Joaquín sacó una de las libélulas que guardaba en la cartera, enrolló la cartulina hasta formar un canutillo y lo coló por la abertura.

—Abra la puerta, por favor —le rogó—. Hemos de hablar con usted.

—¿De dónde ha salido esto? —vociferó el policía estupefacto.

—De la garganta de un muerto.

La mirilla se cerró. Joaquín cabeceó contrariado, pero un ruido de fallebas y pestillos le indicó que había conseguido su propósito. La puerta cedió y el inspector Andrés Sanz les invitó a entrar.

Les condujo a un saloncito de paredes tapizadas de papel pintado raído por los insectos, manchas de humedad y un estampado chillón de jarrones y flores que hería la vista. Del techo colgaba una lámpara de lágrimas que lloraban suciedad, y el aparador que presidía el juego de comedor albergaba una cristalería mellada y cubierta de polvo. Sobre un arcón de madera varias fotos, de marcos carcomidos, mostraban a una pareja de recién casados, y en todos los rincones había pilas de periódicos de páginas ajadas y amarillas, también raídas por los numerosos pececillos de plata que campaban a sus anchas. El olor a papel cosquilleaba en la garganta y la nariz, y el capitán Soriano estornudó. El policía les acomodó en dos balancines de mimbre.

Andrés Sanz se sentó en un sillón de cuero y orejeras, cuyo acolchado escapaba por las costuras y rotos, y se retrepó en el respaldo. Joaquín le contempló en silencio. Vestía ropa desaliñada y zapatos de tacones desgastados que habían perdido el lustre hacía siglos. Su barriga, colgandera sobre el cinturón, le daba un aspecto sanchopancesco: grueso y a la vez fornido, de cejas pobladas y la cabeza rala salvo en la zona parietal. De haberse cruzado con Andrés Sanz por la calle, Joaquín le habría confundido con Pépé-Le-Moko, el delincuente de la casba argelina interpretado por Jean Gabin en la película homónima. El policía dejó la libélula sobre una mesita de molduras barrocas y suspiró preocupado.

—¿Otro cadáver? —les interrogó de forma directa, sin florituras.

—Dos —concretó el capitán Soriano.

—Ha vuelto a las andadas —musitó el policía—. ¿Qué desean de mí?

—¿Investigó unos casos similares? —arrancó Joaquín.

—¿Son policías? —inquirió receloso. Joaquín negó con la cabeza—. Van por libre —dedujo Andrés Sanz—. Debí suponerlo.

—Así es, inspector —convino Joaquín.

—No me llame inspector —bufó hastiado—. Me echaron de la policía.

—¿Por los casos de las libélulas?

—No, no… —Guardó silencio unos instantes y luego habló—: Investigaba cuatro crímenes que tenían como vínculo una libélula parecida a ésta, pero faltaban hombres en otras unidades y me asignaron de forma provisional a un operativo antidroga.

—No diga más —intercedió el capitán Soriano autoritario—. En un registro se llevó un paquetito para venderlo por su cuenta.

—Nunca he trapicheado con esa porquería —protestó el policía molesto por la insinuación, y apuntó al capitán con un dedo amenazador—. Mi madre estaba enferma, padecía demencia senil. Mientras mi padre vivió no hubo problema. —De manera instintiva Andrés Sanz miró las fotografías posadas sobre el arcón—. Mi padre murió repentinamente de una cardiopatía y tuve que hacerme cargo de ella. Ahí empezaron mis quebraderos de cabeza.

—Pudo ingresarla en una residencia —planteó el capitán más relajado.

—¿Sabe cuánto gana un policía? —El capitán hizo una mueca despreocupado—. Menos que un fontanero o un camarero, y se juega el tipo todos los días. Dejé mi piso de alquiler y me trasladé aquí a vivir con ella. Semana tras semana empeoraba. Necesitaba mayores atenciones. Tuve que contratar a una mujer para que la cuidara y mi sueldo no daba para tanto.

—Los policías están mal pagados —se solidarizó Joaquín con su queja.

—Hicimos una redada en un piso de narcotraficantes —continuó Andrés Sanz sin un atisbo de arrepentimiento—. Entré en una alcoba y vi un montón de billetes apilados encima de la cama. Cogí dos fajos de diez mil pesetas pensando que nadie los echaría en falta, pero los compañeros ya habían contado la pasta…

—Le pillaron con las manos en la masa —sentenció el capitán Soriano irónico.

—Por mi madre volvería a hacerlo —determinó el policía convencido—. Los colegas de la Brigada Anticorrupción nunca debieron denunciarme. ¡Qué les importaban unos millones más o menos!

—Al cesarle, ¿quién se encargó de la investigación? —continuó Joaquín para reconducir la charla.

—Nadie —respondió Andrés Sanz para sorpresa de ambos.

—¿Puede explicarse? —le pidió Joaquín sin salir de su asombro.

—Los asesinatos se cometieron entre 1971 y 1974 —relató para que comprendieran la situación—. Años difíciles, como saben.

—Yo estaba en el Sáhara —argumentó el capitán Soriano— y allí las noticias de la Península no llegaban. Había censura de prensa.

—Faltaban policías —les explicó Andrés Sanz nostálgico—. La inestabilidad política aumentaba. Franco perdía autoridad y muchos de mis compañeros fueron trasladados a la Brigada Político Social tras suspenderse el artículo dieciocho del Fuero de los Españoles. Había que reprimir a los opositores al Régimen y en pocas semanas se detuvo a más de dos mil por acciones subversivas.

—¡Vaya con Paca la Culona! —soltó el capitán Soriano, al recordar el mote que el general Queipo de Llano daba al dictador. Otros generales le apodaban Miss Canarias, y Radio España Independiente, la Pirenaica, el Enano de El Pardo.

—Franco estaba chocho y rodeado de inútiles —continuó Andrés Sanz—. La delincuencia también ganaba terreno y muchos de nosotros andábamos de una brigada a otra para reforzar las investigaciones. En junio del setenta y uno participé en Silla, un pueblecito de la provincia de Valencia, en la detención de dos franceses que portaban ciento veintitrés kilos de heroína valorada en tres mil millones de pesetas.

—Un buen alijo —aulló el capitán.

—El mayor aprehendido hasta esa fecha —apostilló Andrés Sanz—. En Torremolinos intervine en una redada para detener a mujeres acusadas de atentar contra la moral pública. Aunque lo peor estaba por llegar —advirtió—. En noviembre del setenta y dos, tres jóvenes entraron en el consulado de Francia en Zaragoza, hicieron estallar un artefacto y el incendio causó graves quemaduras al cónsul, Roger Tour, que falleció a los pocos días. En el setenta y tres…

—Los etarras se cargaron al almirante Carrero Blanco —le interrumpió Joaquín, que recordaba perfectamente los hechos.

—Eso es —asintió el policía—. Franco firmaba sentencias de muerte y Salvador Puig Antich murió al garrote. La inestabilidad política aumentó y más policías pasaron al órgano represor. Siempre me negué a formar parte de la Brigada Político Social —proclamó altivo—, pero otros compañeros no tuvieron tantas agallas. El horno no estaba para bollos y la investigación de unos asesinatos se aparcó y a nadie le importó un pimiento.

—Archivaron el asunto —dijo Joaquín incrédulo.

—Las víctimas eran prostitutas —justificó la decisión Andrés Sanz —, y el Régimen las veía con malos ojos porque atentaban contra la moral pública. En Torremolinos las detuvimos a todas y clausuramos los bares de alterne.

—Hay otra cuestión —expuso Joaquín—. El informe policial ha

desaparecido. ¿Sabe dónde ha ido a parar?

—Obra en mi poder —confesó el policía con una risa burlona—. Se me ordenó abandonar la investigación e integrarme en la Brigada Antidroga. Obedecí y al expulsarme del Cuerpo me llevé el expediente para investigar por mi cuenta. Se lo debía a las familias de las chicas. Estaban destrozadas y confiaban en la justicia y en el buen hacer de la policía.

—¿Descubrió al asesino? —preguntó Joaquín intrigado.

—No —admitió Andrés Sanz con una espina clavada en el corazón —. A los pocos meses de abandonar la policía murió mi madre. El mundo se me vino encima. Entré en una depresión y me encerré en esta casa. Sin mi madre nada me importaba.

—¿De qué vive? —le azuzó Joaquín.

—Trabajo de detective privado —contestó—, aunque carezco de licencia. Acepto encargos de padres que desean controlar a sus hijos para saber si consumen drogas, o de maridos que desconfían de sus mujeres o de sus empleados. Eso me permite ganar cuatro euros para comer. No preciso más.

—¿Hasta dónde llegó en sus pesquisas?

—No muy lejos —lamentó Andrés Sanz, y harto de tantas preguntas contraatacó—: ¿A ustedes quién les ha dado vela en este entierro? ¿Por qué investigan?

—Tenemos que detener al asesino —dijo Joaquín nervioso.

—Cuestión de honor —remató el capitán Soriano.

—Me hago idea —determinó Andrés Sanz—. Para mí también se convirtió en un asunto personal hasta la muerte de mi madre. Esperen un momento —les rogó, y desapareció del saloncito para regresar a los pocos minutos con una abultada carpeta de color marrón—. Es el informe del caso Libélula —afirmó. Lo abrió y pasó algunos folios escritos a máquina y encabezados por el membrete de la Brigada de Investigación Criminal—. ¿Qué desean saber?

—Sus conclusiones —soltó el capitán.

—Como les he dicho —acometió Andrés Sanz dispuesto a facilitarles los detalles—, el primer asesinato sucedió en el setenta y uno. Una mujer que ejercía la prostitución en la calle de la Ballesta apareció muerta en su piso. El dictamen forense concluyó que había sido violada con saña: mostraba desgarros vaginales debido a la violencia que el asesino empleó.

—Un sádico —dedujo Joaquín.

—Sí —coincidió Andrés Sanz—. No se conformó con violarla y matarla. Le prendió fuego con alcohol de quemar. El piso ardió y los bomberos descubrieron el cadáver. Las llamas borraron muchas pruebas, pero el asesino se cuidó de que encontráramos una libélula de papel embutida en la garganta de la víctima.

—¿Como ésta? —señaló la mesita el capitán Soriano.

—Idéntica —convino el policía.

—¿Y los otros casos? —siguió Joaquín.

—Aparecieron tres prostitutas más asesinadas en circunstancias similares —dijo para situarles—. Violadas con sadismo, estranguladas e incineradas con alcohol de quemar. El asesino siempre seguía las mismas pautas.

—Un maniaco sexual —dictaminó Joaquín.

—Un psicópata —le corrigió Andrés Sanz—, pero no de tipo sexual.

—¡Viola a sus víctimas! —exclamó el capitán Soriano ante la evidencia.

—Cierto —admitió el policía—. El forense de la Brigada —arguyó para que comprendieran su diagnóstico— esbozó un perfil psicológico del asesino y apuntaba hacia alguien con mentalidad mesiánica.

—Un sujeto autoconvencido de ser la reencarnación del Mesías —reflexionó Joaquín.

—Son meras hipótesis —puntualizó Andrés Sanz cauteloso—. El asesino utiliza el sexo como un acto de posesión y sumisión de la víctima. No pretende saciar su libido. Según el forense el orgasmo y la eyaculación carecen de importancia para él. Ni siquiera siente placer. Sólo quiere apoderarse de la voluntad de sus víctimas. Su mente convierte la violación en un instrumento de dominación absoluta. Ese canalla asimila sus deseos al poder divino.

—Decide sobre la vida de las personas como el propio Dios —apostilló Joaquín.

—Correcto —afirmó Andrés Sanz—. Transforma a sus víctimas en un objeto de pasión. Las coloca brazos en cruz, como Jesucristo en el Gólgota, y les prende fuego para purificarlas de sus pecados. Eso opinaba nuestro forense. Antes de abandonar la investigación —dijo, y hurgó en el montón de papeles del informe— tenía previsto entrevistarme con un psiquiatra especializado en psicopatologías criminales. El forense de la Brigada era generalista.

—Siempre el mismo modus operandi —balbució Joaquín.

—Al pie de la letra —ratificó Andrés Sanz—. Y un dato curioso: las cuatro chicas fueron asesinadas el mismo día, el seis de enero de años distintos.

—La Adoración de los Reyes —observó el capitán Soriano.

—¿Le atribuye algún simbolismo? —inquirió Joaquín sorprendido.

—No —admitió Andrés Sanz—. Pero apostaría a que un experto sí.

—¿Y las libélulas? —sacó a colación el capitán.

—Un enigma —resopló el policía confuso—. Las cuatro chicas albergaban en sus gargantas una libélula. Una firma de los crímenes. Consulté a un entomólogo del Museo de Ciencias Naturales y le sorprendió la similitud con el modelo original.

—Explíquese —le pidió Joaquín con ganas de saber más.

—Esta libélula —el policía señaló la mesa y leyó un folio del expediente— pertenece a la especie *Colepteryx virgo*, muy común en la península Ibérica. Hay alrededor de tres mil quinientas especies de libélulas en el mundo, de las cuales cincuenta viven en Europa. La perfección del dibujo le permitió al entomólogo determinar la especie con exactitud.

—¿Por qué las coloca en la garganta? —preguntó el capitán Soriano intrigado.

—A esta cuestión sí puedo responderle —suspiró Andrés Sanz—. La garganta evita que los papelitos se quemen. El asesino quiere conservar su firma, que sepamos de quién se trata.

—Abandonó la investigación —protestó Joaquín desairado—. Su esfuerzo quedó en agua de borrajas.

—Lo siento —se disculpó—. Un buen policía sigue todas las pistas, y en eso andaba al morir mi madre. Estaba a un paso de algo importante, pero mamá…

—Siga —le animó Joaquín—. Se lo ruego.

—Una de las chicas —prosiguió el policía herido en su amor propio— vestía una chaqueta tres cuartos de botones nacarados. En la superficie de un botón hallamos una presilla, un fragmento diminuto de huella dactilar que no correspondía a la víctima.

—El asesino usaba guantes —conjeturó Joaquín, a la vista de la descripción facilitada por Ángela de su asaltante.

—Desconozco ese detalle —admitió Andrés Sanz—. Aunque cabe suponer que sí. Nunca antes había dejado huellas. En el laboratorio analizamos las libélulas y nunca apareció ningún rastro dactilar. Quizá cometió un fallo.

—Durante el forcejeo pudo desprendérsele un guante —teorizó el capitán Soriano.

—Es posible —asumió el policía.

—¿Puso nombre y apellidos a la huella? —incidió Joaquín.

—Entregué la muestra a dactilografía —dijo Andrés Sanz sin consultar el expediente— y rastrearon los archivos del documento nacional de identidad. Tres semanas después tenía una lista con diez donantes posibles.

—¿Los investigó? —le apremió el capitán.

—Sí —admitió abatido—. Nueve resultaron ciudadanos honrados, sin una mácula en su certificado de penales, pero la décima huella sospechosa correspondía a un tal Álvaro Baeza. —El policía consultó el informe—. Un chico abandonado por sus padres en el Asilo de Expósitos del Sagrado Corazón de la calle Claudio Coello. Allí se crió hasta los quince años. Estaba fichado porque a los dieciséis mató a un compañero de su mismo pabellón. Le asestó ocho puñaladas por

llevarle la contraria en el lanzamiento de un penalti durante un partido de fútbol celebrado en el patio del asilo.

—Un psicópata —certificó Joaquín convencido.

—Eso parece —convino el policía—. Le diagnosticaron una enfermedad mental, aunque no pude precisar de qué clase.

—¿No revisó su historial médico? —gruñó el capitán Soriano.

—El Asilo de Expósitos del Sagrado Corazón había desaparecido —les explicó el policía—. Localicé a su antiguo director, recordaba el suceso y me puso en antecedentes.

—¿Qué pasó con el chaval? —siguió interesado el capitán.

—Jamás cumplió condena debido al eximente de su enfermedad mental —protestó Andrés Sanz—. Recibió amenazas de varios internos y la dirección del asilo decidió enviarle lejos para garantizar su integridad física.

—¿Dónde le trasladaron? —preguntó Joaquín impaciente.

—A un manicomio de Barcelona. —Sanz rebuscó en los papeles—. El Instituto Mental de la Santa Cruz.

—¿Permanece recluido?

—Lo dudo —vaciló el policía impotente—. Los centros de internamiento para alienados han pasado a la historia.

—Quiero contratarle —dijo Joaquín decidido.

—¿A mí? —se extrañó el policía—. ¿Para qué?

—Para seguir esa pista.

—Olvidé el asunto hace tiempo —remoloneó Andrés Sanz abatido —, y ustedes deberían hacer lo mismo. Apresar a un asesino con cuatro crímenes a su espalda no es un juego de niños. Dejen que se encargue la policía.

—¿Va a permitir que siga matando?

—Me echaron de la policía, ¿recuerda? —Andrés Sanz se llevó un dedo a la sien—. Además —bramó enfadado consigo mismo—, no hay ninguna evidencia fidedigna de que ese sujeto fuese el asesino. Trabajaba sólo con hipótesis.

—Es lo único que tenemos —intentó convencerle Joaquín.

—No servirá de nada. Han pasado muchos años.

—Treinta y cinco —calculó el capitán Soriano—. Nuestro hombre debe de rondar los cincuenta y uno o cincuenta y dos.

—¿Qué me dice? —le presionó Joaquín.

—Me dedico a seguir a jovenzuelos porretas, mujeres casquivanas, maridos rijosos y empleadas del hogar de mano suelta.

—Trescientos euros diarios más gastos —le tanteó Joaquín.

—No sé…

Andrés Sanz se mesó los cabellos de la nuca.

—Cuatrocientos…

—Quinientos —regateó el policía—. Gastos aparte y una semana

por adelantado.

—Trato hecho —aceptó Joaquín—. Pase mañana por el hotel Ambassador y le entregaré el dinero.

—Tendré que viajar a Barcelona —argumentó Andrés Sanz para justificar sus honorarios—. Necesito dinero para billetes, taxis, comidas, alojamiento…

—Una parte será para dietas —le propuso Joaquín—. A su regreso ajustaremos las cuentas según lo pactado.

—Entretanto —acordó el capitán Soriano— nosotros visitaremos al psiquiatra especialista en psicopatologías criminales. ¿Tiene su nombre y dirección?

—Está por aquí —caviló Andrés Sanz, y barajó los folios del expediente—. Anote. Doctor Bartolomé Laguna, avenida del General Perón, 17. —Pensó unos segundos y vaticinó—: Quizá ya no ejerza.

—Pronto saldremos de dudas —dictó Joaquín—. ¿Cómo permaneceremos en contacto?

—Si me facilita un número de teléfono le llamaré.

Joaquín garrapateó en una hojita de bloc el número del Ambassador y de su habitación, se la entregó y se despidieron del ex inspector de policía Andrés Sanz. El capitán Soriano agradeció el aire frío de la calle. El intenso olor a papel de periódico le producía alergia.

—¿Y ahora? —carraspeó indeciso.

—Se ha hecho tarde para hablar con el psiquiatra —decidió Joaquín —. Pero todavía podemos indagar acerca del mayordomo.

El agente Marchena observaba preocupado a los dos legionarios cuya vigilancia le había encomendado el inspector Juan Barrientos. Sacó del bolsillo de su gabardina un teléfono y llamó a su jefe para recibir instrucciones.

—Inspector Barrientos —dijo al descolgar el otro—, los dos pájaros están en la calle del Sombrerete. Se han reunido con alguien en el número cuarenta y cinco.

—Me lo temía —resopló.

—¿Qué hago, señor?

—Péguese a sus zapatos —le ordenó enérgico—. Vigile todos sus movimientos y téngame informado.

—Descuide.

La dirección que figuraba en la ficha policial de Arturo Aguilar les llevó hasta un edificio del barrio de Usera. La inspección de los buzones les confirmó que nadie de ese apellido vivía en el inmueble. Joaquín cabeceó contrariado. Nada salía bien a la primera. Mientras Joaquín cavilaba el siguiente paso, el capitán Alberto Soriano subió al entresuelo, aporreó la puerta de una vivienda que carecía de timbre y

una señora le remitió al bar ubicado en la acera de enfrente.

El Bar Manolete olía a fritanga de zarajos y gallinejas. Presidía el local la cabeza disecada de un toro, y de sus paredes colgaban divisas taurinas, capotes mugrientos que conocieron tardes de gloria, banderillas y estoques de filos oxidados, fotografías en blanco y negro con diversas suertes del toreo y carteles añejos de diestros ya olvidados. Una cristalera, que anunciaba con letras góticas pintadas a mano las entrañas como especialidad de la casa, dejaba penetrar los rayos de sol que blanqueaban los mármoles de las mesas de hierro forjado. Sobre la barra las bandejas ofrecían higadillos de pollo encebollados, criadillas de toro guisadas con tomate, callos con chorizo, crestas y patas de gallo adobadas en su propia gelatina y otros platos de la casquería tradicional. Dos clientes consumían vasos de cerveza y tapas de sangre frita entretenidos en hojear los periódicos deportivos.

El capitán Soriano se acercó a la barra, atendida por un chico de acento andaluz, con un pirsin en la lengua y aritos en las orejas, algo espigado y flojo de musculatura, y le preguntó por el amo del local. El chaval ni siquiera le miró. Dejó el trapo que utilizaba para secar unas tazas y desapareció en el office. Al punto apareció un hombre mayor, frisando la jubilación, moreno, de buena estatura y porte.

—¿Quién me busca? —preguntó sin disimular cierta sorpresa.

—Me llamo Alberto Soriano, y éste es mi amigo Joaquín Ayuso…

—¿Qué desean? —le cortó el tabernero brusco.

—Buscamos a Arturo Aguilar —acometió el capitán—. Una señora del bloque de enfrente me ha dicho que usted podría ayudarnos.

—¿Policías?

—¡No! —bramó ofendido—. ¡Caballeros legionarios!

—¿Han traído a la cabra? —se burló el hombre con una sonora carcajada.

El capitán Alberto Soriano no toleraba bromas con la Legión. Le agarró de la pechera de la camisa, le atrajo hacia sí, desenfundó su pistola y le hundió el cañón en el estómago. Joaquín contuvo la respiración. El capitán era muy capaz de pegarle un tiro. Al tabernero se le cortó la risa en seco.

—Vale, vale… —retrocedió en tono conciliador, turbado al comprobar que portaban armas—. No quería ofenderles —se disculpó.

—Responda a nuestras preguntas —le aconsejó el capitán Soriano. Le soltó y enfundó la pistola.

—¿Por qué le interesa al ejército Arturo Aguilar?

—Se marchó de la cantina sin pagar una consumición —ironizó Joaquín, que había cubierto las espaldas al capitán.

—Me doy por enterado —resopló el tabernero, y abrió las manos como un santo—. El tema no me incumbe.

—Eso está mejor —aprobó Joaquín.

El camarero se colocó de nuevo tras la barra.

—¿Pasa algo, jefe? —gritó al verle pálido.

—Nada, nada —le tranquilizó para no complicar las cosas—. Sigue a lo tuyo. ¿Les apetece una caña y una tapita de mollejas de cordero o de lengua de vaca? Invita la casa.

—La cerveza basta —aceptó el capitán Alberto Soriano.

Se acomodaron en una mesa junto a la cristalera, el chaval les sirvió tres botellines de Mahou y el dueño del bar se ofreció a ayudarles. No quería problemas con dos pirados. Mejor contarles lo poco que sabía y despedirles con viento fresco.

—Pregunten —les autorizó al primer trago de cerveza—. ¿Qué quieren saber?

—¿Dónde vive Arturo Aguilar? —abordó Joaquín sin preámbulos.

—Ni idea —afirmó lacónico—. Hace más de treinta años que le perdí la pista.

—¿De qué le conocía? —siguió el capitán Soriano.

—Fui su apoderado —respondió el tabernero absorto en pensamientos ya lejanos—. Arturo estaba entre los mejores novilleros de la época, pero su mala cabeza le perdió.

—Siga —le pidió Joaquín, intrigado por conocer la historia.

—Le conocí al poco de instalarse sus padres en el barrio —recordó el tabernero sin apartar la vista del botellín—. Como otros muchos llegaron de Extremadura a principios de los años sesenta en busca de una vida mejor. Su padre se empleó en una cerrajería y alquiló una casita. Su madre cultivaba una pequeña huerta aneja y así salieron adelante.

—¿Vivían cerca?

—Enfrente del bar —les indicó con el dedo a través de la cristalera —. La casita ya no existe, la derribaron para construir un bloque.

—¿Qué pasó con los Aguilar? —intervino Joaquín.

—Ahorraron algún dinero y al construir la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Madrid la colonia de la Paloma compraron un pisito. Por eso a Arturo Aguilar le apodaban en los ruedos el Niño de la Paloma.

—¿Tomó la alternativa? —le interpeló el capitán.

—Nunca —confesó el tabernero atenazado por un sentimiento de culpa—. Desde muy pequeño demostró afición por los toros. Un día, con la autorización de su padre, le llevé a una tienta en la finca de los hermanos Rueda, en Soto del Real, y todos los presentes se quedaron boquiabiertos al ver cómo se desenvolvía el crío frente a una vaquilla de dos años que le doblaba la altura.

—¿Qué sucedió? —preguntó Joaquín con curiosidad—. ¿Sufrió una cogida?

—El destino le jugó una mala pasada —sentenció descorazonado,

como si hablara de hechos recién ocurridos—. Arturo Aguilar creció. Le enseñé cuanto sabía del arte de la lidia y se convirtió en un novillero de fama. Los veranos recorríamos las ferias de los pueblos toreando vaquillas y haciendo algo de caja. Pero en invierno no hay festejos.

—No ganaban un duro —concluyó el capitán Soriano.

—Peor —lamentó el tabernero, y alzó las manos al aire—. Arturo no podía entrenar. Los toreros consagrados participan en capeas organizadas en fincas privadas, así se mantienen en forma, pero los novilleros, quienes no tienen un céntimo para pagarse las prácticas, no tocan la muleta en invierno.

—¿Hizo lunas? —aventuró Joaquín, que en su condición de ganadero entendía de toros.

—No tuvo más remedio.

—¿De qué hablan? —protestó el capitán sin entender una palabra.

—De torear reses bravas en el campo, en noches de luna llena y sin el consentimiento del propietario de la finca —matizó el tabernero.

—Ya… —musitó.

—Con un frío que helaba el alma —prosiguió apenado—, Arturo se iba a la sierra, a las ganaderías de Villalba o Galapagar, se desnudaba para no asustar al resto de la manada y toreaba a la mejor res de la vacada.

—¿Qué tiene de malo? —incidió el capitán Soriano, neófito en el arte de la lidia.

—Los toros son animales muy listos —le explicó el tabernero—. Una res que ha sido capeada se vuelve peligrosa porque conoce las tretas del torero.

—¡Quién lo diría!

—Una noche Arturo y otro compañero suyo también novillero marcharon a la sierra a hacer lunas. Habían localizado un toro azabache, cornidelantero y bronco. Saltaron la valla y caminaron de frente al animal. Disfrutaron dándole pases una y otra vez. La luna llena alumbraba la dehesa como un espejo de plata, pero de repente unos nubarrones la ocultaron. El amigo de Arturo quedó cegado. Un toro azabache resulta invisible en la oscuridad. No vio la intención de la res. Embistió con bravura, le pilló desprevenido y le ensartó el muslo de la pierna derecha. La cornada le desgarró la femoral y se desangró bajo las estrellas. Una cogida que arruinó la vida de Arturo Aguilar.

—El toro corneó al otro —observó el capitán sin entender la lógica del tabernero.

—El propietario de la finca les denunció —relató para esclarecer la historia— y la Guardia Civil detuvo a Arturo. Le juzgaron y pasó dos meses en la cárcel por allanamiento. Al salir, la primera noche de luna

llena, regresó a Galapagar, buscó al toro y lo mató de una certera estocada. Limpia y profunda. Hasta la empuñadura.

—Le echó cojones —admitió el capitán Soriano con respeto por el novillero.

—Sí —convino su apoderado—. Le sobraban pelotas y le faltaba cabeza. Nunca debió regresar a la finca. El propietario había puesto en alerta a sus mayorales y apenas mató al toro le rodearon, le dieron una paliza de aúpa y lo entregaron a la Guardia Civil.

—Quien juega con fuego se quema —suspiró el capitán.

—Una calamidad —matizó el tabernero, y apuró de un trago el botellín—. Tenía antecedentes penales, porque ya había estado preso, y le condenaron con el agravante de reincidencia. Arturo Aguilar, *el Niño de la Paloma,* podía haber figurado en los carteles junto a los grandes diestros del toreo, pero tras el incidente se pasó un año y medio en la cárcel.

—¿Y al salir? —inquirió Joaquín.

—Se vino abajo —sentenció el tabernero—. El mundo del toro es una mafia y se le cerraron todas las puertas. Ni siquiera volvió a participar en capeas populares. Para reivindicar su alternativa saltó de maletilla en varias plazas de primera, y sólo empeoró las cosas. La Guardia Civil le detuvo en numerosas ocasiones y le encerró en los calabozos. A partir de ahí dejé de representarle. Ya no atendía a razones.

—No se resignaba —alabó su coraje el capitán Soriano—. Llevaba la fiesta en la sangre.

—Se hundió en la zanja que él mismo había cavado —suspiró el tabernero triste—. Al comprender que su vida en los ruedos carecía de futuro se entregó a la bebida, acabó borracho, dando capotazos ebrio a la salida de las plazas, y se convirtió en un mamarracho de la profesión. Desapareció de Usera y nunca más volví a verle.

—¿Sospecha dónde puede andar? —suspiró Joaquín.

—De tarde en tarde llegaban noticias suyas —dijo desalentado—. Hace tiempo que no sé nada de él.

—¿Qué se rumoreaba?

—Primero que desvalijaba casetes de coches para venderlos en el Rastro —narró sin darle demasiada importancia—. Luego que robaba automóviles y motos, que anduvo de una cárcel a otra. Años atrás le pregunté al charcutero de la esquina, que tiene un hijo guardia municipal, y me dijo que Arturo se había reformado.

—Ha vuelto al ruedo de la vida —sonrió el capitán.

—Eso parece —advirtió el tabernero poco convencido—. Los toreros son muy devotos: rezan antes de las corridas, se persignan con agua bendita, llevan encima decenas de estampas de santos y escapularios… Al parecer Arturo hizo buenas migas con el capellán de

la cárcel y gracias a su mediación ingresó en un programa de rehabilitación de alcohólicos.

—Un paso importante —determinó Joaquín.

—Sin duda. Desintoxicarse le permitió aprender varios oficios.

—¿Conoce la última cárcel donde estuvo preso?

—No estoy seguro —rumió—. Creo que fue Alcalá Meco.

—Gracias. Nos ha sido de gran ayuda —dijo Joaquín.

—¿Van a seguir indagando por el barrio?

—No —respondió el capitán Soriano—. Ya tenemos suficiente. ¿Verdad, Joaquín?

—De momento.

—Si necesitan más información —les aconsejó el tabernero— no pregunten por Arturo Aguilar, así nadie le conoce, háganlo por el Niño de la Paloma.

—No ha estado mal —aventuró el capitán Alberto Soriano al alejarse del Bar Manolete.

—Al menos ahora sabemos a quién buscamos —alegó Joaquín.

—Veré si el capellán de Alcalá Meco puede facilitarnos más información. Después intentaré hablar con el psiquiatra.

—Buena idea —asintió Joaquín.

—Hasta mañana —se despidió el capitán—. Te recogeré a la hora de costumbre.

El agente Marchena acusaba el cansancio. Llevaba el día entero apostado en aceras y bares para controlar a los dos sujetos cuya vigilancia le había encomendado el inspector Barrientos. Sacó su teléfono móvil dispuesto a informar de la nueva situación.

—Inspector —dijo alzando la voz para vencer el ruido del tráfico.

—Dime, Marchena.

—Se han separado a última hora de la tarde, y he decidido seguir al tipo del barragán. Se hospeda en el Ambassador. Acaba de entrar en el hotel.

—Sabia decisión, Marchena. El otro es amigo de mi padre y sé dónde vive.

—Necesito que alguien me releve, inspector.

—Le envío a un sustituto de inmediato —convino—. Espérele frente al hotel. Descanse, y mañana, a la hora que acuerde con su compañero, le quiero de nuevo al pie del cañón.

—Si vuelven a separarse —le planteó— no podré seguir a los dos.

—Si eso ocurre controle al tipo del barragán.

—A sus órdenes, inspector.

# Capítulo 11

Joaquín esperaba al capitán Alberto Soriano en la puerta del hotel. Desde la acera de enfrente el agente Marchena le vigilaba con disimulo, apoyado en la pared y con un periódico desplegado ante sus ojos. El sujeto que hablaba con Joaquín le estrechó la mano, se alejó unos metros y paró a un taxi. Depositó la bolsa que llevaba en el maletero, subió y desapareció en dirección a la Gran Vía. Joaquín vio al capitán Soriano caminar raudo por la acera y acudió a su encuentro. El agente Marchena dobló el periódico, lo pinzó bajo la axila y se dispuso a seguirles.

—Buenos días —saludó el capitán a Joaquín—. ¿Quién era ése?

—Andrés Sanz.

—¿Sanz? —exclamó—. No le habría reconocido.

—Ha recuperado su autoestima —afirmó Joaquín con sorna y un aspaviento—. Se ha convertido en un hombre nuevo. Se ha duchado, afeitado, cortado el pelo y vestido con su mejor ropa. Hasta creo que ha estrenado zapatos.

—Espero que sea de fiar —receló el capitán Soriano—. Quien ha metido la mano en la caja una vez puede meterla más veces.

—Me parece una buena persona. Un tipo honrado.

—Jamás te guíes por las apariencias —le aconsejó el capitán como si hablara a su hija—. Andrés Sanz tiene más morro que un coro de negros cantando *Only you*. ¿Adónde iba tan decidido?

—A la estación de Atocha —le informó—. A coger el AVE a Barcelona.

—¿Qué tal te encuentras?

—Mucho mejor. Las pastillas y las pomadas funcionan.

—¿Y Ángela?

—Nerviosa —dijo Joaquín preocupado—. Con ganas de que esto acabe. Me tranquiliza saber que Rafaela cuida de ella. ¿Averiguó algo, capitán?

—Creo que sí —determinó complacido—. Localicé al páter de Alcalá Meco y recordaba a Arturo Aguilar. Cuando estuvo preso le ayudó a oficiar misa los domingos. Hicieron migas y el cura se preocupó del chico. Como nos dijo el tabernero, le ingresó en un programa de desintoxicación de alcohólicos y le obligó a labrarse un porvenir, a participar en cursillos de formación profesional y a olvidarse de los toros. Abandonó la cárcel reconvertido en un experto albañil,

electricista y carpintero, y el cura le colocó en la casa de los marqueses de Pinofranqueado como responsable de mantenimiento.

—¡Quién lo diría! —se asombró Joaquín—. La reinserción social funciona.

—Nunca sabes qué te depara el destino —suspiró el capitán Soriano —. El cura gozaba de la confianza de los marqueses, incluso casó a su hija, y no pudieron negarle el favor. Además, el chico tenía raíces extremeñas, como los señores, y eso le granjeó ciertas simpatías.

—¿Dónde viven los marqueses?

—En la parte alta de Serrano.

—Vayamos a echar un vistazo.

—No podemos —alegó el capitán Soriano, y abortó de raíz sus intenciones—. He quedado a las diez con el doctor Bartolomé Laguna. Todavía atiende en la misma consulta y eso me ha facilitado las cosas.

—Nuestra suerte ha cambiado —sonrió Joaquín.

Subieron al tercer piso en un ascensor de tecnología moderna y al llamar al timbre de la consulta les atendió una mujer madura, en los sesenta, vestida con bata blanca de enfermera, y les invitó a pasar al despacho del doctor Laguna.

Joaquín y el capitán Soriano se acomodaron en dos butacas estilo Luis XV frente a una mesa de palosanto y esperaron impacientes al psiquiatra. La sala estaba repleta de objetos de arte y en un rincón, sobre un entredós de caoba y tapa de mármol, les llamó la atención un obelisco de poco más de medio metro de altura. A los cinco minutos la puerta corredera del despacho se abrió y un hombre bajito, rechoncho y de dedos gruesos que mostraban un sello de oro se presentó con una amplia sonrisa.

—Soy el doctor Laguna —les saludó cordial—. ¿Quién de ustedes me ha llamado por teléfono?

—Un servidor —dijo el capitán Soriano.

—¿Les gusta? —El doctor miró el obelisco. Joaquín y el capitán asintieron al unísono—. Lo compré en una subasta de la Sala Goya.

—¿Egipcio? —tanteó Joaquín, obligado a seguir la charla por mera cortesía.

—No —rió el psiquiatra—. Es una reproducción del siglo XIX, en esteatita, del obelisco de Salmanasar III, un rey asirio que sucedió a su padre, Assurbanipal II. La pieza original mide tres metros de altura y se conserva en el Museo Británico.

—Precioso —alabó el capitán Soriano, que había reparado en los dromedarios del bajorrelieve.

El doctor tomó asiento al otro lado de la mesa, reclinó la espalda hacia atrás y descansó los codos en el reposabrazos de la butaca.

—Ustedes dirán.

—Necesitamos su opinión sobre un caso criminal —planteó Joaquín sin ambages.

—¿Pertenecen a la policía?

—No —respondió Joaquín—. Investigamos unos crímenes en serie por nuestra cuenta y creemos que se trata de un psicópata con delirios mesiánicos.

—¿Cómo actúa? —preguntó el psiquiatra, de repente interesado.

—Viola a sus víctimas con extrema agresividad —relató Joaquín—, las mata, las coloca brazos en cruz y les prende fuego con alcohol de quemar.

—Curioso —musitó el doctor Laguna pensativo—. ¿Quién ha diagnosticado los delirios mesiánicos?

—Un forense de la policía.

—Discrepo. Su modo de actuar no corresponde a un psicópata que se considera la reencarnación del Hijo de Dios.

—Mata a sus víctimas el seis de enero, el día de la Adoración de los Reyes ante el Mesías —aportó como argumento el capitán Soriano.

—Ese dato es relevante —admitió el psiquiatra—. No cabe duda de que están ante un perturbado. ¿Sospechan de alguien?

—De un interno del antiguo Asilo de Expósitos del Sagrado Corazón.

—Un chaval desarraigado —conjeturó el doctor Laguna—, falto del cariño paternal y maternal, con problemas de identidad… Un inadaptado social.

—¿Encaja en el esquema del psicópata criminal?

—Sin duda —certificó mediante un golpe de voz—. Por su forma de comportarse aseguraría que sufre una psicosis maniacodepresiva, una alteración severa del fondo emocional afectivo —aclaró, consciente de la dificultad de interpretar los tecnicismos médicos—. La práctica clínica demuestra la importancia de los factores psicoexistenciales en la manifestación de las crisis, que alteran los mecanismos autorreguladores del tono vital.

—Un zumbado —tradujo al lenguaje cuartelero el capitán Soriano.

—¿Cuántos asesinatos ha cometido? —preguntó el doctor, a cada minuto más interesado.

—Seis —expuso Joaquín—. En un periodo de casi cuarenta años.

—Lógico —asintió el psiquiatra—. Generalmente entre las crisis transcurre un largo lapso de tiempo de normalidad completa. Cada crisis se caracteriza por un sentimiento o etapa de poder y euforia, con aceleración del curso del pensamiento que lleva al paciente a un déficit de la autocrítica, a ideas delirantes de grandeza, reforma o invención. En cierta ocasión —recordó— traté a un enfermo que se negaba a comer convencido de que estaba muerto.

—A una víctima sólo la violó —aportó Joaquín, y el capitán Soriano le miró desconcertado. Jamás habría imaginado que mencionaría el

caso de Ángela.

—¿Hace mucho?

—Treinta y siete años.

—Normal —determinó el doctor—. Al principio la esquizofrenia suele mostrarse de una manera atenuada y durante las crisis el enfermo conserva cierto grado de lucidez que le permite discernir entre el bien y el mal.

—¿Puede buscar a esa persona para matarla? —insistió Joaquín para arrancarle una sentencia.

—Téngalo por seguro —le confirmó el psiquiatra—. Para alguien que se considera omnipotente y omnisciente dejar a una víctima con vida le recuerda su «imperfección» y le atormenta. Si se cruza de nuevo en su camino la matará sin pensárselo dos veces.

Joaquín sintió un escalofrío, se retrepó en la butaca y respiró con profundidad para recobrar el control de su ritmo cardiaco. Ángela estaba en peligro.

—La mente humana es un laberinto —sentenció el capitán Soriano.

—No le quepa la menor duda —avaló el psiquiatra.

—Hay algo más —intervino de nuevo Joaquín. Sacó las libélulas y las posó sobre la mesa—. Rubrica sus crímenes con estos dibujos, que suele colocar en la garganta de sus víctimas.

El doctor Laguna cogió una cartulina y la observó preocupado, como si hilvanara en su mente el informe médico del paciente, y unos momentos después la devolvió a la superficie encerada y de un brillo casi metálico.

—Ándense con cuidado —les aconsejó serio, sin atisbo de bromear —. Se enfrentan al mismísimo diablo. El asesino —pronosticó con la autoridad de sus muchos años de experiencia— no sufre una patología mesiánica, sino una demonopatía grave.

—¿Está poseído por el demonio? —saltó el capitán alterado.

—No exactamente —reflexionó el psiquiatra, y buscó las palabras precisas—: Me refiero a un psicópata que en su delirio se cree un diablo en persona y actúa convencido de su poder para administrar justicia. Sepan que el oficio de los diablos consiste en extraviar a los seres humanos y causarles toda suerte de males, y sepan que las enfermedades mentales de carácter místico son las peores.

—¿Por qué habla de diablos? —incidió el capitán—. Siempre pensé que sólo había uno.

—Johann Weyer, un médico belga del siglo XVI experto en demonología —argumentó el doctor—, sostiene que la Tierra la habitan 6.666 legiones de diablos, y cada legión consta de 6.666 diablos o ángeles demoniacos.

—Mata el seis de enero —opuso Joaquín a los argumentos del psiquiatra—, y el diablo no adoró a Jesús; según la tradición bíblica

fueron los Reyes de Oriente.

El doctor Laguna cabeceó cargado de paciencia, echó el cuerpo hacia delante, apoyó las manos en el vade de cuero de la mesa y les miró preocupado.

—Déjenme que les explique —se ofreció amable, consciente del peligro que les acechaba—. El cristianismo oriental festeja el nacimiento de Jesús el día de la Epifanía, el seis de enero, y, según los rabinos, ese mismo día nació el diablo.

—Desconocía el dato —admitió Joaquín a modo de disculpa.

—Figura en la literatura hebrea —especificó el psiquiatra—. Los judíos consideraban a Yahvé la única manifestación del principio divino, y deseaban que su dios personificase sólo el bien. Por eso separaron su lado bueno del malo, y llamaron Señor al lado bueno y diablo al lado malo.

—Según esta creencia el diablo tiene su origen en el mismo Dios —infirió Joaquín, atento a las palabras del psiquiatra.

—Éste es el quid de la cuestión —convino el doctor Laguna—. Los judíos definen al diablo como la sombra de Dios.

—Hizo una ligera pausa y expuso—: En la mitología hebrea los demonios son ángeles caídos en desgracia. Al frente de ellos se encuentra Satanás, al que el *Libro de los jubileos* cita como Martema. Otras veces adopta el nombre de Beliar y se presenta como el anticristo. Dante, en *La Divina Comedia*, se acerca de manera sospechosa al pensamiento judío y escribe: «Todo ser vive en Dios —recitó el psiquiatra—, y Dios mismo es creado en todo ser de un modo incomprensible».

—La encarnación del mal —esgrimió el capitán Soriano.

—En la literatura apócrifa cristiana —siguió el psiquiatra—, la rebelión de los ángeles figura como la causa principal del mal entre los seres humanos, y los ángeles y demonios tienen entidad propia. Esta idea la recogió el Nuevo Testamento.

—¿Y la libélula? —preguntó el capitán Soriano sin comprender su protagonismo.

—Al ver estas cartulinas he sabido que estábamos ante un caso de demonopatía.

—No veo la relación —cuestionó Joaquín.

—Las libélulas —determinó el psiquiatra— también reciben el nombre de caballitos del diablo, y según la superstición el diablo viaja montado en esos insectos. —Joaquín y el capitán asintieron en silencio —. La palabra libélula —siguió el doctor— deriva del latín *libellula*, diminutivo de *libella*, «libra o balanza», y se aplicó a este insecto porque se mantiene en el aire en perfecto equilibrio, como los brazos de una balanza. Sin embargo, los científicos distinguen entre libélulas y caballitos del diablo, pues pertenecen a órdenes distintos.

—Tiene su lógica —aceptó el capitán.

—Muchas culturas relacionan a las libélulas con el diablo —asentó el doctor—. En inglés —puso de ejemplo— se las denomina *dragonfly*, «dragón volador»; en catalán *espiadimonis*, «espía demonios»; en gallego *cabalo do demo*, «caballo del demonio», y en euskera *sorginorratz*, «peine de bruja». Aprendí todo esto hace años —puntualizó—, al tratar mi primer caso de demonopatía.

—Nunca imaginé que alguien pudiera considerarse un diablo —dijo Joaquín desorientado.

—Como decía su amigo —prosiguió el psiquiatra enfrascado en la charla—, la mente humana es un laberinto. Desde un punto de vista científico los diablos, demonios y seres análogos no existen, pero hay una cultura, auspiciada por la religión, sobre la historia del diablo capaz de domeñar la mente de algunas personas enfermas.

—En cierta ocasión —recordó el capitán Soriano— presencié un exorcismo en El Aaiún.

—Los exorcismos no sirven de nada ante casos de demonopatía grave —negó el doctor rotundamente—. Actúan de placebo en enfermos que se creen poseídos, y poco más.

—Mi conocimiento del tema —admitió Joaquín— se limita a películas como *La semilla del diablo*, *El exorcista* o *El corazón del ángel,* y confieso que me pusieron los pelos de punta. ¿Las ha visto, doctor? —El psiquiatra asintió—. Admita que Linda Blair, interpretando a Regan McNeil, le quitó el sueño una temporada.

—El cine de terror psicológico me deja indiferente —esgrimió el doctor Laguna sin compartir su entusiasmo—. No puedo abstraerme del punto de vista profesional.

—Me alivia saber que las posesiones demoniacas son un camelo —manifestó el capitán Soriano relajado.

—No albergue la menor duda —enfatizó el psiquiatra—. No existen espíritus, ni demonios o diablos capaces de invadir a las personas y adueñarse de su voluntad de una forma violenta, pero un setenta y cinco por ciento de la población mundial piensa que sí.

—Incultura, doctor —replicó el capitán.

—No puede hablarse de incultura en el sentido estricto de la palabra —le contradijo el psiquiatra—. Se trata de una creencia cultural atávica que ha penetrado en la mente de los seres humanos. El mal —arguyó para que comprendieran sus mecanismos psicológicos — nunca es abstracto. Las sociedades lo interpretan en términos de sufrimiento de un individuo, y en consecuencia se percibe como una fuerza capaz de personificarse.

—Parece lógico —asintió Joaquín.

—La mejor descripción del mal —aportó el doctor— no figura en los libros de psiquiatría sino en *Los hermanos Karamazov*, de Dostoyevski,

cuando Iván le dice a Alioscha: «El diablo no existe, el hombre lo ha creado a su propia imagen y semejanza…».

—Al igual que Dios —adujo Joaquín.

—Por algo son personajes antagónicos —subrayó el psiquiatra.

—¿Cómo se explican las supuestas posesiones? —le desafió Joaquín, que sentía curiosidad.

—Son trastornos múltiples de la personalidad. —El doctor Laguna guardó silencio un instante y caviló la manera de abordar la cuestión ante dos neófitos—. Mansell Pattison relata el caso de una chica de trece años, de la reserva de los indios yakima del centro del Estado de Washington, que presentaba síntomas de histeria…

—¿Puede precisar, por favor? —le interrumpió el capitán Soriano.

—Convulsiones, parálisis, trastornos de la visión, alteraciones sensoriales, catalepsia… —desgranó el doctor—. Pattinson atribuyó los síntomas a una esquizofrenia paranoide y recetó a la niña Chlorpromazine, un fármaco antipsicótico de muy buenos resultados.

—¿Se curó? —intervino Joaquín.

—Sí —respondió el psiquiatra tajante—. Pattison conocía la cultura de los indios yakima y también aconsejó a los padres que sometieran a la joven a un exorcismo para expulsar al espíritu que supuestamente la había poseído. Aunque les insistió una mil y veces en que le administraran la medicación.

—La medicina cura —dedujo Joaquín como si pensara en voz alta— y la superchería ayuda a desprenderse de una idea arraigada en la mente.

—Ioan M. Lewis —introdujo como dato el psiquiatra— llama la atención sobre un hecho a tener en cuenta en las supuestas posesiones: la estrecha relación entre la posesión demoniaca y la opresión social o familiar que sufre el sujeto poseído. Por eso en las sociedades machistas las mujeres suelen presentar más casos que los hombres.

—Así ocurría entre los moros —avaló el capitán Soriano la teoría—. En el exorcismo que presencié en El Aaiún sólo había mujeres.

—Tiene razón —convino el psiquiatra—. Yo también asistí a un exorcismo islámico en Túnez, en la *zauia* de La Manubia, y sólo participaban mujeres.

—En resumen —determinó Joaquín—, las supuestas posesiones diabólicas son simples estados de alteración de la conciencia.

—Bravo —aplaudió el doctor de manera simbólica.

—Algunos poseídos —prosiguió el capitán sensibilizado con el tema — recuperan su personalidad tras someterse a un exorcismo. ¿Cómo lo justifica?

—Muy fácil. Igual que le ocurrió a la niña tratada por Pattison. Si alguien cree en el demonio también cree en los exorcismos.

—Es coherente —admitió el capitán Soriano.

—Muchos chamanes, curanderos, sacerdotes, telepredicadores o santeros —continuó el psiquiatra para disipar las dudas que albergaran— saben que los estados de alteración de la conciencia constituyen un factor indispensable para la curación de la enfermedad. Desde la Antigüedad los chamanes aprovechan el estado de sugestión exacerbada del paciente, y su tendencia a experimentar una catarsis emocional, para efectuar curaciones milagrosas tipo Lourdes u otros santuarios marianos.

—La Iglesia también se apunta al carro —bromeó el capitán.

—Las curaciones —prosiguió el médico— por medio de la oración o la meditación, la imposición de manos, el contacto con las reliquias de los santos, los exorcismos, etcétera, pertenecen al mundo de la sugestión. Piensen en esto. A un católico siempre se le aparece la Virgen María, Jesús o los santos, pero nunca Krisna, Brahma, Visnú o el profeta Mahoma; por contrapartida, en el ámbito cultural del hinduismo o islamismo ocurre a la inversa.

—Algunos poseídos hablan lenguas extrañas —aportó al debate el capitán Soriano sin darse por vencido.

—Es cierto —admitió el doctor—. Son casos de xenoglosis, xenoglosia o glosolalia.

—¿Puede ilustrarnos, doctor? —le solicitó Joaquín, desbordado por las palabrejas que empleaba el psiquiatra.

—Xenoglosis y xenoglosia derivan del griego *xénos*, «extraño» o «extranjero», y *glôssa*, «lengua», y ambas palabras definen la capacidad de algunos individuos para hablar en lenguas que a priori desconocen.

—¿Hablan un idioma sin haberlo estudiado jamás? —incidió Joaquín incrédulo.

—No le quepa le menor duda —sostuvo el doctor Bartolomé Laguna —. Por su parte glosolalia deriva del griego *glôssa*, «lengua», como les he dicho, y *lálein*, «hablar», y se emplea para designar también a las personas que hablan en lenguas diferentes a la suya. Los teólogos emplean este término para referirse al carisma que incitó a los apóstoles a dialogar en lenguas extrañas el día de Pentecostés.

—No puedo creerlo, doctor —arreció Joaquín, y el capitán asintió en silencio.

—Puedo garantizárselo —dictó el psiquiatra de forma enérgica—. He sido testigo de varios casos. La mayoría de los enfermos o supuestos poseídos sufren un fenómeno de hipermnesia o exaltación anormal de la memoria. La hipermnesia suele darse en personas sometidas a un fuerte estrés emocional, como por ejemplo ante la inminencia de la muerte. En ese trance algunos sujetos reviven toda su vida al mínimo detalle.

—¿Intenta decirnos —desconfió el capitán— que mediante una hiperexcitación de la memoria un individuo puede recordar cosas o

palabras que percibió de manera inconsciente…?

—Eso es —afirmó el psiquiatra satisfecho al comprobar que sus palabras se tomaban en serio—. Un amigo anestesista me contó que en cierta ocasión durmió a un enfermo para someterle a una operación quirúrgica. El paciente no sabía euskera y pese a ello durante la cirugía habló en dicha lengua. Al preguntarle al respecto no guardaba conciencia, pero de pequeño le amamantó una nodriza vasca que le cantaba canciones en euskera.

—Los casos de xenoglosia en supuestos poseídos —meditó el capitán — tienen una explicación científica.

—Todo en la naturaleza obedece a leyes biológicas, físicas, químicas o psíquicas —sentenció el doctor—, aunque muchas todavía no podamos interpretarlas.

—Disculpe mi cabezonería —volvió al ataque el capitán Soriano—. A raíz del exorcismo que presencié leí varios libros y aseguraban que los posesos a veces hablaban idiomas extraños, desconocidos, la lengua de los diablos.

El psiquiatra esbozó una ligera sonrisa. Las preguntas que le formulaban sus invitados las había respondido cientos de veces a lo largo de su vida. Nadie escapaba al morbo que generaba el diablo. Jugueteó con su sello de oro, se reclinó hacia atrás en la butaca y se dispuso a desmentir por completo unas creencias fomentadas durante siglos por la Iglesia de una manera partidista para arrimar el ascua a su sardina.

—Los libros de paraciencias —habló el médico con voz pausada— suelen escribirlos autores sin formación académica, e incurren en notables errores o atribuyen a la metafísica fenómenos estudiados y conocidos por la ciencia. Así ocurre con los individuos que hablan lenguas extrañas.

—¿Tiene una explicación racional? —vaciló Joaquín, atento a su disertación.

—Por supuesto. La psiquiatría estudia las enfermedades de la mente en todas sus dimensiones, y la facultad de hablar lenguas extrañas está descrita en los manuales de esta disciplina. La glosomanía, que así se llama, o empleo por parte de algunos enfermos mentales de un lenguaje fantástico formado por neologismos de significado variable y desprovistos de sintaxis, se confunde en ocasiones con un idioma extranjero, aunque sólo es una jerga inventada, una alteración del centro del lenguaje articulado, de la tercera circunvolución frontal izquierda o circunvolución de Broca.

—Todo obedece a un postulado científico, a las leyes inmutables de la naturaleza —suspiró el capitán.

—En el siglo XIX —expuso el psiquiatra—, el doctor Jean-Martin Charcot, neurólogo francés del hospital de la Salpétrière de París,

determinó que no había endemoniados sino histéricos.

Las puertas correderas del despacho se abrieron y la enfermera apareció con una bandeja. Dejó encima de la mesa una jarra de agua y tres vasos. Sonrió y se retiró con la misma discreción con la que había entrado.

—¿Un poco de agua, señores? —les ofreció el doctor—. Siento no poder convidarles a otra cosa. En la consulta no tenemos una gota de alcohol.

—No, gracias —rechazó Joaquín.

—Doctor —acometió el capitán Soriano con un velo de desconfianza —, no pretendo rebatir sus argumentos —anticipó para no ofenderle —, pero jamás había oído que los diablos violaran a las mujeres. ¿Está seguro de su diagnóstico? ¿De que nuestro hombre se cree un demonio?

—Segurísimo. El asesino sufre una demonopatía o demonomanía grave, un estado de depresión mental acompañado de delirios de carácter religioso.

—Sólo pretendía estar seguro —dijo el capitán, convencido por la rotundidad de las palabras del psiquiatra.

—En cuanto a si los diablos violan a las mujeres permítanme decirles una cosa. La tradición religiosa más ortodoxa afirma que los demonios tienen relaciones sexuales consentidas o forzadas con las mujeres.

—Nunca imaginé semejante cosa —se sorprendió Joaquín por enésima vez desde que había entrado en la consulta.

—La literatura semítica habla de Semyaza y Azazel —citó el doctor como dato esencial—, dos ángeles caídos que junto a doscientos de sus seguidores pecaron con las hijas de los hombres e introdujeron el mal en la Tierra. En otros escritos, como el *Testamento de los doce patriarcas*, las mujeres sedujeron a los demonios o diablos, y en *La vida de Adán y Eva* la caída de los ángeles se explica mediante un pecado de orgullo. En este relato Satanás se negó a rendir pleitesía a Adán, creado con anterioridad, y se rebeló contra la voluntad de Dios.

—Perdone —reflexionó Joaquín confuso—. Los diablos no existen. Lo ha repetido hasta la saciedad. ¿Cómo pueden fornicar con las mujeres?

—No pueden, en efecto. Hablamos de una falacia. Estamos ante una superstición que se mantuvo en la mente de los seres humanos durante siglos. —El psiquiatra bebió un poco de agua y buscó la postura cómoda en la butaca—. Auspiciados por la Iglesia, en la Edad Media surgieron dos personajes malignos en extremo, los íncubos y los súcubos.

—Dos clases de diablos —meditó Joaquín, e intentó memorizar ambas palabras.

—Eso mismo. Dos figuras demoniacas que mediante actos carnales condenaban a las damas, sacerdotes o monjas. Muchos teólogos, entre ellos el abate Villars, consideran que un íncubo tentó a Eva en el Paraíso, y la manzana simboliza el disfrute de los placeres sexuales. Algunos rabinos también sostienen que Samuel, príncipe de los diablos, sedujo a Eva y copuló con ella antes que Adán.

—¡La Biblia está llena de fornicaciones! —exclamó el capitán sin disimular su ironía.

—Les diré más —adujo el psiquiatra para convencer a sus contertulianos—. Un grupo de talmudistas afirma que un súcubo de nombre Lilith sedujo también a Adán. Muchos autores avalan esta creencia. El personaje de Lilith está tan arraigado en la tradición cristiana que en 1933 Fritz Wittels describió el llamado «complejo de Lilith», un síndrome que sufren los hombres cuyo modelo ideal para la convivencia es la denominada «mujer anuncio».

—Veamos si me aclaro —frenó Joaquín al psiquiatra, aturullado por la cantidad de información recibida—. Los íncubos son demonios masculinos que seducen a las mujeres, y los súcubos demonios femeninos que hacen lo propio con los hombres. ¿Estoy en lo cierto?

—De sobresaliente —sonrió el doctor—. La palabra íncubo deriva del latín *incubus,* «tenderse encima», y en opinión de muchos Padres de la Iglesia se trata de ángeles caídos a consecuencia de su apetito carnal por las mujeres. Como otras muchas creencias, el cristianismo tomó prestados a los íncubos y súcubos de las tradiciones romanas.

—El cristianismo hunde sus raíces en mitologías anteriores —expuso el capitán Alberto Soriano para sorpresa del doctor.

—Estoy de acuerdo —asintió el psiquiatra—. En Roma se llamaba íncubos a los genios causantes de las pesadillas nocturnas. La leyenda afirma que llevaban un gorro cónico capaz de descubrir tesoros ocultos. En contrapartida la palabra súcubo deriva del latín *succubare*, «acostarse debajo», y como bien ha dicho su amigo son demonios femeninos que copulan con los hombres.

—¡Vaya bulos lanzaba la Iglesia! —espetó Joaquín.

—Todas las religiones aceptan la existencia de diablos sexuales —afirmó el doctor en descargo de la Iglesia—. Los griegos creían en las empusas o demonios hembras que formaban parte del cortejo de la diosa Hécate, y en la mitología hindú abundan las apsaras, mitad hadas, mitad espíritus malignos, que perturban las meditaciones de los santos y ascetas con insinuaciones lascivas. ¿Han estado en India?

—Sólo hemos salido de la Península para hacer la mili en África —respondió el capitán.

—En las cuevas de Ajanta varios frescos muestran a las apsaras seduciendo al propio Buda. En el siglo XXI parece cosa de energúmenos —admitió el psiquiatra—, pero en el Medievo se tomó muy en serio a

los íncubos y súcubos y existe numerosa bibliografía al respecto.

—La ciencia todavía estaba en mantillas —opinó Joaquín para justificar la creencia.

—La Iglesia defendió a ultranza la existencia de íncubos y súcubos —subrayó el doctor— para ocultar sus propios pecados sexuales.

—¿La Iglesia entró al trapo? —dudó el capitán.

—Se metió de lleno en el fregado —afirmó el psiquiatra— y hubo grandes debates sobre la manifestación corporal de los demonios. Escuchen —les rogó, y bebió otro buchito de agua—. El Cuarto Concilio de Letrán, celebrado en 1215, definió a los demonios como sustancias espirituales. Si dichas sustancias eran visibles o invisibles al ojo humano no lo aclaró el Concilio, pero mil años antes san Agustín ya sostuvo que los demonios podían copular con hombres y mujeres. El papa Benedicto XIV, en el siglo XVIII, estaba convencido de que los íncubos mantenían relaciones sexuales con las mujeres y las dejaban preñadas.

—Sin semen es imposible la fecundación —esgrimió Joaquín para contradecir las palabras del doctor.

—Así lo dicta la naturaleza —determinó el psiquiatra—. No olvide que para el cristianismo María concibió a Jesús sin conocer varón, y en los íncubos podía suceder algo parecido. Santo Tomás de Aquino explicó el fenómeno de una manera racional y aseguró que los íncubos recogían el semen humano transformándose primero en súcubos.

—Una metamorfosis —apostilló el capitán Soriano—. Primero el súcubo se acostaba con un hombre, almacenaba su semen y, en forma de íncubo, lo depositaba en la mujer.

—Eso defendían el Doctor Angélico —dijo el psiquiatra— y otros muchos teólogos y hombres de ciencia de todas las épocas, como Jakob Sprenger, deán de la Universidad de Colonia, y Heinrich Kramer, autores ambos del *Malleus maleficarum* o *Martillo de brujas*.

—Mentes retorcidas —bufó el capitán.

—¿Qué interés tenía la Iglesia en propagar semejante mentira? —incidió Joaquín, sin comprender las razones de tamaño desaguisado.

—Ocultar las relaciones sexuales de sacerdotes y monjas —respondió el doctor Laguna con firmeza—. La Iglesia no podía aceptarlas. No podía admitir el pecado en sus propias filas y se inventó la existencia de íncubos y súcubos para ocultar las fornicaciones. El sexto mandamiento del Decálogo prohíbe fornicar.

—El cura de mi pueblo vivía amancebado con una mujer —recordó el capitán— y todo el mundo miraba hacia otro lado.

—Los sacerdotes nunca se han mantenido célibes —afirmó el psiquiatra tajante—. Sólo hay que leer los periódicos para convencerse.

—Me gustaría hacerle una pregunta morbosa —intervino Joaquín

intrigado.

—Desde el rigor y la seriedad pregúnteme cualquier cosa —le autorizó el psiquiatra.

—¿Sentían placer los íncubos?

—Los demonios sí. Las mujeres víctimas de la fornicación no. En muchos documentos inquisitoriales las encausadas confiesan que los íncubos utilizaban un pene doble, de modo que las penetraban al mismo tiempo por el ano y la vagina.

—¡Qué imaginación! —protestó el capitán.

—No acaba ahí la cosa —dijo el doctor, que sorprendía a sus invitados a cada palabra—. Muchas mujeres declararon que los íncubos tenían la verga larga, áspera y puntiaguda, con escamas que se levantaban al salir y destrozaban sus vaginas. Jeannette d'Abbadie, una joven francesa del siglo XVI, confesó que había copulado repetidas veces con Satanás y su miembro le causaba un dolor intenso y su semen, frío en extremo, la paralizaba.

—Las mujeres que frecuentaban los íncubos —reflexionó Joaquín— fueron víctimas del Santo Oficio.

—Inocentes que alimentaron las hogueras de la Inquisición —lamentó el doctor—. Nicholas Remy se jactaba de haber quemado a novecientas personas, en su mayoría mujeres, acusadas de fornicar con diablos. Los dominicos —apostilló sonrojado por la barbarie— disponían de un catálogo de signos para comprobar si las mujeres habían mantenido relaciones sexuales con los íncubos: frialdad de la piel, cicatrices y lunares en lugares ocultos, o arañazos en la zona pélvica… Las ponían de patitas en el fuego.

—¡Increíble! —exclamó Joaquín.

—Pero cierto. El *Malleus maleficarum* describe tres categorías de mujeres poseídas por los demonios. La primera se entregaba a sus deseos sexuales por voluntad propia; la segunda accedía en contra de sus deseos debido a las malas artes de las brujas; y la tercera sufría el ataque de los demonios sin mostrar consentimiento. Las víctimas de su asesino pertenecen al tercer grupo del *Malleus maleficarum*.

—¿Cuándo terminó esta locura? —preguntó el capitán perplejo.

—En tiempos de Luis XV de Francia el racionalismo cartesiano caló en la mentalidad de los intelectuales, y De Saint André, médico personal del rey, publicó un estudio que desmentía las creencias en íncubos y súcubos y las atribuía al sueño erótico.

—Al fin la cordura —suspiró Joaquín.

—En honor a la verdad —quiso dejar claro el psiquiatra— debo decir que también hubo sacerdotes y teólogos que mantuvieron una actitud racionalista y negaron desde el principio semejantes patrañas. En el siglo XIII Gervasio de Tilbury opuso argumentos científicos a la existencia de demonios lujuriosos. Le siguieron los padres franciscanos

Juan Dodone, Alfonso Spino, Ulrico Molitor, catedrático de la Universidad de Padua, y el teólogo Martín de Andrés. Por último, en 1585 el papa Sixto V publicó una bula para combatir las supersticiones, en especial las relacionadas con los pactos diabólicos y la existencia de íncubos y súcubos.

—Nuestro hombre no ha evolucionado —pronosticó el capitán Soriano—. Se cree un diablo a la antigua usanza.

—Abandonen la investigación. Se enfrentan a un sujeto muy peligroso. Nadie sospecha de su enfermedad mental. Se comporta como un honrado ciudadano hasta que sufre una crisis de identidad. Si le detienen, sus vecinos se llevarán las manos a la cabeza. No podrán creerse que fulanito haya cometido semejantes crímenes.

—No podemos tirar la toalla, doctor —replicó Joaquín—. Es un asunto personal.

—Dejen el caso en manos de la policía.

—Nosotros disponemos de más información —sostuvo Joaquín convencido—. Gracias a usted sabemos a qué nos enfrentamos.

—A un diablo —susurró el capitán envuelto en oscuros presagios.

—Si van a seguir en sus trece, permítanme darles unos consejos —dijo el psiquiatra a regañadientes.

—Le escuchamos, doctor —aceptó Joaquín de buen grado.

—Los enfermos que sufren esquizofrenia paranoide no viven la realidad tangible, la que ustedes y yo vemos, sino la que su mente dibuja. No intenten convencerle de nada porque no les escuchará, no pretendan dominarle por la fuerza porque sus músculos estarán tensos y su carga de adrenalina le conferirá una fuerza física extraordinaria…

—¿Cómo debemos actuar? —inquirió Joaquín.

—Lo ideal sería contar con un experto.

—Esta medicina aplaca a la fiera más salvaje —gruñó el capitán Soriano mientras se desabrochaba los botones del tabardo y mostraba al psiquiatra la pistola sujeta a su cintura.

—No sea ingenuo —le amonestó el doctor—. Los enfermos aquejados de demonomanía son agresivos y violentos, e incluso heridos de muerte pueden abalanzarse contra las personas que les cercan y causarles graves lesiones. Tengan siempre esto muy presente —remató el psiquiatra su discurso—. Los diablos no existen. Pero si alguien se cree un diablo, de alguna manera lo es.

—Gracias por su tiempo —dijo Joaquín, consciente de que abusaban de la amabilidad del psiquiatra.

La enfermera entró de nuevo en la sala, susurró unas palabras al oído del doctor, recogió la bandeja con la jarra de agua y los vasos y se retiró.

—Debo dejarles —se excusó el psiquiatra—. Mi primer paciente ha llegado. Ha sido un placer charlar con ustedes. Espero que hagan caso

de mis consejos.

—Se lo prometemos —afirmó Joaquín, y le estrechó la mano para despedirse.

El agente Marchena pateaba el suelo para calentarse los pies. Las guardias le mataban de frío. Al verles registró en su bloc de notas la hora en que abandonaban el edificio y se dispuso a seguirles.

Media hora después Joaquín y el capitán Soriano exploraban la parte alta de la calle Serrano en busca del domicilio de los marqueses de Pinofranqueado. A Joaquín le sorprendió el lujo que rezumaban las casonas, de amplios jardines cerrados por verjas de forja y varillas que terminaban en saetas, los sistemas electrónicos que garantizaban la seguridad de sus inquilinos, los tupidos setos de cupresáceas que ocultaban los espacios abiertos de miradas indiscretas, la tranquilidad de un Madrid perdido en un laberinto de callejuelas solitarias, arboladas y de aceras amplias.

El capitán señaló una casona y le indicó que siguiera adelante para no levantar sospechas. Joaquín comprobó que una cámara de televisión controlaba la entrada, el único espacio libre de setos que permitía echar una ojeada al interior del jardín. Rodearon la manzana y el capitán aprovechó para darle instrucciones.

—Caminemos despacio —le ordenó—, como si paseáramos para matar el rato. Al llegar frente a la puerta detente y simula discutir conmigo, gesticula. Echaré una mirada al interior para inspeccionar el terreno. Luego me giraré para que puedas mirar tú.

Joaquín asintió. Se paró frente a la verja y puso tal énfasis que a la vista de cualquiera discutía acaloradamente. A su altura de voz, sobre la conveniencia de fichar un extremo para la Unión Deportiva Plasencia, acudieron dos mastines que ladraban histéricos y asomaban la cabeza entre los barrotes. El capitán Soriano giró ciento ochenta grados. Según lo previsto, Joaquín observó a los dos perros lanzando espumarajos por la boca y al fondo un caserón decimonónico de columnas de mármol y ventanas de cristales emplomados que le recordaba las mansiones georgianas de *Lo que el viento se llevó*. ¿Sería la marquesa de Pinofranqueado una bella Scarlett O'Hara y su marido un apuesto Rhett Butler?

—¡Marchémonos! —espetó el capitán, cansado del ladrido de los perros.

Se alejaron unos metros, hasta quedar fuera del ángulo de visión de la cámara.

—¿No vamos a entrar? —soltó Joaquín decidido.

—En cuanto pongamos un pie en el jardín esos perros nos hacen fosfatina.

—Llamemos al timbre —propuso.

—Aclarémonos —suspiró el capitán Soriano sin entender sus intenciones—. El supuesto ladrón del Santo Prepucio trabaja en esa casona. ¿Correcto?

—Eso parece —admitió Joaquín—. No estaremos seguros hasta que entremos y lo averigüemos.

—¿Qué pretendes? —rezongó el capitán como si regañara a un niño —. ¿Llamar a la puerta y decirle al señor marqués que vamos a interrogar a su jefe de mantenimiento para saber si ha robado una reliquia? ¡Venga, Joaquín! Esta gente es influyente. La *crème de la crème* de Madrid. En menos que cae una moneda al suelo estaríamos de patitas en la calle y no entraríamos nunca más.

—¿Cuál es su plan? —preguntó Joaquín.

—Entraremos mañana por la noche —determinó emocionado—. Asaltaremos la casa. Me he fijado en las ventanas y carecen de dispositivos de alarma y de cierres de seguridad. Descerrajar un vidrio es sólo cuestión de maña.

—¡La verja está plagada de carteles de Prosegur! —exclamó Joaquín.

—Los marqueses disponen de sensores para detectar la presencia de intrusos, y no pueden conectarse si hay movimiento en la casa.

—Entraremos antes de que se acuesten —dedujo Joaquín ordenando sus ideas.

—Exacto.

—¿Y después? Una vez dentro, ¿qué?

—Inspeccionaremos la casa —afirmó el capitán—. Uno la registra y el otro mantiene a los marqueses y al servicio doméstico reunidos en un salón. Luego procedemos a interrogar a Arturo Aguilar…

—Es una locura —resopló Joaquín poco convencido—. Saltar la verja es fácil, pero los perros…

—De ésos me encargo yo. Tú tranquilo.

—Bien —admitió Joaquín sin tener las cosas claras—. Los perros fuera de combate, abrimos una ventana de la planta baja y entramos. Recorremos la casa…

—Con la cabeza cubierta —especificó el capitán Soriano, para demostrarle que no dejaba cabos sueltos.

—Convertidos en ladrones —siguió Joaquín para exponer sus reparos—, reunimos a los presentes en una alcoba. Preguntamos por Arturo Aguilar…, y no está.

—Pues nada —atajó el capitán sin ver el problema—. Le pedimos al marqués o su señora que le llame con la excusa de una fuga de agua o un atranco en el váter… ¡Yo qué sé, Joaquín! —exclamó harto de su pesimismo—. Si surgen problemas los resolvemos sobre la marcha. No seas gafe.

—¿Y si Arturo Aguilar no ha robado el Santo Prepucio?

—Salimos por donde hemos entrado, y aquí paz y después gloria.

—¡La policía nos buscará!

—Jamás darán con nosotros —aseguró el capitán Soriano taxativo —. Somos honrados. Nadie sospechará de dos legionarios que se dejaron la piel en el Sáhara. En este país sólo asaltan chalés los inmigrantes.

—No sé… —dudó Joaquín.

—¿Caja o faja? Tú decides —se desentendió el capitán—. A mí el Santo Prepucio no me incumbe.

—Usted gana —se rindió Joaquín a la fuerza—. Mañana por la noche asaltaremos la casa.

—¡Éste es mi Joaquín! —profirió el capitán satisfecho.

Tumbado en la cama del hotel, Joaquín repasaba el plan pergeñado por el capitán Alberto Soriano poco convencido de su eficacia. ¿Qué otra cosa podían hacer? El mundo avanzaba gracias a los locos, a quienes persiguen un sueño hasta hacerlo realidad, y él soñaba con recuperar el Santo Prepucio, devolverlo al padre Jovellanos, descubrir al violador de Ángela y marcharse a su casa de Guijo de Gredos a vivir con ella. Había perdido la cuenta de los días que llevaba en Madrid. Necesitaba regresar junto a sus vacas y olvidarse de esta pesadilla. Estaba cansado. Hastiado. «Si sale con barbas, san Antón, y si no, la Purísima Concepción», recitó decidido a secundar la estrategia del capitán. El pitido electrónico del teléfono le abstrajo de sus pensamientos. Descolgó.

—Señor Ayuso —dijo Andrés Sanz—, estoy en la brecha.

—¿Ha indagado en el manicomio?

—En cuanto he dejado mis cosas en una pensión de las Ramblas he ido al Instituto Mental de la Santa Cruz, en la avenida del Doctor Pi i Molist.

—¿Qué ha descubierto?

—Los últimos alienados lo abandonaron a principios de 1987. Lo cerraron para construir pisos en sus terrenos. La especulación inmobiliaria viene de lejos.

—¿Y los archivos?

—Se trasladaron junto a los últimos internos al Centro de Salud Mental de Adultos de Montjuïc.

—Allí podrá consultar el expediente de Álvaro Baeza —afirmó Joaquín.

—Eso espero —resopló Andrés Sanz—. Aunque quizá haya desaparecido. En 1970, un incendio arrasó varios pabellones y una parte del ala de administración.

—Otro inconveniente.

—En el solar del antiguo manicomio —siguió el detective y ex

policía— hay un Centro de Asistencia Primaria de la Seguridad Social. He averiguado entre los trabajadores y me han facilitado el teléfono de un celador que regentó la portería del Instituto Mental de la Santa Cruz. Hace un minuto hemos hablado y recordaba a Álvaro Baeza.

—¿Le ha dado una descripción?

—Muy vaga debido al tiempo transcurrido y sus lapsus de memoria.

—¿Podría obtener un retrato robot?

—Sí —admitió convencido—. Salvo por un pequeño inconveniente. —Andrés Sanz enarcó las cejas y su expresión de recelo se acentuó frente al teléfono—. El celador sostiene que Álvaro Baeza murió abrasado junto a otros diez internos en el incendio de 1970.

—¡Imposible! Ese hombre está equivocado. No pudo morir. Usted encontró su huella dactilar años más tarde.

—Buena observación —sonrió el detective—. Insistió en ello. Recordaba su cuerpo achicharrado sobre el esqueleto de muelles del somier. El incendio se produjo de noche, mientras los enfermos dormían, y se propagó muy rápido. Eso me hizo sospechar.

—¿De qué?

—De su intencionalidad.

—Explíquese —le rogó Joaquín nervioso—. Me tiene en ascuas, nunca mejor dicho.

—Le he preguntado al celador cómo identificaron a los cadáveres y al parecer los internos llevaban colgada del cuello una chapa de acero con sus datos personales. Los cuerpos estaban carbonizados, sin huellas dactilares, y en aquella época no había otra manera de comprobar las identidades de los muertos.

—Sé por dónde va —musitó Joaquín al micro del teléfono con el ceño fruncido—. Alguien cambió su placa.

—Álvaro Baeza —determinó el detective convencido— usurpó la filiación de un compañero para desaparecer. Le diré más —apostilló —. Estoy seguro de que prendió fuego al edificio con ese propósito.

—Tiene su lógica.

—Me he acercado al cuartelillo de bomberos de la avenida del Doctor Pi i Molist, cerca del antiguo manicomio —relató Andrés Sanz para avalar su hipótesis—. Fueron los primeros en acudir a sofocar el fuego, y su cercanía evitó que ardieran todas las dependencias. El jefe me ha permitido echar un vistazo al informe pericial, y concluye que el incendio resultó intencionado y las llamas se extendieron rápidamente porque el pirómano había utilizado alcohol de quemar como acelerador.

—Libélula —susurró Joaquín en un tono de voz apenas audible.

—Álvaro Baeza es nuestro objetivo, el asesino de las prostitutas —concluyó el detective convencido—. Al año de desaparecer del manicomio, en el setenta y uno, cometió su primer asesinato.

—Buen trabajo, señor Sanz —le felicitó Joaquín—. Su tenacidad comienza a dar resultados. ¿Qué piensa hacer?

—Revisaré los expedientes —dijo, organizando en su cabeza los pasos—. Intentaré recopilar los nombres de todos los enfermos recluidos en 1970 en el Instituto Mental de la Santa Cruz y cotejaré sus datos con los diez fallecidos para obtener la verdadera identidad de Álvaro Baeza.

—En cuanto sepa algo llámeme, por favor.

—Iré al Centro de Salud Mental de Adultos de Montjuïc mañana a primera hora. Le telefonearé al salir y espero darle buenas noticias.

—No tengo previsto moverme hasta la noche. ¿Le ayudaría saber qué enfermedad sufría?

—Por supuesto —afirmó Andrés Sanz—. ¿Han hablado con el doctor Bartolomé Laguna?

—Sí —dijo Joaquín complacido—. Una vaca sagrada de la psiquiatría. En su opinión padece una esquizofrenia paranoide con tendencias diabólicas…

—Mesiánicas —le corrigió el detective desde el otro lado del hilo telefónico.

—El forense de la policía erró el diagnóstico —precisó Joaquín rotundo—. La esquizofrenia paranoide que padece se llama demonopatía o demonomanía.

—Siempre supe que me enfrentaba al diablo.

—Ándese con cuidado —le advirtió Joaquín—. Se lo ruego.

—No se preocupe —le tranquilizó el detective—. Sé cuidar de mí. Además, llevo una cabeza de ajos en el bolsillo.

# Capítulo 12

Pasó la mañana encerrado en su habitación, pendiente del teléfono. Ni siquiera bajó a desayunar. Se hizo subir dos cruasanes y un tazón de leche y se sentó al escritorio. El capitán le recogería a las diez de la noche para perpetrar su estrambótico plan de asalto a la casa de los marqueses, y no tenía nada mejor que hacer salvo esperar. Joaquín cabeceó resignado y para entretenerse cogió una hoja de papel y esbozó un organigrama, como hacía a la hora de cruzar a su ganado, con los personajes que había entrevistado a lo largo de su investigación, e intentó establecer puntos de contacto. Sabía que estaba cerca del final, pero también era consciente de que de momento los dos interrogantes que le mantenían en Madrid carecían de nombres y apellidos. Esperaba que la llamada de Andrés Sanz arrojara luz sobre la identidad del psicópata que violó a Ángela. Ansiaba el instante de tenerle cara a cara. Sin darse cuenta acarició su pistola posada sobre el escritorio. En cuanto Andrés Sanz consultase los archivos y cotejara las filiaciones averiguaría quiénes de los antiguos internos habían muerto en el incendio o por causas naturales y quiénes seguían vivos. Algunas pesquisas más y determinaría la verdadera identidad de Álvaro Baeza.

El teléfono rompió el silencio expectante de la habitación y Joaquín no pudo contener un respingo.

—Señor Sanz, ¿tiene la información? —dijo dando por sentado que se trataba del detective.

—No estoy seguro —dudó enfadado consigo mismo—. He consultado los expedientes, he hecho una lista con los nombres, he borrado a los fallecidos en el incendio y por diversas causas a lo largo de estos años, he conseguido los números de teléfono de los pocos que están vivos y he efectuado varias llamadas. Según me han informado sus parientes, algunos siguen recluidos y otros han sufrido ataques de diversa índole que les incapacitan físicamente por completo. Solamente me ha quedado un nombre sin tachar, pero no me convence…

—¿Por qué?

—Antes de involucrar a ciertas personas —arguyó el detective en

tono circunspecto— deben atarse bien los cabos, y una simple presilla de huella dactilar no es concluyente para acusar a alguien. Ya metí la pata una vez y me expulsaron de la policía. Si me equivoco de nuevo terminaré mis días entre rejas. ¿Me entiende? Seguiré indagando.

—Comprendo su cautela —admitió Joaquín—. De cualquier forma le agradecería que me diera el nombre.

—Apunte.

Joaquín cogió el bolígrafo y el folio que había emborronado minutos antes y se dispuso a escribir.

—¡Suéltelo! —dijo. Al otro lado de la línea nadie respondió—. Señor Sanz, ¿está ahí?… ¡Oiga!…, ¡oiga!… ¡Aló!… ¡Aló!…

Joaquín pulsó repetidas veces el interruptor de llamadas sin obtener respuesta. Esperó con el auricular pegado a la oreja. Nada. Ni un murmullo. Sólo un silencio profundo en la línea. Andrés Sanz había enmudecido. Le llamaba desde una cabina y supuso que el aparato se había tragado la última moneda y cortado la comunicación. Se imaginó al detective rebuscando en sus bolsillos, mascullando improperios por lo inoportuno de quedarse sin calderilla. Colgó. Andrés Sanz le telefonearía en cuanto consiguiera cambio. Estaba convencido.

Aguardó para dar tiempo a Joaquín a coger lápiz y papel. Andrés Sanz buscó en sus anotaciones el nombre del único interno que podía esconderse tras la identidad de uno de los fallecidos en el incendio del Instituto Mental de la Santa Cruz. Estaba en una cabina de teléfono de los jardines de las Huertas de San Beltrán, cerca del Centro de Salud Mental de Adultos de Montjuïc, un lugar solitario que el paseo de Montjuïc separaba del extenso parque de Mosén Costa Llobera. La brisa del mar, cargada de yodo, llegaba fresca a sus pulmones. Más abajo, en las dársenas del puerto, los buques mercantes y de crucero hacían sonar las sirenas.

A sus espaldas alguien le llamó por su nombre y Andrés Sanz se giró. Un tipo le encañonaba con una pistola. El puntito naranja de un láser recorría su pecho como una moneda que hubiese cobrado vida propia. Pensó que iban a atracarle, a desplumarle como a un pavo en Navidad. No, reflexionó. Ningún chorizo de poca monta utilizaría para robarle la cartera una CZ-100 dotada de punto de mira láser y silenciador. Le bastaría con una navaja cabritera. Sonrió. No sólo había puesto nombre al asesino, ahora se encontraban frente a frente. Lo sabía. Después de todo siempre se tuvo por un buen policía.

Colgó el auricular en la horquilla del teléfono e hizo intención de salir. Sin mediar palabra el sujeto le disparó dos tiros. ¡Zup!…, ¡zup!… Andrés Sanz se tambaleó y se desplomó al suelo. El hombre enfundó su pistola y comprobó que nadie le había visto. Por los jardines no

transitaba un alma. El silenciador y la brisa habían disipado las detonaciones. Registró los bolsillos del detective, encontró sus notas y las leyó. Cabeceó contrariado al ver su nombre sin tachar formando parte de una larga lista. Allí figuraban todos sus compañeros del internado. Los imbéciles que jamás reconocieron su superioridad y se negaron a adorar al diablo. Hizo trizas la hojita de papel y esparció los pedacitos al viento. Le vació el resto de los bolsillos, mientras el pecho de Andrés Sanz se ensopaba en sangre, y encontró el billete del AVE. El tique de regreso estaba abierto, carecía de fecha. Eso facilitaría sus intenciones. Se lo guardó. Sólo precisaba el carné de identidad del detective para viajar en su nombre. Lo halló en un compartimento de la cartera.

Ahora podría encargarse de Ángela Moreno, de la mujer que le rechazó por un patán cuidador de vacas. Debió matarla el mismo día que la violó, debió rociarla con alcohol de quemar y prenderle fuego para purificar su alma de los pecados. Así sólo habría sido suya. Nadie más la habría poseído. Toda su vida se había arrepentido de su flaqueza. Llegaba el momento de enmendar su error. Había maquinado la venganza durante años. Al milímetro. Sólo la intervención del ex policía había alterado sus planes. No contaba con ello. Hizo bien en seguirle. Un inspector metido a detective, husmeando en su pasado, no auguraba nada bueno. Muerto el perro se acabó la rabia. Ángela y Joaquín tenían las horas contadas. Sacó la hojita de bloc que encontró en la librería La Pajarita, y hábilmente había sombreado con la mina de un lápiz, y leyó la dirección de la antigua pensión Olite.

Las últimas luces de la tarde dejaron paso a la oscuridad de la noche. A medida que avanzaban las horas sin recibir noticias de Andrés Sanz, los nervios de Joaquín se tensaban como las cuerdas mal afinadas de una guitarra. Seguramente le llamaría cuando dispusiera de más información. Haría algunas averiguaciones más para cerciorarse al cien por cien de la identidad del asesino, para no cometer un error. Estaba escarmentado. Si descubría al psicópata criminal quizá le rehabilitarían como policía y le restituirían a su antiguo cargo de inspector de la Brigada de Homicidios. Miró la hora en el reloj y bajó a esperar al capitán Soriano. De su férrea disciplina militar conservaba el sentido de la puntualidad. Nunca se retrasaba. Le vio aparecer con un paquete envuelto en papel de periódico.

—¿Qué lleva ahí? —preguntó Joaquín.

—Te dije —gruñó el capitán— que me encargaría de los perros, y aquí traigo el remedio milagroso para dejarlos fuera de combate: croquetas de carne de pollo y Orfidal por un tubo.

—¿Funcionará?

—¿Quieres probar una? —Desenvolvió el paquete y le mostró dos pasamontañas y una fiambrera de aluminio, de paredes abolladas, repletas de croquetas que desprendían un agradable olor a fritura—. ¿Te preocupa algo? —inquirió el capitán al verle serio—. Puedo asegurarte que los chuchos se reunirán con Morfeo en cuanto coman una de éstas.

—He recibido dos llamadas de Andrés Sanz —le alertó Joaquín intranquilo—. Una ayer por la noche y otra esta mañana.

—¿Cómo le sientan los aires de Barcelona?

—Ese hombre hace bien su trabajo —le reprendió Joaquín por el tono de guasa que empleaba—. Averiguó que Álvaro Baeza suplantó la identidad de un compañero del manicomio que falleció a causa de un incendio. A primera hora ha consultado los expedientes de los internos, ha indagado y al parecer tiene el verdadero nombre del asesino.

—¡Vaya con Andresito! —se burló el capitán Soriano—. A mi pesar tendré que darte la razón y cambiar de criterio.

—Justo iba a decirme de quién se trataba y se ha cortado la comunicación —lamentó Joaquín.

—No te preocupes. —El capitán le quitó importancia—. Esta noche o mañana te llamará de nuevo. Ahora debemos irnos. El caserón de los marqueses nos espera.

Un botones apareció en la puerta del hotel.

—Señor Ayuso —se dirigió a Joaquín—, tiene una llamada urgente.

—¿Lo ves? —sonrió el capitán Soriano—. No había de qué preocuparse.

Joaquín entró en el vestíbulo y el botones le indicó un teléfono situado sobre un escritorio inglés estilo Reina Ana.

—Señor Sanz —espetó Joaquín—, me ha tenido intranquilo todo el día. ¿Qué le ha pasado? —Como única respuesta escuchó una sonora carcajada, una risa histriónica que le taladraba el oído a través del auricular—. ¿Señor Sanz?, ¿es usted?… ¡Responda!…

—Siempre has sido un imbécil —masculló una voz ahuecada tras una angustiosa espera.

—¿Quién habla? —Joaquín alzó el tono. El capitán Soriano se acercó y separó el auricular de su oreja para permitirle escuchar—. ¿Quién es usted?…

—Libélula —respondió meloso, sin reírse.

—Esta broma no tiene ninguna gracia —protestó Joaquín.

—Escucha —ordenó imperativa la voz—. La zorra de tu novia tiene los minutos contados. —Rió de forma estrepitosa, y a Joaquín le dio un vuelco el corazón.

—Si le tocas un pelo te mató —le amenazó aferrado al teléfono.

Al otro lado de la línea sonó una risotada más estridente que las

anteriores y luego Joaquín escuchó un intermitente tuuu…, tuuu…, tuuu…

—Ha colgado —dijo con el habla quebrada.

—Quien sea juega con las cartas marcadas —conjeturó el capitán pensativo.

—¿Por qué lo dice?

—Te conoce —aseguró grave—. Distorsionaba su voz. Lo he notado. Hablaba a través de un pañuelo o de un celofán colocado en el micro.

—Para evitar que le identificara. —El capitán asintió—. ¡Ángela! ¡Tiene a Ángela! —gritó Joaquín—. ¡La va a matar!

El capitán Soriano le pidió a un botones que le guardara la fiambrera. Joaquín estaba paralizado. Le cogió del brazo y le sacudió para hacerle reaccionar.

—¡Vamos! —espetó—. ¡No hay tiempo que perder!

Joaquín cabeceó, y echaron a correr en dirección a la casa de Rafaela Lerma.

El agente Marchena había controlado los movimientos de los dos ex legionarios sentado en una butaca del vestíbulo. Salió tras ellos, con paso ligero, sacó el teléfono móvil y marcó el número del inspector Barrientos.

—Marchena —le reconoció su jefe al descolgar—. ¿Alguna novedad?

—Puede, inspector —dijo con la respiración entrecortada por la carrera—. Sigo a los objetivos a pie y llevan prisa, mucha prisa. Alguien les ha telefoneado. Estaba cerca y he podido escuchar cómo el tipo del barragán amenazaba de muerte a su interlocutor.

—¿Seguro?

—Sí. No he oído la conversación completa, pero la frase de la amenaza la ha pronunciado levantando la voz.

—No les pierda de vista —le ordenó el inspector—. Infórmeme de adónde se dirigen. En cuanto lo sepa me reuniré con usted de inmediato.

—Hay algo más, inspector.

—Le escucho.

—El hombre del barragán va armado.

—¡Por Dios! —exclamó el inspector Barrientos alterado.

—Se le ha abierto el abrigo y lo he visto —matizó para borrar cualquier duda—. Pondría la mano en el fuego a que su compañero también lleva pistola.

—Tenga cuidado, Marchena. No haga nada hasta que yo llegue. Espero sus noticias.

En sus años de jóvenes legionarios habrían recorrido la distancia en la

mitad de tiempo. Tuvieron que detenerse varias veces para recuperar el resuello. El capitán Soriano se paró en seco y, apoyado en la pared, intentaba mitigar el flato, que le provocaba un dolor punzante en la parte superior del vientre. Habían llegado al edificio de la calle Barquillo donde residía Rafaela Lerma y alquilaba su apartamento por horas.

Joaquín le apremió para que subieran. El capitán asintió, respiró hondo, y se plantaron ante la puerta del piso. Llamaron al timbre repetidas veces sin obtener respuesta.

—¡Ángela! —vociferó Joaquín—. ¡Soy yo!…

—No hay nadie —auguró el capitán, recuperado del flato.

—Quizá esté en casa de Rafaela. Vayamos a ver.

Dos pisos más abajo repitieron la misma operación. Plantados ante la puerta pulsaron el timbre repetidas veces sin que nadie acudiera a su reclamo.

—¡Rafaela —gritó Joaquín—, abra, por favor!

El capitán pegó la oreja a la madera.

—Silencio…, silencio… —ordenó—. Se oye un murmullo.

Joaquín le imitó y percibió un tenue quejido.

—Hay que entrar —espetó alterado.

—Aparta —dijo el capitán Soriano.

Joaquín obedeció y desenfundó su pistola. El capitán retrocedió para tomar impulso y lanzó una patada a la puerta. El resbalón saltó de su cierre y una segunda patada arrancó la madera de cuajo. Entraron como un torbellino. Atada a una butaca del salón, Rafaela Lerma intentaba gritar, zafarse de las ligaduras y de la cinta adhesiva que tapaba su boca hasta la asfixia. Joaquín la liberó y la mujer respiró convulsa, presa de un ataque de tos. El capitán Soriano registró el piso para cerciorarse de que no había nadie. Regresó al salón. La anciana estaba pálida.

—Gracias a Dios —balbució nerviosa—. Creía que me ahogaba.

—¿Qué ha ocurrido? —le apremió Joaquín, excitado.

—Subí al apartamento para invitar a Ángela a tomar unas copitas de quina —relató con temblor en el habla y las manos—. Aceptó y bajamos a mi casa. Preparé la bandeja. Llamaron a la puerta. A esa hora suele venir una vecina a charlar un rato. No desconfié y abrí. Entonces un hombre me empujó con tanta fuerza que me arrojó al suelo. Ángela acudió a socorrerme. El hombre le golpeó con un arma y perdió el conocimiento. Luego me arrastró hasta la butaca y me ató. Me dijo que si gritaba me pegaría un tiro. ¡Qué susto!

—¿Dónde está Ángela?

—Se la ha llevado —afirmó Rafaela asustada—. No pude hacer nada para impedírselo.

—Tranquilícese —medió el capitán Alberto Soriano—. Ya ha pasado

todo.

—¿Adónde se la ha llevado? —arreció Joaquín.

—¿Cómo voy a saberlo? —le increpó Rafaela Lerma molesta—. Se la cargó al hombro y salió por la puerta.

—¿Dijo algo?… Piense, por favor —le rogó el capitán.

La mujer hizo memoria.

—Llevaba la cabeza enfundada en una media —les explicó tras unos segundos que a Joaquín le parecieron siglos—. Pero estoy segura de que Ángela le reconoció. Al verle se quedó parada y el hombre aprovechó para golpearla.

—El asesino os conoce a los dos —sentenció el capitán Soriano.

—¡Maldita sea mi estampa! —se encabronó Joaquín.

—Está loco —afirmó la anciana.

—¿Qué le hace pensar eso? —inquirió el capitán.

—Su actitud —respondió serena—. Mascullaba palabras extrañas, sin sentido, y al cargársela al hombro murmuró que cumpliría la promesa hecha a su Señor. No tiene sentido. Lo sé…

—Debo encontrarla, capitán —espetó Joaquín ansioso—. ¡La va a asesinar!

—Si quisiera matarla lo habría hecho aquí mismo —reflexionó el capitán Soriano con mente fría—. Persigue otro propósito. ¡Pensemos…, pensemos…!

—Si ese hijo de puta le hace daño me las pagará —se prometió Joaquín con los dientes apretados de rabia—. ¡Por la memoria de mi madre! No descansaré hasta acabar con él. Palabra de legionario.

—«La promesa hecha a su Señor…» —repitió el capitán, intentando buscar una interpretación a las palabras—. ¡Lo tengo, Joaquín! —soltó eufórico, como hipnotizado—. ¡Lo tengo!…

—¿El qué?

—¿Qué enfermedad dijo el doctor Laguna que padecía?

—Demonopatía.

—Exacto. El asesino se cree un demonio o diablo. ¿Y quién es el Señor de los demonios o diablos?

—Satanás, Lucifer, Belcebú… —desgranó Joaquín sin comprender qué pretendía.

—La va a sacrificar delante de su Señor, de Satanás —resolvió el capitán convencido.

—¿Usted también se ha vuelto loco?

—Averigüemos dónde está Satanás en Madrid y la encontraremos.

—Déjelo, capitán —le reprochó Joaquín—. Su deducción carece de sentido.

—No —intervino Rafaela Lerma—. Si su compañero tiene razón y pretende matarla delante del diablo, Madrid es la ciudad idónea.

—Hable claro —gruñó Joaquín desorientado.

—Madrid presume de tener el monumento al diablo más grande del mundo —sentenció la mujer.

—Eso es —convino el capitán—. La fuente del Ángel Caído.

—¿Alguien puede explicármelo? —protestó Joaquín.

—En el parque del Retiro se alza la fuente del Ángel Caído, un monumento al diablo de notables proporciones —respondió Rafaela.

—La ha llevado allí —determinó el capitán Alberto Soriano sin dudarlo—. Va a matarla, a ofrecerla a su Señor, pero antes cumplirá su macabro ritual.

—La violará —murmuró Joaquín aterrado—, la estrangulará, la colocará brazos en cruz y le prenderá fuego con alcohol de quemar.

—¡Cielos! —exclamó la anciana, y se tapó los ojos con la mano.

—No perdamos más tiempo —resolvió Joaquín—. Los segundos cuentan.

—Yo te guiaré —dijo el capitán, familiarizado con el parque del Retiro.

El agente Marchena informó de su posición y a los pocos minutos el inspector Juan Barrientos se personó en la calle Barquillo. Los dos controlaban la entrada del edificio preocupados. La visita a un psiquiatra especialista en psicopatologías criminales y su interés por unos asesinatos no presagiaban nada bueno.

—Ahí están —dijo el agente Marchena al verles salir—. ¿Procedemos a detenerles, inspector?

—Sigámosles. De momento no han cometido ningún delito.

—Portan armas, señor.

—Son caballeros legionarios —le recordó—. Quizá tienen licencia.

—Usted manda. Pero si no apretamos el paso les perdemos en la próxima esquina.

Por la calle Alcalá llegaron al parque del Retiro. El flato torturaba de nuevo al capitán Soriano, que se detuvo un instante frente a la puerta de la Independencia. Estaba cerrada y consultó su reloj. Pasaban cuarenta y cinco minutos de las diez, la hora invernal de cierre, y blasfemó contrariado. Tendrían que saltar la verja. Puso al corriente a Joaquín y le indicó que siguieran por Alfonso XII, menos transitada que Alcalá.

Avanzaron hasta la puerta del Ángel Caído, y el capitán inspeccionó el terreno. A lo lejos una pareja caminaba cogida de la mano entre arrumacos y carantoñas. Nadie repararía en ellos si saltaban rápido y decididos. Soriano recuperó las fuerzas y señaló a Joaquín el enverjado que protegía las 120 hectáreas de jardines, bosques, fuentes, cascadas, estatuas, glorietas y en otra época pequeños gabinetes para descanso de la realeza.

—¿Se atreve, capitán? —dijo Joaquín, y señaló la altura de la cerca.

—La duda ofende —gruñó molesto—. A la de tres. ¿Estamos? —Joaquín asintió—. ¡Una…, dos… y… tres!

A un mismo tiempo, como en un ejercicio militar ensayado cientos de veces, treparon por los barrotes, rodaron sin lastimarse sobre las puntas de hierro y se deslizaron del otro lado. Al tocar el suelo se quedaron agachados, intentando percibir un ruido o una sombra amenazadora. A Joaquín sus costillas le recordaron que todavía estaban maltrechas. Repasó el barragán, para comprobar que no había ningún roto, y respiró aliviado. El capitán Soriano desenfundó su pistola. Joaquín también. En mitad de la avenida descollaba entre los claros de luna la columna que coronaba la estatua de Satanás, el Ángel Caído, el Señor de los ángeles rebeldes expulsados de la presencia de Dios.

—Por la foresta —indicó el capitán—. A pecho descubierto es un suicidio. Ese tipo actúa sin contemplaciones.

—¿Y ahora qué? —preguntó el agente Marchena a su jefe, parado frente a la verja del Retiro—. ¿Llamamos al Servicio de Parques y Jardines para que nos abra la puerta?

—Perderíamos demasiado tiempo —argumentó el inspector Barrientos—. Saltemos. Si ellos han podido nosotros también.

El agente Marchena cogió impulso, se agarró a los barrotes y trepó hasta la parte alta. El inspector siguió sus pasos.

Protegidos por la oscuridad y parapetados tras los gruesos troncos de los árboles, el capitán Alberto Soriano y Joaquín se acercaron al monumento. La columna tomaba forma ante sus ojos. Estaban tan cerca que percibían el murmullo del agua que brotaba de las bocas de unos dragones de bronce de ojos saltones, dientes afilados, alas membranosas y narices de fosas anchas. En la cúspide destacaba la estatua de Satanás en el instante de ser expulsado del Paraíso, con la serpiente enroscada a sus piernas, las alas desplegadas y la mano derecha ocultando sus ojos al rayo divino. Satanás, llamado Lucifer, el Portador de la Luz, desafiaba la noche madrileña con su mirada de fuego.

—Aquí no hay nadie —susurró Joaquín detrás de un matorral.

—Eso parece. Acerquémonos un poco más.

—Espere…, espere… —abortó Joaquín su intención—. Escuche…

El capitán prestó atención. Entre el borboteo del agua sonaba una especie de susurro semejante a una oración: «¡Oh, Satán, Emperador de los Infiernos, Señor de la Noche, yo ofrezco esta alma pecadora al fuego eterno de tu morada…!».

—Viene del otro lado —determinó el capitán Soriano—, de la parte

de la Rosaleda.

—Rodeemos la columna —propuso Joaquín, y apretó la pistola en su mano.

Extremaron las precauciones y avanzaron en absoluto silencio. Joaquín creyó ser víctima de una visión horrenda, de una pesadilla de la cual no podía despertar. En la parte media de la columna, Ángela colgaba de unas cuerdas con los brazos en cruz, desnuda como Dios la trajo al mundo, y a sus pies, fuera del estanque, un hombre recitaba los versos que ahora llegaban perfectamente audibles hasta ellos: «¡Oh, Lucifer, Señor de las Tinieblas, Rey de los Abismos! Acoge a esta ramera entre tus siervos, que su sangre alimente las llamas del mal y refocilen en su cuerpo todos los diablos del universo…».

Joaquín hizo intención de salir y el capitán Soriano le retuvo.

—¡Quieto! —Le sujetó de la manga del barragán—. No seas estúpido. Tenemos que sorprenderle. Yo iré por detrás. Dame un par de minutos y abórdale. ¿Listo?

Joaquín asintió. Miró su reloj y el capitán desapareció en la oscuridad, entre setos, árboles y parterres. Aguardó el tiempo convenido impaciente. La pistola le resbalaba por efecto del sudor. Limpió las cachas en un pañuelo. Consultó el minutero. Faltaban diez segundos para cumplirse los dos minutos. Observó las manecillas fluorescentes de la esfera. «Ahora», musitó para sí. El capitán Alberto Soriano pisó una rama seca y al partirse su crujido sonó alto y claro en la quietud de la noche. Libélula interrumpió su macabra letanía. Su mano derecha proyectaba un haz de luz anaranjado que barría los jardines.

—¿Quién anda ahí? —exclamó, y a Joaquín la voz le resultó familiar—. ¡Sal o disparo!

El capitán permaneció quieto en su posición. La luz naranja del punto de mira láser se posó en el seto que le servía de abrigo. Cuerpo a tierra, contuvo la respiración.

—¿Queréis jugar al escondite? —vociferó Libélula—. ¡Pues juguemos! —Dirigió el láser al pecho de Ángela y lo detuvo sobre su corazón, como una medalla de luz—. ¡Contaré hasta tres para que salgáis! ¡Vamos, Joaquín, demuestra que tienes valor al menos una vez en tu vida! ¡Sé que estás ahí, con tu amigo el legionario! ¡He sido tu sombra desde que llegaste a Madrid! ¡Salid o la mato! —ordenó, dispuesto a cumplir su amenaza—. ¡Un…, dos… y…!

—¡Arriba las manos! —gritó de repente el capitán Soriano, de pie, sin resguardarse, y a unos veinte metros de su objetivo. No pudo acercarse más—. ¡Suelta el arma!… ¡Obedece!… ¡Suéltala!…

Libélula se giró despacio. El capitán le apuntaba cegado por las sombras. La penumbra le confundía. No estaba seguro de acertar. Habían pasado demasiados años desde que disparó un arma por

última vez y su visión y pulso tampoco se mantenían firmes. Sonó un disparo sordo por efecto del silenciador. Soriano cayó al suelo. Joaquín oyó un lamento de dolor y luego un silencio repentino.

—¡Sácame de aquí! —gritó Ángela con la voz desgarrada—. ¡Joaquín, por favor! ¡Ayúdame…!

—¡Ánimo, gallina! —le retó Libélula, y apuntó de nuevo al corazón de Ángela—. ¡Es tu última oportunidad! ¡Da la cara! ¡No huyas como hace cuarenta años!

—¡De acuerdo! —vociferó Joaquín para hacerse oír, y avanzó despacio, con las manos en alto hasta quedar a unos diez metros escasos del asesino.

—Así me gusta —rió Libélula.

Conocía esa voz. Estaba seguro. Joaquín posó su arma en el suelo para inspirarle confianza, se quedó quieto y analizó la situación. Libélula se adelantó unos metros y le puso rostro.

—Usted —susurró Joaquín, sin dar crédito a la imagen que le ofrecían sus ojos.

El sargento Ricardo Navarro, comandante del puesto de la Guardia Civil de Guijo de Gredos, le encañonaba con su pistola silenciada. Joaquín cavilaba cómo desarmarle. La visión de Ángela colgada de la columna, desnuda, humillada ante la mirada del guardia civil, le daba fuerzas para emprender una acción suicida. Prefería morir a verla morir. Así de sencillo. ¿Qué podía hacer? Estaba a merced de un paranoico, de un psicópata que se creía un diablo. Quizá lo fuese, a la vista de su conducta. Recordó las palabras del doctor Bartolomé Laguna: «No intenten convencerle…, no les escuchará, no pretendan dominarle por la fuerza…». Sólo podía esperar y confiar en el destino.

—Sargento Navarro —le desafió Joaquín con voz empañada—. ¿Por qué tanto odio acumulado?

—Tú tienes la culpa —respondió rabioso, los ojos inyectados en sangre, sin dejar de encañonar a Ángela—. Yo la amaba. La idolatraba. La habría hecho la reina de mi corte de ángeles. Jamás le habría faltado de nada. Pero la muy zorra me rechazó. Le declaré mi amor y me rechazó, y poco después te abrió su corazón. A ti, un simple ganadero, un destripaterrones, un ganapán sin oficio ni beneficio. Y ¿cómo pagaste su amor? Abandonándola sin ningún remordimiento. Huyendo como una comadreja asustada.

—Me marché para poder casarme con ella —argumentó Joaquín para ganar tiempo.

—¡Mientes! —gritó el sargento Navarro—. ¡Ni siquiera fuiste a verla una sola vez!

—¡No pude! —intentó apaciguarle—. ¡Estábamos acuartelados!

—Ya no importa. Tú la arrojaste a las hienas del desierto. Por tu culpa se entregó a todos los hombres menos a mí, y tuve que tomarla

a la fuerza. La poseí como Satán a las almas pecadoras. ¡Yo obtuve su primera sangre, la sangre de su virginidad, y obtendré su alma para ofrecerla a mi Señor! —aulló el guardia civil.

—No empeore las cosas —intentó convencerle Joaquín—. Aún está a tiempo.

—Vais a morir —escupió el sargento lleno de cólera—. El Juicio Final se cumplirá aquí y ahora. Me habéis destrozado la vida y lo pagaréis. Primero la mataré a ella para torturarte, y luego acabaré contigo, maldito hijo de perra. El fuego convertirá vuestros cuerpos en cenizas. Está escrito: «Polvo somos y en polvo nos convertiremos». Mi Señor, Satanás, guiará mi mano. Me ha hablado. Me ha prometido que el espíritu de Ángela vivirá en mí para la eternidad. Observa cómo muere —le desafió con desprecio—. ¡Adiós, Ángela! Pronto me reuniré contigo en la infinidad de los días y las noches…

—¡Alto, policía! —gritó el inspector Barrientos protegido por la oscuridad—. ¡Levante las manos!… ¡Tire el arma!

Joaquín permaneció marmóreo, como la estatua de Satanás que coronaba la columna de la fuente. Ángela estaba al límite de sus fuerzas.

—¡Oh, miserables mortales! —se desgañitó el sargento Navarro sin dejar de apuntar a Ángela—. ¿Acaso pensáis enfrentaros al poder de Lucifer? ¡Soy inmortal! —profirió en tono de desafío—. Ningún humano puede contra mí. ¡Ángeles caídos, acudid en mi ayuda!

—¡Suelte el arma! —insistió el inspector de policía.

El sargento Navarro abrió fuego hacia la penumbra de donde partían las órdenes que le conminaban a deponer su actitud. A sus disparos replicaron cuatro detonaciones como el restallido de latigazos. El guardia civil se balanceó, profirió unas palabras inaudibles y se desplomó. El inspector Barrientos y el agente Marchena se acercaron al cuerpo.

—Está muerto —certificó el agente tras tomarle el pulso en la vena del cuello.

—Y usted, ¿cómo se encuentra? —preguntó a Joaquín el inspector Barrientos.

—Bien —respondió—. Pero mi compañero…

—Sólo tiene un rasguño en el hombro —gritó el agente Marchena, arrodillado junto al capitán Soriano—. La bala le dio de refilón.

Joaquín metió los pies en el agua del estanque, se encaramó a la columna con notable esfuerzo y dolor de sus costillas y liberó a Ángela. Tenía las muñecas y los tobillos desollados por la mordedura de las cuerdas. La cubrió con su barragán y la besó.

—¿Cómo estás?

—Feliz de verte —musitó ella, y le acarició la cara—. Me dijo que te había matado.

—Mala hierba nunca muere —bromeó él—. Ese pobre desgraciado estaba colado por ti y mira la que ha liado. Eres la perdición de los hombres.

—Me declaró su amor —recordó Ángela confusa—, aunque jamás le tomé en serio. Éramos muy jóvenes.

Junto a la pila del estanque, el inspector Barrientos descubrió dos garrafas de cinco litros de alcohol de quemar, y en un bolsillo de la chaqueta del sargento Navarro un pliego de cartulinas con libélulas impresas. Joaquín recogió su pistola y caminó junto a Ángela al encuentro de su compañero de fatigas.

—Vaya susto, Joaquín —resopló el capitán Soriano mientras le daba un abrazo—. Por un momento pensé que nos ganaba la partida y acabábamos con una libélula metida en la boca.

—¿Le duele? —se interesó Joaquín.

—No es nada. Sólo un arañazo.

—¿Cómo supieron que estábamos aquí, inspector? —incidió Joaquín.

—Ordené seguirles el día que me visitaron en la comisaría.

—¿Desconfiaste de nosotros? —le amonestó el capitán Soriano.

—Sí —confesó el inspector sincero—. Su curiosidad me hizo sospechar que andaban metidos en algún lío.

—¿Les detengo, inspector? —remoloneó el agente Marchena con las esposas en la mano.

—¿Por qué?

—Tenencia ilícita de armas —arguyó con las ideas claras—. Carecen de permiso. Acaban de confirmármelo de la Central.

—No veo ningún arma —disimuló el inspector Barrientos, y aparentó sorpresa.

Joaquín y el capitán sonrieron y enfundaron sus pistolas con descaro.

—No diga más, inspector —asintió el agente Marchena sintiéndose ridículo—. La Legión tiene patente de corso. ¡Allá usted! Yo les metería una temporada en la cárcel para que escarmentaran.

Varios coches de la policía y dos ambulancias del Samur llegaron a la glorieta del Ángel Caído y el agente Marchena se unió a sus compañeros. Un facultativo atendió al capitán Soriano y una ATS sometió a Ángela a una revisión médica rutinaria.

—Gracias, inspector —dijo Joaquín al quedarse a solas con el policía—. Si no llegan a seguirnos…

—Cumplía con mi deber. —El inspector Barrientos agachó la cabeza preocupado—. Tengo que darle una mala noticia.

—Bromea —determinó Joaquín—. Todo ha salido a pedir de boca.

—¿Se entrevistaron con Andrés Sanz?

—Sí —admitió—. Un buen profesional.

—El sargento Navarro le siguió hasta Barcelona y le mató —soltó el inspector sin rodeos, con frialdad.

—¡Dios…!

—Los Mozos de Escuadra encontraron su cuerpo en una cabina de teléfono cerca del Centro de Salud Mental de Adultos de Montjuïc.

—Hágame un favor —balbució Joaquín casi sin voz.

—Depende.

—Prométame que intentará restituir su buena memoria.

—No puedo negarme —aceptó el inspector Barrientos.

Los empleados de la funeraria se disponían a cargar el cadáver del sargento Navarro en el furgón mortuorio. Joaquín les pidió que esperaran un minuto y solicitó autorización al inspector Barrientos para efectuar una última comprobación. Asintió y se acercaron al cuerpo. Joaquín le desabrochó la portañuela, le examinó el pubis y observó que lucía el tatuaje de una libélula.

—Inspector —dijo Joaquín—. Hace unos días asesinaron a un librero en la calle de la Bola y me temo que fue el sargento Navarro. Me entrevisté con el hombre y a la mañana siguiente recibí una libélula en el casillero de mi hotel.

—Pediré a balística que compare los proyectiles —determinó—. Sospecho que también asesinó a Stelian Moldovan. Ahora debemos irnos. El juez ha ordenado levantar el cadáver.

El capitán Soriano se reunió con Joaquín. El médico había desinfectado, suturado y vendado su herida y había dejado de molestarle.

—¿Puedes llevarnos al hotel Ambassador? —le pidió el capitán Soriano al inspector.

—Por supuesto. Ya es hora de retirarnos.

El inspector se alejó hacia los coches de policía.

—No vamos al hotel —protestó Joaquín—. Acompañaremos a Ángela a casa de Rafaela. Necesita descansar.

—Deja que la policía se encargue de ella —arremetió el capitán—. Tú y yo todavía tenemos trabajo esta noche.

—¡No pretenderá…!

—Sí —espetó decidido—. Me he pasado el día haciendo besamel, desmigando pechugas de pollo y machacando treinta cajas de Orfidal en un almirez. ¡No querrás que las croquetas se echen a perder!

—Es usted la monda, capitán.

# Capítulo 13

Ajeno a los planes del capitán Soriano y Joaquín, el inspector Barrientos les dejó en el hotel Ambassador. Se despidió y el capitán recuperó su paquete con dos pasamontañas y la fiambrera repleta de croquetas somníferas. Paró un taxi, y poco después estaban en los aledaños de la vivienda de los marqueses de Pinofranqueado. Joaquín consultó su reloj. La una de la madrugada. Cientos de dudas le asaltaron. Demasiadas emociones para un solo día.

—Confío —dijo Joaquín inquieto— en que los marqueses todavía estén despiertos.

—Los viejos padecen de insomnio. La mayoría no se acuesta hasta que terminan los culebrones y programas de cotilleos.

—¿Está seguro de que funcionarán? —receló Joaquín de nuevo, y señaló la fiambrera—. Esos perros no tenían cara de pasar hambre.

—Los perros se atiborran de pienso —argumentó para defender su plan—. Ningún chucho se resiste al olor de unas buenas croquetas de carne de pollo fritas en aceite de oliva virgen extra. ¡Incluso yo tuve la tentación de comerme una!

Caminaron por una calle solitaria, iluminada por faroles de luces mortecinas, y llegaron al caserón. El capitán buscó el ángulo muerto de la cámara que vigilaba la puerta de entrada y se acercó a la verja. Había luz en las ventanas de la planta baja y la chimenea desprendía un agradable olor a leña quemada. Sus inquilinos permanecían levantados y el sistema de alarma desconectado. Sonrió satisfecho. De momento todo salía como había planeado. Miró a derecha e izquierda, para cerciorarse de que nadie les observaba, y silbó para llamar la atención de los perros. Los mastines acudieron con ladridos estridentes, las bocas abiertas y soltando espumarajos de babas. El capitán abrió la fiambrera y les lanzó dos croquetas. Los chuchos corrieron hacia ellas, se las tragaron sin masticarlas y regresaron a la verja gruñendo amenazadores.

—¿Lo ve, capitán? —incidió Joaquín en su sospecha—. Ni fu ni fa.

—¡Joder! —espetó desconcertado—. A ver si al final vas a tener razón.

Joaquín distrajo a los perros y el capitán Soriano aprovechó para

arrojar al jardín el resto de las croquetas. Los mastines dieron buena cuenta de ellas en un santiamén y volvieron a la carga con sus ladridos ensordecedores. Metían las cabezas entre los barrotes e intentaban morder a los intrusos. Joaquín se apartó sin poder contener una risita burlona.

—¡Mira, incrédulo, mira! —le abochornó el capitán.

Los perros dejaron de ladrar, abrían las bocas en bostezos interminables, cerraban los ojos sin control, y por último trastabillaron, chocaron entre ellos y cayeron redondos sobre el césped.

—¡Quién lo diría! —se sorprendió Joaquín.

—No perdamos tiempo —apremió el capitán—. No tengo ni idea del rato que dura el efecto del Orfidal.

Al igual que habían hecho en el parque del Retiro, treparon por los barrotes, superaron sin peligro las puntas de las saetas que culminaban la verja y se descolgaron al jardín. A sus pies los mastines dormían como angelitos. Una corta carrera les situó bajo el alféizar de una ventana y, ayudado de una navajita multiuso, el capitán Soriano forzó el pestillo hasta desprenderlo de su cerradero. Penetraron en el interior de la vivienda. Hasta ellos llegaba un dulce canto de gorgoritos. Desenfundaron las pistolas, se pusieron los pasamontañas, y registraron por separado las alcobas. El capitán entró en la cocina y encañonó al hombre que preparaba dos tazas de una infusión aromática.

—Muévete despacio —le amenazó con el arma—. ¡Sin rechistar!

—Si quiere dinero —le advirtió con frialdad—, aquí no hay un céntimo. Ni siquiera tenemos caja fuerte.

—Busco a Arturo Aguilar. ¿Le conoces?

—Para servirle —respondió altivo—. ¿Qué desea?

—De momento calladito —le ordenó el capitán Soriano con un vaivén del arma—. ¿Hay alguien más en la casa?

—Los señores marqueses.

—¿Dónde están?

—En la sala de música.

—He cazado al gorrión —dijo el capitán al aparecer Joaquín en el pasillo.

—¿Es usted Arturo Aguilar? —le interrogó incrédulo—. ¿El mayordomo de la casa?

—Sí —contestó hastiado—. ¿Qué quieren?

Joaquín iba a decir algo y el capitán se le adelantó.

—Llévanos a la sala de música —le conminó con un movimiento intimidador de la pistola.

Guiados por Arturo Aguilar, que vestía el tradicional chaleco a rayas blancas y negras de los mayordomos, entraron en un amplio salón de

suelo de parqué, techo decorado con pinturas al fresco de las musas de la música danzando y cantando alrededor de los dioses del Olimpo, algunos espejos y apliques en las paredes y un enorme piano de cola que un anciano tecleaba. Una señora, gruesa y de enorme papada que hinchaba como el buche de los palomos en el zureo, lanzaba gorgoritos al aire. Al verles, el anciano se puso de pie sobresaltado, la música cesó y la mujer enmudeció de un sofoco.

—¿Quiénes son?

—Ladrones, señor marqués —intervino el mayordomo convencido —. Ya les he dicho que no tenemos dinero ni caja fuerte.

—¿Hay más gente? —arremetió el capitán Soriano, temeroso de un ataque sorpresa.

—No —respondió el marqués sin perder la compostura—. Durante el día trabajan los cocineros y jardineros, las mujeres de la limpieza, el ama de llaves, el chófer y la planchadora. Arturo, nuestro mayordomo, es el único doméstico que pernocta en la casa.

—Por favor, no nos hagan daño —tartamudeó la señora asustada.

—No somos ladrones —bufó Joaquín hierático—. Sólo venimos a recuperar algo que nos pertenece.

—¿De qué hablan? —se sorprendió el marqués.

Joaquín señaló el ojal de su barragán.

—Esta insignia pertenece a su mayordomo y apareció en la capilla del Santo Prepucio después de que alguien lo robara —argumentó autoritario.

El marqués torció el gesto, Arturo Aguilar le miró de reojo desconcertado y la señora tomó asiento abatida.

—Te dije —amonestó la marquesa a su marido— que no debías fiarte de aquel hombre.

—¡Cállate! —la reprendió el marqués—. No compliques más las cosas.

—¡No pienso callarme! —le plantó cara su esposa—. ¡Acabemos con esta zozobra de una vez por todas! Tengo pesadillas con la maldita reliquia.

—¡No blasfemes!

—Señor —metió baza el mayordomo—, yo cargaré con la culpa. Les debo mucho a ustedes. Fueron mi salvación. En un váter de la cárcel alguien escribió: «Ricos y pobres morimos, pero los pobres ensayamos más». ¡Qué gran verdad!

—Tranquilo, Arturo —le calmó el marqués paternal—. Hablando se entiende la gente. Ya verás. ¿Quién les manda?

—Eso no importa —intervino Joaquín—. Sólo queremos recuperar el Santo Prepucio y largarnos.

—Los hombres de bien no ocultan sus caras —argumentó el marqués.

—Más vale prevenir que curar —recitó el capitán Soriano.

—Han entrado como vulgares ladrones —les echó en cara el marqués, intentando dominar la situación.

—No funcionaba el timbre —ironizó el capitán.

—Se lo ruego —les pidió el marqués conciliador—, descúbranse. Tenemos que hablar. Les doy mi palabra de honor de que nadie saldrá mal parado.

Joaquín se quitó el pasamontañas y el capitán le imitó. La lana le cosquilleaba la nariz y tuvo varios conatos de estornudo. El marqués respiró aliviado. No parecían salteadores de chalés.

—¿Son detectives o cazarrecompensas? —preguntó el marqués intrigado.

—Caballeros legionarios —reivindicó el capitán Soriano henchido de amor propio.

—Cariño —intervino la marquesa—. Pide a estos señores que guarden sus pistolas, por favor. Las armas las carga el diablo.

Joaquín y el capitán se miraron. El marqués no representaba ninguna amenaza debido a su edad, y el mayordomo no movería un dedo sin su consentimiento. Enfundaron las pistolas. El capitán mantuvo la trenca abierta para echar mano del arma si fuese necesario.

—¿Dónde está la reliquia? —atajó Joaquín.

—Creíamos que el asunto estaba zanjado —abordó el marqués con tiento.

—No intente escurrir el bulto.

—¿Puede mostrarme la insignia? —pidió el marqués.

Joaquín la desprendió del ojal del barragán y se la entregó. El marqués la observó al detalle. La reconocería entre un millón. Al cumplir Arturo Aguilar las bodas de plata a su servicio —diez años como jefe de mantenimiento y quince como mayordomo—, le dieron una paga extra y le pidieron que encargara una insignia de honor a su gusto. Arturo Aguilar no reparó en gastos y acudió a Casa Llobet, el mejor taller de condecoraciones de Madrid. El marqués cabeceó abatido. El asunto de la reliquia se había desmadrado. Había escapado a su control. Afrontaría las consecuencias con la entereza que correspondía a un hombre de su posición y honor.

—Hace unas semanas —confesó abatido— vino a verme un hombre que se identificó como miembro de la Benemérita. Sabía que habíamos robado el Santo Prepucio y amenazó con detenernos si no le entregábamos una suma de dinero y esta insignia. El dinero supuse que compraría su silencio. La insignia nunca entendí para qué la quería.

—¿Cómo se llamaba? —incidió Joaquín perplejo.

—Lo ignoro. Sólo me mostró su placa y puedo asegurarle que era

auténtica. Estoy familiarizado con ellas. De joven pertenecí al ejército.

—Descríbalo —ordenó el capitán Soriano brusco.

—Desgarbado, cheposo, de brazos largos, rechoncho pero fuerte…

—El sargento Navarro —le interrumpió Joaquín.

El capitán asintió y apartó a Joaquín unos pasos en busca de intimidad. Su cabeza estaba hecha un lío. Necesitaba una explicación.

—¿Quieres decirme qué pasa?

—El sargento Navarro —dedujo Joaquín— descubrió a los autores del robo. Mintió al consistorio al asegurar que la Guardia Civil estaba en un callejón sin salida. Montó una pantomima para traerme a Madrid con la excusa de investigar la desaparición del Santo Prepucio. Sabía que buscaría a Ángela, la encontraría, y así mataría dos pájaros de un tiro.

—Ingenioso —caviló el capitán Soriano—. ¿Qué papel corresponde en este teatrillo a los marqueses y a la insignia?

—El sargento Navarro chantajeó a los marqueses para disimular —siguió Joaquín seguro de sus argumentos—. El dinero le importaba un bledo. En realidad sólo quería conseguir una pista para obligarme a venir a Madrid, y la inscripción de la insignia le facilitó las cosas.

—Ese tipo —arguyó el capitán Soriano— estaba loco de remate. Te diré más. Si el demonio por hache o por be existe se llama Ricardo Navarro.

—Cojamos la reliquia y salgamos de aquí —le apremió Joaquín.

El marqués les contemplaba en silencio, meditando la manera de buscar una salida honrosa a su situación. No permitiría que un hurto cometido en un momento de ofuscación mancillara su buen nombre. Quien tiene dineros pinta panderos. Les ofrecería dinero, mucho dinero, y no podrían rechazarlo.

—Señores —dijo para reclamar su atención—. Hablemos claro. Pongan precio a su silencio y les entregaré la cantidad que me pidan.

—¿La que nosotros queramos? —tanteó el capitán incrédulo.

—Les ofrezco un cheque en blanco. Ustedes deciden.

—¡Guárdeselo! —despreció Joaquín ofendido—. Entréguenos la reliquia y le dejaremos en paz.

—Piénsalo, Joaquín. —El capitán Soriano sintió la tentación—. En un cheque caben muchos ceros.

—Venga, la reliquia —insistió Joaquín para decepción del capitán.

—El Santo Prepucio ha desaparecido —soltó el marqués sudoroso.

—¿Qué?… —exclamó Joaquín.

—Un mal paso fruto de la desesperación —remató la mujer con la cabeza gacha—. Un manchón en el libro de honor de nuestras vidas.

—Hablen claro —les conminó Joaquín, e hizo amago de desenfundar su pistola—. Estoy harto de este melodrama.

—Tenemos una hija —relató el marqués triste—. Nuestra única

razón de ser y existir. Hace diez años se casó y desde ese instante anhelamos la llegada de un nieto. Soñábamos con su llamada para darnos la feliz noticia. Pero no ocurrió así. —El marqués tragó saliva, miró a su esposa, que asintió, y continuó—: El Señor le negaba la descendencia. Se sometió a múltiples exámenes médicos sin ningún resultado positivo. Le dijimos que correríamos con los gastos de una inseminación artificial, que acudiríamos a los mejores especialistas en infertilidad del mundo. Nada resultó como planeamos. Visitamos el hospital Monte Sinaí, la clínica Mayo, el Instituto Valenciano de Infertilidad, la clínica Dexeus… Todos los obstetras coincidieron en el diagnóstico. Una malformación congénita del sistema reproductor le impedía quedarse embarazada. Sólo un milagro podía ayudarnos.

—Lo siento por su hija y por ustedes —lamentó Joaquín afectado por las palabras del marqués—. Pero sigo sin entender qué pinta el Santo Prepucio en este asunto.

—Mucho, señor…, mucho… —susurró la marquesa.

—Somos personas religiosas —admitió el marqués—. Vamos a misa todos los domingos y creemos en los milagros. Dándole vueltas al asunto recordamos que en la Vera de Cáceres se conservaba el Santo Prepucio, la reliquia más sagrada de la cristiandad. En la capilla donde se veneraba había cientos de exvotos de mujeres que concibieron gracias a la intervención milagrosa de la reliquia…

—Perdónennos, caballeros —le interrumpió la marquesa compungida—. Nunca debimos hacerlo. El demonio nubló nuestra alma y entendimiento.

—¿Robaron el Santo Prepucio esperando un milagro? —espetó el capitán Soriano.

—Así ocurrió —convino el marqués—. Nos enteramos de la iglesia que lo conservaba y decidimos robarlo. Arturo, nuestro fiel mayordomo y amigo, nos ayudó en la empresa.

—Bien, bien… —le dio largas Joaquín—. Nos devuelven la reliquia y sanseacabó.

—Les he dicho que es imposible —repitió el marqués—. El Santo Prepucio ha desaparecido.

—¿Lo han vendido? —inquirió el capitán.

—Les doy mi palabra de honor, de miembro de la aristocracia —juró el marqués de manera simbólica—, de que jamás lo habríamos robado con fines espurios.

—Cuéntales toda la verdad, cariño —le animó su esposa.

—Colocamos el Santo Prepucio —expuso el marqués avergonzado— en la capilla de la casa consagrada a la Virgen de la Encina, de gran devoción en Pinofranqueado, y todos los días rezábamos ante la reliquia para solicitar el favor de la preñez de nuestra hija. El Señor no escuchó las plegarias y pensamos que si no obraba el milagro

mediante la oración quizá lo hiciese mediante la carne divina…

—¿Cómo? —inquirió Joaquín intrigado.

—Una noche la invitamos a cenar y sin que ella lo supiese le dimos a comer el Santo Prepucio.

—¿Qué?…

—Si María concibió mediante la intervención del Espíritu Santo, mi hija podría quedarse embarazada con la ingesta del Santo Prepucio —argumentó el marqués liberado de la carga que pesaba sobre su conciencia.

—Está loco, loco de atar —resopló el capitán—. Esta noche he visto más locos que en toda mi vida.

—Vivíamos desesperados —intentó justificarse la marquesa.

—Desesperados pero no locos —aclaró su marido.

—¿Cómo pudo ocurrírseles tamaña majadería? —protestó el capitán sin salir de su asombro.

—El amor por nuestra hija nos llevó a pergeñar dicho plan con la esperanza de concebir un nieto. —El marqués calló para pensar y luego intentó justificar su conducta—: Durante un viaje a Tierra Santa, en el hospital Hadassah de Jerusalén, presenciamos una circuncisión y varias jóvenes estériles se disputaron el prepucio convencidas de que su ingesta les resolvería el problema.

—¿Se quedó preñada su hija? —sintió curiosidad el capitán Soriano.

—No —protestó la marquesa—, y además ahora el Señor castigará nuestro sacrilegio y nunca descansaremos en paz. Nuestras almas se consumirán en las llamas del infierno.

—Cuesta creerlo —musitó Joaquín sin saber qué hacer.

—Se lo ruego. Acepten el dinero —les ofreció el marqués de nuevo —. Vivan felices el resto de sus vidas. Permítannos mantener la cabeza alta, que bastante cargo de conciencia padeceremos hasta el último latido.

—Su conducta resulta inverosímil, indigna de un caballero —le amonestó Joaquín.

—La mala conciencia me pesará hasta la muerte —acató su destino el marqués—. ¿Qué solucionarán entregándonos a la policía? Nadie recuperará el Santo Prepucio. ¡Apiádense de este par de ancianos!

—No puedo ponerme una venda en los ojos —enfatizó Joaquín perdido—. Mi honor está en juego. Le prometí al padre Jovellanos, custodio de la iglesia de la Circuncisión de Jesús Niño, que revolvería Roma con Santiago para recuperar el Santo Prepucio.

—Has hecho todo lo humanamente posible —le disculpó el capitán Soriano.

—El futuro de los guijeños está en juego —acometió Joaquín—. Sin la reliquia la economía del pueblo se vendrá abajo. El turismo en nuestra principal fuente de riqueza. Voy a llamar a la policía y que

salga el sol por Antequera.

—Espera —le retuvo el capitán—. ¿Qué ganarás si destapas el asunto? Tu peregrinar por Madrid no habrá servido de nada. Los turistas no regresarán a tu pueblo.

—¿Qué propone?

El capitán Soriano le pidió un aparte y Joaquín se retiró unos metros para que los marqueses y su mayordomo no pudieran oírles. El capitán le cuchicheó algo al oído y Joaquín cambió súbito de expresión. La sorpresa se adueñó de su cara. Aquél insistió y Joaquín cabeceó admirado. Por último, asintió complacido. El capitán estaba acostumbrado a tomar decisiones delicadas. Lo había hecho cientos de veces en el Sáhara para salvaguardar a sus tropas y siempre presumió de salir airoso. Regresaron junto a los marqueses y Arturo Aguilar.

—Señora, acompáñeme, por favor —rogó el capitán a la marquesa, y le tendió el brazo amable—. Una dama no debe oír ciertas cosas.

—Será un placer invitarle a tomar una infusión en el salón de té —sonrió la marquesa coqueta.

—Por cierto —la aduló el capitán Soriano con descaro, sin tener en cuenta la presencia del marqués—, ¿qué dulce canto salía de su garganta?

—¿Le gusta la ópera?

—Hasta hoy no.

—Es usted un zalamero —rió la señora, a la que desde hacía lustros nadie le echaba los tejos—. Interpretaba el aria *Air des clochettes*, del acto segundo de *Lakmé*, de Léo Delibes. Mientras tomamos la infusión pondré el disco para deleitarle con la voz de Joan Sutterland. ¡Magnífica!

El capitán y la señora marquesa desaparecieron y Joaquín se acercó al mayordomo, que hablaba con el marqués de Pinofranqueado. El capitán había dado en el clavo con su propuesta de solución, y Joaquín la hacía suya con todas las consecuencias. Sólo esperaba que Arturo Aguilar aceptase.

—¿Todavía conservan el relicario? —preguntó al marqués.

—Desde luego —afirmó ofendido por la duda.

—Bien. Eso facilitará las cosas. ¿Puede mostrármelo?

—Cómo no —aceptó, y se dirigió al mayordomo—: Por favor, Arturo, trae el objeto de nuestra perdición.

Pasados unos minutos Arturo Aguilar regresó a la sala de música con el relicario del Santo Prepucio, la preciosa arqueta de plata sobredorada labrada en el siglo XVIII por el orfebre madrileño Pascual Benjumea. Joaquín la inspeccionó y comprobó que no había sufrido daños irreparables.

—Señor marqués —predicó en tono de circunstancias—, convendrá conmigo en que a grandes males grandes remedios.

—Así se escribe la historia.

—Presten atención —les pidió Joaquín—. A mi amigo se le ha ocurrido una idea para salvar nuestra honra, y usted —señaló al mayordomo— tiene la llave del éxito o del fracaso.

—¿Yo? —musitó Arturo Aguilar turbado.

—Usted lo robó —le acusó Joaquín— y usted debe solucionar este desaguisado.

—Cumplía órdenes —argumentó el mayordomo como eximente de su culpa.

—Arturo tiene razón —salió el marqués en su defensa—. Yo le pedí que lo robara.

—Usted lo devolverá —insistió Joaquín tajante, y apuntó al mayordomo con un dedo amenazador.

—¿No se ha enterado? —se burló Arturo Aguilar—. El Santo Prepucio ya no existe. ¿Cómo piensa recuperarlo?

—¡Embalsamando el suyo! —soltó Joaquín autoritario.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclamó el marqués ante el asombro de su mayordomo—. ¡No hablará en serio!

—Han oído bien —subrayó Joaquín—. Arturo Aguilar hará entrega voluntaria de su prepucio y todos felices y contentos.

—Ni hablar del peluquín —se negó en redondo el interfecto.

—No cabe otra solución —arguyó Joaquín sin aflojar—. Ustedes liaron la madeja y ahora deben desenredarla. De lo contrario llamaré a la policía y se armará el belén. O su prepucio o la cárcel.

Al oír la palabra «cárcel» Arturo Aguilar, *el Niño de la Paloma,* ex torero y ex recluso, sintió un respingo. El vello de los brazos se le erizó de espanto al recordar sus días en Alcalá Meco, su adicción al alcohol, los acosos de los sarasas en las duchas, la bazofia que servían en el comedor… Jamás regresaría a la cárcel. Se lo juró a sí mismo el día que salió gracias a la mediación del páter e ingresó como responsable de mantenimiento en la casa de los marqueses de Pinofranqueado. Pero tampoco estaba dispuesto a entregar gratis su prepucio a la devoción popular. En esta vida de cualquier acto había que sacar tajada.

—No sé… —remoloneó.

—Arturo, reflexiona, por favor —le pidió el marqués entusiasmado —. ¿Qué significa para ti un trocito de pellejo a cambio de nuestra tranquilidad moral? ¿Acaso prefieres que acabemos todos en Carabanchel?

—El consistorio de Guijo de Gredos —intentó convencerle Joaquín — me pagará treinta mil euros si recupero el Santo Prepucio. Estoy dispuesto a darle íntegra esa cantidad si accede a mi propuesta.

—Vamos, Arturo —le animó el marqués—. Hazlo por mí. Me lo debes.

—De cortarme el prepucio nada de nada —atajó con la intención de obtener más dinero—. Confesaré mi culpa e iré a prisión.

—Ya sé… —sonrió el marqués pícaro—. El señor te ha ofrecido treinta mil euros y tú quieres más. ¿Es eso?

—El dinero ayuda a tomar decisiones —convino el mayordomo.

—Haber empezado por ahí —suspiró el marqués—. A los treinta mil euros del señor suma otros treinta mil de mi bolsillo. En total sesenta mil. Diez millones de las antiguas pesetas. ¿Hace?

—Trato hecho —aceptó el mayordomo, y sonrió satisfecho. Había controlado la puja a su entera satisfacción. Jamás un trocito de piel, el ligamento que une el prepucio al pene, había alcanzado tanto valor.

—¿Cómo procederemos? —preguntó el marqués, viendo un escollo en la operación.

—No se preocupe —le tranquilizó Joaquín—. Yo me encargo. Ustedes sólo esperen mis noticias.

La noche les había salido redonda. El sargento Navarro, un psicópata, violador y asesino en serie, había pagado con su vida los crímenes cometidos, y el Santo Prepucio finalmente regresaría a la capilla de la iglesia de la Circuncisión de Jesús Niño. De vuelta al hotel, Joaquín agradeció al capitán Soriano sus muchos desvelos por ayudarle y le explicó cómo llevarían a cabo la donación del frenillo. Parado frente a la puerta del Ambassador le mostró la tarjeta del joyero Samuel Levy.

—Confío en este hombre —dijo Joaquín.

—Se trata de preservar un frenillo. No de comprarse una sortija —arguyó el capitán Alberto Soriano sin verlo claro.

—Fíese de mí.

—No tengo más remedio.

—En cuanto organice el asunto —determinó Joaquín— le llamaré para que recoja al mayordomo. No vaya a echarse atrás.

—Descuida. Yo me encargo de que cumpla su palabra —se comprometió el capitán, y tocó su pistola.

Miró el reloj. Las diez de la mañana. Joaquín calculó que la joyería ya estaría abierta. Se sentó en el borde de la cama y llamó por teléfono. Tenía que convencer a Samuel Levy. De lo contrario el tinglado se le vendría abajo con la fragilidad de un castillo de naipes. Alguien descolgó.

—¿Señor Levy?

—El mismo —respondió—. ¿Quién es?

—Joaquín Ayuso —le puso en antecedentes—. Le visité por mediación de un amigo común, el difunto librero Aníbal Riaño.

—Ya caigo. Buscaba la antigua Casa Llobet.

—Eso es.

—¿La encontró?

—Gracias a su colaboración —le cameló Joaquín para allanar el terreno—. Ahora preciso de su inestimable ayuda otra vez.

—A su entera disposición —se ofreció cordial—. ¿Desea adquirir una joya? Tengo unos pendientes de brillantes y diamantes talla *marquise*, de ocho quilates y medio, por sólo diez mil euros. ¿Le interesan?

—Mi petición es mucho más prosaica.

—Usted dirá.

—Durante nuestra conversación —arrancó Joaquín para suavizar la solicitud— me contó que había ejercido de taxidermista en Tel Aviv.

—Va bien.

—Le ruego que preste atención —le previno temiendo que colgara —. ¿Podría disecar un…? —Calló en busca de la expresión adecuada.

—¿Un pequeño mamífero o ave…?

—Más diminuto todavía.

—¿Un insecto, un artrópodo…?

—Un frenillo —soltó Joaquín de repente haciendo acopio de valor —. El pellejo que une el prepucio al pene.

—Forma parte de mi oficio —dijo el joyero sin inmutarse por su petición.

—¿Me toma el pelo, señor Levy?

—Ni mucho menos —intervino serio—. Le dije que muchos de mis clientes eran judíos gracias a mi condición de *môhêl*. Por eso llevo siempre la kipá.

—Perdone mi ignorancia… —se disculpó Joaquín sin comprender a qué se refería.

—El *môhêl* es el sacerdote judío encargado de circuncidar a los niños —le explicó el joyero—. Déjeme aclarárselo. En la tradición judía al octavo día de nacer los niños deben circuncidarse. Así lo impuso Yahvé a Abraham como garantía de salvación y símbolo de la alianza contraída. Para que lo entienda —rebajó el vocabulario—, la circuncisión, que en hebreo denominamos *mûlâh*, equivale al bautismo cristiano y en el momento de practicarse se impone el nombre al niño.

—¿Entonces no hay ningún problema? —suspiró Joaquín aliviado.

—No, salvo que el interesado quiera convertirse al judaísmo.

—Mi amigo sólo quiere preservar su frenillo —se apresuró a esclarecer para no complicar las cosas.

—Lo dicho —se reafirmó el joyero—. Sin problema. En Israel muchos padres conservan el frenillo de sus hijos, como aquí el primer diente de leche.

—Quisiera plantearle otra cuestión —abordó Joaquín, consciente de que abusaba de su amabilidad—. ¿Podría restaurar un relicario de plata? ¿Una pieza de anticuario?

—Lo dejaré como nuevo —aceptó Samuel Levy—. Reparo joyas y recompongo cuberterías, copas, relojes de saboneta o sobremesa, collares, pulseras, esmaltes…, cualquier tipo de orfebrería.

—¿Cuándo podemos vernos?

—Esta misma tarde —le propuso—. A las ocho y media en la joyería.

Había cumplido todos sus objetivos y Joaquín estaba satisfecho. Ángela recordaba lo sucedido la noche anterior como un mal sueño. Su fortaleza, adquirida tras años de patear las calles inmersa en las miserias de la prostitución, le ayudaba a superarlo a medida que pasaban las horas. Joaquín la visitó en el apartamento de Rafaela Lerma y comprobó que había recobrado la alegría y las ganas de vivir, en parte gracias a las copitas de quina que la ex gobernanta le administraba con la excusa de abrirle el apetito. Deseaban terminar y marcharse a Guijo de Gredos para empezar una nueva vida lejos del bullicio de un Madrid que les sedujo antaño, y ahora les oprimía como un infarto letal.

Ya no necesitaba un mapa para moverse por la ciudad e, inmerso en sueños y proyectos de futuro, Joaquín llegó al paseo de Rosales. Como habían acordado, el capitán Soriano recogió a Arturo Aguilar y al marqués de Pinofranqueado, y los tres esperaban frente a la Joyería Relojería Levy. La persiana del comercio estaba a medio bajar y Joaquín la golpeó con la palma de la mano. El vigilante jurado les abrió e invitó a pasar a la trastienda. Luego cerró el local y se marchó.

Samuel Levy les saludó cordial y, tras las presentaciones de rigor, les mostró una camilla cubierta con una sábana blanca y junto a ella una mesa con diversos utensilios propios de la práctica clínica: una botella de yodo, un carrete de esparadrapo, un aerosol anestésico, algodón, gasas, tijeras quirúrgicas, hojas de bisturí, sutura química y de hilo, varios tipos de agujas, un enterótomo de Kocher y unas pinzas de cremallera de Ricorb.

—Listo —dijo el joyero preparado para la pequeña intervención—. ¿Quién de ustedes va a someterse a la extirpación del prepucio?

—¡Un momento! —gritó el mayordomo al comprobar que todas las miradas se posaban en él—. Voy a cumplir. Pero lo primero es lo primero.

—Claro, claro —asintió Joaquín. Sacó un cheque al portador de su propia cuenta por valor de treinta mil euros y se lo entregó—. Aquí tiene mi parte según lo acordado. ¿Y usted, señor marqués?

—Le he pagado en efectivo antes de salir de casa.

—Bien —dijo Joaquín—. ¿Ha traído el relicario?

—Por supuesto. —El marqués abrió una bolsa de tela y lo sacó—. Aquí tiene.

—¿Qué le parece? —preguntó Joaquín a Samuel Levy—. ¿Podrá adecentarlo y colocar el prepucio entre estos dos cristalitos de cuarzo?

—Hay que limpiarlo —sentenció el joyero mientras inspeccionaba el objeto—, sobredorar algunos arañazos y peladuras, desabollar los golpes, pulirlo, y quedará como nuevo.

—¿Va a tardar mucho? Me corre prisa —le apremió Joaquín.

—Tres o cuatro días —determinó el joyero—. Lo haré a la par que diseco el frenillo.

—¿Para qué restaurarlo? —incidió el capitán Soriano sin ver la necesidad.

—Para camuflar el robo el padre Jovellanos puso la excusa de que estaba en restauración —argumentó Joaquín.

—Eres un lince —sonrió el capitán—. Soldados como tú honran a la Legión.

—Me lavo las manos y comenzamos —dijo Samuel Levy—. Usted —se dirigió al mayordomo— quítese el pantalón y el calzoncillo y túmbese en la camilla boca arriba.

—¿Va a dolerme?

—Menos que una picada de avispa. Ya verá.

Arturo Aguilar se acomodó en la improvisada angarilla y al instante apareció Samuel Levy ataviado para la ceremonia. Se había colocado la kipá, sus gafas de presbicia y en los brazos y sobre la frente unas filacterias, o *tefillin* en hebreo, unas estrechas tiras de cuero que contenían pasajes sagrados.

—¿Precisa esta parafernalia? —protestó Joaquín temiendo que el mayordomo se asustara y arrepintiera de su decisión.

—Siempre que actúo de *môhêl* debo conservar la tradición.

—Al grano —le apresuró Joaquín—. No perdamos un segundo.

Samuel Levy se enfundó unos guantes de látex, cogió el pene de Arturo Aguilar y retiró con suavidad la piel que cubría el glande. El mayordomo cerró los ojos.

—Vamos allá —acometió Samuel Levy, y roció anestésico en el glande—. Antes se inyectaba estovaína —les explicó—, pero ahora estos aerosoles cumplen la misma función y son menos peligrosos. —Esperó unos minutos y luego pinchó el glande con una aguja de sutura —. ¿Siente dolor?

—Nada de nada —asintió el mayordomo, entretenido en imaginar cómo emplearía el dinero recibido.

—Primero —indicó Samuel Levy en plan didáctico— colocamos las pinzas o enterótomo de Kocher, que normalmente se usan para seccionar el intestino, algo oblicuas y paralelas a la ranura del bálano. Después sujetamos esta parte con las pinzas para fimosis de Ricorb, cortamos con un bisturí el frenillo, y ya está. ¿Le ha dolido?

—En absoluto —afirmó el mayordomo.

Samuel Levy dejó el pellejo sobre una gasa, suturó la heridita, la embadurnó de yodo para garantizar la asepsia y le colocó un vendaje casi imperceptible.

—Al pasar el efecto de la anestesia —le previno— notará una quemazón. No se preocupe. Remitirá en tres o cuatro días. Absténgase de mantener relaciones sexuales hasta que la herida cicatrice por completo. Si el apetito venéreo le atormenta colóquese compresas frías, y por nada del mundo entre en erección o sufrirá un desgarro.

—Y después —preguntó el mayordomo—, ¿sentiré el mismo gustito?

—Sin la menor duda —sentenció el joyero—. Liberará el glande al completo, aumentará de tamaño durante la erección y podrá mantener una higiene perfecta… Todo son ventajas. ¿Alguien más se anima?

—No, gracias —dijo el marqués por boca del resto.

—¿Qué hará con el frenillo? —le inquirió el capitán Soriano mordido por la curiosidad.

—Disecarlo con bórax —le explicó Samuel Levy—, o tetraborato sódico hidratado, mezclado con alumbre y sal. En unos días estará listo.

Joaquín aprovechó la espera para descubrir los encantos de un Madrid que desconocía. Ángela le guió por rincones deliciosos, lejos del bullicio, de los humos contaminantes de las calefacciones de carbón y los tubos de escape de los automóviles, y poco a poco recobraron la tranquilidad perdida. Paseaban cogidos de la mano o la cintura, y el tiempo se detenía a cada beso que se regalaban. Joaquín comunicó al padre Jovellanos que había recuperado el Santo Prepucio y el cura casi sufrió un desmayo de emoción. Sus proyectos, los del pueblo entero, estaban a salvo.

El día acordado Joaquín y Ángela se personaron en la Joyería Relojería Levy.

—Aquí tiene —les presentó el joyero su magnífico trabajo—. El relicario restaurado y el prepucio en su interior. ¿Qué les parece?

—Precioso —musitó Ángela.

—Se ha esmerado —le agradeció Joaquín—. ¿Qué le debo?

—Nada.

—Quisiera pagarle las molestias, que han sido muchas —insistió Joaquín.

—¿Le gustaría hacer algo por mí?

—Pida por esa boca.

—Guarden en secreto este trabajillo.

—Palabra de caballero legionario —prometió Joaquín.

—¿Y si descubren la verdad? —dudó Ángela.

—Nadie —dijo Joaquín convencido— cuestionará la autenticidad

del Santo Prepucio. Ni siquiera el padre Jovellanos. A los creyentes sólo les importan los símbolos que permiten exteriorizar su fe.

# Epílogo

Los vecinos de Guijo de Gredos recuperaron el Santo Prepucio. El alcalde pagó a Joaquín Ayuso la recompensa prometida y organizó una fiesta para celebrar el regreso de la reliquia. El cofrade mayor de la Circuncisión de Jesús y el padre Pascual Jovellanos pasearon el Santo Prepucio por el pueblo, de puerta en puerta, para que los vecinos contemplaran la magnífica restauración a cargo de los técnicos del Patrimonio Nacional. Nadie sospechó la farsa.

Un mes después Ángela Moreno y Joaquín Ayuso contrajeron matrimonio civil en el Ayuntamiento de Guijo de Gredos. El capitán Alberto Soriano ofició de padrino con el uniforme de gala de la Legión y el pecho cuajado de medallas ganadas en el campo del honor.

Rafaela Lerma todavía vive en la calle Barquillo. Vendió el apartamento que alquilaba por horas para desahogos sexuales y decidió gastarse el dinero en viajes de jubilados. Visitó Guijo de Gredos y Plasencia, y quedó impresionada por la torre del Reloj y la popular figura del Abuelo Mayorga colocada en 1723 para anunciar los acontecimientos más relevantes.

Germán Moya, jefe de recepción del hotel Ambassador, se jubiló a los pocos meses, se inscribió en un centro de tercera edad y se encarga de organizar viajes a los socios. Entre las muchas excursiones que oferta destaca la visita a Guijo de Gredos para contemplar el Santo Prepucio.

Samuel Levy traspasó la joyería debido a los atracos que sufre el gremio y desde su casa confecciona joyas por encargo para la comunidad judía. De sus manos salió la corona de oro que luce el Niño Jesús del altar mayor de la iglesia de la Circuncisión de Guijo de Gredos, que donó la Cofradía de la Circuncisión de Jesús para celebrar el regreso de la reliquia.

Los marqueses de Pinofranqueado escribieron a Joaquín Ayuso llenos de felicidad. Después de tantos sufrimientos y congojas su hija estaba encinta de dos meses. La santa reliquia obró el milagro. Así lo creían e hicieron una suntuosa donación al padre Pascual Jovellanos para restaurar la capilla del Santo Prepucio.

Arturo Aguilar cesó en su cargo de mayordomo por voluntad propia, y los sesenta mil euros recibidos a cambio de su inestimable frenillo

los empleó en abrir un bar de tapas junto a la madrileña plaza de toros de Las Ventas. El local se ha convertido en un referente de los amantes de la fiesta y organiza tertulias taurinas que gozan de notable prestigio.

La muerte del sargento de la Guardia Civil Ricardo Navarro se silenció. Los periódicos no se ocuparon de ella, y los vecinos de Guijo de Gredos creyeron que le habían trasladado a otro destino. Sus restos mortales nunca fueron reclamados por nadie y recibieron cristiana sepultura en el sector de beneficencia del cementerio de la Almudena de Madrid. Se le enterró en un nicho anónimo, de lápida sin enlucir para evitar profanaciones, y seis meses después sus despojos desaparecieron. El diablo tiene muchos adeptos.

# Notas

[1] Se alquila habitación.
[2] North American Aerospace Defense Command.
[3] Grupo de Respuesta Especial al Crimen Organizado.

# Notas de la conversión

Por imposibilidad técnica han sido sustituidos algunos caracteres que podrían no mostrarse correctamente en algunos dispositivos.

(1) Tiha Birgăului

(2) Nicolae Ceauşescu

(3) Timişoara

(4) Făgăras

# Biografía

Enric Balasch Blanch (Gracia, 1955), escritor y periodista, ha recorrido más de cien países y publicado numerosos artículos en revistas y periódicos de ámbito nacional e internacional. Es autor de las novelas *La Virgen de la Mosca* y *La cruz de tau*, ambas publicadas por SUMA, así como de más de sesenta guías de turismo para diferentes editoriales (Laertes, Susaeta, Salvat, Aldeasa, etc.), algunas de las cuales se han traducido a siete idiomas, de un libro de narrativa de viajes, *Vivir para viajar* (Laertes, 2003), y de varios ensayos, entre los que destacan *Una historia mágica de los cuentos* (Oberon, 2003) y *El lenguaje secreto de los cuentos* (Oberon, 2004). Ha dirigido también programas de radio y documentales para la televisión.

Escritor y periodista, ha recorrido más de cien países.

© 2009, Enric Balasch Blanch
Derechos cedidos a través de Silvia Bastos, S. L. Agencia Literaria
© De esta edición:
2011, Santillana Ediciones Generales, S. L.
Torrelaguna, 60. 28043 Madrid
Teléfono 91 744 90 60
Telefax 91 744 92 24
www.sumadeletras.com

ISBN ebook: 978-84-8365-693-8
Diseño de cubierta ebook: María Pérez-Aguilera
Conversión ebook: Kiwitech

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. Código Penal).

# Suma de Letras es un sello editorial del Grupo Santillana

**www.sumadeletras.com**

**Argentina**
www.sumadeletras.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

**Bolivia**
www.sumadeletras.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

**Chile**
www.sumadeletras.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

**Colombia**
www.sumadeletras.com/co
Calle 80, nº 9 - 69
Bogotá
Tel. y fax (57 1) 639 60 00

**Costa Rica**
www.sumadeletras.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

**Ecuador**
www.sumadeletras.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

**El Salvador**
www.sumadeletras.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

**España**
www.sumadeletras.com/es
Torrelaguna, 60
28043 Madrid
Tel. (34 91) 744 90 60
Fax (34 91) 744 92 24

**Estados Unidos**
www.sumadeletras.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

**Guatemala**
www.sumadeletras.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

**Honduras**
www.sumadeletras.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

**México**
www.sumadeletras.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 5) 554 20 75 30
Fax (52 5) 556 01 10 67

**Panamá**
www.sumadeletras.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

**Paraguay**
www.sumadeletras.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

**Perú**
www.sumadeletras.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

**Puerto Rico**
www.sumadeletras.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

**República Dominicana**
www.sumadeletras.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

**Uruguay**

www.sumadeletras.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

**Venezuela**
www.sumadeletras.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51